

ARYAM SHIELDS

Un
Acuerdo
Perfecto

Un Acuerdo Perfecto

Aryam Shields

Aryam Shields
Un Acuerdo Perfecto
Diseño de portada: Isa Quintín.
Maquetación: Aryam Shields.
Edición: Andrea Herrera
Primera Edición: Febrero 2024
Registro: 1-2024-7168 Dirección Nacional de Derechos de Autor.
ISBN-13: 9798878135528

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor, los lugares y personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Siéntete orgullosa de ti misma
Por la forma que has enfrentado este último periodo
Desde las batallas silenciosas que has librado,
Hasta los momentos en los que has caído, pero aun así has decidido levantarte una vez y mirar
hacia adelante.

ERES UNA GUERRERA
Así que hazte un favor.
CELEBRA TUS FORTALEZAS

ANONIMO

A mi hermana,
porque al final del camino
eres lo único que tengo

Agradecimiento especial

A mis queridas Donnitas, por alegrarme cada sábado, por confiar por mí, por apoyarme y animarme, qué maravilloso es saber, que entre millones de personas en el mundo, yo haya podido encontrarlas a ustedes.

A Johanna Wedheking por confiar en mi cuando yo desfallezco.

Prologo

SARAH
(dieciséis años)

Deslicé mis dedos hacia el interior de mi garganta, expulsando el doble de lo que originalmente había ingerido. Por lo general, no me excedía tanto en la comida a menos que estuviera atravesando una crisis, pero la tentación de los exquisitos postres que adornaban la mesa fue irresistible. A pesar de mis esfuerzos por mantener un control sobre las calorías, el deseo de saborearlos todos superó cualquier intento de autocontrol.

En la mayoría de las ocasiones, tras los episodios de excesos alimenticios, la culpa me corroía por dentro. Al mirarme al espejo, reconocía que no encajaba con el estándar de las chicas de mi edad. Era consciente de que nunca capturaría la atención de Eros, a pesar de haber perdido peso, me sentía invisible para él y también para mamá. Afortunadamente tenía a papá.

Pero ni siquiera él llenaba el vacío que sentía.

Recobré la conciencia, permitiendo que las lágrimas resbalaran por mis mejillas mientras las arcadas regresaban. Me incliné una vez más, con la determinación de no manchar mis zapatos, mientras el bullicio del mar y la música proveniente de la casa de los Farell proporcionaban un velo de ocultamiento a mis acciones.

Hacía un par de horas que había ingerido un par de laxantes, anticipándome a la vigilancia de mamá, quien siempre estaba pendiente de mis hábitos alimenticios. Sin embargo, hasta ese momento, los efectos de los laxantes aún no se hacían notar.

El vómito parecía ser la solución más rápida; de esta manera, mi cuerpo no absorbería las calorías provenientes del puré de patatas y el pavo que acababa de consumir.

—¡Sarah!

La voz de Afrodita se escuchó a lo lejos. Llevé la mano a mi boca, pero el vómito no cedió.

—¿Oye, has visto a Sarah?

—¿No está adentro? —La voz de Eros hizo que mis piernas temblaran.

—No, el tío David dijo que la vio salir —informó Afrodita.

—Debe estar adentro, te puedo asegurar que no la he visto salir.

Dudaba que lo hubiera hecho; estaba demasiado entretenido viendo los pechos de Isabella Spencer por FaceTime.

Continuaron hablando, pero no lograba escuchar sus palabras. Mi estómago se retorció y me doblé nuevamente contra los arbustos. Cuando finalmente sentí que todo había terminado, limpié mi boca con la servilleta que siempre llevaba en mis bolsillos y agarré la botella de agua que había traído de casa. Después de vomitar, el agua me ayudaba a sentirme saciada.

Emergí de los arbustos que rodeaban la cabaña del tío Max y caminé hacia el camino que conducía a la playa. Mis piernas temblaban mientras abandonaba la propiedad, pero asumí que era el resultado del esfuerzo por vomitar.

Llevaba cinco meses tomando laxantes y purgando lo que comía. A pesar de haber perdido varios kilos, me veía gorda al lado de Afrodita. Aunque practicaba baloncesto en la escuela y hacía ejercicio en casa, la percepción de mi cuerpo seguía distorsionada.

Afrodita era mi mejor amiga, la amaba y envidiaba al mismo tiempo. A diferencia de mí, ella irradiaba esa chispa que yo no poseía. Afrodita era popular, y mi estatus social estaba

directamente vinculado a ella. Durante su último viaje, Afrodita se enamoró y fue correspondida.

Mientras tanto, yo debía conformarme con observar desde la distancia al chico que me gustaba, no solo porque era el hermano de mi mejor amiga, sino también porque era mi mejor amigo.

No quería regresar a casa y enfrentarme al interminable festín de comida de Acción de Gracias que podría tentarme a caer en un atracón. Estaba furiosa conmigo misma; llevaba casi una semana resistiendo la tentación. El hielo, la goma de mascar y la toronja se habían convertido en mis aliados para mantener el control.

Cuando la sensación de hambre se apoderaba de mí, optaba por los cereales de fibra para calmar mi ansia por comer. Me sentía como una tonta.

Aferrándome al buzo que Eros me había regalado en mi cumpleaños, me encaminé hacia la playa. El mar siempre lograba centrarme; el sonido de las olas calmaba mi mente. Amaba venir a Rocky Point por esa razón. Las voces callaban con cada rompiente que llegaba a la orilla; si cerraba los ojos, podía fusionarme con el mar.

Mientras caminaba, percibí cómo mi corazón latía con fuerza. Estaba agotada y llevé mi mano al pecho al sentir una contracción. Mi cabeza empezó a dar vueltas, giré mi cuerpo mirando hacia la imponente casa donde la fiesta estaba en su apogeo. Vi a Adonis hablando por teléfono; una opresión en el pecho me hizo soltar un grito, mis piernas perdieron fuerza y caí.

Mi cabeza impactó contra la arena y todo se sumió en la oscuridad.

EROS (dieciséis años)

—Deja de mirarla, la vas a gastar —Adonis golpeó mi hombro con el suyo—. Ve y dile que te gusta.

—Cállate, ¿quieres? —mascullé furioso—. ¿No te parece que se ve delgada?

Mi hermano tomó un palito de queso y lo untó con salsa de queso amarillo. Masticó lentamente y tragó, luego acomodó sus anteojos antes de responder.

—No, está en la etapa de los cerillos.

—Acabas de inventar eso —refuté, aunque podría ser cierto, de los dos Adonis era el sabelotodo.

—No, tenemos dieciséis; las chicas se preocupan por estar delgadas, los chicos por hacer músculos... ciencia.

—Eso es vanidad —afirmé.

—Lo dice el señor «voy al gimnasio todos los días y tengo un *six pack* en los abdominales». Esta vez fui yo quien lo golpeó.

—No deja de verse hermosa...

—Dile que te gusta —insistió.

—No me gusta —rebatí.

—Sí, cómo no —tomó otro palito.

—Si sigues comiendo, engordarás.

—Da igual si no le gusto a la chica que me gusta —dijo con la boca llena. Sabía que estaba interesado en Maria Elizabeth Malinov, pero ella era una princesa custodiada por sus hermanos mayores Demian y Declan.

—¿Ya le dijiste que te gusta?

—Sí, pero no me dio respuesta —dijo cabizbajo.

—Podemos ejercitarnos juntos, cuando volvamos a la escuela seguro te dirá que sí. Y si no, conquístala con tu encanto, pídele consejos a papá —los miramos, papá y mamá bailaban en la pista—. No es como si no hubieras tenido novias.

—Lo haré si tú le dices a Sarah que estás enamorado de ella.

Resoplé.

—Eso jamás va a suceder. ¿Recuerdas a Lilah? Afrodita me dijo que si volvía a tener intimidad con una de sus amigas, me dejaría eunuco. —mi hermano rodó los ojos—. Además, quiero mucho a Sarah, no quiero lastimarla. Aún no tiene su primer novio, y no quiero ser yo quien rompa su corazón.

—¿Quién dice que vas a romperlo?

—Lilah, Josephine, Arilene, Eliza, Lis, Cinthya y Carol me odian —enumeré a mis exnovias, mujeres que ahora no me querían ver ni en cuadro—. Sabes lo difícil que es encontrarnos en las fiestas o la escuela. Si tuvieran superpoderes, estaría hecho polvo.

—Quizá con Sarah sea para toda la vida.

—Tenemos dieciséis —dije rodando los ojos—. A esta edad las chicas no son para toda la vida, son para experimentar las cosas buenas de la vida... como el sexo.

—O el amor. Voy a casarme con María Elizabeth Malinov, no hoy, no mañana, ni siquiera en un año, pero lo haré.

—Suerte con eso —toqué su hombro, mi teléfono vibró y sonreí ante el mensaje de mi última conquista. No fue difícil seducir a Isabella Spencer, me gustaba estar con ella. Era mayor y sabía muchas más cosas que yo—. Voy a contestar.

Salí de la casa y caminé hacia la propiedad de mis padres que estaba a unos tres kilómetros de la casa principal por lo tanto no se escuchaba mucho la música.

La cena de acción de gracias era un acontecimiento en la familia Farell y un motivo de fiesta en la casa de verano ubicada en Rocky Point.

Una vez estuve alejado de la casa grande contesté, lo primero que vi fue el escote de mi novia.

—Feliz acción de gracias para mí —dije escuchándola reír.

Conversamos cerca de un cuarto de hora, ella estaba en México junto a su familia y volvería en unos días. Estaba a punto de colgar cuando Afrodita llegó corriendo hasta donde estaba.

—¿Me ayudas a buscarla? —insistió.

—¿Sabes dónde puede estar? —cuestioné mientras daba un vistazo alrededor, mi hermana se encogió de hombros—. Ve a la casa y yo por la playa.

Vi a Afrodita dirigirse hacia la casa y estaba a punto de ir a la playa cuando me entró un nuevo mensaje de Isabella, arrodillada sobre la cama en ropa interior roja, inmediatamente presioné el icono de llamada.

La llamada con Isabella se vio interrumpida por golpes a su puerta, ella colgó rápidamente y recordé que Afrodita me había pedido ayuda. Le envié un mensaje preguntándole si ya había hallado a Sarah, ella contestó con un sticker que negaba con la cabeza.

Bordeé la casa de mis padres y tomé el camino más rápido para ir a playa, mientras caminaba le envié un mensaje a Isabella preguntándole si todo estaba bien.

Vi a Sarah cerca de la orilla de la playa, estaba acostada en la arena de medio lado tenía el buzo que le había regalado para su cumpleaños y el viento le movía los cabellos, guardé el celular y corrí hacia ella.

—Sarah vas a tener arena hasta en el... —me agaché y moví su hombro—. ¿Sarah?

Su cabeza se echó hacia atrás, su rostro se veía ceniciento, sus labios pálidos, la recosté sobre la arena, tomé su muñeca tomando su pulso, pero era muy débil, llevé mi oído a su pecho sin que pudiera escuchar latido, mi corazón se estrujó con fuerza mientras llevaba mi mano a su pecho en un intento de reanimarla. Saqué mi celular y marqué a mi padre rápidamente.

—¡Papá es Sarah no responde! —grité—. No puedo sentir su pulso, estoy haciendo compresiones, pero no hay cambios, estamos en la playa frente a tu cabaña.

—¡No la muevas, voy para allá! No dejes de hacer compresiones en el pecho, Eros.

Dejé de escuchar a papá y seguí presionando su pecho.

—Despierta, Sarah, despierta... no te mueras, Sarah. Te amo, te amo, no puedes morirte... ¡por favor! —El miedo heló mi cuerpo, pero no deje de presionar su pecho, abrí su boca y le di respiración—. Por favor Sarah, por favor... —susurré volviendo a presionar su pecho, no sé cuánto tiempo pasó, pero se sintió como mucho tiempo antes de que papá llegara alejándome de ella.

Me quedé sentado sobre la arena, mientras veía a mi padre continuar con las compresiones, negando con la cabeza y pidiéndole que volviera a mí.

Capítulo 1

EROS

—¡Mierda! —bramé antes de tirar la puerta con fuerza y tirando la mochila al sofá con furia.
«¿Qué demonios se creía esa mujer?».

—¡Auch! ¿Qué rayos te pasa, Eros?

Miré a mi compañera de apartamento levantarse del sofá, dejó sobre la mesa lo que parecía un manuscrito mientras se acariciaba la cabeza debido al golpe que le propiné.

—¿Qué rayos traes en esa mochila? ¿ladrillos? —se quejó sin dejar de tocar el lugar adolorido.

—Joder, no te vi. ¿Estás bien? —rodeé el sofá para sentarme junto a ella y comprobar su estado. Todo parecía estar bien—. Son algunos libros de papá, los necesito para los exámenes.

—¿Libros? —Arqueó una ceja y se alejó—. ¿Acaso conoces Internet?

—Tonta... —tomé mi mochila—. Es inaudito que tú, una comelibros diga eso, todo el mundo sabe que los libros siempre serán mejores que Google.

—Google se nutre de los libros, sabelotodo —rebatí.

—Bueno, al menos sé que no tienes una contusión.

—Necesitaré una aspirina más tarde, eso es seguro. —Se acomodó al estilo indio, su camisa se estiró dejando un hombro descubierto y un escalofrío me invadió, por lo que desvié la mirada sintiendo una extraña sensación.

Una que no sentía desde que era un adolescente.

Hacía un mes Sarah había llegado en medio de la noche solo con la ropa que tenía puesta pidiéndome dos cosas; la primera era quedarse unos días conmigo, la segunda fue que no hiciera preguntas.

Abrí mi puerta y le dije que era bienvenida, no hice preguntas a pesar de que tenía un montón de dudas. Días después me contó la manera en que encontró la polla de su novio, Christopher, dentro de la boca una becaria una noche en la que, según él, tenía mucho trabajo.

Los días se transformaron en semanas y luego su presencia se volvió permanente, no me quejaba, me gustaba su compañía. Sarah siempre fue mi mejor amiga, me entendía a límites que ni yo mismo lo hacía, creía y confiaba en mí así que se me hizo natural tenerla en mi espacio, sobre todo porque nuestra amistad se había debilitado cuando ella empezó su relación con Christopher.

A pesar de que Afrodita trajo su ropa un par de días después, Sarah empezó a usar mis camisas de la secundaria, aunque le quedaran enormes, no era como si me importara, podía usar todo mi jodido clóset si ella quería, solo había un problema, cuando usaba mis camisas, eran solo mis camisas, por lo que partes de su piel quedaban a la vista en más ocasiones de las que podía contar; además, desde que se mudó, renació en mí sentimientos que no abrigaba desde hacía mucho tiempo.

Verla con mi ropa puesta solo alentaba a mis hormonas a desearla como un loco, despertaba cada mañana con una erección furiosa que solo quería una cosa.

A ella.

Pero nunca... ¡Jamás! Podríamos tener algo.

Me gustaba el sexo, experimentar y sobre todo, me gustaba la variedad. Casi nunca estaba

más de dos meses con la misma mujer, incluso había ocasiones en que ni siquiera repetía. Bien dijo el filósofo Maximiliano Evans Farell antes de casarse con mi madre:

El mundo es un gran océano, con una gran variedad de peces.

Y yo quería nadar y conquistar sirenas.

Sarah era una chica de relaciones serias y el compromiso y yo no éramos los mejores amigos, además, ella era débil emocionalmente y jamás me permitiría que ella tuviese una recaída por mí.

En ocasiones, mi abuelo Dereck se burlaba de papá diciendo que era peor que él a su edad. Mi padre era un seductor nato, aún conservaba su programa de radio y seguía teniendo un gran número de admiradoras, casi rivalizando con los fans que tenía mi madre, una escritora de romance erótico.

—¿Estás bien? Parece que te hubiesen dado un golpe en la cabeza.

Negué observándola de nuevo, Sarah en mi camiseta del equipo de fútbol de la escuela era como la más grande fantasía sexual y si de fantasías hablábamos yo tenía muchas.

—Tierra llamando a Eros —masculló Sarah riéndose.

—¿Qué sucede?

—Estás en tu mundo de fantasía —ella rodó los ojos—. Te preguntaba qué sucedió, avientas cosas cuando estás molesto o cuando quieres hacer una pataleta.

—Yo no hago pataletas —me levanté del sofá y caminé hacia la cocina buscando el frasco de Tylenol y agua para ella, y una cerveza para mí—. ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en clase.

—No quise enfrentarme con Christopher hoy. Ha estado mensajeando y pidiéndome hablar con él de nuevo, pero no tenemos nada de qué hablar, mis calificaciones en esa asignatura son perfectas, así que no tendré que hacer el examen final gracias al señor Archer.

Era verdad, el imbécil se las había arreglado para ser el suplente del señor Archer, el maestro de literatura de Sarah.

Volví con ella y destapé el frasco, pero ella negó por lo que todo terminó en la mesita.

—Sarah no puedes seguir escondiéndote de ese imbécil.

—No me estoy escondiendo de él.

Arqueeé una ceja, incrédulo, Sarah y Christopher tenían casi año y medio de relación, incluso se aventuraron a vivir juntos unos cuantos meses atrás. No estuve de acuerdo con ello, el monstruo de los celos hizo su aparición, a pesar de que no tenía ningún derecho, Sarah y yo tuvimos una gran discusión cuando me recriminó su falta de apoyo, y es que no era el único que pensaba que vivir con él era un error, la tía Sam, madre de Sarah y Sury, pensaban que era precipitado.

Christopher nunca me pareció el hombre correcto para Sarah, había algo en él, en sus estúpidas corbatas y cargaderas que no me gustaba. Quizá su edad, era casi diez años mayor que Sarah, o su moralismo anticuado saben lo que dicen no hay que confiar en el tipo de persona que aparenta ser correcta, por lo general son los que esconden su verdadero rostro.

Adonis me llamó paranoico, justificó mi aversión hacía Christopher en el hecho de que amábamos a Sarah como a una hermana y, como con Afrodita, para mí ningún hombre sería el correcto para ella.

Pero mi hermano sabía que yo nunca había visto a Sarah como una hermana, al menos no desde que las hormonas se me alborotaron a los catorce años y empecé a fijarme en ella, en su silueta, en su cuerpo o sus labios.

—Simplemente me molesta su acoso. ¿De qué vamos a hablar? ¿Por qué ustedes piensan que con decir “No es lo que piensas” lo solucionan todo? —La voz de mi mejor amiga me sacó del mini estupor al que me había inducido.

—Porque muchas veces no es lo que piensan. —me encogí de hombros.

—¿Qué más puedo pensar si encuentro su polla en la boca de Khristy Anderson?

—Ella podría estar practicando para tocar flauta^[1] —ironicé, Sarah me arrojó un cojín haciéndome estallar en carcajadas, al final ella también se estaba riendo, al punto que me tomó una pequeña fracción de tiempo calmarme—. ¿Quieres que hable con él? —pregunté, y por hablar me refería a darle un golpe, preferiblemente darle una patada en los huevos por infiel.

Dejarlo eunuco me parecía una idea tan atractiva.

Ella se quedó pensativa, nunca le había preguntado a Sarah que sucedió después de que ella encontró a Christopher en esa situación, tampoco porque no había preferido ir con sus padres.

—¿Sarah?

—No, déjalo así, no vale la pena perder el tiempo con personas como él. Y no evadas el tema, sigues sin decirme qué te tenía tan molesto, pensé que estarías planeando el próximo fin de semana en los Hamptons con alguna de tus chicas.

—Esa era la idea, fin de semana de desconexión total antes de que los exámenes me aplasten.

—¿Y qué sucedió?

—Becca, Becca sucedió.

—¿Qué pasa con ella?

—Organizó una cena para esta noche con sus padres, ¿puedes creerlo? le he dejado muy claro que no asistiré, así que se ha enojado y me ha mandado al diablo, después de darme un repertorio de insultos por cerca de una hora, como si fuese mi jodida culpa, por eso no tengo novias, por eso fui muy claro con ella cuando le dije que era solo diversión sin exclusividad. ¿Acaso es muy difícil de entenderlo?

Papá había sido claro cuando nos dio *la charla* justo cuando cumplimos dieciséis, podíamos divertirnos, siempre y cuando fuésemos claros desde un principio. Así que, tenía dos reglas, la primera; siempre habla con la verdad, la segunda, siempre usa preservativos.

—¿Estás seguro de que le hiciste entender eso? Quizá no fuiste lo suficientemente claro y puede que ella haya entendido que lo que tienen es una relación seria, llevan casi tres meses juntos, no te he visto con nadie más, a lo mejor pensó que este era el siguiente paso y...

—Que Christopher no haya tenido los cojones de decirte las cosas desde un principio no significa que todos seamos iguales, créeme, algunos tenemos los huevos lo suficientemente grandes para decir que no queremos ser monógamos.

—Eres un imbécil.

Sarah se levantó del sofá, completamente molesta.

—Sarah.

—¡No me hables!

Antes que pudiera decir algo en mi defensa, tiró la puerta de su habitación tan fuerte que pensé que se me había desgarrado el tímpano. Mujeres. Renunciaba a las mujeres. No más mujeres en mi vida... Nah, probablemente se me caería la polla si no estaba con una en más de un mes.

Nunca había pasado, pero no había que tentar al destino.

El futuro sería muy sombrío si no hubiera un Eros Evan Farell repartiendo sus talentos.

Pero por lo pronto no habría más mujeres, me enfocaría en pasar los últimos exámenes y luego pasaría las fiestas con mis padres.

Me dejé caer en el sofá, cerrando los ojos con fuerza mientras me recostaba queriendo descansar un poco. Mi teléfono sonó y lo saqué de mi bolsillo esperando encontrar la llamada de mi hermana anunciando que me colocaría los huevos de corbata por lastimar a su amiga, o peor,

Becca insistiendo para que viese a sus padres y actuara como un novio.

No tenía madera de novio, no me veía atándome a una mujer y teniendo lo que tenían mis padres, tíos o abuelos; a mí me gustaba el placer, me estaba formando para poder darlo y obtenerlo mientras me divertía en el proceso.

Afortunadamente era mi padre por lo que contesté inmediatamente.

—Papá.

—¿Estás libre esta noche? —Siempre directo al punto.

—Lo estoy.

Becca y sus padres podrían irse al carajo.

—Está bien, tu madre tiene algo que decirnos así que te esperamos esta noche.

—¿Qué es?

—No lo sé, solo espero que no me diga que está embarazada, los amo, pero cuento los días para que solo seamos tu madre y yo, nunca hemos sido los dos solos.

Sonreí, mi madre había quedado embarazada cuando ella y mi padre jugaban al maestro y la alumna. Y no estoy hablando de un juego de rol. Mis padres, literalmente, habían firmado un contrato sexual. Nos enteramos de todo a los dieciocho años, cuando Afrodita leyó de manera ilegal el tercer libro erótico de nuestra madre: Enséñame.

—Estaré ahí. ¿Ocho en punto?

—En punto.

Colgué y caminé hacia la cocina buscando una soda de dieta antes de llevarla con Sarah.

Capítulo 2

EROS

Sarah no abrió la puerta por más que le dije que era un idiota, inmaduro y que lo sentía. Faltaba poco para las ocho así que tomé mi chaqueta y cartera, antes deirme deje pegado a su puerta un post-it con un tonto dibujo de una carita llorosa, la casa de mis padres estaba a solo un par de cuadras por lo que la mayoría de las veces iba caminando.

Siempre era bueno cenar en casa, me hacía recordar cuando apenas éramos unos niños, no me quejaba de nuestra emancipación obligada a los dieciocho, papá nos dijo que necesitábamos encontrar nuestro camino, hacer todo por nuestra propia cuenta y elegir nuestro futuro, incluso se quejó porque él lo había hecho a los dieciséis.

Tuvimos empleos de medio tiempo mientras terminábamos la escuela y un año sabático para aprender sobre la vida, papá nos daba un presupuesto al mes siempre y cuando siguiéramos trabajando. A los diecinueve comencé la universidad. Siempre quise ser genetista como el abuelo, a diferencia de Adonis que eligió ser pediatra y Afrodita que seguía los pasos de papá. Como la universidad no era fácil, papá aumentó nuestro presupuesto y permitió que dejáramos nuestros empleos, sin embargo, yo administraba, junto a William, Fetiches, una discoteca que es propiedad de nuestros padres.

Vivía solo desde los dieciocho, el sueño de cualquier adolescente.

Yo era ese adolescente.

Así que viví mi propio Eros en el país de las maravillas. Las maravillas del sexo.

Y era bastante bueno según mis compañeras de cama. De algo tenían que servir los libros de mi padre en la biblioteca, aunque los de mamá fueran más descriptivos. Si querías aprender a follar, tenías que saber qué es lo que las mujeres quieren, mamá era una de las mejores escritoras de erotismo según el New York Times.

No hay mejor material instructivo que un libro porno-erótico.

La cena con papá y mamá fue tranquila, Mamá nos anunció que se tomaría un año de descanso de sus obligaciones y su pluma, lo que era realmente una locura, a pesar de que ella siempre estuvo para nosotros, no había un momento en el que no la recordara tipeando, fuese en su computador, su tablet o incluso su celular; siempre estaba inmersa en una nueva historia, sin embargo, vi la mirada que ella y Afrodita intercambiaron, papá parecía ajeno a lo que fuese que mamá y Afro compartían.

Cuando se acabó la cena, Emmerson insistió que me quedara a jugar una partida de Borderlands 3, solo quedaban un par de meses para que él se fuese a la universidad. A diferencia de Afrodita o de mí, Emmerson había elegido la universidad de Minnesota gracias a una beca de fútbol americano, por lo que pasar un poco de tiempo con mi hermanito antes de que se fuese no me caía nada mal.

Estábamos en plena partida cuando Afrodita entró al estudio.

—¡Solo chicos! —gritó Emm lanzándole un cojín a nuestra hermana como cuando tenía siete años.

Afro lo atrapó rápidamente sentándose a mi lado, llevaba algunos meses viviendo en casa de nuestros padres ya que estaba remodelando su departamento.

—¿No puedo pasar tiempo con mis hermanos? Un día ya no estaré aquí y me extrañarán.

—Papá nunca dejará que te vayas —bromeó Emmerson.

—Papá no puede detenerme —dijo mi hermana, entrecerré los ojos hacia ella, Afrodita nunca decía cosas al azar, era la mujer más segura y cuidadosa al elegir las palabras que conocía.

Emmerson aprovechó mi descuido para tomar ventaja en el juego por lo que dejé de pensar en mi hermana para seguir jugando, estábamos en plena partida cuando Afrodita habló:

—Entonces... ¿hasta cuándo va a quedarse Sarah en tu casa?

—Hasta cuando ella decida irse —contesté sin dejar de mover el joystick.

—Eso es nuevo...

—Silencio —chistó Emmerson—. Juega, Eros.

—Juega tú —respondí afinando mi puntería.

—¿No es extraño? Nunca has querido compartir departamento, ni siquiera cuando tuve problemas con la tubería en el mío.

—Tienes una habitación aquí, no es como si estuvieras en la calle.

—Sarah tiene una habitación en la casa de sus padres también.

—Mierda —rumié cuando casi me matan—. Ella no quiere ir con sus padres, no seré yo quien la corra.

—Le ofrecería mi departamento, pero están remodelando aún —dijo mi hermana justo cuando acababan con mi vida en el juego—. Puedo hablar con mamá, sería de mucha ayuda aquí conmigo.

—No —masculé.

—¿Qué has dicho?

—Deja a Sarah en paz. —Mi voz se escuchó mucho más dura de lo que pretendía.

Emmerson pausó el juego.

—¿Te gusta Sarah?

Le di un zape revolviendo sus cabellos.

—Sigue hablando idioteces y pondré tu culo en la silla del maldito barbero.

—¡Lenguaje! —gritó mamá desde algún lugar de la casa, como si mi padre no maldijera cada dos por tres.

—Al menos sabes si está bien, tú sabes —dijo mi hermana—. ¿Ella se está alimentando bien? Estoy preocupada por ella, todo esto que sucedió con Christopher... esta mañana estuvo más tiempo en la elíptica que de costumbre y cuando le pregunté dijo que solo estaba exagerando.

—Porque seguramente lo estabas, Sarah está bien —dije reanudando el juego—, simplemente necesita su espacio.

Había bajado un par de kilos, pero se estaba ejercitando, iba a correr conmigo día de por medio, además, estaba en el gimnasio con mi hermana, y en cualquier caso, ¿qué mujer no baja un poco de peso después de una ruptura?

—¿Acaso no necesitas tú el espacio? Tu departamento es lo más parecido a una residencia del barrio rojo de Ámsterdam, salen más mujeres de tu puerta que de un harem.

—No estoy llevando mujeres a la casa.

Era cierto, conocí a Becca un par de días después de que Sarah llegara a casa, y ella tenía su propia casa.

—No te estás follando a Sarah ¿verdad, Eros?

Me giré para ver a mi hermana justo cuando Emmerson terminaba la partida.

—Los odio a los dos —gritó saliendo del estudio, blasfemando que la ira de *Ken Kutaragi* ^[2] cayera sobre nuestros traseros.

Adolescentes.

—¿Eros? —la voz de Afrodita era severa—. Lo preguntaré una última vez, ¿tú y Sarah

están...?

—¡Por Dios no! —Me levanté del sofá—. Sarah es como mi hermana.

Afortunadamente nunca le dije a mi hermana mis sentimientos hacia Sarah, un día me amenazó con cortarme las bolas mientras dormía si volvía a enredarme con una de sus amigas.

Ella arqueó una ceja.

—El problema aquí es que Sarah no es tu hermana.

—Ella es mi mejor amiga —me defendí, Afrodita se recostó cruzando sus piernas y mirándome fijamente, ella tenía la mirada de nuestra madre esa que nos hacía sentir sutilmente nerviosos—. Aunque no lo creas existe la amistad entre un hombre y una mujer, Afrodita.

—Y no lo dudo, Eros, pero la mayoría de tus amigas terminan en tu cama y no quiero perder a Sarah como perdí a Lilah.

Lilah Cooper era la mejor amiga de Sarah y Afrodita en la secundaria, la invité al baile y lo hicimos en mi auto, al día siguiente pensó que me casaría con ella... Me acusó de robar su virtud y jugar con sus sentimientos.

Tuve una larga charla con papá después de ello y la amistad entre mi hermana y Lily se acabó, habían sido amigas desde el primer día de escuela, pero ella decidió cambiarse de escuela después de nuestro desliz.

—Sarah está bien, deja de ver películas donde no las hay, una ruptura necesita tiempo y paz Afro.

—Siempre has tenido debilidad por Sarah, de niña estaba muy celosa por ello.

—Te repito estás viendo cosas donde no las hay, ya te dije, ella es como mi hermana; en cuanto a mis ligues, existen hoteles y tengo una amex negra gracias al abuelo. Además, tenía una especie de acuerdo con Becky.

—¿Tenías? —Su ceja volvió a elevarse. Afrodita era tan buena como mamá para sacarte los trapos sucios, echarlos a la lavadora y guardártelos limpios.

—¿Quién eres? ¿La jodida inquisición? —Me levanté del sofá

La puerta se abrió y papá asomó la cabeza.

—Justo a ti te estaba buscando, ven —dijo salvándome de más preguntas incómodas antes de cerrar la puerta.

—Esta conversación no ha terminado.

—No, querida hermana, esta conversación termina aquí o le diré a papá que usas el teléfono de la oficina para tener sexo telefónico con Thiago a medianoche.

—No serías capaz —contestó entrecerrando sus ojos.

Acababa de inventar eso, pero por la reacción de mi hermana parecía que había dado en el clavo.

—No me pruebes...

Un grito de papá me hizo salir de la habitación. Justo antes de que Afrodita me lanzara un cojín. El estudio de mi padre estaba frente al de mamá que estaba justo al lado del estudio de videojuegos.

—Para qué soy bueno.

—Sigue, siéntate.

En vez de hacer lo que él me dijo caminé hacia su bar y tomé una copa de whisky.

—Eros...

—Papá.

—¿Viniste en el auto o la moto? No deberías beber si piensas conducir.

—Lo sé, pero es solo una copa y vine caminando. ¿Qué necesitas?

—Necesito que hagas algo por mí, ¿te apetecería viajar a Las Vegas este fin de semana con todos los gastos pagos?

—¿Es una pregunta trampa? —Me reí.

—No, simplemente Blake me ha citado y no puedo ir, Thiago nos ha invitado a cenar este fin de semana, dijo que era importante, acordé esta reunión con Black hace varios meses y no quiero tener que posponerla, Jeremy y Will estarán fuera de la ciudad así que agradecería si pudieras relevarme.

—Papá, pero si ni siquiera sé qué tema ibas a tratar en Las Vegas con el señor Black.

—Black quiere lo mismo de siempre, hijo, hacer mejoras al club, dale lo que quiera, pero seguimos siendo socios en igual proporción de ganancias netas, es más, no tienes que ir solo, puedes invitar a alguien. Sienna te entregará mañana todo lo que necesites.

Un viaje a la ciudad del pecado antes de entrar en época de exámenes era justo lo que necesitaba.

—Está bien, cuenta conmigo —tomé el contenido de mi copa y me levanté—. Creo que debo irme a casa.

—¿Cómo está Sarah? Escuché una conversación entre tu madre y Sam, y ambas están preocupadas, ¿sabes si se está alimentando bien?

—Sí, ¿por qué están tan preocupados? Ya no tiene dieciséis y es un episodio superado, *pa*, denle un poco de crédito, ella está bien, enfocada en que se termine este semestre de una buena vez.

—Tiempo al tiempo, me alegra que esté contigo, pero no está de más que la cuides, ella ha tomado su ruptura con Christopher muy tranquila y ya sabes lo que dicen de la tranquilidad, me preocupa que esté escondiendo sus verdaderos sentimientos, así que por favor cuídala.

—Eso no tienes que pedirlo.

Me despedí rápidamente de mamá y luego caminé de regreso a casa, esperaba encontrar a Sarah en su habitación así que me sorprendí al hallarla de nuevo en el sofá leyendo su manuscrito, observé que en la mesita reposaba una caja de pizza mediana a medio acabar, seguía con mi camisa puesta y por un instante mi mirada se perdió en sus largas y tonificadas piernas, Sarah era pequeña, delgada, rubia como su padre y de rostro menudo y armónico. Cerré la puerta y ella se giró viéndose sorprendida.

—Eres tú —rodó volviendo al documento en sus manos.

—¿Esperabas a alguien más?

—Al protagonista de este libro que folla como un dios...

—Entonces me esperabas a mí ... —enuncié pagado de mí mismo, caminé hacia la cocina y busqué una Coca Cola del refrigerador, volví a la sala y tomé sus piernas sentándome a su lado, ella reposó sus piernas sobre las mías.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y tomé una porción de pizza de la caja para calmar mis hormonas.

—Eso es mío.

—Demándame —dije con la boca llena, a pesar de haber comido en casa de mis padres.

—Pensé que habías ido con Becca o la siguiente en tu lista —masculló desdeñosa.

—Las listas son cosas del tío David, así que no estaba con nadie y lo de Becca se acabó —afirmé, pero ella me ignoró—. ¿Sigues enojada? —Silencio—. Toqué tu puerta, diez veces.

—Te escuché en la primera y no quise abrir, eso debió decirte algo.

—Lo sé, pero soy insistente... —el silencio volvió a llenar la habitación—. ¿Al menos viste mi muñequito triste? —Ella asintió—. Lo siento, Sarah, no quise meter el dedo en la herida.

—Pero lo hiciste —rebatí, noté sus ojos enrojecidos e hinchados y su nariz estaba un poco roja.

—¡Ya sabes, si hay que ser un idiota, tengo que ser el mejor! —dije riendo y rascando mi nuca, a ella no le hizo gracia—. Oye —mi mano se posó en su rodilla desnuda—, yo no soy Christopher, no deberías estar enojada siempre conmigo he sido sincero con las mujeres, el placer es un juego de piel, no del corazón.

—Es por eso que tú no tienes uno —se giró deslizando un plato con dos sándwiches sin orillas perfectamente cortados.

—Sí tengo uno —tomé otra rodaja de pizza viendo que solo quedaban cuatro porciones de doce—. Es por ello que te digo que no vale la pena que sufras por una porquería como Christopher. Él se lo pierde.

—No hablemos de él. Si no estabas con Becca ¿dónde estabas?

Maniobra evasiva del tema.

—Cena en casa, Afrodita dijo que mañana no podrá acompañarte al gimnasio, que por favor no te pases en la elíptica —mentí.

—Afrodita exagera, solo hice media hora más, quiero aumentar mi ritmo —resopló—. ¿Están todos bien en casa? —Se acomodó en el sofá y su pierna rozó sin querer mi ingle.

Tuve que tragar el pedazo de pizza en mi boca con fuerza.

—Bien, ¿puedes creer que mamá piensa tomarse un año sabático?

—¿Ya lo sabe mi madre? —Dio un bocado al sándwich y yo me encogí de hombros—. Seguramente le dará una apoplejía —se rio—. Papá tendrá las manos llenas.

—Oye, hablando de tus padres... Papá escuchó una conversación entre la tía Sam y mamá, dice que están preocupados por ti, nena, deberías ir a visitarlos o quizá llamarlos.

—Lo haré, es solo... —bajó la cabeza—. No sé si me pueda contener con ellos —cuando elevó el rostro, sus ojos estaban vidriosos—. Siento que voy a desmoronarme si ellos me tienen lastima por lo ocurrido, además... —llevó la mano hacia su cabello y se peinó hacia atrás—. Cada día rememoro el momento en el que abrí la puerta de la oficina de Chris y encontré a esa mujer... —su voz se cortó y sus ojos se aguaron—, no puedo dejar de pensar qué hice mal, ¿por qué no fui suficiente?

Dejé la Coca Cola sobre la mesita y quité de sus piernas el fajo de hojas que contenía el manuscrito antes de tirar de su mano hasta que ella estuvo sentada sobre mis piernas.

La dejé llorar porque sabía que estaba dolida y se sentía traicionada, la había escuchado llorar desde mi habitación las primeras noches y siempre quise hacer esto, acunarla, hacerla sentir que estaba para ella. El deseo de golpear a Christopher se hacía más fuerte con cada lágrima que ella derramaba en su nombre.

Él no las merecía.

—Nunca vuelvas a decir que no eres suficiente, Sarah, no es tu culpa que ese idiota no supiera mantener el pito guardado cuando tenía un compromiso contigo.

—Entonces, ¿por qué me siento como un fracaso? —Se alejó de mi pecho—. Él en ocasiones decía... mejor olvídalos.

—¿Qué decía? ¿Qué se atrevió a decirte?

—Dije que lo olvides —se secó las lágrimas con las manos—. Es solo que no puedo entenderlo.

—No fue tu culpa, eres hermosa, Sarah, inteligente, divertida... No eres culpable de que un imbécil no haya visto lo espectacular que eres.

—Te faltó decir que soy una llorona —dijo limpiando su nariz con una servilleta.

—Nah, no lo eres, confiar en alguien que te lastima, decepciona y duele le pasa a cualquiera, y como dice papá, es mejor sacar ese dolor que hacer que se pudra en tu interior —se bajó de mis piernas y tomó el manuscrito.

—¿Qué estás leyendo? —pregunté tomando la última rebanada de pizza—. ¿Te comiste las mejores porciones?

Se tensó un poco y me reprendí por bocazas, no hacía comentarios sobre comida con Sarah, no desde que estuve a punto de perderla.

—No había almorzado y tenía hambre —justificó rápidamente.

—Sabes que tienes que comer a las horas señaladas en tu programa.

—Sí, papi — a pesar de que la connotación de la palabra “papi” no había sido sexual, hizo que me erizara—. Esto es un Dark Romance.

—¿Es bueno?

—Tiene los condimentos para los libros que le gustan a las chicas hoy en día. Sexo explícito, una chica en apuros y un mafioso dispuesto a todo por ella, creo que lo aprobarán —a pesar de sus palabras podía ver que nuestra conversación acerca de Christopher había dejado una sombra de tristeza.

Quizá un fin de semana lejos de Nueva York, donde pueda encontrar un hombre que al menos por una noche le haga olvidar al imbécil del ex.

—¿Tengo mocos en la cara? —curvó una ceja—. ¡Eros! Odio cuando te pierdes en tu mundo —negó con la cabeza.

—¿Qué mundo?

—No lo sé, pollalandia —arremetió y yo respondí riendo—. ¿Por qué me mirabas fijamente?

—Solo pensaba en algo que me propuso papá, ¿quieres venir conmigo a Las Vegas por el fin de semana?

Capítulo 3

EROS

—¿Las Vegas? ¿Qué haremos en la *ciudad del pecado*? —Se levantó y buscó una botella con agua en la nevera.

—¿Pecar?

Me lanzó una servilleta, volviendo a sentarse a mi lado.

—Tú haces eso bastante bien estando aquí, listillo.

—Yo soy un pequeño ángel, no te confundas.

—Por supuesto, Lucifer —bebió un trago—. ¿Qué haremos en Las Vegas?

—Papá quiere que lo supla en una reunión, al parecer, Thiago necesita tratar algo urgente con él —expliqué y Sarah bajó la mirada—. Algo que tú sabes, por lo que veo —sonrió— ¿Me lo dirás? —sorteé, pero negó con la cabeza—. Afrodita no está embarazada, ¿verdad? —Me levanté—. Voy a matar a ese hijo de...

—¡Cálmate! —tiró de mi camisa deteniéndome—. Ella no está embarazada, pero sí tiene que decirle algo a tus padres, algo que no voy a revelarte, porque no es mi noticia para contar, te enterarás con los demás.

Entrecerré los ojos y luego me encogí de hombros, lo que sea que estuviera tramando mi hermana, papá lidiaría con ello.

—Está bien, supongo que papá me lo dirá cuando lo sepa... —mantuvimos un silencio cómodo mientras terminaba de comer—. Entonces ¿viajas conmigo?

—No lo sé... faltan menos de seis semanas para que empiecen los exámenes finales...

—¡Vamos! Aún hay tiempo, papá me dijo que podía llevar un acompañante y se ofreció a pagar, Maximiliano Evans Farell no paga nada desde que nos entregaron los fideicomisos, así que podemos tomar este viaje como unas mini vacaciones pagas antes de enterrarnos de cabeza en los libros.

—¿Y quieres que yo te acompañe a Las Vegas? —dijo escéptica.

—No puedo pensar en mejor compañía.

—Podrías llevar a Becca.

—¿Becca? ¿Cuál Becca?

—Rebecca Tanner ¡tu novia!

—¿Mi qué? Desconozco lo que esa palabra significa.

—¡Eros! —golpeó mi frente con otra servilleta echa bola—. Supongo que terminaron.

—Termi... —fue su turno de entornar los ojos—. ¿Por qué me haces esa cara? Sarah, para terminar algo uno tiene que comenzar. Becca y yo teníamos un acuerdo de piel que podía disolverse unilateralmente.

—Así que esa es la manera como le llaman ahora a follar sin compromisos “*acuerdos de piel*” —hizo comillas con sus dedos.

—Es lo que es y no pienso hablar de ese tema contigo porque no quiero herir tu susceptibilidad.

—¿Mi susceptibilidad? No es ser susceptible es que no puedo entender que...

La detuve antes de que continuara.

—Me gusta el sexo, Sarah, me gusta ejercerlo, hablarlo, recrearlo y no necesito una novia

para ello, solo quiero a alguien dispuesto a practicarlo según mis términos. Becca sabía lo que teníamos, sabía de nuestro acuerdo y era plenamente consciente que algún día terminaría, fuese por ella o por mí, las reglas de nuestro acuerdo eran muy claras. Así que... ¿vienes o no?

—Un fin de semana con todo pago en Las Vegas... —repitió meditabunda, yo asentí—. Suena bien, divertirme un poco y olvidar estos últimos meses de mierda.

—No sabía que era tan mal compañero, pero esa es la actitud, no imagino un mejor acompañante que tú —sonreí y ella me imitó—. Me voy a la cama, estoy muerto de cansancio— miré la triste y solitaria porción de pizza — ¿Vas a comerte la última rebanada? —Ella negó con la cabeza.

—Creo que comí más que suficiente. —Arquee una ceja.

—No vale la pena guardarla, se sentirá triste y sola en el refrigerador. —me lamenté haciéndola reír, amaba verla sonreír. —Buenas noches, Sarah. —tomé la porción y dejé un beso en su frente.

—Buenas noches, Eros.

Los días siguientes fueron vertiginosos, Entre mis compromisos escolares, mi trabajo en fetiches y mis horas de gimnasio, vi poco a Sarah, por lo general, cuando ella estaba en casa y estaba trabajando; las cosas con Becca seguían cayendo en picada, no solo me había hecho una escena en el campus acusándome de haber jugado con sus sentimientos, había esparcido el falso rumor de que estaba infectado con Clamidia. Gracias a ello estaba en la boca de cada maldito estudiante en el campus y podía ver a las chicas murmurando cuando pasaba a su lado.

En fin, estaba deseando con ansias disfrutar de un fin de semana con todo pago en la Ciudad del Placer.

.
. .
.

—¿Dónde nos vamos a hospedar? —preguntó Sarah tendiéndome un vaso con café, se sentó a mi lado esperando para embarcar.

—Papá hizo reservaciones en el Venetian aunque hubiese preferido que fuese en el Bellagio. El casino es fenomenal.

—El Venetian también tiene casino— rodó los ojos.

—Sí, pero no es tan genial, entiendo la elección de papá, el Venetian está mucho más cerca de Fetiches.

El llamado de nuestro vuelo hizo que nuestra conversación fuese interrumpida, embarcamos con tranquilidad y una vez estuvimos en nuestros asientos, Sarah reprodujo una película de una de las plataformas *streaming* en su tableta y compartió auriculares conmigo, me había quedado hasta tarde la noche anterior jugando en línea con Adonis, que estaba del otro lado del mundo, por lo que no supe en qué momento me quedé dormido.

SARAH

Eros se durmió media hora después de que el avión despegara, tampoco le estaba prestando mucha atención a la película que veíamos por lo que cerré la aplicación y abrí el libro que tenía

que entregar para la próxima reunión de propuestas, la historia de Olivia me golpeaba directamente en el pecho, nadie sabía lo que realmente había sucedido con Christopher, contar una pobre versión de lo que realmente había sucedido fue la excusa más cómoda y menos patética que pude hallar, la que menos vergüenza daba.

¿A cuántas mujeres nos han puesto el cuerno?

La culpa no había sido de Chris del todo, estuvimos siete meses de novios y todo fue perfecto, los problemas comenzaron una vez que empezamos a vivir juntos, fue cuando me di cuenta de que mi perfecto cuento de hadas era uno de terror.

Al principio pensé que era su manera de preocuparse por mí o que yo no estaba dando lo suficiente en nuestra relación, por eso me quedé, me negaba a darle la razón a mamá y a Sury sobre que vivir juntos era un error.

Había sido una estúpida.

Encontrar a Chris con Khristy había sido una puerta, una dolorosa salida para una relación que, aunque fue linda al principio se volvió nefasta.

Giré mi rostro y observé a Eros dormir, seguía haciendo el mismo mohín que cuando éramos niños, lo había amado en silencio por años y renuncié a él cuando me di cuenta de que siempre me vería como su hermana, su mejor amiga.

Por meses sufrí en silencio cada vez que tenía una nueva conquista, pero siempre estuve a su lado y él al mío, con el tiempo me resigné a ser solo eso, su mejor amiga, siempre me protegió, confió en mí y aunque no estuvo de acuerdo con mi decisión de irme a vivir en casa de Chris, me apoyó, quizá fue por ello que le busqué esa noche después de encontrarme la escena con Chris, sabía que no haría preguntas si le pedía que no las hiciera, estaba segura que me daría mi espacio mientras sanaba.

Porque las traiciones siempre duelen, sin importar los sentimientos que hayan de por medio y a pesar de que sabía que Christopher se desquitaba conmigo por sus propias inseguridades y que sus palabras no eran del todo ciertas, no podía evitar que incluso con el paso del tiempo siguieron rondando en mi cabeza.

Eros balbuceó un par de palabras que me sacaron de mis pensamientos, tenía la cabeza girada hacia mí, su boca entreabierta, labios rojos, húmedos, provocativos, el superior un poco más grueso que el inferior.

Mi mirada recorrió su rostro, no sé había quitado la barba de hacía unos días sin embargo esto no le quitaba puntos a su guapo rostro, tenía la nariz un poco torcida debido a un accidente en la escuela, sus ojos eran de una tonalidad azul grisácea, era poseedor de largas y abundantes pestañas que eran la envidia de cualquier mujer, sus cejas eran tupidas, gruesas, todo eso enmarcado en un rostro hermoso y muy masculino.

Eros siempre fue extremadamente guapo, pícaro, arrogante para quien no lo conocía bien y un follador empedernido.

—Sí, papá, sin gorrito no hay fiesta —murmuró antes de acomodarse sobre mi hombro, sonreí y acomodé mi cabeza sobre la suya en un ángulo completamente incómodo, pero no me sentía así para nada.

Respiré profundamente y retomé mi lectura, este era un manuscrito de ciencia ficción, una ciudad apocalíptica, como editor junior en la editorial, tenía que leer todos los manuscritos que llegaban a nuestra recepción o nuestros correos y ver si eran potencialmente elegibles para su posterior publicación.

El género de la ciencia ficción no era mi favorito, por eso me quedé dormida.

—Disculpe —esa voz me hizo abrir los ojos observando a una de las auxiliares de vuelo agachada frente a Eros, al parecer era a él a quien pensaba despertar. Lo miraba como si fuese su próxima cena, la pequeña flama de los celos que siempre se encendía cuando veía una chica coquetearle se encendió en mi interior, moví mi mano y su mirada se enfocó en mí—, estamos a punto de aterrizar, usted y su hermano necesitan abrocharse los cinturones de seguridad.

—Mi novio —dije entre dientes, mirando a la auxiliar con los ojos entrecerrados, al menos tuvo la decencia de verse avergonzada.

—Lo siento, necesitan abrocharse los cinturones

Asentí y dejé un besó en la frente de Eros cuya cabeza seguía sobre mi hombro, la mujer se levantó rápidamente dejándonos solos.

—Eros, necesitas levantarte, ya estamos llegando —susurré con voz suave.

—Dos minutos más, mami, no vuelvo a jugar *play* hasta las tres de la mañana. —Se giró hacia el otro lado y luego gimió.

—No soy mami, soy Sarah —él abrió los ojos—. Vamos a aterrizar, necesitas acomodarte.

Lo hizo, con el ceño fruncido y las marcas de mi camisa en su mejilla.

—Mierda... odio dormir en los aviones —murmuró con la voz adormilada, se enderezó y luego giró su cabeza hacia ambos lados escuchamos al capitán dando la información sobre la ciudad.

Salimos del aeropuerto rápidamente ya que no llevábamos mayor cantidad de equipaje, Eros se empecinó en rentar un auto a pesar de que solo estaríamos dos días en la ciudad, la sonrisa en su rostro cuando salió del Rent A Car era tan radiante como el sol que nos azotaba.

Tomó mi mochila y un hombre bajito detuvo un BMW descapotable negro justo frente a nosotros. Incluso cuando salimos del lugar hacia el hotel su sonrisa permanecía intacta.

—¿Ganaste la lotería allá dentro?

Me dio su sonrisa de mil vatios y alzó dos de sus dedos donde sostenía papelito.

—La recepcionista me ha dicho que tiene la noche libre.

—Eros...

—Vamos, encontraremos a alguien para ti, tendremos una cita los cuatro y exorcizamos a los ex —esbozó una sonrisa pícara—. ¿No es una idea fantástica?

—Pensé que este viaje era para divertirnos.

—Nos divertiremos, eso te lo aseguro.

Mi idea de diversión y la de Eros no eran la misma, sin embargo, lo dejé pasar.

Llegamos al hotel casi veinte minutos después, Eros se acercó al mostrador mientras yo admiraba el lugar, el hotel era imponente, majestuoso, murales pintados en el techo, los canales interiores y el paseo en góndola parecían una maravilla, anoté mentalmente hacer un paseo antes de irme del lugar. Estaba tan maravillada con todos los detalles que había olvidado momentáneamente a Eros, hasta que lo vi caminar con pasos lentos y ceño fruncido, tenía el cabello oscuro, largo en la parte delantera por lo que caía parcialmente cubriendo su rostro, lo peinó con su mano como en una secuencia de cámara lenta antes de colocarse frente a mí.

—Malas noticias.

—¿El tío Max olvidó hacer la reservación? —pregunté, recordando nuestra conversación antes de abordar.

—No, él hizo la reservación, pero seguramente pensó que venía con alguna amiga.

—¿Hola? Hasta donde sé soy tu amiga.

—No ese tipo de amiga —alzó las cejas y entendí perfectamente de qué tipo de amiga hablaba—. Sienna solo reservó una habitación, la suite King... es doble, lo bueno es que tiene una maravillosa vista —se rascó la nuca—, intenté que nos dieran otra habitación, pero el hotel está reservado por una convención médica.

—¿Tenemos que irnos?

—Es eso o compartir habitación.

—No es la primera vez que compartimos una habitación, Eros, yo no tengo ningún problema si tú no lo tienes... —él arqueó una ceja—. Solo será una noche, Eros, si no representa un problema para ti y la recepcionista del alquiler de autos.

—Oye... Supongo que ella tendrá un departamento, realmente no quiero salir a buscar un hotel por solo una noche, según la chica de recepción está todo muy copado al menos en el *strip*, tomemos nuestra habitación y salgamos a hacer un poco de turismo, la cita con Blake es por la noche y luego de eso pienso llevarte a bailar, estoy seguro de que encontraremos una buena distracción para ti.

Deslizó su brazo por mi hombro y caminamos hacia la recepción.

—Tomamos la habitación —dijo con su sonrisa de comercial, pude ver que la chica se sonrojaba y, como con la auxiliar de vuelo, me vi tentada a marcar territorio. Pero ¿de qué serviría? Él y yo solo éramos amigos.

Simplemente amigos.

Capítulo 4

EROS

La habitación que la asistente de mi padre había reservado estaba en el piso treinta y dos, lo que nos daba una vista parcial de la ciudad y perfecta de los canales interiores del hotel, era una suite enorme, con dos niveles que separaban el dormitorio y el baño de una pequeña sala de estar.

Ver el rostro de Sarah iluminarse por cada pequeño detalle hizo que mi propio corazón rebotara en mi pecho. Parecía una niña a la que le habían adelantado la Navidad.

Abrió las puertas de cristal asomándose para observar la ciudad, yo caminé hasta el minibar tomando una de las pequeñas botellas de whisky antes de dejarme caer en uno de los sillones de la sala de estar.

Vi a Sarah moverse de un lado a otro desapareció en el baño y aproveche para sacar el papelito donde Tammy, la recepcionista del lugar de alquiler de autos, escribió su número de teléfono por si surgía alguna duda. Fue clara al decir que tendría toda la noche disponible. Por lo que le dejé un mensaje con la dirección de Fetiches y la hora en la que probablemente ya estaría desocupado, encontrar alguien para Sarah era pan comido, ella podía tener la habitación si la necesitaba.

La reunión con Blake era cerca de las nueve, lo que nos daba un par de horas antes de dirigirnos al local.

Sarah salió del baño justo cuando guardaba mi celular en el bolsillo.

—¿Quieres ir a comer algo o dar un recorrido por el hotel antes de ir a Fetiches? —pregunté mientras ella caminaba hacia mí.

—Dar un recorrido por el hotel suena de maravilla —sonrió, su sonrisa era contagiosa, por lo general dejaba una sonrisa en mi rostro, sabía que estaban preocupados, pero ella estaba bien y después de esa noche estaba seguro de que estaría mejor.

Caminamos por los alrededores del hotel durante algunos minutos, admirando la pequeña Venecia americana. Estaba a punto de arrastrarla a uno de los restaurantes del lugar cuando ella habló.

—¿Damos un paseo en la góndola? —preguntó caminando hacia la barandilla mirando los canales, un par de hombres giraron sus cabezas observando su trasero había una larga fila de huéspedes formándose para dar el tradicional paseo que imitaba a los canales venecianos.

Me los quedé mirando en forma amenazadora por lo que se vieron avergonzados antes de irse.

Sabía que Sarah había estado en Venecia junto a Afrodita en ese viaje de Dulces Dieciséis que mi hermana le había sacado a nuestro padre, el viaje donde ella y Thiago se enamoraron.

Así que no entendía por qué estaba tan maravillada con los canales artificiales del lugar, yo empezaba a sentirme cabreado.

—¿Eros?

—No ahora, quizá mañana, antes de irnos —toqué su mejilla—, muero de hambre, ¿tú no?
—¿Comer? Eso podemos hacerlo más tarde.
—Sarah...
—Vale, como quieras.

Terminamos sentados en uno de los restaurantes del hotel, ella pidió una ensalada César y yo una hamburguesa con patatas fritas. El mesero tomó la orden y le hizo un guiño a Sarah que me sentó como una maldita patada en el estómago.

—Déjale tu número —dije irritado cuando la vi seguirlo con la mirada.

—¿Disculpa?

—El mesero, anótale tu número en una servilleta y se lo pasas con la cuenta —intentaba sonar casual, pero mi voz estaba más fuerte, más... pesada y con tono mezquino.

«¿Qué demonios pasa conmigo?», me reñí.

A pesar de que ella estaba en vaqueros y un sencillo suéter de franela con una estúpida frase estampada, no me pasaron desapercibidas las miradas que le dieron algunos hombres mientras recorríamos el lugar.

Quizá era instinto de protección, fue mi pobre intento de justificación, creo que miraría de la misma manera a cualquier hombre que volteara en dirección a Afrodita.

—Vas a arrugarte si sigues con el ceño fruncido —soltó Sarah con reproche y me miró con determinación—. No pensarás en ponerte en modo hermano, sufrí bastante con ello cuando era adolescente. Se supone que soy una mujer soltera y, según tus palabras, vine a divertirme.

Sonreí recordando las veces que Adonis y yo espantamos a los chicos que querían meterse entre las bragas de Sarah y Afrodita, incluso le espantamos un par a Sury. La buena genética de tener huesos extra largos.

No pasó mucho tiempo para que nuestro pedido llegara a la mesa, vi a Sarah hacer exactamente lo que le había pedido y tuve que tragar la bilis en mi garganta cuando él sonrió como si se hubiese ganado la puta lotería.

Resolví que yo necesitaba sexo y punto. Así me sacudiría esas musarañas de la cabeza.

Comimos con parsimonia y, una vez que terminamos, pagué la cuenta a pesar de la reticencia de Sarah. Dimos un paseo por las boutiques, ella compró uno de esos vestidos cortos especiales para una noche de desenfreno total en Las Vegas, era negro con plateado, el lado izquierdo era un blazer, con una manga larga que bordeaba su brazo, a diferencia de la parte derecha que dejaba poco a la imaginación.

—No tengo zapatos a juego para este bebé —dijo al dependiente.

Un hombre, ¿no había mujeres en el personal? Podía ver al imbécil mirándole el culo cuando ella se ubicó frente al espejo; me costó una mirada mortal para que el hijo de puta dejara de verla como a un pedazo de carne.

Terminamos de comprar después de que se midió un par de zapatos hasta encontrar los perfectos, y volvimos a la habitación. Ella quería refrescarse así que se dirigió hacia el baño.

Encendí el televisor abriendo la plataforma de Netflix para buscar algo con qué entretenerme, estaba irritado, malhumorado y solo quería distraer mi mente. Mi celular sonó con un mensaje de Tammy, lo que hizo que una sonrisa tirara de mis mejillas, estaba a punto de contestar su mensaje y en ese momento, Sarah salió del baño envuelta en una nube de vapor, tenía una toalla cubriéndole el cuerpo y otra enrollada en la cabeza, su piel estaba sonrosada por la ducha... mi mirada se despegó de la pantalla del celular ignorando a Tammy, porque mis ojos se trasladaron a sus piernas todavía húmedas, la visión de su piel satinada y tersa causó un tirón a mi

entrepierna, que me hizo pensar en una situación completamente bizarra; no era la primera vez que veía las piernas desnudas de Sarah, las había visto infinidad de veces en traje de baño durante nuestro crecimiento, estuve ahí cuando su cintura se definió y sus pechos crecieron, sin embargo, era la primera vez que causaba en mí una... ¡una erección!

«Maldita sea, Eros, la falta de sexo te anula el juicio».

Y desde Becca estaba en sequía gracias a sus malditos rumores.

Sarah caminó hasta su maleta agachándose para buscar ropa interior, supongo, parecía ajena a lo que estaba causando en la parte sur de mi cuerpo. Caminó de un lado a otro hasta agacharse en la estancia, mi mirada nunca se apartó de ella, estaba duro como una maldita roca. Tomé la almohada a mi lado y la dejé estratégicamente donde pudiera cubrir la tienda circense en medio de mis pantalones. Observé a mi compañera de cuarto sacar algo de su mochila, solo para perderse en el baño nuevamente.

«Joder, necesito tener sexo hoy, pase lo que pase».

Tardamos casi una hora en salir de la habitación y llegamos a Fetiches con el tiempo justo, Ambar, la socia de Blake nos recibió, me encantaba ese lugar, era cuatro veces más grande que el Fetiches de Nueva York, un edificio completamente construido para los placeres anti moralistas, en Fetiches todo era permitido siempre y cuando fuese consensuado; papá se negaba a vender sus acciones a Blake, pero lo cierto era que el hombre había adaptado completamente el concepto de papá sobre una discoteca sin tabúes.

Un disc-jockey tocaba desde una plataforma en el aire, la pista de baile era majestuosa, al menos un centenar de personas se movían bajo el compás de un mix de música electrónica.

Ambar, Sarah y yo nos dirigimos hacia la barra que abarcaba toda la pared de cristal del oeste, dando la espalda al Bellagio.

—Blake está un poco ocupado en este momento, pero se reunirá contigo en la oficina en algunos minutos. ¿Algo para beber? Miré a la mujer frente a mí, pelinegra, ojos violetas, mirada de cazador y no precisamente de los de presa.

«Si tan solo no hubiese acordado mi cita con Tammy».

No me daban miedo las cazadoras, no te conviertes en un maestro del sexo acostándote con mujeres virginales.

—¿Eros? —La voz de Sarah me sacó de mis pensamientos.

—Cerveza para mí.

—¿Un filtrini? —dijo Sarah y me miró.

—¿Ustedes son pareja? —preguntó Ambar, ambos negamos rápidamente—. Entonces pide algo mejor, chica —sonrió—. Zack dame una cerveza y un par de Mukbang —Zack guiñó un ojo antes de empezar a mezclar diferentes tipos de botellas frente a nosotros. Otro mesero se acercó y dejó mi cerveza en la barra—. ¿Quieren dar un vistazo por el lugar, incluidos los pisos superiores?

—¿Podemos? —arqueé una ceja antes de llevar la cerveza a mi boca.

—Siempre tenemos visitantes.

El barman colocó dos copas con un líquido rojo en la barra.

—Tequila —Ambar alzó una mano y el barman le entregó la botella, ella le dio una sonrisa de recompensa y él rostro de él se iluminó como un jodido cuatro de julio.

Esos follaban.

Follaban duro.

Ambar destapó la botella y dejó un generoso trago de tequila en su copa, cuando iba a repetir

la acción en la de Sarah, la detuve.

—No tolera muy bien el alcohol.

Ambar arqueó una ceja hacia Sarah que tomó la botella de su mano y dejó caer un largo chorro de licor.

—No eres mi padre, Eros, no te comportes como tal —siseó y luego chocó su copa con la que al parecer era su nueva mejor amiga, hizo una mueca al beber, estaba preparado para decir *te lo dije* pero ella sonrió—. Gracias, Zack —susurró sacando de su escote un billete de veinte y dejándolo sobre la barra, la mirada del barman se posó justo en el lugar de donde había salido el billete.

¿Ella estaba coqueteando?

¿Y si lo hacía por qué rayos le estaba dando importancia?

Sarah era una mujer libre.

—Vamos —la voz de Ambar volvió a traerme al presente, la molestia que había sentido en el hotel con el grupo de chicos, el dependiente y el jodido mesero se incrementó al ver al barman mirar el trasero de Sarah.

Caminamos hacia el elevador y mientras esperábamos que llegara, me acerqué a Sarah por detrás.

—Despacio con el alcohol, Sarah, no queremos arruinarnos la noche y que te embriagues pronto —dije sabiendo su poca tolerancia al alcohol.

—No, voy a embriagarme y no voy a arruinar tu noche —respondió con molestia, iba a preguntarle qué había sucedido, pero el elevador llegó y Ambar nos invitó a seguir.

—Empecemos por la sala VIP, como saben, Fetiches es un lugar para dar rienda suelta a las más perversas fantasías, nuestros asociados, pagan una mensualidad justa para que lo que pasa en Fetiches, muera en Fetiches. ¿Entienden?

Asentimos.

Ella sacó su celular y presionó un par de teclas.

—Danielle, ten listos los documentos y los antifaces. Gracias, tesoro —colgó—. Para nosotros la discreción de nuestros asociados y su identidad es primordial —el elevador se abrió en una de las plantas, nunca había subido más allá de la discoteca, vine con papá y Adonis cuando cumplimos dieciocho, pero no pasamos del primer nivel, aun así, papá nos contó las ideas que Blake, el hijo del antiguo socio de mi padre, tenía para el lugar.

Una mujer de mi edad extendió una charola plateada a Ambar al momento de salir.

—Antifaces —dijo, entregando a Sarah y a mí antifaces de encaje azul, —tu identidad es solo tuya, tú decides si compartirla al resto de los socios o no —nos colocamos rápidamente los antifaces—, y necesito una firma de ustedes —tomó los documentos—. Es un pase por una noche y un contrato de confidencialidad. Nos garantiza que nada de lo que vean en este lugar saldrá de aquí.

Un gemido entrecortado se escuchó a lo lejos.

—La función ha comenzado —escuchamos su voz insinuante. Sarah firmó rápidamente y yo también lo hice—. Bienvenidos a Fetiches... —dijo Ámbar antes de tomar nuestras copas y dejarlas en la charola.

Capítulo 5

SARAH

Nunca antes había estado en un lugar así, la música en ese piso no ocultaba los gemidos y era evidente que se respiraba placer allí, el olor a sexo bañaba el lugar por completo.

Fetiches era un club sexual bajo la fachada de discoteca de moda, mientras caminábamos, no podía quitar mis ojos de Eros, se había colocado un traje de tres piezas sin corbata, tenía las manos metidas en los bolsillos, parecía tranquilo, seguimos a Ambar por un salón lleno de habitaciones de cristal, pero yo lo conocía bien y podía notar el tic en su ojo izquierdo.

No se sentía cómodo en el lugar.

—Quería empezar por el último piso, pero creo que es mejor que empecemos por aquí, como ven, ahora mismo Fetiches cuenta con cinco pisos, además de la discoteca en el primero, la Sala VIP está ubicada debajo de nosotros, es para que nuestros asociados puedan relajarse en lo que deciden lo que les apetece para la noche, es un lugar sobrio, decorado con elegancia, algunos reservados, una carta con el mejor alcohol que pueda conseguirse. Luego viene el piso tres —hizo un ademán con su mano señalando el espacioso lugar—, aquí se puede encontrar todo lo necesario para satisfacer tu fetiche, tenemos desde juguetes sexuales, hasta ropa moderna, zapatos de tacón, arneses y cuerdas.

—Es como un almacén —apuntó Eros.

—Algo así, también tenemos reservados donde nuestros asociados pueden dar rienda suelta a los fetiches nivel uno.

—¿Nivel uno? —pregunté.

—Cierto, soy una tonta —habló Ambar—. Nivel número uno, fetiches relacionados con objetos, cosas o elementos como el agua, el fuego y el viento. Sobre nosotros encontraremos el nivel número dos, son los fetiches relacionados con el voyeurismo, el intercambio de parejas, orgías y otras filias —Ambar empezó a caminar, había algunas personas en el lugar, cada uno con un antifaz azul cubriendo su rostro. En algún lugar del amplio salón, una mujer soltó un largo gemido que hizo que mi cuerpo se erizara.

—¿Venden servicios sexuales aquí? —La pregunta salió de mi boca incluso antes de que pudiera frenarla.

Ambar detuvo su andar y se giró observándome con su mirada penetrante.

—No, cariño, no proveemos ese tipo de servicios.

—¿Ah, no? —dijo Eros con un toque de diversión y sarcasmo.

—No, Eros, no tenemos un catálogo de mujeres u hombres que estén esperando que alguien los escoja. En fetiches todos somos asociados, hombres, mujeres, transgéneros, no binarios...

Me gustaba Ambar, parecía una mujer segura de sí misma.

—¿Puedes explicarme mejor? —le pedí porque no entendía muy bien el concepto.

—Por supuesto, ejemplo —dijo señalando a un hombre bajo de estatura, algo rechoncho que acababa de salir del ascensor—. Cada noche el señor F viene a tomarse una copa, la señorita X —señalo a una mujer—, que viene por lo mismo, se conocen en nuestro VIP y alquilan un cubículo, ¿Qué hacen en el cubículo? Pues te aseguro que no cuentan historias de terror.

—Eso es peligroso, ¿qué hay de las ETS? —seguí expresando mis dudas.

—Nuestros asociados tienen que hacerse exámenes cada treinta días o su membresía es

removida sin devolución del dinero. ¿Alguna pregunta más?

Vi a una mujer tomar un par de vibradores de plásticos, un hombre más adelante tomó unos zapatos de tacón inmensamente altos, Ambar seguía hablando mientras nos mostraba el lugar, pero no estaba escuchando, estaba abrumada con todo lo que veía; y cuando pensaba que ya lo había visto todo, encontraba un par de cosas más, cuero, pieles, uniformes...

Mujeres vestidas de colegialas, hombres con trajes de marinerito y cada cosa que... buff, la cabeza me iba a estallar.

—Creo que es mejor que subamos al nivel dos —dijo Ámbar llevándonos hacia el elevador.

Una vez dentro, ella oprimió el número cuatro.

—Este es el nivel dos —habló cuando las puertas se abrieron, el olor a sexo, sudor y otras fragancias se coló por mi nariz—. Orgías, Voyerismo, Swinger y otras filias... como ven, los reservados son de cristal lo que permite que los visitantes puedan disfrutar de los actos sexuales, son invitados a participar también.

Empezamos a caminar, era un piso bastante concurrido, todos fuera de los reservados estaban cubiertos con kimonos azules, del mismo tono del antifaz, tragué con fuerza cuando observé a una pareja de hombres en uno de los reservados, uno de ellos estaba recostado sobre una mesa mientras el otro lo penetraba por detrás.

Dos chicas y un hombre estaban frente al reservado observando la lucha de pieles.

Una luz roja se activó en el reservado.

—Están invitando a entrar —dijo Ambar. Cuando la luz no se apagó inmediatamente, una de las chicas se acercó, abrió la puerta quitándose el kimono y quedó completamente desnuda, ella caminó hasta subirse sobre un sofá a una esquina del reservado, y sin dejar de observar a los dos hombres, subió sus piernas a los reposabrazos y elevó su trasero, ofreciéndose. Tragué saliva viendo al hombre que hasta hacía pocos minutos estaba recostado sobre la mesa, levantarse guiado por el otro, caminaron con perfecta sincronía hasta llegar a la chica, mi entrepierna se humedeció y un leve tirón me recordó que hacía semanas no tenía ningún tipo de juego que me diera placer.

Mi mirada quedó fija en la erección del hombre que estaba siendo penetrado. Cubrió con su cuerpo la espalda de la chica y susurró algo a su oído que la hizo reír, su mano se coló por las piernas de la chica, acariciándola con vehemencia hasta hacerla gemir de forma ruidosa, abrió los cachetes de su trasero con suavidad y guió su erección hacia ella.

Los tres jadearon como uno solo y luego comenzaron lo que podía definirse como una danza salvaje.

Di dos pasos hacia atrás, chocando con Eros, cuya erección se encajó en mi espalda, no era la única excitada por lo que estaba presenciando. Y antes de poder moverme, la mano de Eros apretó mi hombro, giré mi cabeza para verlo mejor.

—¿Estás bien? —Su voz era ronca, gutural deliciosamente pecaminosa, la mía parecía haberse ido a pasear porque no podía articular una palabra. Una de sus manos estaba aferrando mi brazo, su aliento invadía mi espacio, los gemidos se hicieron más fuertes, la mirada de Eros se trancó con la mía, solo fue unos segundos antes que Ambar chasqueara los dedos.

—Sigamos, tienen que ver lo que hemos hecho con el tercer y último nivel.

—Creo que deberíamos bajar a la discoteca y esperar al señor Black —dijo Eros tragando grueso.

—Apenas empezamos el recorrido, ¿estás incómodo, Eros? —sentenció Ambar.

—¿Incómodo? Para nada —su sonrisa fue nerviosa—. Solo pienso que el último nivel puede ser un poco fuerte para Sarah, ella...

—Yo quiero continuar —lo interrumpí encontrando mi voz.

—Qué bueno, entonces si no hay ningún problema iremos al último nivel, hemos recreado a la perfección una mazmorra —ella siguió hablando, pero nuevamente no le presté mucha atención, mi mente rememoraba el momento en que las tres personas se dejaron llevar por sus instintos

—¿Estás segura? —preguntó Eros acercándose sutilmente a mí, yo asentí.

Seguimos a la mujer y pasamos por otros reservados mucho más concurridos, orgías de hasta diez personas, sexo en su mayor expresión antes de que Ambar nos guiara hacia el elevador.

—Como les comenté, nuestro siguiente nivel es el último, por ahora —aclaró—, y es el de las prácticas sexuales fuertes, dominación, sumisión, bondage... —oprimió el último botón, una vez más, Eros me preguntó si estaba todo bien, dije que sí con la cabeza, pero no podía negar lo excitada que me dejó el nivel dos, había disfrutado de la escena, había visto porno en algunas oportunidades, dejé de verlo cuando me mudé con Christopher ya que para él, el porno era una falacia diseñada para los débiles.

Me quedé detrás de Eros y Ambar solo para recostarme en el elevador y cruzar mis piernas haciendo presión en mi clitoris, un jadeo se me escapó, que por fortuna ninguna de las dos personas que iban conmigo hizo alguna señal de haberlo escuchado, la presión no alivió el dolor latente entre mis piernas, pero sí hizo que fuese placentero.

Las puertas dobles del elevador se abrieron y antes de que pudiésemos salir, nos encontramos de frente con un hombre alto, atlético, con la piel ligeramente bronceada, y rasgos esculpidos, estaba perfectamente vestido en un traje de tres piezas color negro y no llevaba antifaz.

—Ambar —su voz era como fuego líquido, ronca, pero pausada—. ¿Qué haces aquí?

—Blake —el hombre entró al elevador sin dejarnos salir—. Seguramente recuerdas al hijo de Maximiliano —señaló a Eros.

—Por supuesto, tu padre me dijo que vendrías, lamento haber tardado, tenía un asunto importante que resolver. ¿Les parece bien si vamos al VIP? —Eros asintió—. ¿Y la señorita es...? —preguntó dándome una mirada penetrante y voraz.

Eros se acercó a mí, deslizando su brazo por mi cintura.

—Sarah viene conmigo —marcó específicamente la palabra *conmigo* haciendo que una media sonrisa adornara el rostro de nuestro nuevo anfitrión.

El elevador quedó en completo silencio después de eso.

Blake fue el primero en salir, caminaba con una seguridad arrolladora. Recto, con una mano en el bolsillo, la otra enfundada en un guante de cuero negro, señalaba las últimas remodelaciones a la sala VIP, que estaba decorada en rojos y dorados, había pequeños reservados y una gran barra en todo el centro del lugar, muy parecida a la que se encontraba en la discoteca. El salón se encontraba parcialmente lleno, lo que me parecía una completa locura porque los pisos de arriba se encontraban igual, cada persona en el lugar llevaba un antifaz azul. Al parecer solo Blake y Ambar eran los únicos que no lo hacían y no parecía importarles que los reconocieran en la calle.

—Hubiese querido que fuese tu padre quien viniera a la reunión —habló Blake, una vez estuvimos sentados en un reservado hizo un ademán con su mano derecha y rápidamente uno de los meseros se acercó—. ¿Damas?

—Un *Alabama Slamer*, para mí y otro para mi amiga —Ambar habló directamente al mesero y luego se giró hacia mí—. Tienes que probarlo es vodka con amaretto, jugo de naranja y *southern comfort*.

—Glenrothes —pronunció Blake y observó a Eros que pidió uno igual, Sin las luces tenues

del último nivel y el elevador, podía verlo en toda su gloria, Blake Black era todo un espécimen, tenía la mandíbula cuadrada, labios carnosos, su nariz estaba un poco desviada, pero eso no restaba su belleza y yo había crecido rodeada de hombres guapos, sabía reconocer uno al instante, me llamó la atención que tenía las manos cubiertas por guantes de cuero negro y se veía que su traje era hecho a la medida.

Blake Black portaba un letrero de neón gigante que anunciaba *peligro*.

Podía verlo en sus facciones y en la forma en como miraba todo alrededor sin parecerlo.

—¿Cómo estás, Eros? La última vez que te vi eras solo un adolescente.

—Ha pasado un tiempo desde la última vez que nos vimos, señor Black.

—Llámame Blake.

—Blake, mi padre le envía sus más sinceras disculpas, se le ha atravesado un compromiso familiar y no ha podido evitarlo.

—Si es una reunión familiar, ¿qué haces tú aquí?

—No era requerida mi presencia en ella y, como sabe, llevo los asuntos de Fetiches en Nueva York —se detuvo al momento en que el mesero volvió colocando los pedidos sobre la mesa—, aunque no estoy autorizado para negociar puedo, asegurarle que transmitiré a mi padre lo que usted necesite de él.

—Entonces creo que es mejor que subamos a la oficina. Ambar, ¿por qué no llevas a nuestra invitada a la discoteca y te encargas de que se divierta.

Ambar asintió. Se levantaron de la mesa y caminaron hacia la salida, uno al lado del otro, a pesar de la altura y el porte de Blake, no había mayor diferencia con Eros a su lado.

—Mira qué pedazo de trasero —expresó Ambar bebiendo de su copa, mi mirada se encontró con la suya y me encogí de hombros—. ¿En realidad no hay nada entre ustedes dos?

Negué

—Somos amigos desde que usábamos pañales, casi familia.

—La palabra aquí es *casi* —murmuró bebiendo de su pajita—. ¿Qué te impide saltarle encima? Y no me digas que ese *casi* familia... Él te gusta y tú le gustas a él.

—En eso estás equivocada.

—No lo creo, sé reconocer cuando un hombre quiere a una mujer, la manera en la que te sujetó en el elevador cuando Blake entró...

—Solo es un estúpido sobreprotector.

—No, linda, créeme cuando te digo que ese hombre te quiere debajo de su cuerpo gimiendo su nombre.

—Aun si fuese así...

—Repito la pregunta: ¿qué te impide saltar sobre él?

—Eros le huye al compromiso, para él, el sexo es una transacción... sería muy incómodo para los dos tener una follada ocasional y luego seguir siendo amigos.

—Linda, es mejor tener una follada ocasional que nunca tenerla.

—¿Es lo que haces con Blake? —pregunté sin detenerme a pensarlo un segundo, estaba segura de que era el alcohol en mi sistema—. Lo siento yo nunca....

Ambar hizo un ademán con sus manos.

—Tus prejuicios nunca te llevarán a un estado de satisfacción plena, Sarah, las mujeres tenemos que empezar a sentirnos sexys, no importa la forma de nuestro cuerpo o nuestros ideales, el moralismo es cuestión del siglo XIX, las mujeres de hoy en día tenemos derecho a experimentar el placer y sobre todo a dejar de reprimarnos —podía sentir el sonrojo subir desde mi cuello—. Te sonrojas, pensé que las mujeres ya no hacían eso... No me digas, ¿eres virgen?

—No, por supuesto que no.

—Con respecto a Blake, solo puedo decirte que yo disfruto de mi sexualidad, Sarah, disfruto del placer que me da el sexo, el hecho de que lo haga con Blake y con Thomas, el barman de abajo, no me hace una prostituta. El sexo es lo más divertido que se puede hacer sin sonreír y soy una mujer que se regocija de todo lo que hay por encima de mi cabeza, linda —señaló los pisos de arriba y luego tocó mi mano—, eres joven, sexy ¿por qué no disfrutas de lo que la vida te pone en frente?

—¿Quién te dijo que no lo hago? —sorbí de mi pajita

—Pero no con el objeto de tus deseos, en vez de perder el tiempo con hombres que no sabes si van a valer la pena, intenta con uno que se nota que es un semental.

Ambas reímos.

—Aunque no lo creas, sé que Eros nunca me verá como una mujer, para él soy como su hermana.

—Pero no eres su hermana —sentenció directa, uno de los meseros se acercó y habló brevemente con Ambar, ella lo despachó y se giró hacia mí—. Tengo trabajo que hacer, creo que es mejor si bajas al primer piso, cualquier asociado puede querer subir a algún nivel contigo ¿a menos de que eso quieras? —Negué rápidamente con la cabeza, quería una aventura, pero no del calibre de los niveles uno, dos y mucho menos tres—. Eso supuse —terminó su bebida—. Voy a darte un consejo que no me has pedido, deja que tus instintos opaquen la voz de tu conciencia y disfruta de lo que puedes tomar mientras puedas tomarlo.

Capítulo 6

EROS

Cerré la puerta de la oficina de Black con un poco más de fuerza, papá tenía razón, el tipo era un jodido dolor en el culo, pero era astuto, sagaz y con una visión sobre lo prohibido retorcidamente excitante. Sin embargo, conocía a mi padre, no iba a venderle su porcentaje, ni a permitir que el tío Jay vendiera.

Caminé por los pasillos de las oficinas de Fetiches, eran tan amplias como el lugar en sí, llenas de paneles de cristal, como los salones de abajo.

Me pregunté si ese era el fetiche de Blake, que todo se reflejara.

Presioné el botón que llamaba el elevador, habíamos estado reunidos por casi dos horas. Las puertas dobles se abrieron y entré al ascensor buscando mi celular, no tenía ningún mensaje de Sarah, esperaba que no se hubiese ido sola al hotel.

Estábamos cerca, pero era Las Vegas y conociendo a Sarah, ella se aventuraría a caminar.

Miré los números en los paneles cómo iban descendiendo hasta llegar a la primera planta, las puertas se abrieron y Ambar me sonrió, se había cambiado su vestido por otro igual de ceñido en color borgoña.

—Eros...

—Ambar, qué bueno que te encuentro. ¿Dónde está Sarah?

—Nos separamos hace como una hora, tenía que resolver algunos inconvenientes, me dijo que te esperaba en la barra.

—Gracias.

Ella dejó un beso en mi mejilla muy cerca de la comisura de mi boca.

—Fue un placer ver lo bien que has crecido, encanto.

Sonreí y salí del elevador dejando que ella se marchara, observé la hora en mi reloj y me di cuenta de que faltaban solo quince minutos para encontrarme con Tammy, tenía algunos mensajes de ella, pero no abrí ninguno, tenía que encontrar a Sarah antes de que ella llegara.

La pista de baile estaba a reventar, caminé hacia la barra esquivando mesas y personas, busqué a Sarah, pero ella no parecía estar en ningún lugar.

La música retumbaba en la discoteca haciendo vibrar el suelo y llenando el aire con un ritmo que hacía temblar el cuerpo de todos los que estaban allí. Saqué el celular de mis bolsillos nuevamente y busqué algún mensaje de Sarah, no había ninguno de ella, estaba a punto de guardarlo cuando entró un mensaje de Tammy, informándome que estaba cerca del lugar. Una silla de la barra se desocupó por lo que me subí sobre ella intentando ver encima de las personas.

Decidí marcar el número de Sarah y me llevé el celular a la oreja, aunque sabía que no escucharía un carajo por la música. Timbró una, dos, tres veces, hasta que finalmente la llamada se fue al buzón.

«Maldita sea. ¿Dónde estás, Sarah?».

Abrí la aplicación de WhatsApp y escribí rápidamente.

¿Dónde estás?

Solo una palomita se activó. Me llevé la mano al cabello, observando a la multitud una vez

más, ella podría estar en cualquier parte, incluso en los pisos de arriba. Negué, había visto su rostro en los niveles superiores, vi su excitación en el nivel dos y su miedo en el nivel uno, ella no iría a las plantas superiores por una follada casual.

Sus palabras antes de salir del hotel se remarcaron en mi memoria.

¿Y si había conocido a alguien y se marchó con esa persona?

No, ella dejaría al menos un mensaje, estaba allí, podía sentirlo con cada latido de mi acelerado corazón.

Mi mirada se perdió en el centenar de cabezas, las luces hacían que fuese difícil enfocar a las personas que se movían unas contra otras sin parar. En un pequeño instante la luz se posó sobre un espacio en medio de la multitud, y una mata de cabello rubio me hizo bajar del taburete y caminar hacia allí.

Sarah estaba en medio del gentío, se movía de manera sensual sosteniendo un vaso largo que parecía contener un mojito, su cabello rubio estaba revuelto, parecía estar disfrutando al máximo la noche sin importarle lo que los demás pudieran pensar de ella. A su alrededor, la gente se movía en la pista de baile, mirándola de reojo y sonriendo ante su actitud desinhibida y alegre.

Me quedé ahí solo observándola, se veía como nunca la había visto, suelta, libre.

Bailaba sola hasta que un hombre alto y corpulento se acercó a ella, lo miró con una sonrisa y lo invitó a unirse en su desenfreno; la música cambió al tiempo que empezaron a bailar juntos como si se conocieran, aunque más que un baile parecía una épica escena de apareamiento en seco. Ella envolvió las manos en su cuello mientras se refregaban el uno con el otro, las manos del hombre se movieron a de su cintura hasta acunar su trasero.

Di un paso sin pensarlo y tiré de Sarah hacia mí.

—¡Oye, pero qué demonios! —gritó el tipo que la había estado manoseando.

—Erosh... ¿Dónde te habiash metidoooo? Tienes que probar esto —me enseñó la copa en su mano, Sarah arrastró las palabras, evidentemente había bebido de más—. Mi amigo Sandler me está enseñando a bailar bachata.

—Ese soy yo —el hombre dio un paso hacia mí.

—Piérdete —dije con mi voz más grave.

—Piérdete tú —rebatí el tipo—, la estamos pasando bien y yo la vi primero.

Agarré el cuello de su camisa con mi mano libre.

—Ella no es un puto objeto, ella es mía, así que piérdete —satiricé y no sé qué vio en mi rostro porque levantó las manos y dio un paso atrás.

—No quiero problemas, amigo, solo quería pasarla bien.

—Yo también quiero pasarla bien, Erosh —murmuró Sarah, pero ya estaba caminando de regreso a la barra, llamé al barman y pedí una botella con agua.

—Bébela —dije cuando tuve la botella en mis manos, ella hizo un puchero y alejó su cabeza de mí—. Sarah, ¿en qué estabas pensando? Joder —tuve que respirar profundo, de nada valía mi enojo en ese momento—. Bebe el agua, necesitamos reducir el nivel de alcohol en tu sangre.

—No —empujó la botella hacia mí cuando la puse sobre sus labios—. No quiero agua, quiero bailar.

Intentó volver a la pista, pero la detuve.

—Te llevaré al hotel.

La abracé por la cintura y la llevé hasta la entrada de Fetiches, definitivamente tenía que llevarla al hotel, mi celular vibró y maniobré para sacarlo de mi pantalón, el nombre de Tammy apareció en la pantalla, rechacé la llamada solo para que volviera a entrar otra vez.

Esta vez la ignoré, nos dirigíamos al auto y dejé a Sarah en el asiento del copiloto y ajusté el

cinturón, estaba a punto de cerrar la puerta cuando alguien tocó mi hombro.

—Hola, guapo —Tammy estaba impresionante con un vestido corto y ajustado que no dejaba nada a la imaginación—. Te estaba llamando —miré de Tammy a Sarah que parecía estar desmayada en el asiento del auto.

—Lo siento, Tammy, creo que vamos a tener que reprogramar.

—¿Reprogramar? —Había un deje de molestia en su voz—. ¿Sabes lo que he tenido que pasar hasta llegar al lugar?

—Hagamos algo, voy al hotel a dejar a Sarah y volveré, ¿puedes esperarme en la barra? Hay una cuenta a nombre de Eros Evans Farell.

Ella pareció pensarlo durante un minuto.

—Bien, te espero adentro. —La vi rodear el auto antes de entrar, Sarah alzó la cabeza cuando me abroché el cinturón de seguridad.

—Eroshh... Creo que voy a... —cerré los ojos cuando sentí el líquido caliente mojar mis pantalones.

¡Maldita sea!

—Yo... lo siento...

Agarré un par de toallas de papel y limpié lo que pude, el vómito no me daba asco, en más de una ocasión había tenido que limpiarlo. Adonis no era el mejor bebiendo. Con todo aparentemente limpio, encendí el auto y conduje hasta el hotel.

Tan pronto como llegamos a la habitación, Sarah corrió al baño, caminé detrás de ella y sostuve su cabello mientras derramaba la cena en el retrete. La sostuve bajo la ducha en ropa interior, imaginando a Adonis y a Willy con una maldita falda escocesa bailando la polka, una vez terminó, la dejé sola en lo que ella se secaba y se cubría con una bata del hotel.

Mi celular empezó a vibrar de nuevo, aún tenía que ayudar a Sarah a salir del baño y darme una ducha porque apestaba.

Abrí la aplicación del WhatsApp y dejé a Tammy un mensaje.

“Estoy terminando unas cosas, espero estar contigo en media hora”

Recibí un simple *Okay* de su parte, antes de que la puerta se abriera y Sarah se viese como si hubiese vomitado su peso.

La ayudé a llegar a la cama antes de entrar al baño y cambiarme de ropa. Me rocié un poco de perfume, salí y vi a Sarah con la cabeza dentro de una papelera.

Saqué de su equipaje un paquete de pañitos húmedos y caminé hacia ella.

—¿Qué tan mal te sientes?

—Estoy bien —murmuró con voz ronca.

—¿Me llamarás si necesitas algo? —asintió—. Cualquier cosa que necesites, Sarah.

Ella no dijo nada, caminé hacia la puerta pensando seriamente en cancelar la cita a Tammy.

—Si necesito algo —me giré y nuestras miradas se encontraron—, pero no sé si tú estás dispuesto a ayudarme...

—Sabes que siempre estoy para ti.

—Entonces enséñame.

—¿A beber? —pregunté con una sonrisa sarcástica.

Negó con la cabeza.

—Enséñame a follar.

.
. .
. .
. .
. .

—Eros... Despierta —alguien me tocó el hombro—. Vi tu nota. ¿Por qué rayos cambiaste nuestro vuelo? En fin, si no despiertas vamos a llegar tarde, Eros...

Abrí los ojos y me senté semidormido en el sofá.

Sarah se veía como la maldita Merlina Adams solo que rubia...

—Puedes esperar el servicio a la habitación, he pedido el desayuno y un par de analgésicos, la cabeza se me va a partir en dos, huelo como si alguien hubiese vomitado sobre mí. No vuelvo a beber más nunca en mi vida —farfulló alejándose.

Tomé mi celular de donde lo había dejado la noche anterior y lo encendí, los primeros mensajes de WhatsApp eran de Tammy preguntando si iba a volver, después se fueron tornando cada vez más intensos.

Bloquéé su número y llamé al *rent a car* para que alguien viniera por el auto, lo último que necesitaba era que ella armara un show cuando fuese a devolver el auto.

Sarah salió veinte minutos después del baño, llevaba una toalla en la cabeza y una nueva bata del hotel, el servicio de habitación había traído el desayuno. Bacon, huevos, *hot cakes*, y frutas, café para mí y té para ella, además del jugo de naranja.

—Me siento humana de nuevo —habló sentándose frente a mí—. Nunca más volveré a beber en mi vida —me reí sobre mi taza de café—. Todavía siento el olor del vómito en mí.

Negué con la cabeza.

—Debo ser yo, digamos que ayer estuviste peor que *Regan MacNeil*.

Sus mejillas se pusieron rojas.

—¡Dios mío, lo siento mucho Eros! —Tomó su té llevándose la taza a los labios y soplando lentamente, era un simple gesto y cotidiano, así que no entendía por qué demonios la tenía dura.

Era simplemente una erección mañanera con algo de retraso, no tenía nada que ver con lo que Sarah quería que le enseñara.

—Nunca pensé que esos cócteles harían tanto daño. ¿Pudiste saber qué quería el señor Black? Dime por favor que no lo vomité también.

—No, no lo vomitaste, y tranquila, Black no presencié tu exorcismo, una vez terminamos la reunión, él se quedó en su oficina.

—Eres un idiota —picó los huevos—. ¿Vomité a alguien más?

—No, ¿acaso no recuerdas nada de anoche?

—Borré casete —soltó sin más, señalando su cabeza, respiré tranquilo al menos había olvidado su loca y descabellada idea sobre que le enseñara a follar—. Pero sí recuerdo algo —tomé una porción de fruta empezando a comer lentamente—, fue en serio lo que te pedí —dejé de masticar, un pedazo de frutilla se me atascó en la garganta y ella corrió hacia mí dándome pequeños golpes en la espalda, una vez estuvo mejor ella continuo—: enséñame qué es lo que le gusta a los hombres en el sexo.

Capítulo 7

EROS

Después de un ataque de tos en donde Sarah tuvo que ayudarme, la habitación quedó en completo silencio.

¿Qué podía decir?

«¡Estás loca! Mierda, ¿aún sigues borracha?».

Sarah se levantó de la mesa tirando la cuchara sobre los huevos.

—No creo poder comer nada, mi estómago está hecho un remolino —dejó sus manos sobre la mesa—. Sigo esperando una respuesta, Eros, una chica me dijo que debía tomar lo que quería y creo que no hay nadie mejor que tú para enseñarme a descubrir qué es lo que quiero.

Abandonó la habitación tomando un par de prendas de ropa de su equipaje y se encerró en el baño.

Ella no lo estaba diciendo en serio.

Me sentía como en una de las novelas de mi mamá.

Cuando salió del baño, veinte minutos después, hice lo que hacen los valientes... huir, tenía mi ropa lista para salir de la habitación tan pronto como ella saliera de la ducha.

Mientras el agua caía sobre mi cuerpo intenté pensar en cómo contestar a su pregunta sin lastimarla, quizá podría darle algunos enlaces que hablaran sobre satisfacción masculina o quizá un vídeo porno... estuve dándole vueltas a su propuesta, ella no se refería a tener sexo ¿o sí? ¡Maldición! Si fuese otra mujer hubiese dicho que sí, sin dudarlo, pero era Sarah.

Ella no estaba en la habitación cuando salí del baño, su mochila tampoco estaba, esperaba que estuviera en la recepción del hotel, así que me cambié rápidamente, recogí algunas cosas y salí de la habitación una vez estuve listo.

Pensé en acercarme a recepción para averiguar sobre el paradero de Sarah, pero ella estaba frente a la fuente. No dijo nada cuando me acerqué a ella, solo se limitó a seguirme y de verdad no veía cómo empezar esa conversación.

No era estúpido, Afrodita, Adonis, yo y diez mil personas más sabían cómo había empezado la relación de mis padres, para los lectores de mi madre era una bonita historia de amor con mucho sexo; para mí era simplemente casualidad que mis padres se hubiesen unido por medio de un acuerdo sexual.

Uno que no tenía ganas de recrear con mi mejor amiga.

Tomamos un taxi para ir hasta el aeropuerto ya que había pedido que recogieran el coche, el trayecto fue en silencio, uno tan espeso como una densa niebla.

No quería ser yo quien hablara primero, además, un taxi no era el lugar indicado para tener ese tipo de conversación. Una vez llegamos, pasamos directo a sala de embarque y en todo momento, Sarah mantuvo sus auriculares puestos, cuando nos sentamos en el avión pude escuchar a Imagine Dragons reproduciéndose al volumen más alto, cerró los ojos y continuó en silencio durante el vuelo.

No dije nada, si el taxi no era un buen lugar, una cabina de avión menos.

Busqué mis auriculares y reproduje un mix de viaje con mis artistas favoritos, papá me había enseñado el amor por el rock de los ochenta así que tenía toda *playlist* de lujo en mi cuenta de Spotify.

Mientras estaba a su lado podía inhalar el aroma de su *shampoo*, uno que me volvía loco años

atrás y que me costó mucho de mi fuerza de voluntad aprender a tolerar, en pro de nuestra amistad.

Y ella pensaba en joderlo todo con esa proposición.

Pensé una vez más en declinar a su propuesta sin lastimarla, conocía a Sarah, sabía que le había costado mucho si quiera proponerlo, pero entre ella y yo no podía haber más que una amistad y algunos besos en la mejilla, no quería perderla, no a ella y Dios era mi testigo de que, si lo hacíamos nos perderíamos, porque el sexo sin amor destruye amistades.

Destruye relaciones.

Por ello nunca mantenía relaciones duraderas.

Joder.

Me llevé la mano al cabello echándolo hacia atrás y cerré los ojos recordando la noche anterior cuando ella lo propuso.

«—¿Qué? —mi corazón se saltó un latido. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Enséñame, enséñame a poder satisfacer a un hombre —susurró arrastrando las palabras.

—Sarah has bebido demasiado, deberías descansar.

—¡Sé lo que quiero! —farfulló molesta.

—Solo descansa, mañana estarás muy avergonzada —intenté sonar casual—, vendré pronto —salí de la habitación con el corazón latiéndome tan deprisa que pensé que tendría un micro infarto al miocardio.

Tomé un taxi de vuelta a Fetiches, pero una vez que estuve ahí no entré, el deseo que había sentido por una noche de desenfreno con Tammy, se había esfumado y en lo único que podía pensar era en Sarah diciéndome que le enseñara a follar.

Así mismo debió haberse sentido papá cuando mi madre se lo propuso, no es como si pudiera llamarlo y pedirle un consejo, estaba seguro de que mi padre no estaría de acuerdo en que estuviera tentado a decir que sí a la oferta de mi mejor amiga, su ahijada.

¡Mierda!

Caminé por las calles de Las Vegas por no sé por cuánto tiempo, Tammy me llamó dos veces y apagué el celular, luego le explicaría lo ocurrido o inventaría algo para ella, eventualmente volví al hotel, caminé hacia el bar y pedí una copa de Garioch del 58.

Las palabras de Sarah hicieron eco en mi cabeza por décima vez en la noche. Ella no estaba hablando en serio, era el alcohol hablando por ella, sabía que cuando despertara, la cruda sería tan fuerte que no iba a acordarse de nada de esto.

Con ese pensamiento entré a la habitación que compartíamos cuando estaba por amanecer. Ella estaba profundamente dormida, su pecho subía y bajaba de forma acompasada. Dejé una nota sobre su mesa de noche y programé la alarma del celular para las diez, había adelantado nuestro viaje para marcharnos de Las Vegas tan pronto pudiéramos.

Me quité los zapatos y me dejé caer sobre el sofá de la antesala. Sabía que no iba a poder dormir esa noche, tenía demasiadas cosas en que pensar.

—Abróchate el cinturón vamos a aterrizar —dijo Sarah moviendo mi hombro no sabía en qué momento me había quedado dormido, pero sin alcohol en mi cerebro había sido muy fácil soñar con Sarah desnuda pidiéndome que la tomara. Me di cuenta de que no podía enfrentar esa conversación, no cuando ni siquiera sabía qué responder.

Una vez en tierra, Sarah me pidió que la esperara ya que necesitaba entrar al baño,

Saqué mi celular y llamé a la única persona que podría darme un consejo sincero.

—Mamá, ¿estás en casa?

—¿Dónde más podría estar hoy, hijo? —se rio—. Tu padre está fuera con Dereck, Afrodita y Thiago están con Alessandro y Katherine y Emmerson se fueron a Rocky Point, así que decidí quedarme en casa leyendo un poco.

—No sabía que los padres de Thiago estaban en Nueva York —dije sin dejar de mirar hacia los baños.

—No sabes un par de cosas, hijo, ¿sigues en Las Vegas?

—Acabo de aterrizar, má, Blake nos atendió antes así que cambié los tiquetes de regreso —contesté rápidamente, no quería que Sarah me descubriera hablando con mi madre, supondría que lo hacía por su propuesta rápidamente.

—¿Vendrás a cenar esta noche? —había dejado de escuchar a mamá.

—Bueno, me preguntaba si podía ir antes y quitarte un poco de tiempo.

—Tú jamás me quitas tiempo. ¿Sucedo algo? —Evangeline Runner era la mujer más perspicaz que había conocido, mamá sabía que algo estaba mal solo por escuchar nuestra voz—. Te escucho tenso, Eros.

—Solo necesito preguntarte algo.

Vi a Sarah caminar hacia mí.

—¿Merendamos juntos?

—Me parece perfecto.

—Te espero, tesoro.

Colgué la llamada y guardé el celular, entregué a Sarah su mochila y caminamos uno al lado del otro en silencio, el silencio era como nuestro propio elefante rosado.

—¿Vamos a continuar así? —dijo cuándo detuve un taxi fuera de la terminal.

—¿Así cómo? —intenté no dar importancia a las cosas

—No soy estúpida, Eros, te hice una propuesta, puedes decir que sí o que no.

—Sarah no es el momento de hablar sobre esto —hice una seña para que subiera al coche. Recité rápidamente mi dirección y saqué un billete de cien—. Guarda el cambio.

—¿A dónde vas? —dijo completamente sorprendida.

—Iré a la mansión, papá quiere verme para saber de la reunión con Blake —mentí.

—Eros...

—Habla sobre ese tema cuando esté en casa, ¿de acuerdo?

Ella asintió, di una palmada al coche para que avanzara y caminé hacia donde había dejado mi auto estacionado.

El trayecto a casa fue rápido, a pesar de la hora, el tráfico había sido llevadero, entré a la casa con mi propia llave, el olor a especias flotaba en el aire.

Mamá estaba en la cocina revolviendo algo sobre la estufa, me acerqué a ella y dejé un beso en la mejilla.

—¿Todo bien en Las Vegas? —dijo bajando el fuego, caminó hacia el refrigerador y sacaba una coca para dejarla frente a mí.

—Sí, todo bien —destapé la lata y bebí un sorbo.

—Tienes unas ojeras terribles —sacó la silla de enfrente y se sentó en ella—. ¿Qué te preocupa?

—¿Soy tan fácil de leer?

—No, pero eres mi hijo y conozco cuando la cabeza de mis hijos está en Saturno.

—Estoy bien, agobiado por la universidad, exámenes y todo lo demás.

—¿Ya hablaste con tu papá?

—Estuve llamándolo, pero no contestó, estoy seguro de que me devolverá la llamada.

—Bueno no está muy comunicativo en estos días, la propuesta de Thiago fue una sorpresa.

—¿Propuesta? —pregunté sorprendido

—Thiago pidió la mano de Afrodita en matrimonio —mamá negó con la cabeza—. No, no la pidió, simplemente nos informó que se casará con tu hermana en tres meses.

—¿Fue realmente una sorpresa? Lo digo porque Afrodita te cuenta todo.

—Me dijo que Thiago quería decirnos algo importante, pero no pensé que fuese sobre casarse, menos con tan poca antelación, Afrodita apenas tiene veintidós, Thiago veintiséis, son jóvenes, pero el amor no tiene edad.

—Tenías veinticinco cuando conociste a papá.

—Y me casé a los treinta y dos.

—Después de vivir seis años en pecado —dije en broma—. Supongo que papá no está contento con la noticia.

—Eso es un eufemismo —palmeó mi mano y se levantó—. Está histérico, ha inventado diez mil situaciones para convencer a Afrodita de que es mala idea casarse, incluso le dijo que podrían seguir teniendo una relación a distancia. Ni siquiera le hemos dicho que Afrodita se irá a Milán con Thiago después de las fiestas de Navidad. —Mi madre sacó verduras del refrigerador y empezó a trocearlas.

Papá iba a enloquecer, nunca había dudado del amor de mi padre, pero sin duda, Afrodita era su debilidad.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Está todo bien con Sarah?

El corazón me saltó a la garganta, mamá era muy intuitiva, pero ella no tenía que saber de la propuesta de Sarah.

—Ella está bien, ¿por qué la pregunta?

—Sam ha estado preocupada, no quiere que tenga una recaída, me dijo que ha perdido peso.

—Un par de kilos, nada extremo, mamá, su novio la engañó, el novio por el que se arriesgó y se fue de casa, ha estado tranquila, demasiado diría yo —intenté explicarle. El rostro de mamá se vio preocupado—. Ella estuvo conmigo en Las Vegas este fin de semana.

—Me alegro que haya sido ella y no otra... ¿En realidad está bien?

—¿Me estás preguntando si ha tenido alguna recaída o si está comiendo bien?

Mamá se encogió de hombros.

—Ella está bien, mamá, come bien, no está induciéndose el vómito —aseguré, recordando que apenas había picado algo para desayunar, pero era comprensible debido a su resaca—, está enfocándose en los estudios.

—Es bueno que ella se enfoque en la universidad.

—Hablando de otros temas —le quité un trozo de zanahoria llevándomelo a la boca—. ¿En serio piensas alejarte de la escritura durante un año? —cambié el tema de Sarah porque sentía que tendría una especie de vómito verbal y terminaría diciendo todo lo que había ocurrido las últimas veinticuatro horas.

—Bueno, Afrodita se irá en unos meses y Emmerson iniciará la universidad, creo que tu padre y yo merecemos tiempo juntos, realmente nunca hemos estado solos, así que me pareció una buena idea —destapó la olla y agregó los vegetales—, además, no es como si no fuese a escribir, lo haré. Solo que no voy a anunciar ninguna publicación nueva y no asistiré a festivales literarios.

—Te van a extrañar tus lectores.

—Mis lectores siempre me van a tener, Annie se encargará de dejar entradas al blog y mi página de Instagram estará activa una que otra vez, dejaré fragmentos de algo que tengo por ahí —probó lo que cocinaba y gimió—, esto está delicioso ¿quieres probar?

Me levanté y fui hacia la cuchara tendida hacia mí.

—¿Chile con carne? —pregunté y ella asintió.

—A tu papá y a Emi les encanta, pensé en hacer algo antes para que tú y yo pudiéramos comer a solas.

Dejé un beso en su sien y luego volví a mi lugar.

—Oye, mamá. ¿Qué pensaste cuando papá te propuso el decálogo?

—Yo le propuse el decálogo, él solo me propuso follar.

Amaba que mi madre me hablara como si fuese su igual, siempre había sido una madre abierta y amorosa para los cuatro.

—¿Qué pensaste?

—¿Qué estaba loco? Jamás en mi vida me había sentido atraída por un hombre como tu padre, para mí era un imbécil con aires de gigoló, un bobalicón mono neuronal —se rio—, pero lo necesitaba y él sabía de lo que hablaba.

—¿Piensas que las chicas deben ir por la vida buscando lo que necesitan y desean? Incluso en el ámbito sexual.

—Ustedes lo hacen ¿con cuantas chicas distintas te has acostado este año? —Me reí, la verdad no llevaba la cuenta, pero habían sido muchas, antes de Becca estuve solo por ocho meses, nada me impedía follar a mis anchas. —Pensé que ibas en serio con Becca.

—¿Cuándo he sido yo serio con una chica, mamá? Y no me hables de Becca.

—Me escribió por Instagram y dijo algunas cosas. ¿Necesitas tratar algún tema médico conmigo?

Golpeé mi cabeza con mi mano

—¿Te escribió sobre mi supuesta ETS? —Me quejé y mamá arqueó una ceja—. Mamá estoy limpio, es mentira, lo inventó porque terminamos —mamá siguió dándome esa mirada que solo saben dar las mamás—, quería más de lo que podía darle.

—Puedes dar amor y llegará el día en que seas serio con alguien, esa chica llegará a ti y te flechará con un disparo al corazón, solo espero que cuando ese día llegue, no tengas que sufrir por un amor no correspondido.

—Eso no pasará —me burlé—, no estoy interesado en dar amor, mamá, llegará el momento en el que me enamore locamente de alguien como Afrodita, que piensa que casarse antes de los treinta o como Adonis que se fue al culo del mundo para estar cerca de Elizabeth, pero no es mi momento, ahora solo quiero divertirme, aprender, disfrutar de mis buenos años y enfocarme en la universidad —mamá asintió—, ¿te arrepentiste alguna vez de la forma como conociste a papá? ¿De su contrato?

—¿Por qué tantas preguntas sobre ese tema? Nunca has querido saber.

—Bueno, una cosa es que no quiera leer un libro en donde retratan a tus padres dándose como cajón que no cierra y otra que no sienta curiosidad por cómo llegaron ahí.

Mamá soltó una carcajada...

—Me recuerdas mucho a Max cuando lo conocí —acaricié mi mejilla—, para responder a tu pregunta, en más de una ocasión quise meterle el decálogo en el trasero, sobre todo porque me enamoré como una tonta de él...

Mamá revolvió una vez más la olla con chile mientras yo me debatía en ser completamente

sincero o no.

—Eros —mamá se acercó colocando sus manos sobre las mías—, escúpelo sin mucho preámbulo, ¿qué te atormenta? ¿Alguien te propuso un contrato sexual?

«Justo en el clavo, mamá».

Llevé mis manos a mi cabeza y respiré profundo.

—Hay una chica...

—¿Qué es eso que huele tan bien? —escuchamos la voz de papá y luego la puerta al cerrarse, medio minuto después estaba entrando a la cocina. Dejó un beso en la boca de mamá. Un poco más largo de lo debidamente correcto por lo que carraspeé.

—Pensé que llegarías más tarde.

—Lily llamó a Dereck y terminamos rápido —volvió a besarla.

—Estoy aquí —anuncié.

—Lo sé ¿no deberías estar en Las Vegas?

—Tengo clase mañana así que hice cambios en los tiquetes, ya que estás aquí, podríamos hablar de la reunión con Blake en lo que mamá termina.

—Me parece perfecto, Black me envió un correo, pero no he tenido tiempo de abrirlo, sería bueno saber qué plantea antes de hacerlo. ¿Vamos al estudio?

Asentí y estaba a punto de irme cuando mamá habló.

—¿Eros? ¿Una chica?

Papá me miró y me sentí visiblemente nervioso.

—Siempre hay una chica, mamá —dije guiñando un ojo.

—¿No la habrás dejado embarazada? —vaticinó mi padre con seriedad—. Sería la cereza del pastel.

Capítulo 8

EROS

—¿Cómo estuvo Las Vegas? —dijo papá tan pronto entramos al estudio.

—Ruidoso y muy loco, como siempre.

Caminé hacia el bar, pero mi mirada se detuvo en el pedazo de papel enmarcado en una de las paredes del estudio.

El decálogo de mis padres.

—¿Eros? —mi padre elevó el tono, giré el rostro hacia él observándolo sin saber qué había dicho—. Te preguntaba si Blake se había puesto quisquilloso —podía escucharlo hablar, pero mi mirada había vuelto al contrato, a las diez cláusulas sobre el papel.

1. Durante la relación, los firmantes no podrán tener sexo, ocasional o permanente, con otras personas.
2. Ninguna práctica debe incluir el dolor como finalidad.
3. La instrucción durará treinta días.
4. La práctica sexual no incluirá tipo alguno de relación afectiva.
5. La condición de instructor y novata no establece relación de superioridad a favor del primero.
6. La práctica del sexo no da derecho a intervenir en la vida personal de los firmantes.
7. Cada uno mantendrá su independencia, especialmente a lo que se refiere al domicilio.
8. La condición de la firmante es principiante, no sumisa. El instructor jamás será llamado Amo.
9. Los aprendizajes se realizarán en lugares cerrados, jamás en lugares públicos o a la vista de otros.
10. Es un acuerdo secreto y no persigue ningún fin económico.

Maximiliano Evans-Farell

Evangeline Runner

—¿Eros? —papá enarcó una ceja, le miré—. Estás en una nube, hijo, llevas un cuarto de hora mirando el decálogo. Te aseguro que sigue siendo el mismo desde hace veinticuatro años.

—Solo tengo curiosidad, sabes. Vi a una mujer en Las Vegas con el libro de mamá —mentí—, además, entenderás que no es fácil aceptar que eres producto de un contrato sexual... —papá encendió su computadora y empezó a buscar el correo de Black—. Oye, papá, si mamá te propusiera de nuevo un acuerdo de ese tipo ¿lo aceptarías?

—¿Por supuesto que sí?

—¿No sería algo bizarro?

—Nada es bizarro en el sexo, no hay límites, hay muchos que contratan sumisas o esclavos, en nuestro caso, sabes la historia, tu mamá necesitaba escribir sobre sexo y yo sigo siendo el mejor en ello, por mucho que quieras follar media población estudiantil de Nueva York —me reí

—. Tu madre hablaba de una chica, ¿por qué no hablas conmigo? Si ella está embarazada...

—No, no está embarazada, nadie lo está —negué con la cabeza.

No sabía por qué me avergonzaba hablar de la propuesta de Sarah con papá, nunca me sentí incómodo hablar de mis conquistas o incluso sobre temas sexuales con él, en más de una ocasión incluso le pedí consejos para impresionar a las chicas dentro y fuera de la cama, quizá mi yo interno se avergonzaba de querer decirle que sí a mi mejor amiga cuando claramente todo estaba mal, desde su propuesta hasta que siquiera estuviese considerando hacerlo.

—Es un alivio, no necesito más canas de las que tu hermana ha puesto sobre mi cabeza este fin de semana —dijo papá ajeno a mi huracán mental.

—Mamá me habló de la propuesta, ¿cuándo es la boda?

—Tengo noventa días para que tu hermana cambie de opinión.

—Cuál es la prisa, ¿acaso es ella la que está embarazada?

—Si Afrodita estuviese embarazada yo estaría en la cárcel y Thiago bajo tierra.

—No creerás que...

—No creo nada, Afrodita es mi bebé.

—Eso es misógino y tú no eres así —me reí—. No puedes vivir en negación, tenemos veinti...

—¡Aquí está el correo! Antes de leerlo quiero saber qué quería —dijo papá cambiando el tema.

Le dije todo sobre la reunión con Blake, sus propuestas y le enseñé el post-it que me había entregado antes de abandonar su oficina.

Blake había sido directo una vez nos pusimos cómodos en su oficina, el hombre quería comprar Fetiches, tener el control total del negocio en la ciudad del pecado, a cambio estaba ofreciendo una cifra bastante elevada y la cesión de sus derechos en el local de Nueva York.

Era una oferta atractiva y podía ver a papá pensarlo, con ese dinero bien podía abrir tres locales de Fetiches en otros lugares del país.

Cerca de media hora después, mamá nos llamó para cenar, estaba agotado por lo que después de la cena me recosté en mi habitación de la infancia; entre pensar en la propuesta de Sarah y el decálogo de papá y mamá, me quedé profundamente dormido.

El reloj marcaba las once treinta cuando desperté, podía haberme ido a mi casa, pero no lo hice, la propuesta de Sarah seguía machacando mi cabeza. En el fondo de mi memoria, la voz de mi conciencia me gritaba que era un cobarde. Intenté dormir otra vez, sin embargo, no lo logré, mis pensamientos caían una y otra vez en cierta chica rubia con la que compartía pasteles de lodo cuando era un niño.

Lo que Sarah me había ofrecido era lo que yo generalmente ofrecía a las chicas con las que estaba. Papá no exageraba cuando decía que me parecía muchísimo a él, sobre todo en temas de cama, en cómo satisfacer y sentirme pleno en el ámbito sexual. Todo empezó cuando cumplí catorce años y leí los libros que papá tenía bajo llave en su habitación. Tener relaciones sexuales sin un rotulo o etiqueta se había convertido en mi estilo de vida. Conocer tanto del placer femenino como fuese posible.

Mientras tanto me divertía en el proceso, no me sentía mal por ello ¿cómo te conviertes en el mejor en algo? Practicando, practicando mucho. Era cuidadoso con mis parejas y lo más importante, hablaba claro, no buscaba una relación, pero me preocupaba de que mi contraparte recibiera todo el placer que fuese posible, me consideraba un amante generoso.

Pero Sarah era mi amiga y aunque todo mi ser me gritaba que lo hiciera, no pondría en riesgo

mi amistad, negarme haría que se molestara un poco, pero vivíamos juntos, eventualmente me hablaría de nuevo.

Mi decisión estaba tomada y no podía ser otra que un: *no eres tú, soy yo*.

Cuando el sol salió fui hasta la habitación de Emmerson y tomé un par de prendas de su closet, lo bueno de tener más hermanos del mismo género era que teníamos casi la misma talla. La camisa de Emmerson me quedaba un poco justa, pero nada que me incomodara. Bajé las escaleras encontrando a Danna, la empleada de la casa.

—¿Desea que le prepare algo, joven Eros? —preguntó tan pronto me vio.

—Solo necesito algo de jugo —abrí el refrigerador tomando un refresco y salí de la casa.

-
-
-

Era poco más de mediodía cuando detuve el auto en el sótano del edificio. Subí el elevador deseando que Sarah no estuviese en el departamento, que Alá, Buda, Poseidón, Odín o cualquier deidad me diese un par de horas más para encontrar las palabras correctas sin que ella se sintiera rechazada, afortunadamente para mí, el departamento estaba completamente solo, tenía un leve indicio de migraña a causa de una mala noche de sueño por lo que caminé directo a mi habitación, me quité los zapatos y la camisa me dirigí hacia el baño buscando en el botiquín dos pastillas que aliviaran la presión que sentía y ordené a Alexa cerrar todas las persianas antes de lanzarme a la cama, no pasó mucho tiempo antes de que el sueño me venciera.

No vi a Sarah ese día, tampoco el siguiente.

Entré al departamento y se me hizo agua la boca ante el olor a especias que provenía de la cocina, Sarah estaba frente a la isleta, había tres cajas de nuestro italiano favorito, llevábamos tres días sin hablar y sabía que le debía una explicación por mi forma de actuar.

Mientras me acercaba pude notar su atuendo, no usaba una de mis camisas como normalmente lo hacía, en vez de ello tenía una bata de satín rojo muy corta, su cabello estaba recogido en lo alto de su cabeza, carraspeé llamando su atención, pero ella me ignoró, noté que estaba usando auriculares inalámbricos por lo que me acerqué a ella tocando su hombro, me dio una mirada helada y se apartó rápidamente de mí apagando la estufa.

—Toma lo que quieras y guarda las sobras.

—¿Tú no vas a comer?

Tomó un plato y se sirvió una porción de lasaña.

—No contigo —pasó a mi lado y la tomé del brazo.

—Sarah...

—Suéltame, Eros —tiró de su brazo y no puse resistencia por lo que ella se marchó.

Perdí el apetito por lo que me dirigí hacia mi habitación, hablaría con ella en el desayuno.

Solo necesitaba dejar que su molestia se suavizara.

Sin embargo, el jueves cuando salí de mi habitación, el departamento estaba silencioso y vacío. Tenía que ir a Fetiches después de clase, pero me aseguraría de llegar temprano para conversar con ella.

Entré al departamento que parecía estar tan solo como en la mañana, caminé por el pasillo hasta la habitación de Sarah, podía escuchar el sonido de la ducha, por lo que me dirigí hacia mi propia habitación; con un poco de suerte la convencería de ir conmigo a Fetiches y distraernos un

poco, me quité la camisa y los zapatos dispuesto a darme una ducha rápida, había estado toda la tarde entre cajas haciendo el inventario con Will, en la ducha repasé en mi memoria todo lo que le diría, salí de la ducha y escuché el sonido de unos tacones contra el suelo de mármol. Anudando una toalla a mi cintura salí de mi habitación observando la figura de Sarah que caminaba en dirección hacia la sala de estar, llevaba el cabello suelto en ondas que caían por su espalda, un vestido de satén de color vino tinto que no era más que un pedazo de tela que apenas cubría su trasero.

No la había visto usar nada tan atrevido... nunca.

—¿Sarah? —se giró cuando la llamé, si por detrás el vestido era corto por delante no dejaba nada a la imaginación—. ¿Vas a salir?

Reanudó sus pasos hacia la cocina y abriendo el refrigerador sacó una botella de agua, ignorándome completamente.

Destapó la botella sin siquiera mirarme y bebió el contenido, antes de enfocar su mirada en mí de pie en medio del corredor con solo una toalla, su mirada recorrió mi cuerpo desnudo enviando pequeños escalofríos a mi ingle, la vi tragar y respirar profundamente antes de hablar.

—Para nada quería que me vieras lucir sexy —el sarcasmo destiló como dulce veneno en su tono de voz.

—Sarah... has estado evadiéndome y tenemos que hablar —ella resopló—. Sé que estás molesta.

Giró su cuello y sus ojos me miraron con evidente irritación.

—¿Molesta? Para nada, que mi mejor amigo sea un idiota que huye en vez de mostrar los huevos de los que se jacta no es mi culpa.

—Está bien, dejarte en el aeropuerto no fue mi idea más elocuente pero entiende que tu propuesta... —sacó su celular ignorándome—. ¿Cómo querías que reaccionara? —Me desahugué.

—Ahora no tengo tiempo para hablar, Eros, Iker ya está aquí.

—¿A dónde vas? Y ¿quién demonios es Iker? —me acerqué a ella con fiereza.

—Iker es el líder de *Agnizkeda*^[3], me ha invitado a una fiesta en su casa y he aceptado.

—Sarah tu no vas a fiestas de fraternidad.

—Bueno, en vista de que necesito exorcizar a mi ex, he decidido que voy a empezar a salir a fiestas, quizá Iker sí esté dispuesto a aceptar mi propuesta.

—No estás hablando en serio.

Ella arqueó una ceja, el timbre del departamento se escuchó antes de que pudiera decir algo.

Sarah dejó la botella en la mesa y caminó hacia la puerta, un hombre alto de cabello negro enfundado en unos jeans oscuros y una chaqueta de cuero, estaba del otro lado.

Supe al verlo de quien se trataba, era conocido en el campus por apostar con sus amigos qué mujer se llevaría a la cama después de cada fiesta de su fraternidad.

So-bre – mi – ca-da-ver.

—Sarah... —caminé hacia ella tomando su mano—no puedes irte.

Ella me desafió con la mirada por unos minutos antes de tirar de su mano y zafarse.

—Adiós, Eros —tomó al imbécil de la mano y cerró la puerta.

Por una pequeña fracción de tiempo me quedé en blanco sin saber qué hacer o qué decir. Pero sabía que no podía dejarla irse con él. Salí del departamento sin importarme que solo una toalla cubriera mi hombría, el elevador empezaba a cerrar sus puertas.

—Espera, no hemos terminado de hablar, no puedes irte con él —grité intentando que ella no se marchara, pero Sarah tenía la determinación en sus ojos e Iker me enseñó el dedo del medio.

¡Mierda!

Volví al departamento cerrando la puerta con fuerza antes de ir a mi habitación, busqué ropa en mi clóset. *Agnizkeda* era una fraternidad, compuesta por estudiantes de variadas carreras, los cuales les importaba muy poco aprender o sacar buenas notas, lo único importante para ellos era su diversión, el alcohol, las drogas y el sexo. Estaba ubicada en la parte más lejana del campus, era un territorio sin ley, hijos de senadores, o empresarios millonarios eran quienes conformaban esta fraternidad y a la universidad parecía importarles un carajo siempre y cuando pagaran la colegiatura.

No, Sarah no iba a ser el trofeo de un riquillo hijo de puta al que su papi lo obliga a estudiar para no desheredarlo.

Capítulo 9

EROS

Aparqué el auto frente a la casa, la música era estridente y las luces de neón iluminaban la estancia, subí los escalones tropezando con chicos que salían y entraban.

Ginebra Wills, la hija del senador Wills, me detuvo en la puerta.

—Eros... —llevaba un vestido aún más corto que el de Sarah—. No sabía que estabas invitado —miré el tipo lleno de esteroides con mala cara en la entrada—. ¿Con quién vienes? Esta es una reunión privada —le di mi sonrisa ladeada y deslicé mi brazo por su cintura atrayéndola hacia mí.

—Contigo, preciosa —dejé que mi nariz se deslizara por su mejilla, haciendo que su piel se erizara. Ella sonrió y mostró su manilla al tipo que la dejó pasar rápidamente.

Adentro la música se escuchaba mucho más alta, las ventanas vibraban por los parlantes, un chico gritó que la cerveza estaba en la cocina y los dulces estaban con Zack.

No tenía idea de quién era Zack, tampoco me importaba, necesitaba encontrar a Sarah.

—¿Bailamos? —preguntó, yo asentí, en la pista tendría más oportunidades de encontrarla. Me dejé llevar hasta la pista en donde un grupo considerable de cuerpos se movía bajo el ritmo de una canción de Trap—. He escuchado rumores, Eros.

—Son solo eso, rumores —dije girándola al compás de la canción—, Becca los ha creado para que ninguna chica se acerque a mí y tenga que volver con ella.

—Pero no piensas hacer eso —coqueteó.

—¿Tú qué crees?

—Creo que estuviste mucho tiempo con esa insípida y que tú necesitas una mujer que de verdad sepa llevarte el ritmo.

Vi a Sarah subir las escaleras de la mano de míster imbécil y giré mi rostro justo cuando Ginebra iba a besarme.

—Tengo que irme, Ginn, pero fue un placer verte hoy.

Subí las escaleras.

Nunca había estado en esa fraternidad por lo que no conocía muy bien el lugar, el olor a sexo flotaba en el aire, había parejas en cada rincón del puto segundo piso, caminé con pasos pesados por el corredor golpeando puertas hasta que escuché a Sarah reír en una de las habitaciones, giré la perilla abriendo puerta por puerta escuchando maldiciones y viendo tantos traseros como era posible.

Cerré la puerta que acababa de abrir y giré la siguiente perilla solo que esta no abrió.

—¿Sarah? ¿Estás ahí? —toqué la puerta repetidamente—. ¿Sarah?

—¡Eros! —ella salió de otra puerta—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué demonios está pasando por tu cabeza, Sarah?

—Te sigo el consejo, dijiste que tuviera una aventura, eso hago, Eros, ya que fuiste tan cobarde...

—¡Nos vamos! —espeté.

—¡Já! No eres mi padre. Iker accedió a la propuesta que le hice y él me ense...

—¡Sobre mi puto cadáver! —grité interrumpiéndola antes de tomarla de la mano—. Nos vamos ahora, Sarah.

Ella tiró de mí hasta zafarse.

—¿Quién te entiende, Eros?

—¡No lo sé y no me importa, nos vamos a las buenas o las malas, tú decides!

—Vete a casa, Eros, porque no me iré —se giró para irse a la fiesta, llevé la mano al puente de mi nariz en un intento de controlar mi creciente enojo, Iker salió de una de las habitaciones y Sarah se detuvo a esperarlo. Como si de una película se tratara lo vi acercarse a ella, su brazo se deslizó por la cintura de Sarah haciendo que su micro vestido se subiera un poco, estiró la mano abarcando su trasero y apretando antes de acercarse a su boca.

La jodida pirotecnia del cuatro de julio estalló ante mis ojos y de antes que pudiera detenerme a pensar, estaba acercándome a ellos.

Empujé a Iker lejos de Sarah y la tomé del brazo obligándola a caminar tras de mí.

La sangre en mis venas rugía ante la última imagen grabada en mis retinas, la posesiva manera en la que su mano tocó algo que no le pertenecía, Sarah seguía luchando contra mí, entre más lo hacía, mi enojo crecía, ella intentó zafarse mientras bajábamos las escaleras, su puño cerrado golpeó mi espalda, vi a Ginebra sobre las piernas de un imbécil, besándolo como si el jodido mundo estuviera a punto de acabarse.

Salí de la casa, bajando la escalerilla a trompicones y caminé a zancadas, y con poco tacto arrojé a Sarah contra el auto.

—¡Sube! —demandé con voz gutural.

—¿¿Quién demonios crees que eres?! —chilló golpeando mi pecho.

—¡Puedes golpearme todo lo que quieras, pero no voy a dejarte aquí para que un imbécil te convierta en su trofeo! Así que te subes o te subo —algo en mi mirada la hizo obedecer, cerré la puerta antes de rodear el vehículo y subir en el asiento del piloto, algunos integrantes de la fiesta nos observaban, incluso vi a Ginebra hacerlo por una de las ventanas, encendí el coche y di reversa hasta salir de los predios de la fraternidad.

Durante el camino a casa, ambos nos mantuvimos en silencio, Sarah mantuvo su rostro hacia la ventana y yo me enfoqué en el camino.

Ella salió mucho antes que yo, cuando me detuve en el sótano del edificio tomó el elevador sin esperarme. Me quedé unos minutos en el auto aplacando mi mal genio, recordé el dicho de mi madre e inhalé la oscuridad que me rodeaba y exhalé tranquilidad. Salí del auto y tomé el elevador, no debí haberla llamado puta, me había extralimitado, hablaría con ella y me disculparía.

Curiosamente la puerta del departamento estaba abierta cuando llegué, pero ella no estaba en ningún lugar.

Caminé hacia su habitación tocando la puerta con el puño cerrado.

—¡Sarah abre, tenemos que hablar! —grité golpeando la puerta.

—¡Vete, Eros! —gritó—. ¡Solo vete!

Cerré los ojos un segundo intentando controlar mis emociones.

—Lamento haber actuado como actué —golpeé de nuevo esta vez con menor intensidad—. No seas obtusa, Sarah, sabes que te saqué de ahí por tu bien ¡joder! —Di un golpe más y entonces me alejé, estaba a punto de entrar a mi propia habitación cuando ella salió.

—¡No lo hiciste por mí! ¡Lo hiciste por ti! —se acercó a mí y señaló mi pecho con un dedo—. Eres un egoísta y un cobarde.

—¿Egoísta por no permitir que seas una muesca más en la cama de Iker? ¿Qué está pasando por tu cabeza, Sarah?

—¡Tú huíste! Te fuiste cuando te lo propuse.

—Tu propuesta es una locura. ¡Somos amigos! Sabes lo que hace el sexo entre dos personas, a ti te gustan las flores y los corazones, a mí me gusta el placer, los gemidos... si digo que sí

esto... ¡maldita sea!

—¿No quieres dañar nuestra amistad? O es que no te parezco lo suficientemente atractiva como para simplemente follar. Entenderé si no me deseas, solo tenías que ponerte los pantalones de niño grande y decir que no, quizá Iker solo quería que fuese una muesa, pero no has pensado que quizá un hombre como él es lo que realmente necesito.

—No estás hablando en serio.

—Da igual, Iker no es el único... ¡Tú no eres el único! Bien puedo ofrecerle el mismo trato a Cole, Josh o Eddy.

La mención de otros hombres llenó mi cabeza de imágenes de Sarah desnuda con un hijo de puta que solo jugaría con ella.

—¿Qué dijiste? —La sangre en mis venas volvió a rugir.

—No eres el único hombre con una polla, Eros, tampoco el único guapo con aires de gigoló; esto es Nueva York y ningún hombre le dice que no a ¿cómo es que lo llamaste tú? Un acuerdo de piel. Tengo compañeros de clase que se parecen un poco a ti, son mujeriegos, guapísimos y según los rumores, unas bestias follando. Así que estoy segura de que ninguno de ellos se resistiría a mi petición.

—¡¿De qué demonios estás hablando?! —grité perdiendo la paciencia.

—Hablo de que alguien me dijo que ya era hora de que dejara de reprimirme, que buscara lo que me hiciera feliz.

—¿Y volverte una puta te hará feliz? —No supe en qué momento nos habíamos acercado tanto, pero la bofetada de Sarah hizo que mi cuerpo temblara de ira.

—¡No eres quien para juzgar el hecho de que una mujer busque placer!

—¡Tú no buscas placer! —vociferé—. ¡No lo haces por ti! ¡Lo haces por el imbécil de Christopher! Para demostrarle que no eres un fracaso.

Ella dio dos pasos atrás, su rostro se contrajo con evidente dolor y quise darme contra la pared por ser un maldito imbécil, no quería que se diera esa conversación de esa forma. Se giró rápidamente buscando la perilla de su habitación, eliminé los pasos que nos separaban y cubrí mi mano con la suya cerrando la puerta.

—Sólo dame un minuto, Sarah, déjame... —la garganta me cerraba la salida de las palabras, ella se removió—, escúchame, por favor, yo no quiero que vayas con un imbécil que te tome como una maldita muñeca de hule, no estás pensando bien, Sarah, te arrepentirás de esto y entonces... saldrás herida.

—¡Y a ti qué más te da! —Me miró con los ojos inyectados de furia—. ¡Es mi puta vida, Eros! ¿Y qué si quiero aprender? ¿Y qué si quiero demostrarme que puedo jugar con un hombre con tan poca moral como Chris? Es mi cuerpo, es mi deseo, son mis putas decisiones y si no eres tú, afuera hay un mundo de posibilidades que estoy dispuesta a aprovechar, estés de acuerdo o no, porque...

Antes de que dijera algo más o de que mi mente se detuviera a pensar que era una muy mala idea, mi boca estaba contra la suya y mi cuerpo aplastaba su cuerpo pegado a la puerta, Sarah no se resistió, sus labios se apretaron a los míos haciéndose con el control del beso, llevándolo de manera suave, nuestras lenguas danzaron una contra la otra, el deseo relampagueó en mi interior recorriendo mi cuerpo, cocinando a un fuego imposiblemente lento.

Las manos de Sarah tomaron mi cuello tirando de mis cabellos cuando perdió la batalla de lenguas que empezó a tornarse en nuestras bocas unidas.

En mi cabeza la voz gritaba que era un error, que iba a caer en picada, que podía detenerme, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo, la levanté alejando mi boca de la suya.

—Ni siquiera voy a pedir que me detengas —mascullé dando besos sobre sus labios—. Tú has pedido esto.

—Y por ello no voy a permitir que lo detengas...

—Envuelve tus piernas a mi alrededor...

Ella lo hizo y empujé la puerta de su habitación adentrándome en ella, mis labios se volvieron salvajes y los de ellas empezaron a exigir, tuvimos una batalla por el control, dientes, lenguas, labios; era como si quisiéramos devorarnos, me tropecé con un par de zapatos y caímos a la cama envueltos en un amasijo de extremidades, Sarah tiró de mi camiseta sacándola por mi cabeza, sus uñas se enterraron en mi espalda y me arrodillé entre sus piernas abriendo los botones de su camisa de un tirón, tenía un sostén negro de realce que hacía que sus tetas se viesan apetitosas, saqué una de ellas llevándome el pezón a la boca, Sara gimió, su cuerpo se arqueó como si quisiera que lo abarcara más, mi lengua dibujó círculos sobre la areola, sus manos trastabillaron con mi cinturón, me saqué los zapatos con los pies justo cuando ella bajaba el zíper de los jeans.

Abandoné su pecho y mi boca dejó pequeños mordiscos por la piel blanca de su vientre, solté el botón de su jean y tiré de él sin siquiera bajar el cierre, Sarah levantó el trasero haciendo que la tarea fuese aún más sencilla.

Tenía unas bragas de encaje negro que hacían juego con el tono de su piel, mi corazón latía con prisa, mi propia erección estaba fuertemente presionada contra mi ropa interior, podía sentir los espasmos de su cuerpo, escuchar su corazón latir tan acelerado como el mío.

Deslicé la mezclilla por sus piernas e inhalé el aroma de su excitación.

Entonces me detuve, esta era Sarita, ella...

—¿Eros? —Sus ojos se encontraron con los míos y fue el impulso que necesité, mis dudas y pensamientos huyeron del lugar. Mis dedos se enredaron en la cinturilla de sus bragas y las deslicé por sus piernas.

Sarah se abrió para mí y dejé que mi frente descansara en el montículo de su vagina antes de inhalar su aroma y perderme en él.

Mis labios se deslizaron, mis dedos se unieron, ella gimió una vez más y su cuerpo se arqueó hacia mi rostro cuando mi lengua se deslizó por los pliegues de su sexo, cohibiendo mis pensamientos, nublando mi razón, lamí, besé, tiré y succioné su clítoris haciéndola moverse a un ritmo desordenado, sus jadeos aumentaban y sus gemidos llenaban la habitación, me perdí en su piel tibia, en su sexo húmedo y en la única meta de hacer que esta mujer se sintiera deseada y que su placer nublara sus sentidos tanto como nublaban los míos, bebí de ella hasta que se corrió gritando mi nombre en un embrollo de sábanas y calor.

Subí por su cuerpo besando la piel que había mordisqueado en el descenso hasta devorar su boca e impregnar su propio sabor en ella.

—Nadie es tan bueno como yo —murmuré y mordí su labio inferior tirando de él hasta que ella se quejó—. Nadie que no sea yo va a darte placer.

Me levanté de la cama y tomé mi camiseta, salí de la habitación de Sarah antes que ella bajara de su ola post orgásmica porque necesitaba un minuto para mí, tomé las llaves de mi auto y caminé hacia la salida llamando a la única persona que quizá entendería ese embrollo, después de todo, una mujer lo había metido en un contrato sexual también.

—Papá ¿tienes un minuto...?

Capítulo 10

SARAH

Lo dejé ir porque ni siquiera sabía cómo controlar la cantidad de emociones que me embargaban. El orgasmo fue abrasador, contundente, como una ola de un tsunami arrasando con todo lo que encontraba en la costa. Había tenido orgasmos antes, el sexo con Chris era bueno antes de irnos a vivir juntos e incluso tuve un par de experiencias antes, pero nunca había sido así de intenso, así de aplastante.

—Nadie es tan bueno como yo —murmuró y mordió mi labio inferior tirando de él hasta que me quejé—. Nadie que no sea yo va a darte placer —su voz fue contundente, el calor emanaba de su piel irradiando a la mía y luego... frío.

Él se había ido.

Mis ojos se anegaron en lágrimas y me recosté de medio lado dejándolas salir en silencio. Las palabras de Chris luego de cada relación sexual que sosteníamos bombardearon mi cabeza con fuerza.

Negué repetidamente antes de levantarme de la cama y correr hacia el baño. Llegué justo a tiempo para dejar el contenido de mi estómago en el retrete. Me tomó un minuto entero contenerme, me levanté del suelo abriendo la regadera y puse el agua caliente a la mayor temperatura, pero sin que me hiciera daño, no necesitaba a Eros encima de mí o a mamá, Afrodita o Sury.

Le diría a Eros que no tenía que hacerlo, me disculparía por haberlo presionado y olvidaríamos la tonta idea de que me enseñara qué hacer en el sexo para satisfacer... para obtener placer.

Era ridículo.

Era una tonta.

Lo olvidaríamos, no valía la pena perder a Eros por un orgasmo, ni siquiera por uno tan alucinante como el que me acababa de dar.

EROS

Papá no estaba en su consultorio cuando llegué a las oficinas de Vitae, Sienna, su asistente, me dijo que había salido con el tío Jay pero que seguramente no tardaría en llegar. Le dije que lo esperaría en el consultorio y me dirigí hacia ahí.

La oficina de papá había sido renovada hacía poco, tumbaron las paredes y pusieron cristales para tener una vista perfecta de los rascacielos de la ciudad, para que sus pacientes se sintieran más tranquilos.

Pero aún conservaba una pared y en ella junto a los diplomas obtenidos a lo largo de su carrera había un documento conocido para mí.

El dichoso decálogo.

Exactamente una copia del que había en casa.

El recuerdo de los gemidos y el sabor de Sarah aún bailaban en mi memoria, también el hecho de que había vuelto a huir después de comer de su coño hasta hacerla retorcerse.

Bien, en el concurso de los idiotas yo era el ganador. No me arrepentía, la manera como me

sentí cuando ella se entregaba a mí me había hecho sentir como el maldito Superman.

De acero.

Y no me refiero a mi polla, que fue la primera en saber que no habría un retorno seguro para los dos cuando salí de la habitación huyendo como un jodido pendejo.

No, no había marcha atrás, no después de lo que habíamos compartido.

La puerta se abrió y papá entró con el celular pegado a la oreja, parecía que no era consciente de mi presencia.

—Esta noche, te haré recitar el padre nuestro en todos los malditos idiomas, dulzura...

Carraspeé. Casi me ahogaba con mi propia saliva.

Sabía que mis padres aún eran activos sexualmente, además, estaban locamente enamorados, no me incomodaba saberlo, pero tampoco quería ser oyente de una charla sexual.

—Te veré esta noche —guardó el celular cuando mamá colgó la llamada.

—Llegaste antes de lo que pensé, tengo cita con los Darwin en diez minutos.

—Solo necesito eso —dije y me senté, papá me imitó—. Bien supongo que necesito un consejo —él asintió—. Hay una chica...

—Sabía que embarazaste una chica... maldición, Eros...

—¿Qué? ¡No! Te dije que no, envuelvo muy bien el caramelo cada vez que estoy con una chica.

—Sabías que los condones no son cien por ciento seguros...

—No debí venir... —me levanté de la silla.

—Bien, bien, una chica —me instó a continuar.

—Sí, una chica, que quiere que me acueste con ella.

—¿Cuál es el problema? Te estás acostando con una chica desde que cumpliste dieciséis, si no fue antes... Si fue antes por favor no se lo digas a tu madre —rodé los ojos—. Solo suéltalo —dijo con franqueza.

—No es cualquier chica... —mi padre esperó por más información, si quería un consejo, uno real, tenía que ser completamente sincero con él—. Es Sarah...

—Joder... —silbó por lo bajo.

—Sí, papá, quiere exactamente eso, que joda con ella —llevé la mano a mis cabellos peinándome hacia atrás—. La noche que estuvimos en Las Vegas ella bebió de más y me dijo que quería tener sexo conmigo, que quería... —no, no iba a revelar a mi padre una inseguridad de Sarah.

—¿Quería?

—Pasarlo bien y, por qué no, follar si ambos éramos libres.

Papá me miró por unos segundos.

—¿Y? —Lo miré abriendo mis ojos en su dirección—. ¿Follaste con ella?

—¡No! Ella estaba pasada de copas y yo pensé que era el alcohol hablando.

—El alcohol es un desinhibido, Eros, pero créele a las personas borrachas, dicen la verdad —rodé los ojos mi padre era insufrible—. ¿Entonces qué sucedió después?

—Nada, la acosté en la cama y me dije que estaría todo olvidado para cuando se le pasara la resaca, pero al día siguiente, ella...

—Volvió a pedirlo —asentí—. Pareces estar ahogándote en un vaso de agua, Sarah y tú viven juntos.

—Somos compañeros de piso.

Papá se rio, una sonrisa burlona... Si había alguien jodidamente celoso con su intimidad era yo, incluso me negué a compartir apartamento con Adonis antes de que se fuese a Australia.

Sin embargo, no pude negarme cuando Sarah me lo pidió.

—Papá, por el amor de Dios, esto es serio, ella es mi mejor amiga.

—Y te gusta desde que eras un puberto.

—Ella es mi mejor amiga —repetí y él se carcajeó—, en serio me voy de aquí.

—Ya, deja el drama, te juro que me estoy tomando esto en serio, solo que no entiendo por qué te parece tan aterradora su propuesta.

—¡Ella es como mi hermana!

—Yo solo tuve una hija, gracias a Dios, Sarah te gusta desde que tienes quince años, ella tiene mucha confianza en ti al punto de hacerte una propuesta como esta.

—Ella quiere aprender —mi voz se escuchó minúscula.

—Vaya, no es la primera vez que escucho que una mujer quiere aprender a desarrollar su sexualidad y lo pide.

—No es lo mismo, Sarah no es mamá.

—¿Prefieres que se lo pida a otra persona? —sorteó, la sola mención de Sarah pidiéndoselo a otro hombre me llenó de ira irracional—. Eros es hora de que asumas tus sentimientos por Sarah.

—Si esto sale mal... Ella va a recaer si la lastimo.

—Sarah tuvo un episodio en su vida, sufrió de una enfermedad, hijo, y la superó como una guerrera, no me preocuparía tanto por ello, ella está bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás seguro que esto no hará que ella me odie, que tenga una recaída?

—Eso no lo sé, pero ya es hora hio que dejes de ver a Sarah como una mujer débil y que ocultes lo que sientes por ella por miedo, si esto sale mal, lo más seguro es que Collin te corta la polla y yo te sostendré del brazo.

—¡Pá!

—¡Eros! ¿Qué es lo que te asusta? Que sientas que Sarah va a despertar sentimientos que crees que no son suficientes para entregar tu virilidad y soltería, tienes miedo de enamorarte de ella o de que ella se enamore de ti.

—Yo... simplemente no quiero lastimarla.

—Entonces dale lo que quiere sin hacerlo.

—¿Cómo? ¡Maldita sea! ¡¿Cómo?! No quiero arruinar nuestra amistad, es lo que nunca he querido.

—Entonces no tengas sexo con ella, explícale que no te sentirías cómodo haciéndolo.

—Ella se lo pedirá a alguien más...

—¿Y eso te molesta porque...?

—No voy a dejar que alguien la use, sufrió con Christopher y el imbécil nunca me gustó.

—Pero no estás enamorado de ella... y sin embargo no quieres que ella tenga sexo por placer, que es lo que tú haces.

—Te odio, papá.

Se rio.

—En realidad me amas. Es simple, Eros, es un camino con dos opciones, lo haces o no. Tu madre me dio el decálogo, pero yo se lo propuse y ella tenía dos opciones, aceptar o no hacerlo.

—La acosaste hasta que te dijo que sí.

—Acoso es una palabra muy grande... Hijo, el sexo hace parte de la vida, de la naturaleza y lo sabes... te lo ha pedido a ti. El por qué es algo que debes averiguar antes de meter la pata.

—Es demasiado tarde, yo... mierda, papá me levanté de la cama y salí de ahí como si hubiese visto al mismo diablo.

Papá negó con la cabeza.

—Eros, Sarah sabe que fue solo sexo, ¿lo hablaron antes de hacerlo? —«Hablar, no que va, recuerdo haber tenido mi lengua en su boca y la de ella en la mía, pero tanto como hablar...»—. Irte sin decirle una palabra puede que no sea tu acción más honorable, repito, te estás ahogando en un vaso de agua, yo más que perder su amistad me preocuparía más por las acciones negativas que puede ocasionar en ella —miré a papá sin entender—. Sus problemas de adolescencia se ocasionaron debido a sus inseguridades, Sarah es una persona con un problema mental marcado, la anorexia no es algo que se olvida se combate día tras día, hijo, cualquier situación puede detonar una crisis.

—Eso es justo lo que no quiero.

—Te has puesto a pensar que ella fue valiente al expresar tus deseos, conociendo que no eres de los chicos que se compromete, está pidiendo lo que ella desea, personalmente estoy aliviado de que te lo haya pedido a ti y no a otro que, como tú dices, se aproveche de ella. Huir te hace ver como un gran y estúpido cobarde. Conozco a Sarah, ella te conoce, estoy completamente seguro de que no está esperando un jodido anillo de tu parte. Solo necesitas ser sincero con ella.

Su teléfono sonó y accionó el altavoz.

—Doctor Farell, el matrimonio Darwin está aquí para su cita de las diez.

—Dame cinco minutos —contestó rápidamente—. Las cosas no tienen que cambiar, Eros, antes de hacerte ideas apresuradas e interpretar mal las señales, habla con ella, si ya cruzaste la línea y no te sientes bien, puedes retroceder y dejar que Sarah busque lo que necesita encontrar, debes ser su amigo. Y si decides aceptar su propuesta, pauten reglas.

—¿Reglas?

—Señaló el decálogo, fue la manera en que tu madre puso reglas, para mí, para ella...

—No sé qué hacer, esperaba que pudieras ayudarme.

—Eres tú el que tiene que tomar esa decisión, nadie más puede tomarla por ti, escucha qué te dice la voz en tu interior. Ahora vete, tengo trabajo —Fui hacia papá y lo abracé, estaba a punto de abandonar el consultorio cuando él me llamó—. Y Eros —me giré hacia él—, tú y yo no hemos tenido esta conversación, si tu madre se entera lo negaré rotundamente, Sienna dirá que no has venido por aquí.

—Cobarde —mascullé.

—Ya vete.

Me despedí de la secretaria de papá y una parte de mí quería ir con mi tío Jay, pero papá y Sarah tenían razón, me estaba comportando como un cobarde, había cruzado la línea y retroceder no estaba en mi periferia.

Debía volver a casa.

-
-
-

Abrí la puerta del departamento, las luces estaban apagadas, pero Sarah estaba en el sofá frente al televisor, nuevamente estaba usando una de mis camisas y verla con ella envió un corrientazo justo a mi entrepierna.

—Volviste —encendió la luz de la lámpara dejando que la estancia estuviera levemente iluminada.

—Pensé que estarías dormida.

«Vamos, Eros, usa tu tarjeta de hombre».

—Y yo que no te vería hasta mañana...

—Sarah —dejé que mi cuerpo se recostara en la puerta.

—Eros, lo siento, no tienes que hacerlo si no lo deseas, si no quieres.

Me reí, pero fue una risa carente de emoción.

—¿Crees que no lo deseo? ¿o no lo quiero? —Caminé hacia ella y me senté de frente en la mesa ratona—. Lo quiero, pero no deseo que ninguno de los dos salga lastimado, no quiero perderte.

—Eso no pasará.

—Lo hará si te lastimo —decidí ser sincero, tal como papá me había dicho—. Y te perderé, es por ello que no tengo amigas.

Ella acarició mi rostro.

—Yo siempre estaré aquí... Soy tu mejor amiga y eso no lo cambiará nada, ni nadie —la abracé—. No espero de ti nada más que lo que he pedido, pero hablo en serio cuando te digo que no tenemos que hacerlo.

—¿Por qué puedes hacerlo con Eddy o Josh? —Me solté de su abrazo y tomé su rostro con mis manos—. No voy a permitir que un hijo de puta con aires de gigoló te use.

—¿Así es como te ves? —preguntó acariciando mi mejilla.

Me encogí de hombros.

—No sé cómo quieres que hagamos esto, pero creo que debemos poner algunas reglas.

—¿Nuestro propio decálogo? —dijo con picardía, yo me reí.

—Sí, algo así. ¿Qué quieres aprender?

—Solo dame un segundo —corrió a su habitación y volvió unos minutos después con una bolsa que tenía el logo de Fetiches. Dejó la bolsa a un lado del sofá y me tendió lápiz y papel—. ¿Qué estás dispuesto a hacer y qué no?

Miré el cuaderno en mis manos, iba a hacerlo, iba a firmar un contrato sexual con mi mejor amiga.

Capítulo 11

SARAH

Media hora después habíamos anotado algunas reglas para lo que íbamos a hacer, compré una baraja ende Fetiches una vez Ambar me dejó sola, también le expliqué lo que quería del juego y lo importante que eran las cartas del Kamasutra para ello.

Eros se asombró cuando tendí las cartas, barajó el manajo y observó algunas de las posiciones.

Miró el cuaderno en sus manos y luego alzó su mirada hacia la mía.

—Creo que es todo.

—¿Quieres que las lea en voz alta? —asintió y tomé el cuaderno de sus manos, las mías temblaban levemente, miré la letra desordenada y poco entendible antes de mirar hacia él—. Tu letra sigue siendo horrible —dije sonriendo, buscando deshacerme un poco de mis nervios.

Era una bola de sentimientos encontrados, pero quería hacerlo.

—Bien —suspiré—. Número 1.

1. Amigos antes que amantes (nuestra amistad está fuera de este juego, pase lo que pase siempre seremos amigos).
2. El tiempo de duración de este juego sexual es de noventa días, sin embargo, cualquiera de las partes puede dar por terminada la partida en el momento que lo crea adecuado o corra riesgo la regla número 1.
3. Todo lo que se ponga en práctica durante el tiempo pactado para el juego sexual debe ser consensuado por ambas partes.
4. Mientras el juego esté en vigencia, ninguna de las partes se verá involucrada íntimamente con alguna persona opuesta a su género.
5. Cada integrante de este juego tendrá una palabra “Segura” para usar en caso de incomodidad, durante las sesiones de juego.
6. Se usará todo tipo de herramientas (juguetes y alimentos) para el placer de los participantes
7. No se permitirá bajo ningún motivo más participantes que los firmantes.
8. El lugar para jugar puede variar siempre y cuando ambos participantes estén de acuerdo en jugar.
9. Los participantes serán auténticos y sinceros en cuanto a la expresión de su placer y sentimientos durante la partida.
10. Se dará importancia a los preliminares antes de llevar a cabo la partida.
11. Durante el juego y solo durante el juego los participantes podrán acariciar, besar y tocar con índole sexual. Además, los participantes podrán obsequiarse prendas, o herramientas cuya finalidad sea el deleite en cada partida, la contraparte aceptará sin renegar siempre y cuando no atente contra sus ideales.
12. Se establecerán días y siempre deberá sacarse una carta antes de comenzar cada partida.
13. No hay sentimientos más allá de la amistad durante el tiempo del juego, no habrá dramas ni celos, ni egoísmo durante la participación.
14. Ambos participantes velarán por los métodos anticonceptivos adecuados para

evitar situaciones embarazosas.

(Me reí, tomaba anticonceptivos desde que Afrodita me obligó a ir con ella al ginecólogo luego de su primera vez con Thiago).

15. Tener siempre, siempre presente la regla número uno.

Terminé de leer e iba a decir algo más antes de que él hablara.

—El sexo va más allá de penetrar y embestir hasta que uno de los dos esté plenamente satisfecho, el sexo es una comunión donde se involucran emociones, sentimientos... es como lo disfrutamos a plenitud —tomó mis manos—, Por eso quiero que seas consciente de que esto es solo por placer—asentí —por favor, Sarah, no me odies si esto sale mal.

—¿Mal como que salga embarazada o mal como que me enamore de ti? —Él se tensó, apretó mis manos por unos segundos y luego las soltó, pasándose la mano izquierda por el cabello—. Eros...

—Júrame que no habrá sentimientos por mí más allá de lo que sientes hoy —«¿Cómo decirle que era algo tarde para hacer esa sugerencia?»—. En los juegos del placer siempre hay un perdedor hagamos lo que esté en nuestras manos para que solo haya ganadores.

Le dije que sí con un asentimiento.

—¿Cuándo empezamos? —Mi voz sonó entrecortada y tragué el nudo en mi garganta cuando él deslizó su pulgar sobre mi boca.

—Dejemos que todo pase, y que nada nos afecte.

Asentí y su boca se unió a la mía, primero en una caricia suave. Un simple roce de labios que trajo a mi cuerpo escalofríos, como atraída por un imán, me acerqué a él deslizando mis manos por sus hombros hasta abarcar su cuello, las suyas soltaron mi rostro descendiendo por mis brazos y posicionándose en mi cintura, sujetó el dobladillo de mi camisa, nuestros labios aun conectados, cerré los ojos cuando la punta de sus dedos hizo contacto con mi piel, llenando el lugar de calor con su toque.

—E...

—Silencio —murmuró con voz enronquecida subiendo mi camisa, la sacó por mis brazos quitándola con lentitud, nos separamos para que la sacara por mi cabeza y luego la tiró a un costado del sofá—. Sarah... —expresó separándose solo un par de centímetros, no llevaba más que un panty de encaje por lo que quedé desnuda ante su intensa mirada, el deseo en sus ojos azules encendió una hoguera en mi interior, nos observamos por unos segundos sin articular una sola palabra.

Los segundos transcurrieron lento, mi corazón palpitaba al son de una orquesta imaginaria. Por primera vez, Eros Evans Farell no me estaba viendo como su hermanita pequeña, como la amiga que tenía que proteger, él me veía... me veía como a una mujer.

Y la realización de ello hizo que mis nervios saltaran, que me preguntara si lo que estábamos a punto de hacer era lo correcto. Había mucho en juego, él, yo y nuestra amistad.

Antes de hacer algo de lo que seguramente iba a arrepentirme más tarde, atraje su rostro hacia el mío devorando sus labios con fiereza, no tardé mucho antes que él se hiciera con el control total del beso, que subió de intensidad a medida que nuestras caricias se hacían más fuertes, deseosas, violentas, me moví hasta quedar sobre sus piernas, nuestras lenguas iniciaron una batalla poderosa, dientes chocaban contra dientes, labios moliendo labios, Eros deslizó sus manos por mis piernas abarcando los cachetes de mi trasero y suspendiéndome se levantó de la mesa conmigo aferrada a su cuello, marchó sin dejar de besarme hasta su habitación, pateó la puerta y caminó hacia su cama dejándome sobre el edredón azul, se subió y gateó hasta estar

sobre mí. Su cuerpo cubriendo el mío, su respiración tan trabajosa como la mía.

—Última oportunidad para no hacer esto, Sarah...

—No seré yo quien se arrepienta —me incliné a besarlo—. Dejamos las cartas.

—Esta noche no... —murmuró retomando nuestro beso, Eros besaba con fuerza, como un huracán queriendo arrasar todo a su paso, empezaba con una lentitud envolvente y luego era imparable, machacaba, sorbía, lamía, mordisqueaba, haciendo que mi interior se contrajera de deseo.

Mis dedos encontraron el camino hacia sus cabellos, tirando de él hacia mí, sus manos separaron mis piernas haciéndose hueco entre ellas, nuestras bocas luchaban, él exigía, yo retribuía. Bajé mis manos por su rostro acariciando sus hombros, pecho y abdominales hasta llegar a la hebilla del pantalón, detuve el beso para mirarlo por un minuto, arqueó una de sus cejas y mis dedos temblorosos desabrocharon el pasador, solté el botón y bajé el zipper sintiendo la erección crecer en su bóxer.

Eros volvió a besarme como si quisiera distraerme, rodeé su trasero empujándolo hacia mi cuerpo, ambos gemimos cuando nuestras ingles tuvieron contacto, su boca se deslizó por mi barbilla, cuello y abarcó uno de mis pechos, estaba ardiendo, me removía bajo su cuerpo... ¿queriendo escapar? ¿queriendo mantenerlo más cerca? Ni yo misma lo sabía.

Su mano libre tiró del pezón desatendido, su lengua se arremolinaba alrededor del que yacía en su boca, gemí y la respiración se estancó en mi garganta, chupaba, tiraba y mordía mi piel, cambió de un pecho a otro y jugueteó por un par de minutos antes de continuar su camino. Mordisqueó la piel de mi abdomen, besó mi cadera y barrió un camino de piel con su lengua hasta llegar a mis bragas de encaje.

—Quiero... probarte, una vez más —masculló deslizando la punta de su nariz sobre el encaje inhalando mi excitación haciendo que todo mi interior vibrara.

Estaba húmeda y parecía que solo me humedecía más, él trazaba patrones inexistentes sobre mi vagina, inhalando mi aroma, llenándose de mí, sus dedos tiraron de los costados de mis bragas con fuerza, la tela cedió rasgándose, me removí temblorosa cuando un sutil escalofrió me recorrió por completo, deslizó uno de sus dedos por mis pliegues mayores antes de hundirlo en mi interior, jadeé ante la intromisión y tomé su mano justo en el momento en que otro dedo se unía al que ya estaba en mi sexo. Una gama de colores estalló tras mis párpados, el calor se extendió por mi columna enviando centellazos de placer que terminaban en la punta de mis pies, bombeó sus dedos y mi vientre se tensó, me removí incapaz de poder quedarme quieta, sentía como si estuviese rodeada de una niebla que embotaba mis sentidos, como si surfeara en una ola, Eros aumentó el ritmo de sus embestidas, mi cuerpo comenzó a pulsar, incapaz de hacer algo más que navegar la ola, así terminara estrellándome con la costa, la tensión me elevó, se expandió y se volvió más fuerte mientras avanzaba, él permaneció firme, forzando la marea con su toque y sus caricias hasta que grité su nombre cuando la ola me arrasó llevándome a la orilla.

Por un segundo o dos, mi mente y mi cuerpo se separaron, sentí como si flotara en medio de las malditas nubes, nunca antes había sido así, fue como si mi alma hubiese sido disparada fuera del planeta, como si mi cuerpo ahora después del máximo placer cayera en caída libre directo hacia la tierra.

—Eros... —murmuré. Mis uñas hundiéndose en la piel de sus hombros...—. Dios... Yo... nunca... yo...

—Solo soy yo, Sarah, yo haciéndote el amor —sonrió y me besó como si hubiesen vuelto a conectarme, mi cuerpo se activó con su beso, mis manos acariciaron su rostro alisando una de sus cejas y sus ojos se cerraron, siseó cuando me removí rozando su erección.

La tensión que se acumulaba en mi vientre bajo se convirtió en necesidad a medida que sus labios se restregaban contra los míos.

—Te necesito —dije sin dejar de besarlo—. Yo te deseo, te quiero, en mí, dentro de mí —hice que se apartara quedando de rodillas solo para terminar de bajar su pantalón.

Eros, enganchando los pulgares en la cinturilla de su bóxer, tiró de ellos hasta liberar su miembro, mi mirada lo recorrió por completo desde su pecho ancho sin mucho músculo, hasta las líneas que marcaban la V en su vientre bajo, para luego posarse en su miembro largo, ligeramente curvado en la punta que estaba tan húmeda como yo me sentía, tan lista como yo lo estaba.

Torpemente se estiró hasta la gaveta al lado de su cama sacando con rapidez un paquetito plateado.

—Tomo anticonceptivos —él tragó con dureza—. Chris, él siempre usaba condones, si estás limpio...

—Lo estoy —exclamó interrumpiéndome—. Nunca olvido usar estos... —su mirada quedó fija en la mía—. ¿Estás segura?

—No quiero que lo usemos, no contigo.

Terminó de quitarse el bóxer y me atrajo hacia él encajándose entre el espacio de mis piernas, quitando los restos de mi panty rota, los lanzó hacia un costado de la cama, su cuerpo cubrió el mío, apoyó una mano en la cama y con la otra tomaba su miembro.

Íbamos a hacerlo.

Incapaz de apartar la mirada de nuestras mitades inferiores, lo vi bombear un par de veces antes de llevar el glande hasta mi entrada. El aire salió de mi cuerpo que se tensó ante el toque de su carne contra la mía, Eros siseó y jadeé cuando la punta cálida presionó ligeramente la carne ardiente de mi sexo, gemimos ante el contacto se deslizó con suavidad en mi interior centímetro a centímetro hasta que pudiera abarcarlo por completo.

—Respira —murmuró entre dientes, su mano ahora libre buscó la mía, entrelazando sus dedos con los míos.

—¡Oh, Dios...! —musité, pasé mi lengua humedeciendo mis labios que estaban resecos, mis ojos se cerraron ante el roce de nuestras pieles.

—Mírame —exhaló en una orden y lo obedecí, su ceño estaba fruncido, dio un último empujón y entró completamente en mí con un gruñido, diversas emociones barrieron por completo en mi memoria—. ¡Joder... Joder... maldición te sientes tan bien! —masculó y luego se detuvo dándome unos segundos antes de empezar a moverse, me enfoqué en él, en lo que me hacía sentir, en su respiración errática y los desesperados latidos de mi corazón, parecía encajar correctamente en mí, sus caderas se movían con una cadencia anuladora, era hábil, ágil, sus estocadas eran fuertes y profundas, los jadeos llenaron la habitación, mi cuerpo se acopló al suyo en perfecta sincronía, era poderoso, abrumador, como un puerto eléctrico y un toma corriente apunto de hacer combustión.

Sus gemidos eran roncós, sus jadeos pesados, escuchaba la cama golpear contra la pared, grité cuando giró sus caderas yendo aún más profundo, tocando un punto que me hacía desfallecer, me arqueé sobre él sintiendo una nueva ola formarse en mi interior con cada giro, embestida, beso o roce me acercaba cada vez más a la orilla, mis piernas temblaban, así que tomó una de ellas y la dobló elevándola sobre su cintura, la primera contracción llegó haciéndolo rugir, balbuceaba palabras que ni siquiera yo misma podía entender, no podía pensar solo sentir.

—Suéltate —dijo aumentando el ritmo de sus embestidas.

Eros besó mis párpados, mis mejillas, tomó mi boca tirando de mi labio inferior, podía sentir

que su beso se volvía errático, como su respiración empezaba a ser descontrolada, tenía las mejillas sonrosadas, no era la única perdiendo el control, no era la única acercándose a la orilla a una velocidad vertiginosa.

El placer vibrando a través de nuestros cuerpos.

Le tomó un par de embestidas antes de tenerme temblando y gritando su nombre, el orgasmo me partía en dos, mientras la ola me revolcaba con fuerza.

Eros comenzó a temblar, un rugido escapó de su boca entreabierta y sucumbió al éxtasis justo después de mí.

Capítulo 12

EROS

Con los ojos fuertemente cerrados, me deslicé por última vez en su interior antes de caer a su lado llevándome el brazo sobre los ojos intentando respirar y calmar el galope intenso de mi corazón.

Joder...

Lo había hecho con Sarah...

Había sido intenso, fiero, enceguecedor...

Después de esto no había vuelta atrás, si es que era una posibilidad. Mi cabeza era un laberinto en donde todos mis miedos corrían desesperados.

¿Qué hacía ahora? No quería que ella creyera que estaba arrepentido.

Aterrado sí, arrepentido... joder no. Aunque sabía que estaba mal, aunque temía que todo esto resultara siendo un desastre, no había arrepentimiento por lo ocurrido, lo había disfrutado tanto como ella lo había hecho.

Normalmente me iba al baño y luego empezaba a vestirme, un poco idiota de mi parte, pero era solo sexo, si me ponía en plan romántico podía dar a entender otra cosa y eso me traería problemas.

Escuchaba su respiración tan errática como la mía, sentía su cuerpo irradiando calor a mi lado, mi polla húmeda por sus fluidos.

Lo hice con Sarah sin ningún tipo de barrera...

Disfrutaba del sexo desde los quince años, nunca había follado sin un condón en medio, la sensación de sentir su interior húmedo y tibio casi me hace correrme en el primer momento que estuve dentro de ella, los libros dicen que todo en el sexo está inventado, pero mierda, uno es creativo y yo moría de ganas por ser creativo con la mujer que empezaba a dormitarse a mi lado, o eso creí antes de que la cama se moviera bruscamente; retiré el brazo de mis ojos para ver a Sarah de pie, la mitad de su cuerpo doblado la vi recoger mi camisa del suelo, su culo estaba en mi dirección y mi erección casi muerta se estremeció tan solo con verla.

—¿Sarah?

Me senté sobre la cama.

Ella se giró, sorprendida, como el niño que acaban de pillar robándose una galleta del tarro, la mayoría de veces ese niño era yo por lo que conocía la expresión.

—Pensé estabas dormido —lucía un poco avergonzada, mi mirada recorrió sus curvas cuando su cuerpo se giró hacia un lado, sus pechos tersos podrían apreciarse de costado.

La habitación quedó en silencio y por unos minutos solo nos miramos.

—Casi estaba dormido cuando te moviste —contesté después de un tiempo—. ¿A dónde vas? —pregunté cuando la vi ponerse mi camisa.

—A mi cuarto, necesito ducharme y...

—Vale.

—Tenemos que escoger los días —ladeé la cabeza sin entender—. Los días para sacar las cartas.

—Escógelos, es tu juego —de repente me sentí muy desnudo por lo que tiré de la sábana cubriendo la parte inferior de mi cuerpo.

Ella asintió.

—Está bien —la conversación se sentía incómoda, como si fuésemos dos bots intercambiando información—. Te los diré en el desayuno.

Fue mi turno de asentir y ella caminó hacia la puerta que se había cerrado.

—Sarah —musité y ella giró su rostro—. Seguimos siendo tú y yo contra el mundo y para el mundo.

—Lo sé —giró la perilla y abrió la puerta, entonces se giró completamente, mi camisa apenas cubría su muslo—. Gracias —se sonrojó—, por tus favores sexuales —salió completamente de la habitación.

Por un segundo me quedé en shock, luego ella me guiñó un ojo y me dio una sonrisa radiante antes de cerrar la puerta.

¿En serio ella me estaba agradeciendo por uno de los mejores encuentros sexuales que he tenido? Me dejé caer sobre la cama.

«Gracias por tus favores sexuales».

Una carcajada brotó de mi pecho al tiempo que escuchaba la puerta del dormitorio que ocupaba Sarah, cerrarse.

Nadie me había agradecido por mis favores sexuales.

Otra primera vez para Sarah...

Hasta ahora el marcador iba así:

Sarah: 2

Eros: 0

Con ese pensamiento me quedé dormido.

Cuando desperté la mañana siguiente, el departamento estaba silencioso, salí de la cama directo a la ducha, cuando me di cuenta de que era jodidamente tarde y que Malinov iba a cortarme la cabeza si me retrasaba para tomar su examen, sin embargo, mientras el agua descendía por mi cuerpo no podía dejar de pensar en Sarah, en cómo se sentía y cómo su cuerpo y el mío encajaron perfectamente como piezas de puzzle, mi miembro cobró vida los recuerdos invadieron mi memoria, y antes de que pudiera pensar en lo tarde que era, me tomé con fuerza y me masturbé como un puberto que acababa de ver la Playboy del mes.

Fue un alivio no encontrar a Sarah en el departamento cuando salí de mi habitación, primero, no sabía cómo debía proceder después de lo que sucedió en la noche y tampoco sabía si podría mirarla a la cara después de que me corrí en el baño rememorando sus curvas y gemidos.

Estaba muy jodido.

Tomé un paquete de galletas de la cocina y salí del departamento, el Fiat rosa de Sarah no estaba en su lugar habitual, lo que ya suponía, me subí en el Mustang dejando la motocicleta para otro día, uno en el que mis pensamientos no estuviesen revueltos entre mis deberes y el cuerpo de mi mejor amiga.

Conduje directamente hacia la universidad y llegué justo a tiempo para el examen con Malinov. Examen del que no recordaba un carajo y en el que esperaba que mi memoria fotográfica no me fallara.

Durante todo el día estuve distraído, observando el celular por si Sarah llamaba o enviaba algún mensaje, cosa que no hizo.

Para cuando pasó el mediodía me sentía ansioso y preocupado.

¿Y si mi más grande temor se hacía realidad?

Sarah y yo habíamos traspasado una línea de la que no había regreso si no actuábamos con madurez, y en mi concepto lo único que se maduran son las frutas.

Pero no podía soportar más la espera, tomé mi mochila dejando mi almuerzo a la mitad.

—Tengo que irme, ¿podrías decirle a la profesora Balfe que tuve una emergencia en casa? — dije sin mirar a Austin y Mike.

—¿Todo bien?

—Sí, solo tengo algo que hacer —me despedí de mis compañeros y salí de la cafetería, saqué el celular debatiendo si debía o no enviarle un mensaje, estaba tan distraído con el aparato que no vi a la mujer frente a mí.

—¿Eros? —«Maldita fuera mi mala suerte»—. Tenemos que hablar.

Pasé de ella y seguí caminando, aun así, ella me siguió.

—¿Puedes detenerte, por favor?

—No.

—¿No? Te digo que tenemos que hablar y esta es tu actitud.

—Corrección, tú y yo no tenemos nada de qué hablar —bajé las escaleras mientras ella me seguía—. Creo que fue suficiente con la clamidia y la disfunción eréctil.

—Estaba molesta —tomó mi brazo haciéndome girar en el último escalón.

—Qué novedad, ahora el molesto soy yo, voy a anunciarle a medio campus que tienes sífilis —me zafé de su agarre y pensaba continuar mi camino cuando ella colocó su mano sobre mi pecho.

—La pasábamos bien —agarró mi camisa en un puño.

—Felicidades, señorita Tanner, conjuga usted los verbos muy bien, pasábamos, del verbo ya pasó —agarré su mano soltándola—, tengo que irme, Becca, no me llames, no me busques, se acabó.

—¡No puedes dejarme, así como así! —gritó cuando me alejé unos pasos.

Sentí mi sangre correr más deprisa, la ira burbujeando en mis venas, eliminé los pasos que nos separaban llegando hasta ella.

—¡Yo no te dejé, Becca! —La señalé con el dedo—. Arruinaste todo —estábamos llamando la atención de algunos estudiantes por lo que cerré los ojos y respiré calmándome un poco—. Fuiste tú la que quiso más, rompiste las reglas de nuestro acuerdo y luego esparciste rumores sobre mí en todo el campus.

—Eros, solo era una maldita cena, mis padres estarían unos días en la ciudad y cometí el error de decirles que estoy viendo a alguien, querían saber quién eras.

—Estabas con alguien, Becca, no molestes más lo nuestro se acabó y enserio tengo que irme.

—¿Quién es? —gritó atrayendo más público—. ¿Quién es la zorra que calienta tu cama ahora? No es de la universidad, todas saben que eres un gigoló, cambias de chica como si fuese ropa interior.

—Lo que haga con mi vida no te importa, Becca, querías exclusividad y me acorralaste para obtenerla, la respuesta es no, ahora reinventa tu vida y déjame en paz.

Salí de la universidad caminando rápidamente hacia mi auto, podía sentir el repiquetear de los tacones de Becca seguirme mientras gritaba mi nombre, atrayendo más y más la atención de los estudiantes alrededor del campus, aceleré mis pasos, desactivé la alarma y abrí la puerta dejando mis libros en el asiento del copiloto.

—¿Sabes qué es lo que te pasa a ti? Que te crees muy rudo, Eros Evan Farrell y lo que eres es un maldito cobarde inseguro que le tiene miedo al compromiso, te aterra sentir que pierdes tu libertad, ¿piensas follar a una chica diferente por el resto de tu vida? Madura de una buena vez.

—Vete a la mierda, Becca, si decido estar con una chica cada fin de semana no es porque le tenga miedo al compromiso, es porque me gusta hacerlo, pero a ti no pienso volver a tocarte ni

con una maldita rama, si escucho un nuevo rumor que implique mi salud o mi desempeño sexual, te demandaré por injuria y acoso ante la decanatura de la universidad. ¿Estamos? —Nos miramos por unos minutos sin decir nada, Becca cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Estamos, Becca?

—Bien, me alegra que no le tengas miedo al compromiso porque tengo un retraso —dijo y luego se giró dispuesta a irse.

Me reí porque nunca tuve sexo con ella sin condón y estaba completamente seguro de que no se me había roto ninguno.

—Si piensas que me voy a creer esa mierda estás completamente loca Rebecca —grité, ella alzó su mano mostrándome el dedo del medio, negué con la cabeza y entré en el auto, un retraso, sí como no.

Si Becca pensaba que caería con esa mentira estaba muy equivocada.

Di un par de vueltas por la ciudad antes de ir al departamento, molesto por el enfrentamiento con Becca, con Sarah y su mutismo, molesto conmigo por formar una bola de nieve en mi cabeza con circunstancias sin sentido, incluso me detuve en una librería y compré el libro de mamá, sin importarme que ella conservara un ejemplar de cada una de sus obras en su oficina, había visto a Afrodita leer este libro más veces de las que pudiera contar, pero no era como si me importara el trato que habían hecho mis padres cuando se conocieron, no hasta hoy. Bajando del auto dejé la bolsa con el ejemplar dentro de mi mochila y subí al elevador, me recosté sobre el acero frío y respiré profundamente antes de sacar el celular de mi bolsillo y buscar el número de Sarah entre mis contactos.

“Voy llegando a casa, ¿está todo bien?”

Escribí para luego borrar el mensaje, si Sarah se había arrepentido de nuestro acuerdo, haría como si nada hubiese sucedido.

La campanilla del elevador sonó sacándome de mis cavilaciones antes de que las puertas se abrieran y me encontrara de frente con una muy molesta Afrodita.

—Afro...

—Si le haces daño te cortaré el pito y se lo daré de comer a los leones de Central Park, Eros —gruñó empujándome fuera del elevador.

Me quedé en shock viendo las puertas cerrarse.

¡Mierda!

¿Y si la había lastimado?

Capítulo 13

EROS

Corrí hacia el departamento.

—¡Sarah! —Mi mente marchaba a mil por segundo—. ¡Sarah! —ella había salido de mi habitación perfectamente bien la noche anterior, pero no la vi en la mañana, no me avisó que se iba a la universidad... ¡Joder! ¿Por qué no le escribí?

No me había comportado como un bruto, ¿o sí?

—Sarah —golpeé la puerta de su habitación y al no escuchar respuesta di un empujón abriéndola.

—¿Eros? —Escuché mi nombre desde algún lugar del departamento—. ¿Qué demo...? ¡Dañaste mi puerta! —Ella se asomó, traía un cesto de ropa recién lavada de lo que parecía ser el cuarto de lavandería.

—¿Estás bien? —le quité la cesta colocándola en el suelo y toqué su rostro y brazos—. ¿Estás bien? —repetí.

—Yo estoy bien ¿qué te pasa a ti? —preguntó sin entender.

—¿Te hice daño anoche? ¿Por qué demonios no me escribiste?

—Eros respira, parece que fueses a tener un ataque de pánico en cualquier momento —dijo tranquila, inhalé profundamente—. Yo estoy bien, no me lastimaste de ninguna manera, de hecho, fuiste un poco más tierno de lo que esperaba —tomó la cesta y entró a la habitación dejando caer el contenido sobre la cama.

—¿Tierno? —Ahora el que no entendía nada era yo.

—Bueno, tu reputación te precede, las chicas hablan y desde secundaria lo único que había escuchado de ti, es que eras una bestia y fuiste más bien un lindo gatito... —dobló una camisa y la colocó a un lado—. En cuanto al mensaje, no sabía que tenía que mandarte un tipo de mensaje después de tener sexo.

—No, no tenías, como tampoco tenías que contarle de nuestro acuerdo a Afrodita, nuestro contrato tiene fallas, necesitamos agregar una cláusula de confidencialidad.

—No le he dicho nada a Afrodita —se sentó en la cama olvidando la ropa y palmeó el colchón a su lado.

Hice lo que me solicitaba sentándome donde ella señalaba.

—¿Entonces qué hacía aquí y por qué amenazó con alimentar a los leones con mi polla?

Un sonrojo cubrió sus mejillas.

—No le dije nada sobre nuestro acuerdo, me llamó, fue por mí a la universidad y decidí saltarme la última clase, comimos en el restaurante del tío Dav y luego nos fuimos de compras, me trajo a casa porque dejé mi auto en la universidad... me pidió que me mudara con ella, que seguramente no estabas cómodo conmigo aquí y que si estaba junto a ella podía ayudarla en temas relacionados a la boda, pero Afrodita y Chris viven cerca, lo último que quiero es tener que estar con el miedo de encontrármelo en otro lugar que no sea la universidad, así que decliné su invitación, fue cuando me preguntó si había pasado algo entre nosotros y lo negué.

—Tú no sabes mentir —la interrumpí—. Ella ahora sabe que pasa algo y amenazó con castrarme.

—Miento mejor ahora o eso creo... quizá solo lo hizo para ver tu reacción, voy a acompañarla mañana a una prueba de pastel, me encargaré de que quede muy claro que tú y yo solo somos y seremos amigos —me dejé caer de espaldas sobre el acolchado de su cama—.

¿Estuviste esperando un mensaje de mi parte todo el día?

—No todo el día —nunca le diría que estuve pegado al maldito aparato—. Y no debes tener miedo de Christopher, no es como si fuese a golpearte o algo así —ella se quedó en silencio y me senté al sentir la rigidez de su cuerpo—. Sarah el problema entre Christopher y tú ¿fue porque te lastimaba? —Podía sentir la tensión llenando mis músculos de solo pensar en que ese idiota la había lastimado—. ¿Sarah, Christopher te golpeó? —Ella me miró a los ojos, que se nublaron rápidamente de lágrimas—. ¡Maldita sea voy a matarlo! —Me levanté de la cama, pero ella tomó mi brazo cerrando sus dedos alrededor de mi piel.

—No me golpeó —su voz se sentía lejana, tiró de mí hasta que estuve sentado a su lado nuevamente, giró su cuerpo quedando frente a frente, varios mechones de su cabello cubrieron su rostro—. No físicamente.

SARAH

Me levanté tarde, yo nunca me levantaba tarde, pero luego de salir de la habitación de Eros, no podía dejar de pensar... sentía que mi cuerpo vibraba, como si mi piel lo hiciera, ni siquiera podía contar todas las veces que me di placer pensando en que esee día jamás llegaría y fue muchísimo mejor que en todas mis locas fantasías.

Mi segundo orgasmo con Eros había sido tan maravilloso como el primero y la mezcla de sensaciones que me embargaban me robaban el aliento.

Pensar en el placer, las sensaciones, los hechos, la manera en cómo lamió mi sexo húmedo, chupó mis pechos... en sus abdominales contrayéndose mientras se adentraba en mí, era el equivalente a una descarga eléctrica o como se debía sentir un subidón de drogas.

Pensar en todo lo que sentía gracias a Eros me hacía pensar en Christopher, aunque no quisiera, no podía evitar todas esas noches después del sexo cuando Chris sucumbía ante el sueño y el cansancio, dejándome sola con mis pensamientos.

Debiste frotarte con más ímpetu.

No es mi culpa que no logres llegar, hago todo lo que puedo para que lo hagas.

Eres frígida, Sarah, solo tienes que estimularte más.

Estás engordando, leí en un artículo que las mujeres cuando suben de peso tienden a perder la libido.

Cada noche pensaba en las malditas frases, en los seis meses que vivimos juntos hice más de cien dietas, la de la sandía, la de la piña y el atún, la dieta Keto, incluso la dieta militar.

Para Chris seguía subiendo de peso.

No podía culparlo, de adolescente batallé con el estigma social y la presión que conlleva tener kilos sobrantes.

Christopher y yo nos conocimos en una clase de literatura clásica, fue el invitado del profesor Banner, su tema principal fue la literatura según Dostoyevski, en sus manos sostenía un ejemplar *Crimen y Castigo*. Uno de mis libros favoritos, su ejemplar estaba tan gastado como el mío, caminaba de un lado a otro en el salón hablando de cosas que nadie podía entenderle, yo sí lo hacía. No era la única mirándolo, alto, cabello oscuro y ojos marrones cubiertos con unos lentes de pasta gruesa. Todo el personal femenino del salón le había echado el ojo.

—El hombre lo tiene todo en sus manos, y todo se le escapa por su cobardía —murmuró

citando una de mis frases predilectas—, es la forma en que Dostoievski nos invita a salir de la zona de confort, en ir más allá, en tomar lo que deseamos.

—El hombre es un animal de costumbres. La zona de confort es difícil de abandonar — contesté sin alzar mi mano.

Cuando sus ojos cayeron en mí, fue un flechazo a primera vista.

—Totalmente. En su gran mayoría, la gente teme a todo aquello que se escapa de su control o entendimiento. Y se pierde lo mejor de la vida... Por tener miedo a vivirla... ¿Cuál es su nombre?

—Dawson, Sarah Dawson.

—Bueno señorita Dawson, solo puedo decirle que los cobardes se asustan simplemente al cambiar la rutina y ninguno de los que estamos aquí presentes somos cobardes.

Su mirada no se separó de la mía en toda la clase, al finalizar dejó una nota con el profesor Banner con su número de teléfono.

Lo llamé dos días después de esa clase, incentivada por Afrodita. Fuimos a comer y luego al cine.

Salimos un par de veces, hablábamos de cine, arte y literatura, una noche me besó al dejarme en la entrada del edificio donde vivían mis padres. Fue un flechazo, un espejismo que me hizo enamorarme de él rápidamente, tuvimos sexo un mes después de nuestro primer beso, en su apartamento y fue... bueno, había tenido sexo antes, me costaba lograr un orgasmo, siempre pensando de más... sin embargo, estar con él era excitante, arrasador, encontré el placer un par de veces mientras estábamos juntos y cuando no lo hacía me llenaba de mimos, besos y amor... Sabía que en el 75% de los casos los hombres alcanzaban el clímax en medio del coito, no era tan favorecedor el porcentaje en las mujeres, por ello lo dejaba pasar, no es que él me negara un orgasmo, simplemente yo no lo alcanzaba, pero siempre satisfacía mis deseos.

Hasta que nos fuimos a vivir juntos.

Entonces todo cambió.

A pesar de que seguía siendo atento y cariñoso, el sexo se tornó en una máquina de terror, una que odiaba. Mecánico, doloroso, egoísta y siempre era mi culpa, a pesar de que él no se tomaba el tiempo para el juego previo, si no estaba lubricada tomaba el lubricante y todo empezaba.

Cuando terminaba, se giraba a medio lado aludiendo que estaba cansado, y si decía algo, era mi culpa.

Porque.

No lubricaba bien.

No me movía bien.

Había subido de peso.

No lo amaba lo suficiente.

Me obligué a creer que era mi culpa, que tenía un problema, que Chris era perfecto para mí... cuando lo que debí hacer era salir de ahí, tenía las banderas rojas ondeando frente a mí y me aferré a ellas por miedo al fracaso, porque Suri me lo advirtió, me dijo que era un error irme de casa con un hombre que apenas conocía, porque a pesar de que ella y mi madre no estaban de acuerdo con mi decisión, mi papá me había dado su apoyo, porque no quería decepcionarlos, porque el verdadero amor de mi vida nunca se fijaría en mí.

Y quería felicidad, la que a Afrodita y Thiago les brotaba a borbotones, quería estabilidad y quería a alguien que me amara, no por haber crecido juntos, no porque fuese su hija, sobrina o hermana.

No, quería que amara a mi yo adulto, el que aún con muchas sesiones de terapia, no lograba amar del todo.

Christopher me amaba, era yo la que no estaba dando el 100% en nuestra relación. O eso creía, no fue hasta esa noche, que supe que ni siquiera él podía amarme completamente.

—¿Sarah? —levanté el rostro mirando a Eros—. ¿A qué te refieres?

Me levanté de la cama y di un par de pasos antes de enfrentarlo.

—¿Podemos solo dejarlo pasar?

—No, quiero saber si tengo que matar a ese imbécil lentamente o si es mejor una muerte rápida y accidental.

—No quiero que hagas eso, no quiero que lo golpees o lo amenaces, lo nuestro ya pasó y quiero dejarlo en el pasado.

—¿Qué te hizo, Sarah? —caminó hasta mí y me levantó el rostro con sus dedos, su tacto, a pesar de no tener ninguna índole sexual, hizo que mi cuerpo y mi piel recordaran el roce de la noche anterior cuando nos prodigábamos caricias—. Dime la verdad, ¿qué pasó la noche que llegaste a mi departamento? Me pediste que no hiciera preguntas y lo hice porque no quería herirte más, pero ahora quiero saber.

Las lágrimas que había estado reteniendo se deslizaron por mis mejillas.

—Hoy no —murmuré—. Por favor...

—Sarah —sus brazos rodearon mi cuerpo atrayéndome a su pecho, las lágrimas, las malditas lágrimas cayeron como si se hubiese roto la represa que las albergaba desde hacía un par de semanas, Eros me apretó fuerte y me dejó llorar susurrando las mismas palabras de aquella noche.

Que ningún hombre merecía que una mujer llorara por él, no cuando la había lastimado.

No supe exactamente cuánto tiempo estuvimos de pie en el centro de mi habitación provisional, mientras él me consolaba y yo me calmaba, pero para cuando me alejé de su calor, me sentía mucho mejor.

—Lamento no haberte enviado un mensaje —dije tomando el cesto de nuevo.

Él se rio.

—Solo estaba preocupado y cuando Afrodita me amenazó —fingió un temblor—, conoces a mi hermana.

—Me levanté tarde, tenía clases a las seis y treinta, estabas dormido aún y luego me entretuve con una cosa y otra... Afrodita.

—Siempre he pensado que mi hermana es como un huracán.

—Lo es —caminé hacia el buró a un costado de la cama y saqué la bolsa de Fetiches que contenía las cartas—. He estado pensando que podríamos tener lunes, miércoles y viernes...

—Preferiría domingos, martes y jueves —dijo entornando los ojos, sabía que entendía lo que estaba haciendo, estaba cambiando de tema. Pero lo conocía bien y no descansaría hasta que supiera lo que pasó esa noche con Chris.

—Ayer fue lunes.

—Ayer no cuenta y tienes razón, no fui rudo contigo porque no quería tratarte como a las demás chicas, tú eres mi amiga, Sarah.

—No quiero que me trates diferente, Eros, quiero la experiencia completa —confesé, él

asintió—. Está bien, domingo después de la reunión con nuestros padres —volvió a fingir que se estremecía—, martes y jueves.

—Perfecto.

—Hoy es martes —batí mis pestañas y él sonrió.

—Dame ese mazo... veamos qué hay de bueno en estas cartas.

Capítulo 14

EROS

Salí de la habitación de Sarah con el mazo de cartas en mis manos, mientras jugaba al crupier y ella me seguía los pasos. Me senté sobre el sofá barajando el manojo y revisaba algunas de las posiciones, cada carta tenía una fotografía con la posición a probar y una pequeña explicación, conocía algunas, pero no todas, nunca había preguntado a Sarah qué tanto sabía de sexo o cuáles eran sus límites a la hora de follar.

Sinceramente no sabía con cual empezar.

Sarah se sentó frente a mí tomando las cartas que dejaba sobre la mesa del sofá observándolas con curiosidad.

—Estamos haciendo trampa.

—¿Trampa?

—Se supone que no debemos ver qué posición tiene cada carta, es parte del juego.

—Es solo para conocer la baraja.

Me las quitó de las manos con un movimiento rápido y las juntó con las que yacían en la mesa.

—Pierde el encanto —negó con la cabeza—, son 46 cartas con imágenes sobre posiciones del Kama Sutra —un sutil sonrojo cubría el puente de su nariz y sus mejillas.

A pesar de que seguía molesto por lo que fuese que le hubiese hecho el imbécil de Christopher, no pude evitar que su sonrojo removiera todo en mi interior.

Durante mis años de adolescente, Sarah fue para mí la galleta de chocolate que ansiaba y no podía alcanzar, ahora que estaba al alcance de mi mano, que la había tenido bajo mi cuerpo, jadeando por mí, murmurando mi nombre, una parte de mí gritaba que me diera un festín, al diablo las cartas, ella quería saber de sexo y yo gustoso iba a brindarle todos mis conocimientos, pero había otra cosa que seguía jodiéndome la cabeza, susurrando que la perdería si daba un paso en falso.

Nunca había sido una persona de conflictos, iba a por lo que quería sin miedo al éxito o al fracaso.

Pero había algo que no podía negar.

Tener a Sarah jadeando bajo mi cuerpo, su piel frotándose contra la mía, siendo el dueño absoluto de su placer, hacía que se me pusiera dura.

—¿Eros? —chasqueó sus dedos frente a mí—. ¿Siquiera me estás escuchando?

—Por supuesto.

Ella arqueó una ceja.

—Entonces ¿qué he dicho?

—La idea es que imitemos las posiciones y que sean sorpresa, al azar.

Me acerqué un poco y sus rodillas hicieron contacto con mis piernas enviando una corriente directa a mi entrepierna, cerré los ojos un segundo.

—Antes de empezar a jugar quiero que me digas tu palabra segura.

—Precop —dijo y su sonrojo, que había empezado a desaparecer, subió de intensidad.

—Bien, la mía es Pompoir —me reí.

—¿Pompoir? —repitió—. Sé que significa precop, es cuando dos extraños —hizo comillas con sus manos—, tienen sexo ocasional, pero nunca había escuchado *pompoir*.

—Es un masaje —vocalicé, ella asintió—, en el pene... con la vagina —su rostro adquirió

nuevamente ese sutil sonrojo—. El *pompoir* son movimientos de contracción y relajación de la vagina —se puso más roja—, durante la penetración y para nosotros es muy estimulante y glorioso. En fin —dije intentando quitar peso a su vergüenza—, límites, ¿qué estás y que no estás dispuesta a hacer?

—No quiero jugar al Dom y la sumisa.

—Los juegos de roles forman parte del sexo, Sarah, podemos hacer algo de dominación y cuando sientas que no puedes más puedes usar tu palabra segura —me dio la razón—. ¿Algo más?

—Le tengo miedo a los reptiles y a las cosas babosas, así que no toleraré que en nuestros juegos haya algún animal involucrado.

—Eso deberíamos haberlo puesto en nuestro contrato.

—Acuerdo...

—¿Qué?

—Contrato suena como si fueras un puto o que yo pagaré por sexo, somos amigos y tenemos un acuerdo.

—Un acuerdo perfecto entonces —solté, observé su boca y ella deslizó la lengua por sus labios—. Sarah... —mi voz se escuchó un poco más grave—, quiero que cierres los ojos y cuentes hasta diez.

Ella me miró como si estuviera loco.

—Me voy a ir y quiero que cuentes hasta diez —llevé mis manos a su coleta soltándola—, cuando termines irás a mi habitación —mi dedo pulgar se deslizó por su piel hasta llegar a sus labios—, entonces empezaremos a jugar.

Ella tragó saliva.

—¿Preparada? —asintió—. Cierra los ojos y cuenta lentamente.

Inhaló con fuerza y cerró los ojos.

—Uno...

Tomé el manojo de cartas de su mano y caminé hacia mi habitación con rapidez.

—Dos.

Busqué en mi clóset algo en lo que pudiéramos mantener las cartas ocultas. Mi vieja bolsa de lona del gimnasio me pareció adecuada, solté las cartas dentro y luego me quité la camisa, los zapatos y los jeans, a lo lejos podía escucharla contar.

Me senté sobre la cama cuando ella llegó al número ocho, dejé la bolsa con las cartas a un lado de mis piernas justo antes de escuchar sus pasos, mi corazón empezó a latir con fuerza, inhalé y exhalé sintiéndome nervioso.

Sarah entró en la habitación viéndose tan nerviosa como yo me sentía.

—Ven aquí —susurré y ella se movió hasta que sus piernas quedaron a centímetros de las mías, definitivamente no esperaba encontrarme en bóxer, su mirada barrió por mi piel, mis músculos y el tatuaje en mi cadera, unos labios rojos muy sexys que me hice cuando tenía diecinueve. Cuando estuvo cerca de mí, la tomé por la cintura sentándola en mis muslos, mi miembro semierecto bajo la tela de sus bragas.

—Somos tú y yo, Sarah... —ella asintió—. Toma lo que necesites, aprende lo que quieras aprender, úsame —su cuerpo tembló cuando la punta de mis dedos se deslizó por su espalda—. Soy tuyo por el tiempo que me quieras.

Ella unió nuestros labios besándome con fuerza, era un beso torpe, nacido del impulso y me costó muchísimo contenerme, pero quería que ella llevara las riendas esta vez, que se sintiera cómoda tomando lo que precisaba, su boca era brusca, demandante, su lengua pidió entrada al

juego de necesidad y masajé la mía, sujeté sus caderas y su cuerpo empezó a moverse rozando mi entrepierna, gemí, ella tiró de mi cabello, refregándose contra mi erección que ya estaba completamente lista para ella, chupó mis labios, tiró de ellos con sus dientes, se arqueó buscando placer, la manera en la que su cuerpo se movía sobre el mío me dio una idea de lo que ella ansiaba, Sarah era pasional, salvaje, y todo eso estaba escondido bajo una gruesa capa, una que pensaba descubrir en esos días.

Mi deseo me gritaba que la girara dejándola sobre la cama, que quitara su ropa y volviera a enterrarme en ella, pero no lo hice, dejé que siguiera besándome y se lo devolví con la misma intensidad.

—Más —separó nuestros labios y siguió moviéndose contra mí—. Quiero más...

Deslicé mis manos por el encaje de sus bragas, acariciando su pelvis.

—Eros...

Mis dedos se hicieron camino hasta resbalar por sus labios íntimos, ella estaba húmeda, caliente y mi polla quería estar ahí y arremeter con fuerza, mis dedos trazaron sus labios desnudos, acaricié su clítoris con movimientos circulares aplicando la presión justa, Sarah rompió el beso con un gemido, sus caderas, su pubis, sus fluidos se refregaron contra mi mano cuando curvé mis dedos en su interior, dejando la palma abierta para seguir estimulando su lugar más importante, abrí mis ojos observándola, su cuello estaba arqueado, sus ojos cerrados, una O se dibujó en su boca mientras respiraba con dificultad.

«Es tan sexy, tan malditamente sexy sin siquiera intentarlo».

Bajé mis labios a su cuello, dos dedos en su interior, mi pulgar acariciando el capuchón de su clítoris, podía sentir las primeras contracciones de su sexo a su vez mis dedos entraban y salían de ella.

Sarah gritó, sus uñas se aferraron a mis hombros y su cuerpo se tensionó; cuando el orgasmo la alcanzó, su cabeza golpeó mi hombro y se pegó a mi cuerpo dejándome sentir su corazón que parecía estar corriendo la maratón de Boston, le tomó unos cinco minutos levantar la cabeza de donde la había dejado, sonreí y ella me devolvió una sonrisa tímida.

—Hora de sacar una carta —señalé con un gesto la lona—, se estiró para tomarla y yo deslicé el vestido hasta sacarlo por su cabeza.

Un sutil sonrojo se apoderó de su piel, la vi tomar la lona y revolver antes de sacar una carta y enseñármela.

El cunnilingus hawaiano.

Giró la carta de tal manera que pudiese verla y yo me dejé caer de espaldas sobre el colchón, las manos de Sarah aterrizaron en mi abdomen haciendo que mi cuerpo se llenara de espasmos.

—¿Qué es esto? —cuestionó.

—Adopta la posición y déjame lo demás a mí.

—Pero... —se veía claramente avergonzada por lo que empecé a explicarle.

—En esta posición el hombre da y la mujer recibe, es una postura muy sexy.

—Y vergonzosa.

—No hay vergüenza en el sexo, Sarah ¿o te vas a perder lo placentero que puede llegar a ser? Con esta postura solo tienes que relajarte y ofrecer —murmuré sintiendo el leve tirón de mi entrepierna.

—¿Y qué ganas tú?

—Gano tu sexo abierto para mí como una flor de loto.

—¿Cómo pue...?

—Basta —dije colocando un mechón de su cabello detrás de su oreja—, tú propusiste este

juego, deja la vergüenza encerrada en tu habitación cada vez que tengamos una partida —ella asintió—, ven aquí —señalé mi pecho, solo tienes que imitar la posición.

Se ubicó con reticencia y deslicé mis manos por sus costados hasta llegar a la pretina de sus bragas, tiré con un poco de fuerza haciendo que el encaje cediera.

—Oye...

—Las repondré —murmuré tomándola de la cintura y colocándola justo donde la necesitaba, flexioné sus rodillas dejando cada pierna a un lado de mi cabeza, retiré el pedazo de tela que cubría su entrepierna quedando desnuda ante mí, se había depilado y su sexo brillaba cubierto por la excitación de su orgasmo anterior, tiré de su cadera dejándola a la altura de mi barbilla.

—Eros...

Acaricié su vientre y su ombligo, viéndola estremecerse antes de obligarla a que estuviera semi sentada, coloqué una almohada para que ella estuviera cómoda a pesar de que la posición era recostada.

—Ahora solo relájate y disfruta —suspiré con la cabeza entre su sexo, la vi cerrar los ojos, abrí mi boca y dejé mis labios sobre su vulva, Sarah se sacudió y su cuerpo se inclinó hacia adelante, cuando mi lengua se deslizó entre sus labios, hinchados y calientes.

Yo mismo me tensé cuando la punta de mi lengua recogió la humedad y el sabor a almizcle explotando en mis papilas gustativas, fue una lamida lenta y acaparadora, repetí la acción un par de veces más antes de cerrar mis labios sobre su nudo de placer.

—¡Oh, joder, mierda, Eros! —gimoteó con vehemencia.

Repasé mi lengua por su intimidad y acaricié circularmente sus labios, cercando su entrada, besándola a lo largo de su sexo, mi lengua la penetró con timidez al comienzo y luego establecí un ritmo restregándome tan profundamente como pude en su coño, en sus jugos, en sus malditos jadeos que tenían mi polla completamente tiesa. Rocé, besé y palpé la cara interna de sus muslos solo para volver a introducir mi lengua en su interior, ella estaba... tan... jodidamente... mojada que me estaba llevando a un espiral de frenesí del cual no quería marcharme.

Sus manos agarraron mi pelo tirando de él, acercándose más a su entrepierna.

—Dios, no te detengas. No te detengas, no te detengas —murmuró entre dientes moviendo su coño en mi cara, ahogándome en su deseo, exigiendo dónde me quería, pequeños espasmos recorrían mi interior explotando en mi vientre bajo, llevé mi mano a mi polla tirando de ella, aliviando el dolor que me invadía, moví la lengua por todo su interior, chupando su carne, bebiendo de ella, hasta que su cuerpo se tensó y mi nombre salió de sus labios con un susurro entrecortado y el orgasmo la golpeó, yo dejaba pequeños besos a lo largo de su piel sedosa.

Sarah abrió los ojos después de algunos minutos, brillaban con una luz diferente, movió su pierna quedando sentada a un lado de mi cabeza, a su vez yo seguía bombeando mi polla, recreando sus sonidos en mi mente, con mi mano libre busqué su mano colocándola donde la necesitaba, era mucho más pequeña que la mía. Ella no puso reticencia por lo que la guíe dándome largas caricias en torno a mi eje, no necesité de mucho antes de que estuviese navegando en mi propia ola.

El semen se derramó en mi pecho y nuestras manos, tenía una puta carrera de caballos galopando en el centro de mi pecho y me costaba respirar.

Solté su mano y nos miramos en lo que recuperamos el aliento.

—Eres jodidamente asombroso —murmuró sin dejar de observarme—. De los favoritos de Dios.

No pude evitar reírme ante su comentario, quería agradecerle por elevar mi ego, pero en vez de ello, tiré de sus brazos haciendo que cayera sobre mí, mis labios buscaron los suyos. Nuestras

lenguas se mezclaron y los dientes mordisquearon, la estaba besando como si nunca antes hubiese besado a una mujer.

Ese día me di cuenta de que estaba muy jodido.

Capítulo 15

SARAH

Observé a Eros dormir. Después de devorar mi boca como un animal hambriento, fuimos al baño y me dijo que me duchara, tenía parte de su semen en mis manos y muslos. Por un instante pensé que se ducharía conmigo, pero él solo cerró la mampara de la ducha dejándome bajo el chorro del agua, vi su silueta a través del cristal a pesar que estaba tintado, se lavó los dientes y luego salió de la habitación dejándome sola.

Me recosté en los azulejos oscuros rememorando lo que había sucedido, la manera en la que su mano movía la mía, la dureza de su miembro surcado de pequeñas protuberancias, cerré los ojos recordando el gesto en su rostro cuando maldijo corriéndose.

Me dolía la entrepierna, pero era un tipo de dolor placentero. Intenté no mirarlo mientras me comía el coño, pero en dos ocasiones no pude evitar que mi mirada se encontrara con la suya, el fuego en sus ojos no hacía más que incrementar el dolor y el deseo, fue el momento en que dejé de pensar en lo que él podría estar pensando y me dediqué a sentir, mis caderas se movieron contra su boca, mis gemidos eran más fuertes y rápidos.

Eros estaba hambriento.

Y mi sexo abierto para él era una comida después de muchos días de ayuno.

Estaba a punto de llevar mi mano a mi entrepierna cuando la mampara se abrió y Eros entró a la ducha dejando que el agua cayera sobre su cabeza.

Se estiró en toda su gloria cerrando los ojos. El agua corría por su rostro, mi mirada volvió a pasarse por todo su cuerpo, desde su pecho hasta su miembro ahora flácido.

Me pregunté si algún día tendría la suficiente valentía para devolverle el favor.

—Me lo hice a los diecinueve —dijo haciendo que buscara su mirada—, el tatuaje me lo hice a los diecinueve. Era lo que estabas pensando ¿no? —asentí sintiendo que mi cara se ponía colorada—. Fue el primer lugar donde sentí placer... placer de verdad.

—Te besaron ahí...

—Me mordieron ahí, fue sexy... —sonrió, esa sonrisa suya que hacía temblar las piernas de medio campus universitario—. ¿Te enjabono?

—Ya lo hice —mentí—, creo que voy a salir.

—Espérame en la habitación —dijo tomando el jabón—. No voy a tardar.

Salí de la ducha cerrando la mampara y tomando una toalla del estante bajo el lavamanos para mi cuerpo y otra más para el cabello, tenía un mes viviendo con Eros, nunca hacía su colada y cuando recién me mudé, apenas había comida en su refrigerador.

No tenía idea de cómo había vivido los últimos cuatro años.

Salí del baño y caminé hasta la cama a esperar que el terminara de ducharse, había cambiado las sábanas blancas por un cobertor negro y tenía la tele encendida.

Deslicé la mano sobre el tendido, el aroma a sexo había sido reemplazado por una fragancia floral. Eros salió del baño con solo una toalla atada a su cadera, gotas de agua recorrían todo su pecho perdiéndose en la cintura, peinó su cabello hacia atrás y caminó hacia el closet lanzándome un bóxer nuevo y una de sus camisas.

—¿Te quedas a ver una peli? —preguntó aún con la cabeza entre sus ropas—. Hace rato que no hacemos nada juntos.

Arqueé una de mis cejas.

—Los juegos no cuentan —se apresuró a aclarar, riendo a la vez se quitaba la toalla y deslizaba un pantalón de pijama por sus piernas, sabía que era muy estúpido que me devolviera al baño a cambiarme después de tener su cara enterrada en mi entrepierna, aun así, lo hice.

Cuando salí un par de minutos después, Eros estaba sobre la cama, las luces eran tenues y la televisión estaba abierta en una pantalla de Netflix.

—Ven aquí... —demandó, yo tragué grueso cuando esas palabras evocaron recuerdos de minutos atrás—. Pensé que podríamos encontrar algo que ver en Netflix, quizás una película coreana que incluya romance y zombies, también pedí una pizza mitad hawaiana y mitad jamón y queso para ti.

—Tenías todo planeado —alegué sentándome en la cama.

—Ven para acá —tomó mi brazo tirando de él—, no como... a menos que eso diga una carta.

Mi cara debió ser un poema porque él volvió a reír.

Pusimos una película de zombis y la pizza llegó unos treinta minutos después. Comimos en la cama gritándole a los protagonistas sobre disparar a la cabeza para matar a los caminantes y luego, cuando la pizza se acabó, atenuamos las luces y nos acostamos uno al lado del otro.

Me gustó hacerlo, una de las cosas que más me asustaba del acuerdo era que tener sexo complicara la camaradería que ambos teníamos. Pero Eros estaba demostrando que podía seguir siendo mi amigo y hacer algo tan banal como ver una peli mientras comíamos pizza y le gritábamos al televisor; me daba la plena seguridad de que él y yo podríamos superarlo todo.

Hasta que se durmió

Y no podía dejar de mirarlo.

Mirarlo, en realidad jugar con Eros solo había hecho que los sentimientos dormidos hacia él, vibraran con cada encuentro, con cada beso; cada roce de su piel con la mía me transportaba a los dieciséis cuando me di cuenta de que realmente lo quería. Antes de que Lilah nos contara a Afrodita y a mí que lo había hecho con él la noche del baile de graduación. Para Afro, había sido asqueroso, para mí... había sido como un disparo al corazón.

Apagué la tele una vez los créditos empezaron a salir y bajé mi boca hasta la de Eros dándole un pequeño beso mientras le murmuraba que tuviera buenos sueños.

Salí de la habitación con pasos suaves y cerré la puerta lentamente.

Estaba muy jodida.

EROS

Las persianas se abrieron a las 5:30 a.m. y Alexa empezó a cacarear como una gallina clueca avisando que debía levantarme, estaba solo en la habitación por lo que me levanté con pesadez quitándome el pantalón de pijama para colocarme un conjunto de ropa deportiva y mis tenis para correr.

Día de por medio hacía cardio en Bryant Park con papá. Troté hasta la casa y mi padre ya estaba esperándome, corrimos en silencio por unos treinta minutos a un ritmo lento pero constante, ni siquiera sabía bien a qué horas me había quedado dormido la noche anterior, pero Sarah no estaba cuando desperté.

—Entonces aceptaste.

Aunque era una pregunta, mi padre lo hacía sonar como la constatación de un hecho.

—¿Cómo dices?

—Estás distraído, más de lo normal, somnoliento y llevo hablando unos diez minutos y no has dicho ni mu, parece que estás solo en tu mundo de putibubis.

Me reí. Amaba a mi padre.

—Sabes que si le exigimos hablar a nuestro cuerpo y a la vez le pedimos que nos lleve por el asfalto le estamos solicitando un sobreesfuerzo, lo que afectará a nuestra capacidad para mantener el ritmo prefijado —atajé sus palabras, aunque sabía que no desistiría.

—Pensé que corría con mi hijo no con la puta Wikipedia.

—Concéntrate en correr, padre.

—Si piensas darle la vuelta a esto, Eros...

—¿Por qué demonios te conté mis dudas? —expresé perplejo.

—Porque ¡hola! Yo soy tu padre —dijo imitando a Dark Vader.

Me detuve y él continuó trotando un par de metros más.

—¿Es en serio papá?! ¿Dark Vader?

—Es gracioso —se encogió de hombros.

—No, no lo es.

—Como tampoco lo es que mi hijo tenga sexo con mi hija, según el catolicismo.

—¡Sarah no es tu hija!

—Bingo, entonces sí estás teniendo sexo con ella...

Maldición, había caído en su juego de palabras.

—Mantén el ritmo, papá —empecé a correr un poco más rápido, pero a pesar de que papá estaba rondando los cincuenta y cinco años, tenía un buen acondicionamiento físico por lo que me alcanzó rápidamente.

—¿Vas a contarme?

—No —aceleré mis pasos dejándolo atrás, pero cuando llegué a nuestro punto final, papá estaba esperándome con un vaso de dulce canela latte del Starbucks de enfrente.

—Se hace más rápido la carrera a la inversa.

—¡Eres un tramposo! —recibí el café y me dejé caer en una de las bancas del parque, papá caminó hacia mí.

—¿Entonces?

—Es un juego, papá, solo será por un par de meses —papá se rio—. No, no vamos a acabar como tú y mamá, sabes lo que pienso del matrimonio y lo que Sarah piensa.

—Pero Sarah se fue a vivir con Christopher sin casarse.

—Gracias a Dios por ello, cuando vio que no funcionó, simplemente se alejó y no pasó nada —sin embargo, no estaba tan seguro de ello, no después de lo que pasó.

—Mantente en el juego y no pienses con la polla.

—No me dejes manejar por mis instintos, papá, tampoco por mis sentimientos, me conoces bien.

—Sí, pero es Sarah.

—Y la quiero, por ello estoy haciendo esto, porque si no lo hacía yo iba a ser un hijo de puta que simplemente jugaría con ella.

—¿Y no es eso lo que haces tú, jugar?

—No me psicoanalices, Maximiliano...

Papá volvió a reír.

—No lo hago, solo constato los hechos.

—Sarah propuso el juego, ella trajo las cartas, las reglas están plasmadas en un acuerdo, siempre seremos amigos.

—Yo también tenía un decálogo —papá se levantó—, y mira cómo terminé.
—Tú ya habías recorrido el mundo, a mí me falta un mundo por recorrer.
—Bueno, procura que ese mundo no destruya a Sarah... —botó el vaso de papel en la caneca de al lado—. Me voy, ¿el viernes a la misma hora?
—Sí...
Sin embargo, las palabras de mi padre formaron tribulaciones en mi cabeza.

Para cuando llegué al departamento estaba un poco más despejado, subí al elevador dejando todas mis preocupaciones afuera antes de entrar, Sarah estaba despidiendo un domiciliario, tenía una coleta alta y un jean que marcaba la curva de su trasero, usaba un suéter sin mangas, pero sobre el sofá había un jersey de color lavanda. Dejé mis llaves sobre la mesa y caminé hacia ella deteniéndome en la isla, donde había frutas, una cesta con pan y algo de embutidos.

—Buenos días —musité, ella se giró guiñándome un ojo y siguió con la preparación de lo que olía como bacón tostado—. ¿A qué horas me quedé dormido? —Se volteó sosteniendo un plato mitad huevos revueltos mitad tocino.

—Eran cerca de las doce —sacó el bacón a un plato.

—¿Compraste comida para un ejército? —pregunté mordiendo una fresa.

—Es que tú comes por un batallón, sobre todo cuando vienes de correr con tu padre.

La vi caminar hacia mí colocando el plato a un lado, sacó del refrigerador el zumo naranja antes de volver.

Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada, cada quien agregó comida a su plato. Abrí el periódico en la sección de economía observando la noticia de la primera plana. Por el rabillo del ojo vi a Sarah picotear de todo un poco, un poco de huevos y una tirita de bacón. Estaba a punto de decirle que comiera algo más, pero ella habló primero.

—Anoche... ¿Cómo te sentiste? —preguntó sin dejar de picar su comida.

¿Qué cómo me sentí? Joder, qué podía decirle. ¿Que el sabor de su sexo me intoxicaba? ¿Que aún reproducía la melodía de jadeos que ella había hecho para mí en mi memoria? ¿Que me había dado cuenta de que estaba malditamente mal de la cabeza por querer tenerla y a la vez no? ¿Que aunque las horas habían pasado mi nariz aún retenía su aroma?

Las palabras de mi padre acerca de cómo mi mundo podía destruir a Sarah sonaron fuertes en mi memoria. Tenía que ser cuidadoso y no muy expresivo, actuar normal para que ella no tuviera idea de lo que realmente pasaba por mi cabeza.

—Estuvo bien...

—¿Bien?

—Sí, digo, se logró lo que queríamos, que era hacer la posición y tú lo disfrutaste —la expresión de su rostro cambió completamente.

Miró directo al plato, el silencio se volvió ensordecedor y por varios minutos revolvió su comida sin siquiera llevarla a su boca.

—Tengo que irme —su voz sonó fraccionada, como si le costara pronunciar las palabras, como Afrodita antes de ponerse a llorar.

—¿Todo bien? —inquirí preocupado.

—Sí, perfecto —su tono de voz se normalizó e incluso me regaló una pequeña sonrisa.

—Deberías empacar algo para llevar, no comiste mucho.

—Pediré algo en la cafetería —dijo y pasó por mi lado tomando su jersey y su mochila—. Ten un buen día —murmuró.

—¿Estás segura de que todo está bien? —insistí.

—¿Por qué no habría de estarlo? —contestó—. De verdad tengo que irme, no había visto lo tarde que era.

Miré el reloj en mi muñeca, apenas iban a ser las siete por lo que no era tan tarde, una extraña sensación ardió en mi estómago, me levanté de la mesa guardando el resto de la comida en el refrigerador, de un momento a otro perdí el apetito.

Capítulo 16

SARAH

La respuesta de Eros fue como un balde de agua muy helada, no tenía muchas expectativas, ni esperaba elogios de su parte, pero tampoco un *estuvo bien*.

Está bien cuando cumples con tus deberes.

Está bien cuando eres amable.

Pero *estar bien* en el sexo es lo equivalente a algo sin chiste, soso, bobo...

Y él dijo que *estuve bien*.

Entré al elevador justo a tiempo para llorar, deseando que ningún inquilino lo necesitara, me recosté en la pared llevando las manos a mi rostro. Una vez subí al auto, el deseo de perderme en la ciudad o llegar al jardín de los claustros latió con fuerza en mi interior, pero no podía perder clases, por lo que encendí el coche y me dirigí a la universidad, recordando la noche en la que toqué fondo.

Caminé por los pasillos vacíos de la universidad, le había pedido a Afrodita que me trajera de vuelta a la universidad después de que ella y Thiago me habían invitado a comer. Ella se veía cada vez más enamorada de él, como si eso pudiera ser posible.

Saqué mi celular buscando el mensaje de Chris.

Sigo en la oficina, tengo que calificar todos los exámenes y entregar la lista con notas mañana. No me esperes despierta, ni siquiera sé cuánto voy a tardar.

Te amo.

Empecé a escribirle que estaba en la universidad y que quizá podía ayudarlo, pero me arrepentí, guardé el celular y seguí caminando hacia la facultad, cada profesor tenía una pequeña oficina con lo básico, un escritorio, dos sillas y una computadora.

La oficina de la decanatura estaba tan sola como el resto del campus, pero había una luz en la oficina provisional de Christopher. Me acerqué rápidamente y tomé la perilla justo cuando un gemido estrangulado se escuchó, seguido de la voz de Christopher.

—Eso es nena, chúpalo todo —decía con una voz demandante y cargada de éxtasis, mi pecho se obstruyó y un pesado nudo se instaló en mi garganta—. Tócame las bolas, si así... ¡Joder qué bueno!

Abrí la puerta y la escena que estaba frente a mí me dejó en shock.

Christopher estaba recostado en su escritorio, frente a él y de espaldas a mí, Khristy Anderson de rodillas.

Mientras él sujetaba su pelo, ella movía su cabeza en la danza del sexo oral.

Di un paso hacia atrás tropezando con mis propios pies y cayendo al suelo.

La mirada de Christopher se fijó en la mía, todo pasó rápidamente, en un segundo estaba en el suelo y en el siguiente estaba bajando las escaleras que llevaban a la decanatura del campus.

—¡Sarah! Espérame, tienes que dejarme explicarte, joder —me tomó del brazo haciéndome girar, mi mano impactó con fuerza en su mejilla haciendo que me soltara.

—Eres un maldito bastardo.

—¿Por qué?

—¿Y tienes el cinismo de preguntar?

No podía creer lo que estaba escuchando.

—No es nada, solo es sexo ocasional —escupió sin darle importancia, quise matarlo. ¿Dijo Ocasional? Lo que significaba que no era la primera vez—. Khristy necesita dos décimas y yo necesitaba una jodida buena mamada. No le des tanta importancia.

Negué con la cabeza dos veces.

—Sarah, vamos...

Me alejé dos pasos.

—Si quieres una mamada vas a casa y me la pides a mí, soy tu novia. —mascullé con indignación

—Oh, linda —su mano acarició el costado izquierdo de mi rostro y me alejé—. Te amo, pero el sexo contigo se convirtió en soso y aburrido una vez nos fuimos a vivir juntos, tus mamadas son terribles.

Lo empujé alejándolo de mí.

—Esto se acabó Christopher —murmuré sintiendo las lágrimas descender por mis mejillas, me giré alejándome aún más de él

—Si lo hicieras un poco mejor, no tendría que estar tan urgido —gritó—. Sarah vuelve aquí.

No me giré y aceleré mis pasos, hasta salir de la decanatura, caminé envuelta en una especie de trance hasta llegar a la avenida y tomé el primer taxi que pasó dándole la única dirección que pude recordar en el momento.

Me detuve en un semáforo en rojo mientras las frases más célebres de Christopher llegaban a mi memoria como flash back dolorosos.

Si te movieras más a lo mejor llegarías.

Pensé que era falta de práctica, nena, pero está visto que hay mujeres que no nacen para disfrutarlo.

Golpeé el volante con fuerza.

Deberías dejar de comer, has aumentado de peso, sigues siendo atractiva, pero dudo mucho que pueda seguir viéndote así si engordas.

Sabes que te lo digo porque te amo, Sarah, pero no sé hasta cuando pueda tolerar tu falta de interés en la cama.

No es mi culpa que seas frígida, es como si estuviera follando a un cadáver.

Mi estómago se retorció y busqué en la guantera el paquete de bolsas de papel que siempre guardaba, devolviendo lo poco que había comido. La luz cambió y varios autos hicieron sonar el claxon mientras las arcadas volvían. Respiré profundamente y me introduje en el parqueadero de un almacén, allí recosté mi cabeza sobre el volante.

Tal vez Christopher tenía razón, quizá era asexual, a lo mejor lo que tenía era anafrodisia^[4], o simplemente era completamente nula en el sexo, y eso ni Eros con sus habilidades podría cambiarlo.

¿Entonces valía la pena nuestro acuerdo?

Eros podría ser la reencarnación del dios del sexo, pero el problema era yo.

El sonido de mi celular me sacó de mis dolorosos recuerdos, respiré profundamente viendo en la pantalla la fotografía de quien llamaba, quería rechazarla, pero era mamá, seguiría insistiendo, por lo que inhalé con fuerza una vez más antes de deslizar el dedo en la pantalla.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño ¿estás conduciendo?

—Sí, mamá, voy camino a la universidad ¿tú dónde estás?

—Acabo de llegar a la oficina, te he visto poco el último mes.

—Pero nos vemos en la editorial, mamá.

—No es lo mismo. ¿Cuándo irás a casa?

—Pronto, he estado leyendo los últimos manuscritos para presentarlos en la reunión de proyectos, además estoy muy liada con la universidad y Afrodita se apodera de mi poco tiempo libre con asuntos de la boda.

—Por eso te estaba llamando, ¿vas a acompañarnos a la prueba de pastel esta tarde? Quiero aprovechar para ir a comprar los vestidos para la gala anual de Vitae.

Afrodita me había invitado a la prueba del pastel. pero no era muy amante de los dulces en general, pensé en almorzar con ella para aclararle que entre Eros y yo no estaba pasando nada y luego declinar su invitación inventando cualquier pretexto, pero no podría hacer lo mismo con mamá y también necesitaba un vestido.

—¿Hija?

—Sigo aquí, me parece genial, aunque Afrodita y yo ya hemos visto algunos que nos gustan...

—¿Entonces nos vemos esta tarde?

—Está bien mamá te amo.

-
-
-

Salí del aula acompañada por dos compañeras, no había prestado mucha atención a la clase, mi mente reproducía una y otra vez mi charla con Eros por la mañana. Tenía el tiempo justo para llegar con Afrodita. Me despedí de las dos chicas y bajé las escaleras que conducían al primer piso cuando lo vi. Christopher seguía viéndose tan guapo como cuando nos conocimos, estaba hablando con un grupo de estudiantes y sonreía a una chica que apoyaba la punta de su bolígrafo en su boca entreabierta.

Quizá hace un par de meses, el evidente coqueteo había hecho que me muriera de los celos, pero ahora no sentía nada, lo único que deseaba era que no me viera, me volteé dispuesta a bajar por las escaleras del fondo a pesar que me quitaría más tiempo. Pero él se giró, su mirada y la mía se encontraron y lo vi despedir a las chicas rápidamente.

—Sarah...—murmuró cuando estuvimos a la misma altura, pensé que no se expondría, aún habían algunos estudiantes en el campus—. ¿Podemos hablar?

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, profesor Leyton —me alejé de su tacto—, si me disculpa, voy tarde a clases.

—Es un puto minuto, Sarah —tomó mi brazo cerrando sus dedos alrededor de él—. Ven conmigo.

—Si tiene algo que decir, puede hacerlo aquí, profesor —se acercó eliminando toda la distancia que nos separaba.

—Ha pasado un mes, pensé que el berrinche se pasaría con los días, pero ya no estoy dispuesto a esperar más, te extraño, nena.

Alcé la cabeza completamente enojada, mirándolo con todo el asco que sentía por él.

—No voy a volver, Christopher, te lo dije, terminamos.

—¿Por qué no terminas de aceptar que tienes parte de la culpa de lo que sucedió con Khristy? Nuestra vida sexual era una mierda, Sarah, siempre estabas inconforme, siempre tenías una

excusa, pero te amo y tú me amas, podemos buscar ayuda profesional... para ti.

—¿Para mí?

—Leí un artículo sobre cómo las personas enfermas o que padecen de trastornos de conducta alimentaria suelen tener una mayor disfunción sexual y una menor autoestima y satisfacción sexual. Puedo ayudarte a mejorar y si lo haces ya no tendré que...

Golpeé su mejilla con fuerza, haciendo que trastabillara, Christopher me miró confundido, su mano tocando donde lo había golpeado, todo mi cuerpo temblaba de rabia.

—¡No intentes culparme por algo que fue tú decisión! —grité—. ¡Porque engañarme con Khristy fue tu elección! Déjame en paz o presentaré una demanda por acoso.

Pasé a su lado dirigiéndome hacia mis clases, con el corazón tronándome en los oídos y las lágrimas deslizándose por mis mejillas.

-

-

Llegué a Hawksmoor, el restaurante donde me iba a reunir con Afrodita minutos antes de la hora del encuentro, había dado vueltas por la ciudad, matando el tiempo hasta la hora señalada.

También había llorado por lo frágil y pequeña que él me hacía sentir.

Me ubiqué en la mesa que mi mejor amiga había reservado y la esperé pacientemente hasta que ella llegó veinte minutos tarde.

—Estás aquí, Dios, el tráfico es horrible —dijo dándome dos besos antes de sentarse.

—Me pregunto si llegarás tarde el día de tu boda.

—Me arreglaré en el hotel más cercano de la iglesia, y mamá será la encargada de que esté ahí puntual, créeme, puedo llegar tarde a la hora de mi muerte, pero jamás dejaré a Thiago esperándome en el altar más del tiempo debido.

Un mesero llegó entregándonos el menú, aunque lo teníamos prácticamente memorizado. Afrodita esperó a que el mesero se fuera y le echó un vistazo al menú antes de hablar.

—¿Me vas a contar por qué estuviste llorando? —preguntó bajando la carta solo para que sus ojos fuesen visibles—. No vayas a negarlo —enunció cuando abrí la boca—. ¿Eros te hizo algo?

—¿Por qué crees que Eros me hizo algo?

—Es mi hermano y tiene tendencias a cargarse mis amistades —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Por eso lo amenazaste ayer? También soy su amiga.

—¿Y quien te dijo que era una amenaza!? —espetó dejando la carta, sabía lo que iba a pedir, ella siempre pedía lo mismo—. Se jacta de tenerla grande, así que bien puedo alimentar a los leones con ella —la conocía como la palma de mi mano, si afirmaba su pregunta sabría que Eros y yo habíamos tenido sexo—. ¿Y por qué me preguntas a mí? Eros es solo mi amigo, Afro, por eso te digo que los leones van a estar hambrientos, se puede ser amigo de un chico sin llevárselo a la cama.

Ella se recostó en su silla.

—Lo mismo dijo él, pero yo conozco a mi hermano y sé lo que sientes por él.

—Sentía, fue simplemente un enamoramiento adolescente —el mesero se acercó y Afrodita pidió un tartar de trucha arcoíris de entrada, yo pedí una ensalada César y un solomillo con hueso para compartir.

—Sin postre —dijo cuando el mesero ya se iba—. Voy a comer suficientes postres en la degustación de más tarde, necesito controlar lo que como o no entraré en el vestido de novia.

—Eres delgada y tienes un excelente estado físico, puedes comer lo que quieras y no subir un gramo, fuiste de las favoritas de Dios...

—Tú también eres delgada...

—Sabemos a qué costo... —curvé una ceja.

—Te estás desviando del tema —gruñó—. ¿Por qué estabas llorando?

—No es nada, una tontería.

—Sarah, nada que te haga llorar es una tontería —dijo Afrodita tomando mi mano sobre la mesa.

—Me encontré con Christopher en la universidad...

— ¿¡Qué te hizo ese hijo de puta!?

Varios comensales se giraron a vernos, pero a Afrodita le daba igual, habíamos sido amigas desde siempre y nunca había podido alcanzar su nivel de seguridad.

—Discutimos... no quiero hablar de ello.

—Te hizo llorar.

—Supongo que mi corazón aún no olvida... En serio no quiero hablar de ello.

Las entradas llegaron y el resto del almuerzo evadí todos los temas preguntando cosas sobre la boda, la reunión con nuestras madres no fue diferente.

Capítulo 17

EROS

Abrí la puerta del departamento dejando las llaves en la mesilla, la mochila y el cárdigan de Sarah estaban en el sofá. Había tenido un día de mierda y no me refería a problemas en la universidad o a que me hubiese encontrado de nuevo con Becca. Ella había esparcido un nuevo rumor, su dichoso “retraso” había comenzado como una bola de nieve y ahora era una maldita avalancha. No me preocupaba, estaba seguro de que, si en realidad estaba embarazada, el bebé no era mío.

A pesar de que intenté prestar atención a la última clase del profesor Wallace, no podía dejar de pensar en la actitud de Sarah en la mañana, había estado todo el día con una extraña sensación que me oprimía el pecho.

Durante el camino a casa pensé una y otra vez en ofrecerle una disculpa por mi fría respuesta, intenté formar una oración, pero las palabras no eran suficientes para expresar lo que había experimentado la noche anterior.

El sexo siempre fue magnífico en mi vida, pero la noche anterior... había sido diferente, con Sarah me sentí pleno, mi cuerpo vibraba, mi piel picaba, sus besos me hacían sentir como el jodido Superman.

Y luego la cantidad de emociones que me invadían me paralizaron y cuando ella preguntó...

Cada vez que se me ocurría una disculpa, la palabra sentimientos se colaba en mi memoria. Y bajo ninguna circunstancia podía dejar que mis emociones se adentraran en mi ser.

Sarah no podía saber de ninguna manera que había estado soñando con hacerla mía desde que era un adolescente.

El sonido de arcadas me hizo apresurar mis pasos hasta la habitación de Sarah, ella estaba en el baño doblada de frente al retrete, su cuerpo se sacudía violentamente con cada regurgitación. Sin detenerme a pensar me arrodillé a un lado de ella sosteniendo su cabello para que no se ensuciara entre tanto parecía devolver lo que había comido en mil vidas pasadas.

Levantó su mirada hacia mí.

—Eros —su cuerpo volvió a sacudirse mientras vomitaba.

—Ya, nena, te tengo —murmuré sobre su cabeza cuando se desplomó sobre la taza. Su respiración era rápida y su piel había adquirido un color cenizo.

Me levanté cuando las arcadas se detuvieron, le ofrecí agua, pero ella negó tendiéndome su mano para que la ayudara a levantarse, se lavó la boca y cepilló sus dientes, mis manos no abandonaron su cintura manteniéndola estable, sus piernas parecían de gelatina, una vez cerró la llave del lavabo, la levanté en brazos y caminé con ella hacia su habitación. La dejé sobre la cama, palpé su frente buscando indicios de fiebre o algo que hubiese desatado su vómito, pero, a pesar de que su frente estaba perlada de sudor, no se sentía caliente.

—Gracias... —su voz era rota, pequeña.

—No hay de qué... ¿te sientes bien?

Sus ojos se abrieron, opacos, cansados, pequeños capilares se habían roto dejando manchas rojas en la esclerótica.

—Estoy bien, solo fue una sobredosis de pastel.

—¿Pastel? —pregunté sin entender.

—Acompañé a Afrodita a escoger el pastel de la boda, fuimos a una degustación, muchos pasteles, alguno debió caerme mal —se agarró el estómago y tuvo nuevas arcadas, rápidamente volteé la papelería tirando algunos papeles al suelo antes de colocarla bajo su boca, pero ella no vomitó.

—¿Has tomado algo? —pregunté y ella negó con la cabeza—. No tengo nada aquí, iré a comprar medicina para ti, intenta descansar.

No cerré su puerta, pero sí saqué mi celular marcando los números que me sabía de memoria.

En el pasado, Sarah se había inducido el vómito en múltiples ocasiones, siempre creyendo que estaba gorda, odiándose por como sus caderas eran más anchas que las de su hermana o sus amigas, fueron largos meses de terapia y años de tratamiento antes de que ella estuviese completamente sana.

Tomé mis llaves y salí de la casa escuchando el timbre de la llamada, estaba a punto de colgar cuando Afrodita contestó.

—¿Tuviste una degustación de pastel hoy? —pregunté sin saludar.

—*Hola, hermanito, me alegra saber que estás muy bien, yo también lo estoy, por si te lo estabas preguntando* —ironizó—. *Y sí, tuve una degustación de pastel hoy, me caso en diez semanas, incluso fui tan buena hermana que te envié una muestra con Sarah* —arremetió Afrodita—. *Eros ¿sucede algo?* —preguntó al no recibir respuesta por mi parte.

—Encontré a Sarah en el baño doblada sobre el retrete, vomitando su peso, ella dice que comió mucho pastel.

—¿Vomitando? —parecía confundida—. *Pues sí comimos diferentes tipos de pasteles, pero eran pequeñas muestras.*

—¿Tú te sientes bien?

—*Estoy en perfectas condiciones, estoy con mamá en una reunión con la wedding planner.*

—¿Y ella estaba bien?

—*Dijo que tenía que hacer unas diligencias e ir a la editorial ¿Qué sucede, Eros?* —La línea se quedó en silencio por unos minutos—. *¿Crees que se lo haya inducido?*

—No lo sé, joder no quiero pensar que es eso, no soy idiota, ha perdido peso desde que llegó al departamento, pensé que era por la ruptura, pero...

—¿Pero? —instó Afrodita.

—Ella está comiendo muy poco, apenas y pica su comida... —pasé la mano por mi cabello—. ¿Crees que ella...?

—¿*Qué haya recaído?* —dijo mi hermana con seriedad—. *Ahora que recuerdo, almorzamos juntas, pero ella solo pinchó su ensalada, pensé que a lo mejor no quería llenarse con una entrada, porque pedimos un solomillo para compartir, luego llegó Thiago y ella cedió su parte de la carne negándose a que él comprara algo más.*

—Maldita sea...

—¿*Crees que está recayendo en viejos...? ¿Ha vomitado antes?*

—No, no que yo sepa... —murmuré, pero ¿qué sabía yo de Sarah? Nos habíamos unido desde que mi casi algo con Becca terminó, la mayoría de las noches estaba fuera del departamento y muy pocas veces habíamos desayunado juntos.

—*Christopher* —Afrodita me interrumpió—. *Me dijo que había visto a Christopher y que discutieron.*

—Ese hijo de puta... ha estado enviándole mensajes y acosándola en la escuela.

—*Quizá estamos especulando, y como ella dice, solo es indigestión ¿Quieres que vaya a casa y cuide de ella?*

—No es necesario, yo lo haré, voy a buscarle medicinas ahora, también compraré una sopa, necesita comer algo.

—*Está bien, avísame lo que pase* —murmuró antes de colgar.

Volví a casa con medicina para la indigestión, compré Pepto Bismol y una sopa de pollo que pedí especialmente en el restaurante japonés que quedaba cerca de casa. Al ingresar, el apartamento estaba en silencio por lo que caminé por el pasillo hasta la habitación de Sarah, su piel había recuperado algo de color, tenía los ojos cerrados, pero sabía que no estaba dormida.

La papelera a un lado de la cama tenía vómito y había un par de pañitos húmedos tirados en el suelo y la cama.

Me acerqué a ella y toqué su frente por segunda vez. Seguía estando fresca al tacto.

Abrió los ojos mirándome y alzó la mano hasta que la atrapé con la mía.

—¿Cómo te sientes? —Me dio una sonrisa que le salió en forma de mueca.

—Estoy bien —intentó levantarse, pero la obligué a recostarse.

—Traje Pepto y sopa.

—No tengo hambre.

—Supuse que dirías eso, pero tienes que comer, aunque sea un poco.

Me dio la razón, así que recogí los pañitos, limpié el cesto de la basura y fui a la cocina, calenté la sopa, la serví en un plato dejándola sobre una bandeja junto a un vaso y una botella de electrolitos.

Sarah se había sentado en la cama, cuando regresé a la habitación dejé la bandeja en la mesa de noche y apilé un par de almohadas tras su espalda antes de poner la comida sobre sus piernas.

—Es mucho y no me provoca nada —murmuró tomando la botella, descartando el vaso.

—Al menos un par de cucharadas —acaricié su mejilla—, te lo digo como doctor, necesitas reponer fuerzas.

Asintió a regañadientes.

Luego de unos minutos había sorbido un poco del caldo, no mucho, preferí no presionar, no fuese que vomitara de nuevo lo poco que había ingerido.

Llevé los platos a la cocina cuando se negó a comer más y luego volví con ella, había recuperado el color y estaba peinándose el cabello. Me quité la camisa y los zapatos, enseguida me introduje debajo de las sábanas de su cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Estás enferma, así que esta noche seré tu enfermero —murmuré tomando el control del televisor, Sarah lo había comprado una semana después de que se mudó conmigo, busqué algo que ver en Netflix, pero la mayoría de las cosas nuevas eran series que me tendrían toda la noche pegado a la pantalla. Navegando hasta la sección familiar, busqué una de nuestras películas favoritas.

Shrek.

Porque ¿quién no se enamora de un ogro malhumorado?

Shrek era una gran película y no solo por la cantidad de mensajes en doble sentido que no entendí hasta que empecé a follar, sino por las enseñanzas.

—No es necesario que te quedes esta noche —murmuró Sarah, mientras Burro y Shrek hacían el viaje de sus vidas.

—Bueno, déjame decidir eso a mí —dije apagando la luz.

Sarah se quedó dormida en algún momento de la película, la luz tenue proveniente de la

pantalla del televisor, enmarcaba sus rasgos, nunca había visto en ella rasgos de una mujer fatal, Sarah era dulce, tierna, incluso algo angelical, con sus ojos azules y su cabello rubio casi platinado, incluso su piel pálida, pero ahora estaba viendo cosas en ella que antes no, como las largas pestañas que parecían un abanico bajo sus ojos, su nariz pequeña y perfilada, su boca carnosa, y lo jodidamente bien que encajaba con la mía... no supe en qué momento mi cuerpo se inclinó hacia el suyo, mis labios picaban por la cercanía, las ganas de besarla latieron en mi pecho como el retumbar de los tambores de una banda.

La deseaba, la amaba...

Necesitaba salir de allí.

Me giré para salir de la cama, pero Sarah puso su mano en mi espalda.

—No te vayas —murmuró acercando su pecho al dorso de mi cuerpo, su brazo se deslizó por mi cintura eliminando cada centímetro de la distancia que nos separaba, estaba tenso, pero me relajé cuando la palma de su mano quedó justo sobre mi espalda—, quédate.

Respiré profundamente y cerré los ojos con la respiración de Sarah arrullando entre mis omoplatos.

.
. .
.

Había sido una noche terrible, a pesar de que Sarah durmió como un bebé, yo no pude hacerlo. En mis sueños no la podía proteger, en mis sueños la amaba con la plena certeza de que ella me amaba también, pero en mis sueños también veía tristeza, dolor... en mis sueños yo la lastimaba.

Desperté gimiendo su nombre y agradeciendo al cielo que ella seguía profundamente dormida.

Una vez estuve despierto, mis pensamientos navegaron hacia la crisis de la noche, la manera cómo la encontré en el baño y las palabras de Afrodita.

¿Y si había recaído?

¡Si la ruptura con Christopher y nuestro acuerdo había traído a ella viejos hábitos?

Yo estaba en mi mundo, realmente no había querido meterme en su vida privada, yo seguía con mi rutina y simplemente la estaba dejando sanar a su ritmo. Así que no podía saber si ella estaba lastimándose.

Aún estaba oscuro cuando salí de la cama de Sarah, caminé hacia la cocina y encendí la cafetera, puse una cápsula en el compartimiento y me entretuve mirando videos tontos en TikTok mientras el café se filtraba, cuando estuvo listo, abrí las puertas de cristal del balcón y salí fuera.

Mi padre tenía una frase que nunca olvidábamos: *Nunca sabes cuándo puedes ver el último amanecer, si está en tus manos, disfrútalo todas las veces que puedas.*

El aire frío tensó mis músculos, pensé en llamar a Adonis, pero seguramente estaba en clase, por lo general era él quien llamaba cuando tenía tiempo libre.

Pero hacía una semana que no sabía nada de mi hermano.

Inhalé profundamente y me senté en el tapete que reposaba en el balcón, puse música suave y cerré los ojos, meditar me ayudaba a calmar todas las revoluciones de mi memoria y en ese momento lo necesitaba más que nunca.

Después de meditar me sentí mucho mejor, seguía sin saber qué hacer, pero estaría un poco más pendiente de Sarah. Como sabía cocinar porque mamá se empeñó en que tomáramos un curso cuando nos emancipamos, no me gusta hacerlo, pero es otra historia. Estaba terminando de freír

el tocino cuando escuché pasos.

—Hola —escuché la voz de Sarah. Giré el rostro para verla apoyada en la isleta de la cocina, sacó uno de los taburetes y se sentó en él.

Se había cambiado de ropa, ahora lucía un pijama rosa de satín que no dejaba nada a la imaginación, las puntas de sus pezones resaltaban a través de la tela de su camisa, lo que me hizo tragar grueso cuando mi miembro se removió dentro de mi ropa interior.

—Eso huele muy bien.

—Lástima que no hay para ti esta mañana.

Me moví hacia el refrigerador donde había dejado reposar su desayuno, avena, y frutas. Dejé el plato frente a ella, serví agua caliente en una taza y abrí la caja de té que había dejado sobre la mesa.

—Es preferible que no bebas café o jugos, la avena caerá bien a tu estómago —me giré para sacar unas tiritas de bacón del sartén.

—No tengo mucha hambre.

—Bueno, no pregunté si tenías hambre, debes comer —hice énfasis—, tienes que comer. La avena es buena en fibra y aporta energía, Vitamina E y B5, B6, también minerales como Hierro, Selenio, Manganeso y Cobre.

—Y carbohidratos —musitó en voz baja.

—Buenos carbohidratos, come —saqué el bacón a un plato y saqué una taza de avena para mí.

—Es injusto, me apetece más el bacón.

—Pensaba comerlo antes de que despertaras —me encogí de hombros metiendo una tira de bacón tostado y crujiente a mi boca—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Mejor, pero repito que no tengo mucha hambre.

—Empieza a comer, Sarah, no recaigas en viejos hábitos por alguien que no vale la pena.

—No es lo que piensas —bajó la cabeza hacia el plato.

—¿No lo es? —inquirí sarcástico, ella no me contestó—. ¿Lo de ayer si fue natural?

Ella alzó el rostro, la indignación reflejada el azul de sus ojos

—¿Insinúas que me induce el vómito? —espetó a la defensiva.

—No lo estoy insinuando, te lo estoy preguntando, Sarah, has bajado de peso desde que terminaste con Christopher, pensé que era normal por la ruptura pero...

Se levantó de la silla tirando la cuchara dentro de la avena.

—No puedo creerlo, ¿me estás jodiendo? —incredó molesta.

—Estoy preocupado por ti —dije a la defensiva.

Ella negó con la cabeza.

—Esto es el colmo —empezó a caminar hacia su habitación.

—Sarah —me puse en pie rápidamente, siguiéndola, intentó cerrar la puerta, pero metí mi pierna impidiendo que lo hiciera—. ¡Sarah! Solo quiero saber si...

—No me induce el vómito, Eros y si lo hago, ¿qué mierdas te importa? —gritó iracunda.

—¿Es en serio que lo preguntas? ¡¿Qué mierdas me importa, Sarah?! ¡La última vez casi te mueres, maldita sea! Estoy preocupado por ti —mascullé enojado.

—¡Pues no necesito tu preocupación!

—¡No, lo que necesitas es que te enseñe a follar! Follar no se enseña, Sarah, es un instinto, es natural.

—Y es por eso que este acuerdo no tiene sentido —masculló.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste, punto dos, el acuerdo tiene un tiempo de noventa días, pero cualquiera de los integrantes puede darlo por terminado, soy una persona asexual y aunque el propio Eros baje del Olimpo y me folle, voy a aprender, así que no quiero seguir haciendo el ridículo. ¡Maldición! Ni siquiera lo hago bien, por eso Christ... —cerró los ojos—. Vete.

—¿Qué dijiste?

—¡Dije que te fueras! —Me miró con dolor y tristeza.

—Es por él, por Christopher...

—¡Es por mí, Eros! ¡Por mí! Pero tú bien lo has dicho, el sexo no se puede aprender, es algo natural que a mí se me da como la mierda. No quiero seguir jugando a las cartas, no quiero que sigamos con el acuerdo, se terminó, ahora sal de mi maldita habitación de una buena vez.

Caminó hacia el baño encerrándose en él.

Capítulo 18

SARAH

No mentí cuando le dije que no me había inducido el vómito, mi cuerpo simplemente había rechazado la cantidad de calorías que tenían los postres y galletas que comimos durante la degustación de pastel para la boda de Afrodita.

Postres que se irían directamente a mis muslos. Y estaba furiosa por ello. Furiosa por haber cedido, furiosa por tener que controlar cada maldita caloría y furiosa porque Eros me presionara tanto que terminé explotando.

Me senté en la esquina de la ducha, flexionando mis piernas y apoyando mi cabeza sobre mis rodillas, un pequeño curvó se acentuó en mi estómago y suspiré.

Nada de lo que intentara iba a hacer que ese gordito se fuera. Él siempre estaba ahí mostrándome lo imperfecta que era.

Cerca de veinte minutos después, abrí la puerta esperando que Eros se hubiese ido a su habitación, para mi sorpresa estaba sentado en la cama con la cabeza baja, sus manos se perdían en los mechones de su cabello.

Alzó la vista hacia mí, sus ojos oscuros por las emociones, su rostro tenso, furioso.

Sé levantó con pasos firmes caminando hacia donde yo estaba, su pecho subía y bajaba de forma arrítmica, mi primer impulso fue volver al baño, pero no me moví. En un par de zancadas eliminó la distancia que nos separaba, dejó sus manos en mi cintura acariciando los costados de mi cuerpo, ascendiendo hasta rozar mis mejillas, llevó mi rostro hacia él y me besó, fue un beso cargado de rabia y pasión, mis labios se acoplaron a los suyos con premura deseando detener el tiempo. A la par, mi cuerpo empezaba a llenarse de calor.

Mi mente gritaba que me detuviera, intenté alejarme, pero él no me dejó. Ese estúpido *estuvo bien* hizo eco en mi memoria haciendo que me resistiera, sin embargo, no se detuvo, ajustó su cuerpo al mío cuando me recostó contra la puerta del baño, atrapándome entre la madera y su pecho. Nos desvestimos rápidamente y, sin dejar de besarme, una de sus manos viajó por mi abdomen prolongando su camino hacia el elástico de mis bragas, su dedo índice y corazón acariciaron la división de mi sexo haciéndome gemir, cuando un escalofrío se ramificó por mi cuerpo, el deseo se encendió como una hoguera a la que le acababan de echar gasolina.

—Una mierda en el sexo —murmuró con ironía con su mano libre, enganchó mi pierna a su cintura e introdujo sus dedos en mi vagina follándome lenta y profundamente.

—Eros... —cerré mis ojos. El placer invadía mi cuerpo, fui incapaz de decir algo más, todo lo que salía de mí eran gemidos, chillidos, mi cuerpo y mi mente peleando una batalla de sentimientos encontrados.

Quería detenerme, pero también quería más.

—Silencio, ¿que eres asexual? Maldición, tu coño húmedo me dice lo contrario —su beso se intensificó, me besó tan fuerte que me quedé sin aliento, en todo lo que podía pensar era en el placer que él me estaba dando, en sus dedos acariciando mi intimidad, mis manos se aferraron a sus brazos y gemí cuando su pulgar frotó mi clitoris enviando escalofríos en mi interior—. No vamos a terminar el acuerdo —murmuró sobre mis labios llevándome hacia la cama—. ¡Y no eres asexual, carajo!

Caí con un golpe sordo contra el colchón, él quitó mis bragas rápidamente bajándolas por mis piernas; en mi vientre bajo una punzada de deseo que aumentó con la mirada de Eros

recorriéndome por completo desde mis pechos hasta mi vagina abierta para él.

—A la mierda las cartas —se quitó lo que quedaba de ropa y se recostó a mi lado—. Sube, siéntate en mis muslos —ordenó con voz severa, el enojo aun salía de su cuerpo en ráfagas.

Hice lo que me pidió, su miembro largo, venoso y erecto quedó entre los dos.

—Llévame dentro de ti, tómate y guíame a tu interior —negué con la cabeza, un recuerdo de Christopher ordenándome lo mismo meses atrás me hizo cohibirme.

—No puedo...

—Sí puedes, ¡solo hazlo! No lo pienses demasiado, es instintivo, ¡tienes que sentirlo! Tu cuerpo lo siente, está en tu mente, está gritando, escúchalo, te susurra en el oído.

Pero yo solo sentía vacío, vacío y necesidad.

Tomó mi mano llevándola a su erección, siseando ante el contacto. La punta de su glándula goteaba, cerré mi mano en torno a su eje haciéndolo gruñir. Eros movió su mano sobre la mía.

—Sigue tu instinto —su voz se escuchó errática, arqueó su cabeza cuando mis dedos se apretaron aún más atrapándolo en un puño, me alcé quedando de rodillas, llevando su erección a mi interior, siseando cuando su humedad tocó la mía, lo hundí en mí, despacio, sintiendo que me penetraba centímetro a centímetro, lento, pero sin detenerme hasta que lo envolví por completo, estaba llena de él, absorba en su placer, mis manos planas contra su abdomen que se contraía con cada respiración.

Eros inhalaba con fuerza, yo apenas podía respirar.

Se sentó atrayéndome a su cuerpo, llevando uno de sus brazos atrás para darse apoyo y unió nuestros labios en un beso voraz. Su barba incipiente lastimaba mi piel, pero no me importaba. Quería sentirlo en todas partes.

Tomó un poco de distancia y su mano libre tomó mis tetas haciendo que me arqueara para él, ofreciéndome, entregándome a su vez él alternaba sus caderas, entrando y saliendo deliciosamente de mi interior.

Entonces se detuvo.

—Habla conmigo, Sarah, dime qué quieres. No te reprimas —acarició mi mejilla, sus palabras enviaron una ola de deseo por mi cuerpo—. Te sientes jodidamente bien, ahora solo necesitas moverte, haz lo que tu instinto te ordene.

Me levanté con reticencia, Eros apretó los dientes y cerró los ojos cuando bajé sobre él, repetí la acción un par de veces más antes de girar mis caderas cubriendo su erección.

—Chupa mis pechos —gemí sintiendo la vergüenza en mis mejillas.

Lo hizo, su boca se apoderó de mi pezón tirando con suavidad, succionándolo, y pasando su lengua sobre él. Se acomodó hasta quedar sentado, sus manos vagaron por mi cuerpo, las mías tiraban de su cabello deslizándose por los costados. Eros afianzó sus manos a mi cintura, guiando mis movimientos antes de arremeter en el ritmo de nuestra unión, se movió de nuevo, más fuerte, más profundo y me instó a moverme más rápido, empujando más dentro de mí, y lo hice, empujé y empujé exigiendo más.

Olvidando a Christopher, olvidando mis miedos, olvidando mis inseguridades,

Retorcí su cabello entre mis dedos y alcé su rostro para besarlo, presionando mi lengua en su boca. Seguía moviéndose, haciendo que los dedos de mis pies se retorrieran ante las sensaciones, aumentando el cúmulo de placer instalado en mi vientre bajo; tomó mi trasero con firmeza acelerando mis movimientos y los suyos.

No podía pensar, mi cabeza daba vueltas, mis músculos se sentían tensos y pesados, mi sexo se contraía con cada embestida, pero no dejé de moverme siguiendo mi instinto, buscando lo que mi cuerpo deseaba. Su boca estaba en todas partes, caliente y húmeda, lamiendo y

mordisqueando mis pechos, mi piel.

—¡Mierda! —gruñó, empujándome hacia abajo.

—Eros... —Jadeé su nombre, envuelta en un torbellino de dolor y placer—. Por favor, Eros. —Mi frente cayó sobre su hombro, podía tocar mi orgasmo, podía sentirlo, expandiéndose y contrayéndose. La tensión acumulándose en mi sexo.

Él embistió fuertemente dentro de mí y exploté sin advertencia, una llamarada encapsulada en un grito silencioso, mientras mi cuerpo se tornaba rígido.

—Nena —gruñó al mismo tiempo que mi sexo lo apretaba—. No quiero que vuelvas a pensar que no tienes instinto para esto.

Me aferré a su pecho, Eros arremetía dentro de mí una y otra vez, llegando a mi lugar más profundo logrando que las olas de placer me consumieran.

— Joder, Sarah — gimíó cuando se derramó dentro de mí—, abre los ojos y mírame.

Lo hice y mi corazón se saltó un latido al observarlo correrse, su cuerpo arqueado, la manera en cómo su rostro se deformaba, mientras él perseguía su orgasmo fue brutal y salvaje, me desplomé en su pecho. Cuando bajó del nirvana no éramos más que pechos agitados y sudorosos, rostros sonrojados, cabello enmarañado.

Me recosté a su lado sin decir nada, intentaba controlar el ritmo de mi corazón, respirando e inhalando suavemente. Ninguno de los dos dijo nada, todo lo que se podía escuchar era el tic tac del reloj sobre el buró. Su mirada se encontró con la mía, la furia inicial se había desvanecido, sus ojos brillaban, claros y profundos.

— Avísame cuando seas una mierda en la cama. Quizá quedé un poco menos destruido — murmuró moviéndose de lado, sonreí y él llevó su mano a mi mejilla, pasó un mechón de cabello detrás de mi oreja — . Dímelo... soy yo, soy tu amigo.

Nos miramos durante una pequeña fracción de tiempo, con el corazón acelerado y la respiración agitada, ni siquiera tenía que explicar a qué se refería.

Yo lo sabía.

Durante unos minutos me debatí en sí contarle mi historia o no.

—Si no quieres contarme a mí, por favor habla con papá, no dejes que Christopher te lastime más de lo que ya lo hizo.

Tragué el nudo en mi garganta y cerré los ojos dejando que las lágrimas cayeran, respiré profundamente y empecé a hablar.

— La primera vez que lo hicimos cuando nos fuimos a vivir juntos... — antes de poder pensar en detenerme, le conté todo, las palabras salieron de mis labios en un vómito verbal, imposible de detener, el dolor de los recuerdos reemplazó el placer post orgásmico, Eros no dijo nada, pero su mano en mi mejilla se tensó y nuevamente la ira cubrió el azul de sus hermosos ojos.

Capítulo 19

EROS

Una semana después seguía sintiéndome furioso por todo lo que Sarah me había contado, lo único que me detenía de no ir a buscar a Christopher y dejarlo eunuco era ella. Me había hecho prometer que no lo buscaría y no lo haría, confiaba en que la vida es un boomerang y estaba seguro de que tarde o temprano, Christopher Leyton y yo nos veríamos frente a frente.

Esperaba que pronto, el karma lo pusiera delante de mí.

Porque nunca iba a olvidar a la Sarah rota, con el rostro cubierto de lágrimas que me relataba la cantidad de estupideces que solo un cobarde podría usar en contra de la mujer que dice *amar* para evadir que era un maldito precoz e infiel.

Le creí cuando me dijo que no se indujo el vómito, le creí porque creería cualquier cosa que ella me dijera, porque sabía que Sarah odiaba las mentiras.

Estuve atento a ella, tratando de no obsesionarme o mencionarlo en absoluto, ella ha estado comiendo un poco más, no creo que sea suficiente, pero ella dice estar saciada. Así que me relajé un poco.

También tuve una conversación con mi padre para que me diera consejos de cómo tratar este tema, ya que fue él quien trato a Sarah y su desorden alimenticio, lo último que quería era herir los sentimientos de Sarah. Fue un gran alivio cuando él me comentó que ella había agendado una cita.

En cuanto a nuestro acuerdo, había seguido su curso, cada dos noches ella y yo nos sentábamos en algún lugar del departamento y sacábamos una carta, yo mismo había eliminado el naipe de la vaquera clásica del mazo, ya que era la posición que habíamos ejecutado la noche en que ella me habló del imbécil.

El enchufe fue algo incómodo para ella, sobre todo cuando le pregunté qué tan dispuesta estaba a dejarse desflorar el trasero, aunque perdió concentración, cuando pude quitar de su mente esas imágenes, ella alcanzó un orgasmo brutal.

La postura del barco nos hizo reír por más de veinte minutos, mientras intentábamos hacer lo que la imagen describía, pero cuando por fin lo logramos, hicimos fuego.

Sarah era una hoguera que se avivaba a partir de roces. Cuando ella y yo estábamos juntos, tenía en mi mente una sola meta: otorgarle el placer que él le había negado. Y cuando ella llegaba, intentaba no perderme un solo segundo de sus gestos, la forma en cómo cerraba los ojos y se perdía en las sensaciones, cómo su cabeza y cuello se arqueaban disfrutando del clímax o cómo su instinto empezaba a darle la seguridad que le habían arrebatado.

Estaba muy, pero muy jodido por ella, porque todo se sentía como mucho más que sexo.

La última semana de clases fue intensa, tuve que entregar trabajos, estudiar para los exámenes y, claro, las partidas con Sarah, pues estaba completamente agotado. No me estaba quejando, al menos no de lo último. En cada sesión comprobaba que no me había equivocado cuando le aseguré, luego de secar sus lágrimas, que el sexo se basa en el instinto y ella tenía mucho de ello, le faltaba la práctica, desinhibirse, desconectar su mente y seguir sus impulsos y yo pensaba ayudar en todo lo que pudiera para que ella llegara a ser una mujer libre sexualmente.

Con un poco de práctica ella sería toda una amazona.

Entré a La Perla sin mirar a nadie en especial, había un puñado de mujeres observando la lencería, un par de ellas voltearon a verme mientras pasaba por su lado, pero no estaba

interesado. Ya no, no era la primera vez que compraba ropa interior femenina, sobre todo por mi tendencia a arruinar bragas de encajes y ya había arruinado varios pares de bragas de Sarah, que pensaba reponer hoy mismo.

Caminé por el almacén observando con detenimiento cada prenda, había algo en la lencería que más que ponerme cachondo, me hacía sentir un deseo primitivo, como un cavernícola.

La ropa interior en el sexo tiene mucha importancia, es casi mítica, aunque muchos no lo entiendan o decidan pasarlo por alto, no hay nada más erótico que desprender el encaje de la piel de una mujer... bueno sí, sacarlo a punta de tirones, haciendo que la tela ceda ante la fuerza primitiva de tus impulsos.

Tomé cada prenda con mimo, palpando que fuese suave, imaginando cómo se vería ella con cada conjunto, desde el rojo intenso hasta el dorado, cada color me hacía evocar las curvas de Sarah, cómo contrastaría con el tono pálido de su piel. Podía sentir las miradas de cada mujer en la tienda en mí en lo que llenaba mi brazo de prendas al azar, me detuve cuando encontré la prenda de encaje perfecta.

Era un conjunto hecho para el placer.

Un bustier tipo corsé, negro, de encaje y transparencias en las copas, se ataba a la espalda con finas tiras de seda, venía acompañado de un liguero y bragas de la misma tela tipo hilo. Negué con mi cabeza cuando a mi mente llegó una visión de Sarah usando la prenda, incluso tuve una idea sobre dónde podíamos usarla, hasta ahora nos habíamos limitado al departamento, pero eso pensaba cambiarlo.

Sin darle más vueltas al maniquí que lo exhibía, tomé un juego del aparador y reacomodé mi miembro semi erecto ante la magnífica visión que había tenido; con un puñado de encaje y transparencia caminé hacia la caja, la vendedora coqueteó conmigo, pero no le presté atención, al menos no como las otras veces que había estado allí, le di mi tarjeta, saqué mi celular solo por hacer algo que le diera a entender que no estaba interesado.

De hecho, su evidente coqueteo me hacía sentir incómodo, lo que era completamente extraño en mí, siempre respondía al coqueteo femenino, por lo general terminaba con su número de teléfono o una follada rápida en el vestidor. Estaba intentando recordar si había tenido algún interludio sexual con Lindsay, la vendedora, cuando escuché mi nombre.

—¿Eros? —me giré observando a mi hermana, mamá, la tía Sam y Sarah entraban en la tienda.

«Maldita sea mi mala suerte», rumié para mí mientras veía a mi madre acercarse, me dio dos besos antes de soltarme y entonces fue el turno de mi tía Sam que me atrajo a su pecho en un abrazo. Ella siempre había sido ruidosa y muy cariñosa, mi mirada se encontró con la de Sarah, se veía confundida y había algo más en sus ojos que no lograba descifrar, me pregunté si tuvo otro encuentro con Christopher.

Pero no podía interrogarla sin hacer evidente nuestro acuerdo.

—Señor Farell —escuché a la dependienta—, gracias por comprar en La Perla —me tendió la bolsa y la tomé justo antes de que Afrodita lo hiciera por mí.

—¡Oye! ¿Acaso no puedo ver?

—No —mascullé.

—No sabía que te iba la ropa de mujer —dijo mi hermana en tono irónico.

—Esa es una bolsa grande, ¿acaso hay una chica que hace vibrar tu corazón? —dijo la tía Sam.

«Joder, trágame tierra y escúpeme en Arabia».

—Es un regalo.

—¿Volviste con Bella? —preguntó mamá

«¿Quién diablos era Bella?».

—Es Becca, mamá —Afrodita rodó los ojos.

—Bueno, como sea —dijo restándole importancia—. ¿Volviste con ella?

—Para volver, tuvimos que haber estado en una relación, madre, pero no, esto no es para Becca, simplemente es un regalo —miré a la tía Sam—, no tengo ninguna chica en este momento, ni la tendré en un futuro próximo —exclamé con algo de irritación.

Odiaba la manera en que todos querían que *sentara cabeza*.

—Tranquilo, hijo —mamá se agarró de mi brazo—, solo estábamos tomándote del pelo. ¿Tienes algo que hacer?

—No.

«Tengo dos horas de clase con Malinov, a las tres de la tarde».

—Bueno, puedes acompañarnos, Afrodita quiere elegir el ajuar de bodas.

« ¡Mierda! ¡Debí decir que sí tenía algo que hacer!».

Las mujeres empezaron a buscar entre los aparadores de la tienda, me senté en uno de los sofás para clientes mientras mi madre, Afrodita y la tía Sam escogían conjuntos al azar.

Estaba a punto de pensar que mi hermana iba a comprar media tienda cuando Sarah se sentó a mi lado. Tenía uno de esos vestidos de otoño, camisero, con una falda de vuelo a media pierna, acompañado de unos botines. Sonreí cuando ella se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Un regalo? —susurró—. Creo recordar que uno de los puntos de nuestro acuerdo es que no debemos tener intimidad con alguien fuera de la partida.

—¿Estás celosa? —pregunté sonriente.

—Para estarlo deberíamos tener una relación, nosotros tenemos sexo...

—Muy buen sexo, si me lo preguntas —mi mano cayó quedando entre los dos y mis dedos acariciaron la piel desnuda de sus piernas.

—Eros... ¿qué haces? —susurró, miré por encima de su cabeza, mi madre, su madre y mi hermana estaban debatiendo si la lencería de la Luna de Miel debía ser roja o negra.

El rojo se concebía como el color de la pasión, pero el negro, evocaba seguridad, misterio, sensualidad. Una mujer en lencería negra podría ser suficiente para excitar hasta el más inquebrantable de los hombres.

Y las bragas que estaba usando Sarah eran negras.

Simplemente lo sabía.

—Nos van a descubrir —dijo tomando mi mano y deteniendo mí avance.

Me acerqué a su oído para que nadie más que ella pudiera escucharme.

—Dame veinte minutos en el vestier y te haré conocer una de las versiones del cielo.

—No tenemos las cartas y hoy es viernes —rebatí intentando aparentar una seguridad que no tenía.

—A la mierda las cartas —esa se había convertido en mi frase favorita—, pero si te preocupas de que nos perdamos una posición, podemos hacer la de *contra la pared*, es un clásico —podía ver que la piel de su cuello se erizaba bajo mi aliento—, imagínanos, tú y yo, encerrados en el vestier, con la adrenalina fluyendo en nuestros cuerpos, tus piernas anudadas a mi cintura y a su vez te sostengo del trasero —deslicé la punta de mi lengua por el lóbulo de su oreja—, pelvis contra pelvis, arremetiéndote contra ti hasta hacerte llorar de placer —ella tragó saliva—. Dime, nena ¿si te acaricio el coño estarás mojada para mí?

—¡Y ustedes dos ¿qué tanto secretean?! —gritó Afrodita haciendo que Sarah pegara un respingo. Después caminó hacia nosotros—. Te pedí que me acompañaras para llegar a un

consenso justo y estás aquí con Eros, tan sonrojada que parece que mi hermano te hubiese dicho que te va a follar en un vestier.

—¡Afrodita! —gritó mamá.

Sarah se puso aún más roja si era posible.

Se levantó de mi lado y tomó a mi hermana del brazo caminando con ella hacia otro exhibidor.

Después de lo que pareció mucho tiempo y que mi hermana tomara más modelos de los que necesitaría para la Luna de Miel, salimos de La Perla. Mamá propuso que fuésemos todos a almorzar antes de seguir con el itinerario del día.

Fuimos a un restaurante italiano cercano, el maître nos llevó hasta la zona de reservados asignándonos una mesa y nos dio sus recomendaciones. Mi teléfono sonó y me levanté para contestar, fueron menos de cinco minutos, pero cuando volví con ellas, Afrodita había abierto mi bolsa y tenía en sus manos el conjunto que había comprado para Sarah.

—Definitivamente te estás follando a alguien —dijo poniendo el bustier sobre su pecho—. Y es casi de mi talla, Thiago lo disfrutaría muchísimo.

—¿Sí? Pues dile que te lo compre —se lo quité de un tirón—. ¿Dónde están mamá y la tía Sam?

—En el baño... ¿Quién es esta vez? ¿Es Megan? La vi hablando contigo hace una semana —Sarah me miró fijamente—. Ginebra estuvo diciendo que ahora que Becca no está como la mosca al pastel, iba a intentarlo... pero eres tú, vives rodeado de chicas, cualquiera puede ser. ¡Dime quién es! ¿La conozco al menos?

Lo malo de que compartieras asinaturas con tu hermana, era que teníamos los mismos compañeros de clase.

—¡Nadie, Afrodita!

—Bueno, entonces puedo quedarme con esto —intentó quitarme el ligero.

—Gastaste más de cinco mil dólares en lencería y sabes que no usarás ninguna prenda.

—Bueno, ¿pero qué está pasando? Sus gritos se escuchan por todo el lugar —dijo mamá, tiré una vez más de la prenda, guardándola en la bolsa.

—¿Por qué no aceptas de una buena vez que estás con alguien? No nos sorprende, eres un gigoló.

—¡Me voy! —dije molesto, mi mirada se desvió hacia Sarah, había estado callada durante toda la discusión—. ¿Puedes llevar esto a salvo al departamento? —Ella asintió y miré a mi hermana, estaba de brazos cruzados y tenía un mohín en su rostro—. Madura de una puta vez, Afrodita, ya no tenemos doce años, ya no eres una jodida princesa.

Mientras salía del reservado pude escuchar a mi hermana preguntándole a Sarah si sabía con quién estaba follando, amaba a mi hermana. Era consciente lo mucho que papá, Adonis y yo la habíamos hecho el centro de nuestra familia. La princesa de los Farell. Pero en ocasiones ella tenía que dejar de meter su nariz operada en asuntos que no le competían.

Salí del restaurante con las emociones a flor de piel, no me gustaba pelear con mis hermanos, pero seguía furioso con Afrodita, miré la hora en el reloj atado a mi muñeca, tenía clases con Malinov en dos horas, pero antes debía ir a otro lugar... y buscar algo que comer.

Caminé hacia donde dejé el coche estacionado, saqué mi celular buscando su número entre mis contactos y escribí rápidamente:

*Toda la bolsa es tuya, No estoy follando con nadie más que no seas tú.
Y no me importa que hoy sea viernes, necesito que vayas a Fetiches a las siete con el conjunto negro debajo del abrigo que te regale para Navidad, lleva el mazo de cartas contigo.*

Capítulo 20

SARAH

Había estado a punto de decirle que sí. Que me llevara al vestir e hiciera conmigo lo que quisiera.

Las últimas dos semanas habían sido alucinantes. Contarle a Eros lo que ocurrió con Christopher fue como quitar una pesada carga de mis hombros, a pesar de que estaba avergonzada por mi historia, él no me juzgó, se encargó de hacerme ver lo mucho que había disfrutado de nuestras antiguas sesiones, desde el primer orgasmo hasta el que había disfrutado unos segundos atrás.

En todos ellos pude encontrar mi liberación.

Estaba disfrutando del sexo como nunca antes y cada vez que lo veía, quería saltarle encima y que me hiciera el amor.

Solo que no hacíamos el amor.

Follábamos.

Follábamos por un acuerdo.

Y tenía que estar recordándoselo a mi corazón y a mi jodida vagina.

—¡Y ustedes dos ¿qué tanto secretean?! —gritó Afrodita haciendo que saltara en mi lugar, estaba tan ensimismada con la voz y el cálido aliento de Eros en mi cuello, que había olvidado dónde estábamos. Afrodita Caminó hacia nosotros completamente enfurruñada, últimamente todo la estresaba, sobre todo, no poder encontrar las cosas que ella consideraba importantes para la boda—. Te pedí que me acompañaras para llegar a un consenso justo y estás aquí con Eros, tan sonrojada que parece que mi hermano te hubiese dicho que te va a follar en un vestier.

—¡Afrodita! —gritó la tía Eve.

Inhalé profundamente, me levanté del sofá, estaba completamente húmeda por sus palabras, tomé a Afrodita del brazo y caminé hacia uno de los aparadores del fondo sin mirar a Eros. Afrodita Evans Farell era todo menos estúpida, ella intuía que algo pasaba y no pensaba confirmárselo.

—¿Qué demonios te está pasando? —mascullé entre dientes cuando nos detuvimos frente a un aparador con diferentes ligeros.

—¿Perdón? ¿Qué te está pasando a ti!? Eres mi mejor amiga y necesito tu ayuda, es mi boda —lloriqueó.

—Estoy aquí, te estoy acompañando, pero tienes el estrés nivel diez mil, Afro, si sigues así no vas a llegar a la boda, esto... —tomé una braga tipo hilo de encaje en color rojo—, son bragas, a Thiago le va a dar igual si las llevas y estoy segura de que agradecerá que no las lleves —mi amiga suspiró—. Amiga, puedes usar una bolsa si quieres, Thiago amará esa bolsa solo porque tú la llevas puesta. Esto es solo tela.

—Pero es la Luna de Miel.

—Y te aseguro que preferirá estar contigo en plan Adán y Eva —bromeé y ella se rio—. Toma lo que sientas que es bonito y sexy.

—Todo es bonito y sexy— dijo con un puchero.

—Pero no puedes llevarte toda la tienda.

—No apuestes conmigo —dijo con sorna—. Thiago ama romper bragas —«Eros no es el

único», pensé—. Tengo su tarjeta y dijo que podía gastar lo que quisiera.

—Entonces ¿qué hacemos aquí hablando? —dije y anudé su brazo con el mío llevándola a otro aparador.

Cerca de una hora después, Afrodita tenía apilada una cantidad considerable de bragas, conjuntos, ligeros y demás. Eros se había mantenido chateando y sonriendo de vez en cuando a la pantalla, lo que me hacía preguntarme con quién estaría hablando, tenía una bolsa de la tienda y había argumentado que era un regalo.

Una parte de mí esperaba que fuera la reposición de mis bragas.

La otra me gritaba que era una ilusa, Eros seguramente tenía a alguien más. Por ello le había recordado de manera sutil uno de los puntos de nuestro acuerdo.

Llegamos a un restaurante italiano cerca de la tienda. Apenas estábamos acomodándonos en una de las mesas VIP cuando el celular de Eros sonó, disculpándose se levantó a contestar alejándose de la mesa.

—Necesito ir al tocador, ¿vienes conmigo, Sam? —dijo la tía Eve, mamá asintió dejándonos a Afrodita y a mí en la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí cuando Afrodita tomó la bolsa de Eros.

—¿Qué? ¿No te da curiosidad? —sacó un par de piezas de encaje colocándolas rápidamente en la bolsa y luego tomó un corsé de transparencias completamente hermoso—. ¡Dios qué divino! ¿Por qué no vimos este? —La sombra de Eros se materializó ante nosotros mientras Afrodita se ponía el corsé sobre la ropa—. Definitivamente, estás follando con alguien. Y es casi de mi talla, Thiago lo disfrutaría muchísimo.

—¿Sí? Pues dile que te lo compre —dijo con evidente enfado arrancando la bolsa y la prenda de las manos de su hermana—. ¿Dónde está mamá?

—En el baño... ¿Quién es esta vez? ¿Es Megan? —enumeró Afrodita «¿Quién demonios era Megan?»—. La vi hablando contigo hace una semana —miré a Eros con enojo, pero no dije nada y si esa bolsa era para la tal Megan, ¿y si el sexo conmigo era tan aburrido que tuvo que ver alguien más?—. Ginebra estuvo diciendo que ahora que Becca no está como la mosca al pastel, iba a intentarlo... ¿O es Katlyn? —«Joder, cuántas más»—. Aunque eres tú, vives rodeado de chicas, cualquiera puede ser. ¡Dime quién es! ¿La conozco al menos?

—¡Nadie, Afrodita! —gritó irritado.

—Bueno, entonces puedo quedarme con esto —trató de arrebatarme el corsé, pero Eros se alejó.

—Gastaste más de cinco mil dólares en lencería y sabes que no usarás ninguna prenda.

Mi tía Eve y mamá llegaron en ese momento.

Pero podía ver a Eros emanando furia por cada poro de su cuerpo, después de decir unas últimas palabras a Afrodita, me entregó la bolsa para que la llevara al departamento y salió del restaurante dando pisotones.

—¿Tú sabes algo? —preguntó Afrodita—. Porque de que está follando a alguien lo está.

—No sé nada —mi voz salió mucho más chillona de lo que pretendía.

—Espero que no seas tú.

—Basta ya, Afrodita —la acalló su madre.

La tía Eve se apresuró en llamar al mesero, el resto del almuerzo, mamá, mi tía y Afrodita llenaron el silencio hablando de cosas referentes a la boda. No pasó desapercibido que Afrodita me observara comer, últimamente comía muy poco, mi cuerpo estaba empezando a no tolerar grandes cantidades de comida y no quería preocupar a los demás por algo que podía controlar, de vez en cuando me incluían en la conversación, pero no podía seguirles el hilo.

Miré mi celular observando que la luz de las notificaciones estaba intermitente, lo había puesto en silencio cuando Afrodita pasó por mí al departamento. Era un mensaje de Eros.

*Toda la bolsa es tuya, No estoy follando con nadie más que no seas tú.
Y no me importa que hoy sea viernes, necesito que vayas a Fetiches a las siete con el conjunto negro debajo del abrigo que te regalé para Navidad, lleva el mazo de cartas contigo.*

Pasé el resto de la tarde ayudando a Afrodita con cosas que eran totalmente innecesarias, tenía dos horas con el maestro Grey y una adicional con Christopher, pero decidí no ir a la universidad, en cambio, llegué al departamento esperando encontrar a Eros ahí. Todo estaba en silencio, caminé hacia mi habitación quitándome la ropa para darme un baño a conciencia. Una vez estuve lista, sequé mi cabello y me hice algunas ondas sujetándolas con una pinza para que no se deshicieran.

Por un minuto pensé en no acatar su orden, después de todo, habíamos jugado la noche anterior, pero mi cuerpo lo quería y yo lo deseaba, su mensaje había sido bastante escueto. Sin embargo, hice lo que solicitó. Saqué la gabardina del clóset, Christopher la había odiado, pero a mí me había encantado.

Era una gabardina clásica en color negro que llegaba justo debajo de mis rodillas, pensé en colocarme unas botas altas, pero al final me terminé calzando unos *stiletos* del mismo color.

Llegué a Fetiches a las siete en punto, Caleb, el guardaespaldas, me llevó con Eros que estaba en la oficina del tío Max y JD en la discoteca.

Este local era completamente diferente al de Las Vegas, mucho más recatado, constaba de tres puertas de diferente color, cada una de ellas te llevaba directo a cumplir un fetiche, y luego estaba la discoteca.

Eros terminó la llamada que mantenía cuando entré, me había maquillado ligeramente, pero me puse un labial rojo, mis *stiletos* eran de diez centímetros, lo que me daba algo más de altura.

Él también se había cambiado, no llevaba los pantalones caquis de por la mañana, ahora lucía un traje de tres piezas color negro. Se levantó de la silla y caminó hasta quedar semi recostado en el escritorio, frente a mí.

—¿Trajiste las cartas? —preguntó con voz sedosa.

—Hoy es viernes —repliqué rápidamente, Eros sonrió, su lengua humedeció sus labios enviando un sutil cosquilleo por todo mi cuerpo.

—Sin embargo, estás aquí, con la gabardina que te obsequié en Navidad y apuesto mi testículo izquierdo a que debajo de ella no hay nada más que el conjunto de lencería negra semitransparente que compré esta mañana —tuve que presionar mis piernas cuando el sonido de su voz envió una descarga directamente a mi sexo. Él miró mis piernas y su sonrisa ladina volvió a aparecer—. ¿Estás excitada, Sarah?

—¿Tú qué crees? —dije coqueta.

—Estás húmeda desde esta tarde, ¿cierto? El interludio en La Perla, la anticipación del mensaje, estar aquí...

«Maldita sea, él lo sabía».

Saqué la tula donde estaba el mazo de cartas y se lo entregué.

Eros la tomó en una de sus manos y guió la otra dentro de la tula, sacó una de las cartas y la metió en su bolsillo sin verla, luego tiró la tula en el escritorio.

—Vamos, está a punto de comenzar —enunció enlazando su brazo con el mío.

—¿A dónde vamos? —pensé que quería hacer algo en la oficina, pero él me tomó de la mano

instándome a seguirlo.

—Necesito que hagas algo por mí, necesito que te dejes llevar, que liberes a esa mujer sexy que guardas celosamente en tu interior —murmuró mientras salíamos de la oficina, caminamos por el camino que conduce a las tres puertas de Fetiches y se detuvo justo frente a la puerta amarilla—. Vi cómo te pusiste cuando Ambar nos llevó al piso voyeur en Las Vegas. Sacó de su bolsillo un antifaz negro de encaje, la parte izquierda cubría casi toda mi cara, dejando libre mi pómulo derecho y mi boca. Él también sacó una máscara tipo fantasma de la ópera y se la colocó rápidamente—. Esto es para que nuestras identidades estén ocultas —dijo y digitó un par de números en un teclado al lado de la puerta para que esta se abriera.

Nunca había estado en esa parte de Fetiches, Afrodita odiaba venir y ser vigilada por JD o por el tío Max, preferíamos ir a discotecas en el otro lado de la ciudad donde pudiéramos estar tranquilas y mezclarnos.

La habitación estaba a una oscuridad media, decorada con candelabros cuya luz era tenue, también había algunas luces en el suelo, La habitación era como un gran salón con una especie de escenario, me di cuenta rápidamente de que Eros y yo éramos los únicos cuyos rostros estaban cubiertos por máscaras.

Eros se acercó a mí y me permitió inhalar el aroma de su colonia, una mezcla extraña entre lavanda, sándalo y calabazas.

—¿Has escuchado hablar del *gangbang*? —inquirió haciendo que me erizara.

—No.

—Mira al frente —se ubicó a mi espalda, gracias a mis *stiletto*s quedábamos casi a la misma altura. La luz del escenario se atenuó—. Es una actividad sexual grupal —tres hombres y una mujer entraron después, los hombres estaban en bóxer, la mujer, tenía un revelador conjunto de ropa interior en tono azul celeste—, en la que una persona es el foco central de la actividad sexual de varias más, usualmente más de tres, del sexo opuesto o del mismo sexo, bien sea por turnos o al mismo tiempo —sus manos apretaron mi cintura cuando involuntariamente di un paso hacia atrás, uno de los hombres desnudó a la mujer recostándola sobre una mesa, prosiguió a repartir besos en su pecho haciendo un camino invisible hasta su sexo.

—Puede tener sexo oral con uno mientras otros dos la están penetrando.

Otro de los hombres fue a su cabeza, el que comenzó todo había llegado hasta la entrepierna de la chica, colocó sus piernas sobre sus hombros y se zambulló en su sexo.

El gemido de la chica reverberó en mi vientre bajo, en mi memoria, las imágenes de Eros practicándome sexo oral enviaron un zumbido eléctrico por mi cuerpo, Christopher no era fan de la técnica, decía que lamer la entrepierna de cualquier persona era una experiencia asquerosa.

No me quejé, no era buena haciendo un oral.

—Concéntrate —susurró Eros, como si hubiese leído mis pensamientos. Observé a la pareja frente a mí, el hombre de la cabecera se había quitado el bóxer, su miembro largo se perdía en la boca de la mujer, el tercer hombre se había ubicado a un lado de la mesa, una de sus manos cubría el pecho izquierdo de la chica mientras su boca devoraba el otro—. ¿Ves? Técnicamente se puede decir que está follando con los tres, o que los tres están follando. ¿Te gustaría ser follada así, Sarah?

Capítulo 21

SARAH

—¿Te gustaría ser follada así, Sarah? —preguntó con la voz sedosa, el corazón se me saltó un latido y giré el rostro solo para que mis labios fuesen atacados por los suyos, su mano se coló por uno de los orificios entre los botones de mi gabardina y acarició la piel de mi estómago haciéndome estremecer—. Mira hacia el frente —lo obedecí rápidamente—, lamentablemente para ti, no comparto mi comida, pero si quiero hacer esto... una exhibición —tragué el nudo en mi garganta—, quiero que te sientas tan libre como ella, quiero que por un segundo te olvides de tus inhibiciones.

Miré a la mujer, habían cambiado de posición y el tercer hombre estaba ahora sobre la mesa, la mujer sobre él imitando la posición de la vaquera, entre tanto el primer hombre la penetraba por el trasero, todo esto mientras le practicaba un oral al hombre que estaba en la cabecera.

Eros tenía razón, ella era libre, estaba disfrutando con ellos, estaba disfrutando de ser penetrada y observada.

—La siguiente media hora está reservada para mí, puedo declinar si no te sientes capaz de hacerlo.

—No...

—¿No?

—No declines, yo... quiero hacerlo.

Respiré profundamente acomodando el antifaz en mi rostro.

—Puedes decirme tu palabra de seguridad si sientes que es demasiado —dijo Eros y acarició mi mejilla descubierta.

Los cuatro amantes salieron de la habitación después de un orgasmo salvaje, uno de los hombres llevaba a la mujer en brazos a un camerino contiguo al salón.

La luz de la habitación se atenuó un poco más, solo iluminada por los bombillos incrustados en el suelo.

Un empleado de Fetiches había entrado y desinfectado todo el lugar.

—Te guiaré —Eros seguía hablando, pero no estaba prestando mucha atención.

Una extraña pesadez se acentuó en la boca de mi estómago.

—Esto es para los dos, Sarah —susurró Eros, sacó la carta de su bolsillo colocándola frente a mí—. No te quitaré la parte de arriba ni el ligero, quiero que estés lo menos expuesta posible —tomó mis mejillas con ambas manos—. Usa tu palabra de seguridad si no estás cómoda.

Asentí.

—No quiero imaginar cuántos hombres van a masturbarse en la habitación.

—Ninguno... Hay una cámara que apunta al público, masturbarse en este salón tiene una multa de veintiún mil dólares —afirmó, yo arqueé una ceja—, este espacio es solo para ver, si quieres participar, la puerta de la esquina te lleva a la habitación roja. Quiero que te concentres en tu placer, no en las personas que nos miran.

—Un minuto, señor Farell —dijo uno de los empleados.

Eros se quitó el saco dejándolo sobre una silla y aflojó su corbata.

Una parte de mí quería salir corriendo, la otra quería ser tan libre como la mujer que estaba con los tres hombres.

Inhalé con fuerza y exhalé con suavidad cuando Eros caminó conmigo hacia la mitad del

salón, dejándome de espaldas al público frente a la mesa del centro, *The Time Of My Life*, la canción de la película *Dirty Dancing*, empezó a reproducirse a un volumen muy bajo, Eros se agachó hasta quedar de rodillas y luego sus manos ascendieron por mis piernas levantándome de los muslos para sentarme sobre la mesa.

La habitación estaba en silencio, me sentía tensa, nerviosa, tenía mi palabra de seguridad bailando en la punta de la lengua.

Eros soltó el cinturón de mi gabardina y la retiró de mi cuerpo.

Dio un paso detrás de mí, observando la prenda de encaje y transparencia en mi cuerpo.

—Sabía que se vería hermoso en ti —murmuró y luego me atrajo hacia él, sus manos en mi espalda me hicieron temblar, acercó sus labios a mi oído succionando el lóbulo—. Solo concéntrate en lo que tu cuerpo te pide, déjalo ser libre —musitó dejando besos de mariposa por toda mi mejilla descubierta hasta sellar mis labios con los suyos por tercera vez en la noche. Deslizó sus manos hasta el elástico de mis bragas y alcé mi cuerpo sosteniéndome del borde de la mesa, para que él pudiera sacarlas con facilidad, tenía el corazón acelerado, los nervios de punta y las emociones a flor de piel.

—Abre la boca —ordenó, jadeé cuando me metió las bragas en la boca abierta y luego su palma me presionó hacia atrás, levantando mis rodillas y abriéndome de par en par para él.

Apoyé los codos en el escritorio mirándolo fijamente, sus labios se ubicaron en mi vientre y fue dejando besos regados por todo mi abdomen, me estremecí cuando sus labios se presionaron contra mi sexo, el sonido siendo atrapado en la tela dentro de mi boca.

Mantuve mi mirada en él como me instruyó, observando cómo se quitaba la corbata que llevaba puesta y luego empezó a desabotonarse la camisa.

—Relájate —exhaló con suavidad—, disfruta, solo somos tú y yo aquí... ellos no saben quiénes somos, nosotros no sabemos quiénes son ellos, aquí solo importas tú y el placer que quiero entregarte.

Se sacó la camisa e inhalé con fuerza contemplando su pecho, al que he visto, tocado y sentido en cada ocasión en la que hemos estado juntos. Parecía tallado en piedra. Pectorales fuertes y definidos, abdominales de muerte, bíceps que se llenaban de venas cuando él empujaba dentro de mí, sosteniéndose solo con sus brazos.

Retrocedió un poco y buscó entre su pantalón la carta que había tomado de la tula, sonrió al ver la posición y la dejó a un lado de la mesa.

Giré la mirada observando la carta, era una posición que no requería mucha técnica: Para hacer *el tornillo* solo necesitábamos una mesa y por supuesto que la teníamos.

Soltó la hebilla de su cinturón, me estremecí de pura anticipación cuando su evidente erección apareció, escondida en su bóxer negro, se quitó el pantalón y liberó su miembro quedando frente a mí completamente desnudo.

Nunca me cansaría de verlo sin ropa porque el cuerpo de Eros Evan Farell hacía alusión a su nombre. Seguí observándolo, devorándomelo con una nada sutil mirada, las líneas de su cuerpo, sus fuertes muslos, su polla, hinchada y gruesa, completamente firme y recostada contra su duro abdomen.

Por un segundo, la música dejó de reproducirse, me olvidé de donde estábamos, cada uno de mis sentidos estaban sujetos a él, a su cuerpo. El deseo me invadió como una fuerza violenta, los codos temblaron en mi afán de sostenerme, mi entrepierna palpitó deseando cerrar los muslos para aliviar la tensión, cerré los ojos y contraje mi sexo aliviando el dolor.

Eros observó mi piel con hambre, se metió entre mis piernas llevando sus manos desde mis muslos hasta la cintura, solo para abrazar mi espalda, tocando las finas tiras del bustier. Con una

mirada me hizo entender lo que quería y aunque había dicho que no me quitaría el sostén, él quería hacerlo. Asentí dándole un permiso silencioso y gemí cuando sus manos tiraron de las cargaderas que sostenían la prenda, sus ojos no abandonaron los míos, una vez cedieron, las tiró hacia un lado dejándome al descubierto, con los pezones en duros picos.

Solo para él, ya que estaba de espaldas al público.

—¡Joder! —murmuró con voz áspera, sus manos cubrían mis pechos—. Jamás me cansaré de mimar a estas dos —un sutil cosquilleo se instaló entre mis piernas en lo que sus dedos fríos agarraban mis pezones, apretándolos, mi espalda se arqueó hacia él, su mano derecha cubrió mi pecho izquierdo y sus labios succionaban el derecho, tarareó algo rodeando mi pezón con la lengua, trazando un camino ardiente por mi pecho, inclinándose sobre mí hasta acostarme sobre la superficie de madera.

—¿Sabes lo jodidamente caliente que es, que estés ahí tumbada con eso en la boca? —señaló el encaje. Se agarró el miembro con su mano libre, acariciándose, al tiempo que deslizaba la lengua, áspera, húmeda, y cálida por mi piel, produciéndome pequeñas descargas en mi interior, dobló mis piernas y luego giró la mitad de mi cuerpo dejándome acostada sobre la mesa.

Escuché los jadeos de las personas que nos observaban, pero no presté atención, con mis piernas juntas hacían fricción en mi sexo a la vez que estimulaba mi clítoris.

—Eros —murmuré a pesar de que él no me entendiera, Eros deslizó la punta de su miembro por mi sexo, gemí cuando entró en mi interior con un ritmo tortuoso hasta que estuvo completamente dentro de mí, una de sus manos cubrió mi pecho izquierdo y la otra apoyó mis rodillas a la superficie de la mesa.

Respiró profundamente y salió de mí, haciéndome gemir solo para volver a entrar con rapidez, haciendo que el aire escapara de mis pulmones, mientras él daba inicio al vaivén de sus embestidas...

.
. .
.

EROS

Su orgasmo había sido intenso, múltiple y me arrastró a un frenesí que quería seguir visitando. La observé en la barra, con la gabardina apretada a su cintura disfrutando de un trago. Tuve que arreglar unos últimos detalles con el encargado del local, no había pensado en hacerlo con ella en público, realmente quería llevarla a la exhibición y luego empezar nuestra partida en la oficina, sin embargo, no me quejaba del resultado.

Aún podía sentir mi polla latiendo mientras me derramaba en su interior, también podía sentir un tipo de calidez en mi ser, que no experimenté con ninguna de las mujeres que pasó por mi cama.

Cuando la besé después de que su orgasmo arrasó con ella, no fue el típico beso que das después de un follón, fue tierno, suave, invitando a nuestros corazones a calmar sus revoluciones, seguía dentro de ella, las personas empezaban a disiparse, pero no podía dejar de besarla.

Caminé hacia ella con una sonrisa ladina en el rostro, se veía feliz y sobre todo libre.

—¿Todo en orden?

Ella sorbió su mojito.

—Sí. ¿Terminaste? —asentí—. Entonces llévame a casa.

Tomé su mano y la saqué del lugar, había un par de hombres mirándola, podía apostar que

estuvieron en la exhibición, verlos hizo que en mi pecho estallara la furia. Apreté los dientes y aceleré mis pasos saliendo del local y caminando hacia mi auto.

—Traje el mío.

—Déjalo, mañana puedes venir por él.

Subió a mi coche y luego rodeé el auto, una vez estuve dentro, la atraje para darle un beso, Sarah se sorprendió, pero rápidamente sus manos agarraron mi rostro tirando de mis cabellos y besándome como si la vida se le fuera en ello, mi polla dio un tirón en mis pantalones y jalé a Sarah haciendo que se sentara sobre mis piernas, gimió cuando notó mi dureza debajo de ella, aun así no dejó de besarme, eventualmente, la falta de aire en nuestros pulmones nos obligó a parar. Fetiches no estaba muy lejos de mi edificio, por lo que solo me tomó diez minutos estar en el sótano, caminamos con pasos presurosos hasta el elevador y una vez que estuvimos dentro y las puertas se cerraron, saltamos uno encima del otro, no había suficientes movimientos, besos, roces... no podía pensar, a duras penas estaba respirando. Eros deslizaba mis labios por su cuello intentando llegar a sus pechos.

El elevador se abrió en nuestro piso, pero no dejamos de besarnos, estábamos urgidos, como dos adolescentes cachondos en su noche de graduación, ni siquiera sé cómo abrí la puerta, lo único que sentía era hambre y mucha necesidad.

La ropa voló en el instante en que cruzamos la puerta, la recosté contra la pared y tomé sus piernas anudándolas a mi cintura, ella bajaba el bustier por su torso y yo mamé de sus pechos y la penetré en una sola estocada, las uñas de Sarah marcaron patrones en mis hombros, me sumergí en su interior como si no lo hubiese hecho horas atrás, el corazón se me iba a salir del pecho, mi boca gravitaba sobre la suya. El cuerpo se me puso tenso, la respiración descontrolada, gemí con fuerza cuando me vine por segunda vez en su interior y Sarah me apretó como un puño.

Cuando la bruma del sexo desapareció, peiné un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—Contra la pared —murmuré dejando pequeños besos en sus mejillas.

Tomé su trasero con mis manos, me moví por el departamento hasta llegar a su habitación, Sarah estaba dormitando cuando la dejé sobre sus sabanas rosas, rodó hacia el lado izquierdo quedando a medio lado, sin detenerme un segundo a pensar, me subí a la cama con ella dejando que su espalda se adhiriera a mi pecho inhalando a sexo, lavanda y a mí.

Capítulo 22

SARAH

Estaba desnuda, bocabajo. A mi lado, Eros intentaba recuperar el ritmo de su respiración. La habitación olía a los dos, al sexo de la última hora, el gel de baño de Eros mezclado con mi perfume de vainilla y el sudor.

Ni siquiera sabía qué día era, habíamos empezado en la sala jugando a un estúpido videojuego, eliminé a su personaje y lo que comenzó como una guerra de almohadas rápidamente se transformó en besos, cosquillas, caricias, mi pecho pegado al suyo, nos besábamos con urgencia, caminando hacia su habitación.

Tener sexo con Eros me hacía sentir viva, experimentaba tantas sensaciones que en ocasiones sentía que solo era un buen sueño. Estar con él comenzaba como un chute de adrenalina que fluía sin detenerse, convirtiéndose en una pequeña flama deseosa, nuestros instintos nos gobernaban rápidamente. Me sentía eufórica, satisfecha, extasiada y feliz, como nunca antes lo había estado.

Al punto que cancelé la cita con el tío Max, porque había bajado los quince kilos que subí cuando me fui a vivir con Christopher, debido a los atracones, aparte del placer que Eros me ofrecía, podía decir que uno de los beneficios del sexo era la quema de calorías, en cada partida podía perder entre 70 y 130 dependiendo de la posición, solo me faltaban un par de kilos para llegar con el peso ideal a la fiesta anual de Vitae.

Habíamos comprado los vestidos para la fiesta hacía un par de meses, Eran hermosos trajes de cortesanas del siglo xx, Chris no estaba de acuerdo con que lo usara, según él, necesitaba perder unos veinte kilos para que me quedara un traje de esos.

Faltaban cinco y tenía una semana para lograrlo.

Y por supuesto que lo haría, nunca más pensaba volver a verme como Gloria^[5].

—¿En qué piensas? —dije mirando al hermoso hombre que estaba a mi lado, tenía los ojos cerrados, su pecho subía y bajaba arrítmicamente, su miembro estaba flácido ahora, pero él tenía una recuperación asombrosa, así que era lo que menos me preocupaba.

—Definitivamente quiero hacerlo de nuevo —murmuró con una sonrisa.

—Lo hicimos dos veces —contesté enseñándole las dos cartas, la primera había sido la *flor de loto*, la segunda se llamaba *el trapequista*.

Y realmente había que ser todo un trapequista para poder domarla.

—¿Estás muy cansada? —Se apoyó en sus codos, su cabello estaba revuelto por mis manos, su boca hinchada por nuestros besos, mi entrepierna latió con la sola idea de volver a sentirlo dentro de mí.

—No —dije con picardía acercándome hasta que nuestros pechos estuvieron unidos—, pero a diferencia de ti, tengo que ir a la universidad —solté separándome de él y tirando de las sábanas.

—No vayas —su mano agarró mi muñeca y se sentó en la cama, tomó la tula donde estaban las cartas instándome para que me subiera a su regazo donde mi sexo y el suyo estaban tan cerca que podía sentirlo endurecerse bajo los labios húmedos de mi vagina. Eros se inclinó y tomó mis labios en un beso lento que disfruté cada segundo hasta que él lo terminó, abrió la gaveta al lado de su cama sacando una cajita negra de cartón.

—Se me había olvidado mostrarte esto —mi corazón se saltó un latido, abrió la caja y me eché hacia atrás para observar mejor lo que me mostraba—. Es un anillo vibrador, quería usarlo en la siguiente partida.

—¿Cómo funciona? —pregunté sacándolo de la caja.

—Me lo colocas en la polla y con esto —señaló una parte del anillo—, te masajea el clítoris —sonrió—, todo eso mientras vibra durante la penetración.

«Joder. ¿Es necesario que vaya a clase?».

—Imagina todo el placer que podemos obtener con ese aparatito...

Tragué el nudo en mi garganta.

—Me lo imagino, pero no podrá ser ahora—me bajé de él a pesar de que su miembro erecto me invitaba a quedarme—. Tengo que ir a la universidad, necesito entregar unos trabajos, pero... —dije cuando ya estaba fuera de la cama.

—Podemos usarlo esta noche.

—Dalo por hecho —guiñé un ojo para él, dispuesta a salir de una vez por todas de su habitación.

—Oye, Sarah... —su mirada estaba en el anillo y no en mí—. ¿Te gustaría ir este fin de semana a Rocky Point? Tú y yo... solos.

—Sexo en la playa.

—Esa es mi chica.

Las mariposas en mi estómago empezaron a revolotear.

Su chica.

—Tengo que irme o la profesora de Morfosintaxis II no me dejará entrar a su clase.

—¿Nos bañamos juntos? Ya sabes... para cuidar el planeta —curvó sus cejas.

—El planeta es lo último que vamos a cuidar si nos duchamos juntos.

Llevó la mano a su pecho como si le doliera el hecho de que había declinado a su oferta, el sexo en la ducha estaba a la orden día cuando él y yo decidíamos bañarnos juntos.

Al salir de mi habitación Eros estaba en la cocina, sacando un par de vasos en la isla, había una caja del restaurante japonés que estaba cerca al departamento.

Mi estómago se retorció ante el olor a sushi y ramen.

—¡Ya estás aquí! Pedí comida al restaurante japonés más cercano, necesitas comer después de todo el ejercicio de esta mañana —alzó las cejas haciéndome reír—. ¿Tienes tiempo? Compré tus favoritos, onigiri de atún —se movió hacia el refrigerador sacando una lata de coca para él y agua para mí.

Podría decir que no, que comería algo en la universidad, pero eso llevaría a que Eros empezara un discurso de por qué debía comer mejor. A pesar de que no tenía mucha hambre, miré el reloj en mi muñeca, tenía unos quince minutos antes de que fuese muy tarde.

—Puedo comer un poco —me acerqué a él, que abrió mi silla dejando un beso sobre mis labios, no me sorprendió, la última semana había estado haciéndolo con mayor frecuencia y, aunque, según el acuerdo estaban prohibidos fuera de cada partida, no me quejaba de ello. Eros tomó asiento frente a mí del lado de la cocina abriendo la canasta de polietileno, sacó dos onigiri y los dejó en mi plato miré las dos piezas de arroz, alga nori, mayonesa y atún, en mi memoria inmediatamente procesé cuántas calorías le metería a mi cuerpo si me comía los dos.

Eros estaba sorbiendo sus fideos, no era muy amiga del ramen, era sopa con fideos y tenía casi 500 calorías por porción.

—Come algo de sushi, pedí el variado —dijo abriendo otra caja.

Había siete tipos diferentes de sushi. Tomé el onigiri dándole un mordisco.

—¿Está bueno? —preguntó al verme comer, yo asentí—. Toma —Eros colocó dos rollos de uramaki—, necesitas comer proteína.

—Prefiero el temaki —coloqué los dos rollos y agarré dos de los que acababa de nombrar, Eros dejó uno más en mi plato.

—Has bajado de peso desde que estás aquí —no había recriminación en sus palabras—, si sigues así, van a empezar a creer que estás teniendo una crisis.

Me tensé, sin embargo, me relajé rápidamente, no estaba repitiendo las acciones del pasado...

Una voz en mi memoria me gritó que sí, pero la callé rápidamente, antes me castigaba para no comer, ahora simplemente tenía una meta, llegar a los cuarenta y cinco kilos.

—No tengo ninguna crisis, estoy en mi peso ideal, además, las personas con trastornos alimenticios en su juventud tienden a ser delgadas, estoy alimentándome bien, tú te has encargado de ello

Él sonrió y siguió comiendo. Comí tres trozos de sushi peleando con el nudo que parecía haberse instalado en mi garganta, tomé la botella con agua y me levanté de la silla.

—Si no me voy ahora va a ser tarde.

—Llévate la bola de arroz, sabes que no me gustan.

—Me llevaré una, guarda la otra por mí, la comeré más tarde —tomé un trago de agua que me revolvió el estómago y dejé un beso en su mejilla.

—¿Ayudarás a Afrodita hoy con las cosas de la boda?

—No, creo que el primo de Thiago está en la ciudad por el fin de semana, dijo sobre ir a algún lugar con él pero no me ha confirmado.

—Vale... Oye ¿a qué hora crees que estés aquí? Podíamos salir, a Fetiches o a otro lugar —un brillo malicioso bailó en su mirada.

Dije que sí con la cabeza, necesitaba salir de ahí, sentía como si tuviese lo equivalente a la explosión de un volcán sacudiendo mi estómago. Con un último movimiento de cabeza me di vuelta y giré la perilla de la puerta, caminé rápidamente hacia el elevador, las náuseas me azotaron y elevé mi cabeza presionando mi muñeca interna en mi boca, en un vago intento de controlarlas, busqué en mi mochila una goma de mascar y respiré lentamente cuando mi piel se erizaba por el escalofrío que me azotaba.

Llegué justo a tiempo al contenedor de basura del estacionamiento para devolver el sushi, miré el contenedor con la bola de arroz y también lo tiré a la basura, afortunadamente el lugar estaba desolado, me tomó unos minutos recomponerme, me lavé la boca con un trago de agua de la botella y busqué una nueva goma de mascar en mi mochila.

No era una crisis... simplemente me había caído mal el sushi.

EROS

No tenía ninguna clase que ver por el resto del día y con el reciente rumor de Becca, la población femenina del campus me huía, no es como si importara, tenía a Sarah y mientras ese acuerdo siguiera vigente, estaría bien. De hecho, estaba mucho más que bien, mis sentimientos hacia Sarah se intensificaron y tomaba todo de mí mantener el asunto en el plano sexual. Quedaban pocas semanas para que nuestro pacto acabara y significaba que ella se iría. Intentaba no pensar en ella, en que, en un par de meses, con la confianza que había desarrollado en las últimas semanas, estaría con algún hijo de puta que tendría todo lo que hoy tenía yo, todo lo que quería conservar. Y que temía perderlo del todo.

Estaba terminando de guardar las sobras del almuerzo cuando mi celular empezó a sonar.

—Hermano, me tenías en total abandono.

—Lo sé —Adonis estaba caminando, quizá en el campus de su universidad, aún estaba un poco oscuro.

—¿Dónde estás?

—Voy a una clase, sé que he estado un poco ausente las últimas semanas, entre las clases y lo que quiero dejar listo para la boda de Afrodita estoy frito.

—¿No vendrás a la gala anual de Vitae? —Esperaba tener a mi hermano al menos ese fin de semana, lo extrañaba.

—Negativo, quiero tener todo listo para la boda. Lizzy y yo hemos estado entregando trabajos anticipados, así no tenemos que volver. ¿Qué me cuentas? ¿Qué haces en casa? ¿Sigues dándole palizas a Emm en Fifa?

—Tengo tiempo sin jugar con el enano, es muy mal perdedor, estoy en casa, Jenkins canceló su clase y teníamos prácticamente toda la mañana con él. ¿Cómo está Lizz?

—Bien, como te dije, acá la educación es diferente, el nivel de exigencia es alto... —la línea quedó en silencio por unos segundos—. Te extraño, hermano, amo a Liz y soy feliz con ella, pero me haces mucha falta, tu mamá, Afrodita. ¿Has pensado lo que te dije de hacer tu próximo semestre aquí conmigo? La universidad te brinda la oportunidad de hacer un semestre de intercambio.

—Te conozco, no voy a ir solo por un semestre, estoy bien aquí, Adonis, si decido hacer el programa de intercambio, lo haría en Londres y lo sabes, ir a Oxford siempre ha sido mi sueño.

—Sueño que abandonaste para quedarte junto a Sarah... ¿Ahora que viven juntos ya te pusiste los pantalones de niño grande y le dijiste lo que realmente sientes por ella?

Iba a contestarle, pero una nueva llamada estaba entrando a mi teléfono por lo que cambié a conferencia al ver que era Afrodita, mis hermanos se saludaron y hablamos por un momento sobre cosas triviales.

Hasta que Adonis tuvo que despedirse.

—Oye te llamaba porque Niklaus está en la ciudad—dijo Afrodita una vez quedamos solos —íbamos a ir a Éxodo esta noche —Éxodo era una discoteca que estaba de moda en la ciudad, pero no era mejor que Fetiches—. Me preguntaba si querías ir, he estado llamando a Sarah, pero no me contesta el teléfono. ¿Sabes dónde está?

—Supongo que, en la universidad, Afrodita, Sarah es mi *roomie*, solo eso, no soy su madre, ni su novio, le preguntaré cuando llegue a casa.

—Seguiré intentando con su celular. ¿Te parece bien a las nueve?

—Sí, a las nueve, pero, Afrodita, mañana tengo clases.

—¿Y cuándo te ha importado eso, Eros Evan Farell? —colgó la llamada.

Niklaus Difeo no era mi persona favorita, era un maldito egocéntrico con ínfulas de gigoló, pero tampoco dejaría que Afrodita llevara a Sarah como una pareja para su cuñado político.

Primero me enterraban vivo y bailaban sobre mi cadáver.

La casa estaba en silencio y apenas pasaba del mediodía, si Sarah se hubiese quedado, creo que ahora mismo estuviese mostrándole las bondades del anillo vibrador, había tantas posturas que se podían hacer para que la experiencia fuese mucho más placentera, *la hamaca, la doma, la butaca*, joder podríamos repetir *la flor de loto* si ella lo deseaba o simplemente no atenernos a ninguna maldita posición.

En algún momento de la tarde me quedé dormido, despertando por el sonido de mi celular, Sarah había elegido una melodía que identificara sus llamadas, un clásico de los que papá nos hacía escuchar, *November Rain*.

Cuando le pregunté la razón, dijo que iba conmigo.

—¿Sarah?

—Eros, *¿podrías venir por mí a la universidad? No sé qué le pasa al coche, pero no enciende.*

—Sí, dame unos minutos.

—*Te espero en el Starbucks que está fuera del campus.*

—Entendido, señorita.

Colgué la llamada y corrí al baño, lavé mi cara y me cambié de ropa, una camisa blanca con las mangas remangadas a la altura de mis codos, un jean y unas Vans, me cambiaría cuando estuviéramos de vuelta para ir con Afrodita.

Había poco tráfico por lo que solo me tomó veinte minutos llegar a la universidad. Estacioné el auto frente al Starbucks e iba a llamar a Sarah cuando la vi salir del local, tenía dos vasos de café y no venía sola. Christopher la detuvo tomándola del brazo, ella tironeó intentando zafarse, pero no pudo hacerlo, uno de los vasos se le cayó y ella dijo algo que no pude entender. Me llené de ira mientras los veía discutir, una parte de mí quería seguir cumpliendo la voluntad de Sarah y no entrometerme, pero la otra quería matar al hijo de puta por lastimarla tanto.

Cuando él la atrajo a la fuerza a su pecho y unió sus labios con los de ella en un beso forzado, vi al maldito diablo ondeando una bandera roja...

Christopher era un puto zombie, porque iba a matarlo con mis propias manos.

Capítulo 23

EROS

Corrí hacia ellos y empujé al hijo de puta lejos de ella, tan fuerte que cayó sobre su jodido trasero.

Escaché a Sarah gritar mi nombre mientras el idiota me miró estupefacto por unos minutos.

—¿Se puede saber que mierdas te pasa? —gritó Christopher poniéndose de pie rápidamente.

—¿Qué mierdas te pasa? ¡Déjala en paz!

Tomé a Sarah del brazo y empecé a caminar hacia mi auto.

—¡Ella es mi mujer! ¡Nuestros malditos problemas no te incumben!

—¡Era tu mujer! ¿Tengo que recordarte que encontré tu polla en la boca de otra? —dije iracundo, Sarah tomó mi mano tirando de mí hacia el auto.

—Siempre supe que querías follártela. ¿Amigos? Cómo no... —escupió, me incliné hacia él, pero Sarah me detuvo—. ¡No te pierdes de mucho, se mueve más un puto cadáver que Sarah en la cama!

Me solté del agarre de Sarah y, lancé mi puño izquierdo hacia el rostro de Christopher, un gemido de victoria salió de mi interior cuando escuché su nariz romperse, pero no me detuve ahí, mi puño derecho golpeó otra parte de su rostro y agradecí al cielo las clases de esgrima, karate y el jodido taekwondo; con el tercer golpe, Christopher volvió a caer y aproveché para descargar con él la ira que sentía por las malditas palabras que le había dicho a Sarah, palabras que hirieron su autoestima apenas restaurado.

También me golpeó, pero esquivé sus golpes dándole un puñetazo en la boca.

—¿Sabes qué, hijo de puta? No haces un buen trabajo si la mujer con la que compartes la cama no obtiene placer —lo golpeé—, el sexo acaba cuando ambos se corren, no cuando un maldito egoísta obtiene el premio.

—No es mi culpa que sea una frígida—se burló y volvió a golpearlo.

—Eres un maldito eyaculador precoz, pero no volverás a hablar mal de ella—. Christopher lanzó un golpe a mis costillas que me hizo caer a un lado y fue su turno para golpear mi rostro.

Su ira y la mía estaban batiéndose en un duelo donde solo uno de los dos ganaría.

Dos hombres lo alejaron de mí a su vez él se removía y gritaba que me mataría, me levanté observando su labio y ceja partida, una sensación de regocijo me invadió. Me dolía un poco el costado izquierdo, aun así no le daría el gusto de verme adolorido.

—Puedes tener problemas de descarga inminente, pero tienes dedos y una lengua... en el campo de juego no paras hasta que anotas.

Sarah tiró de mí, alejándose del revuelo.

—Basta ya, Eros. ¡Basta! —tiró de mí, pero él seguía hablando haciendo que mi interior rugiera—. Todos están mirando, estás ventilando mi vida —mis ojos se encontraron con los de ella y me di cuenta de que tenía razón, no valía la pena, él no lo valía—, vámonos.

—Esto no se ha acabado, Sarah —gritó el imbécil y mi mano se apretó en un puño dispuesto a enseñarle cuando cerrar su maldita boca.

—Eros, mírame a mí, él solo te está provocando —limpió con su dedo mi ceja—, hay que curar tus heridas.

Antes miré a Christopher, los hombres que lo habían separado de mí aún lo sostenían. Lo miré con furia antes de hablar.

—Aléjate de ella o...

—¿Qué harás? —me interrumpió soltándose de los hombres y limpiando la sangre de su labio partido—. No te tengo miedo, niño.

—Está bien, los ángeles en el cielo tampoco temían a Lucifer.

Pasé mi brazo por los hombros de Sarah y nos alejamos del lugar, una parte de mí quería volver y golpearlo hasta dejarlo inconsciente, hacerlo pagar por cada maldita frase que solo mostraba lo imbécil, cobarde y misógino que era.

Sarah abrió la puerta del copiloto de mi auto sentándome en él para luego subirse detrás del volante.

Presionó el botón de encendido y sacó el coche del campus, condujo por las calles de Nueva York sin decir una sola palabra, yo tampoco quería hablar. Sentía que en cualquier momento iba a estallar, me había quedado corto, debí hablar menos y golpear más.

Sarah se introdujo al estacionamiento de un supermercado, apagó el auto manteniendo sus manos sobre el volante y nos quedamos en silencio por unos minutos.

—No debiste haberlo golpeado —murmuró entre dientes.

Me giré hacia ella observándola con incredulidad.

—¿Lo defiendes? —pregunté con evidente ironía.

—No, pero tampoco quiero tener problemas en la universidad, esto se va a saber, tú y yo somos estudiantes, él es un maestro.

—Lo que es, es un maldito hijo de puta. Quizás si saben lo imbécil que es...

—¿Y exponerme más de lo que ya lo hiciste? —reviró acusatoria—. Lamento eso, pero recuerdo lo que te hizo y... —negué con la cabeza molesto con él, conmigo—. ¡Maldita sea mi puta vida! Debí matarlo —dije con desdén—. No pueden suspenderte o expulsarte, ocurrió fuera de las instalaciones de la universidad, yo no soy su estudiante, la facultad de medicina y la de literatura no son afines, estarás bien.

—¡Estoy preocupada por ti, Eros!

La atraje a mi rostro y besé sus labios, primero con fuerza como una forma de descargar la rabia que aún me consumía, Sarah se dejó guiar, sus labios se moldearon a los míos y el deseo de poseerla de arrancar de su memoria las palabras que Christopher había gritado.

Un cadáver, joder y una mierda.

Intenté moverme hacia ella y siseé ante el dolor en mi costado haciendo que ella terminara el beso.

—¿Estás bien? —moví mi cabeza—. ¿Y si presenta cargos?

—No levantara ningún tipo de cargos en mi contra, solo tiene golpes y rasguños —espeté aún furioso—, lo que dijo sobre ti, Sarah no eres eso, eres una mujer hermosa, que se transforma en una amazona cuando confía en sí misma, cuando deja que su instinto florezca, él es un maldito imbécil polla flácida.

—Olvida lo que dijo, yo ya lo hice —murmuró ella—. ¿Quieres que entre a comprar antisépticos?

Bajé la visera del auto observándome en el pequeño espejo, tenía la ceja rota, el pómulo inflamado y tendría un gran moretón en las costillas después.

—Estoy bien.

—Afrodita va hacer un interrogatorio cuando te vea.

—No tiene que verme —mascullé entre dientes.

—Ella dijo que habló contigo sobre ir a bailar esta noche por...

—Vamos a Rocky Point —dije de repente.

—¿Qué?

—Conduce hacia allá, no quiero ver a nadie, tenemos el tanque lleno y créeme, mañana los rumores estarán a la orden del día, estoy harto de los rumores y si me tropiezo mañana con Christopher estoy seguro de que terminaré partiéndole su maldito rostro.

—No tenemos ropa.

La miré arqueando una ceja.

—No es como si fuéramos a necesitarla —dije riendo.

—El mazo de cartas está en el departamento, deberíamos pasar por ellas.

Negué con la cabeza, y estaba harto de que nuestra sexualidad se viese limitada por un maldito mazo de cartas.

—Buscaremos las posiciones por Internet si eso es lo que quieres, no es como si fuese obligación follar, solo necesito alejarme de aquí, pero no quiero estar solo. Compraremos lo que necesitamos en el Walmart que está de camino.

—¿Y Afrodita?

—Se molestará, gritará un poco, pero es Afrodita... ¿Vamos, realmente quieres ir a clases mañana y ser el rumor del día?

Pareció pensarlo por algunos minutos.

—Está bien. —Su celular empezó a sonar, y no teníamos que ser genios para saber quién era —. Es Afrodita —dijo cuando sacó el celular de su mochila—. ¿Qué hago?

—Dame —le quité el celular y lo apagué, luego lo metí en su mochila—. Si nos vamos ya, estaremos en Rocky Point antes de que oscurezca del todo.

Ella encendió el coche justo cuando mi celular empezó a sonar, hice lo mismo que hice con el de Sarah y lo tiré en la parte de atrás del auto mientras ella salía del aparcamiento.

Nos detuvimos en Walmart por cosas que Sarah quería comprar, ropa interior, artículos de aseo, comida y un vestido de baño. Entre tanto ella compraba lo que necesitaba, llamé a Theo, era el hijo de Lupe y Manuel estaba a cargo de la casa ahora que sus padres se habían retirado y vivían en Los Cabos.

Pedí que dejara las llaves de la casa. Theo siempre estaba preparado para cuando íbamos, nunca avisábamos con tan poca antelación, pero esperaba que él tuviera todo listo.

—Terminé las compras. —La voz de Sarah me hizo dar un salto.

—Bien, llamé a Theo y le dejé un mensaje a Afrodita.

—¿Sabe que estamos en Rocky Point? —preguntó colocándose a mi lado.

Negué con la cabeza.

—No, solo le dije que no podía ir esta noche —la acerqué a mí con un brazo.

—Le diré lo mismo. ¿Nos vamos?

—Era lo que quería oír —le guiñé un ojo.

—Compré antisépticos, déjame limpiar tus heridas —dijo buscando entre la bolsa una vez que estuvimos en el auto, empapó una gasa con solución salina y luego quitó de mi rostro pequeñas porciones de sangre seca—. Creo que necesitas un punto en la ceja.

—¿Tienes esparadrapo? —ella asintió—. Coloca un punto mariposa

Una vez terminó tomé su mano y dejé besos a lo largo de sus dedos, su piel se erizó y el deseo de tomarla latió con fuerza.

Tenía que llegar a Rocky Point, por lo que recuperé el control del volante y conduje hacia la villa de mi familia, Sarah encendió la radio buscando entre las emisoras hasta dar con una canción vieja de Dua Lipa, me mantuve en silencio sintiendo que mis emociones no estaban del

todo controladas.

.
. .

Encontramos la casa sola al llegar, le había dicho a Theo que mi amiga y yo queríamos estar solos y no necesitábamos empleados, así que él, su esposa y sus dos hijas se habían ido a la casa que tenían en el pueblo.

Sarah fue a la cocina a guardar las compras, yo, en cambio, caminé hacia la terraza, el sol estaba casi extinguiéndose cuando llegué a la orilla de la playa, justo el lugar donde casi la pierdo esa noche mientras celebrábamos Acción de Gracias.

Aún tenía pesadillas de esa noche, los recuerdos seguían viniendo a mi memoria como una especie de cinta de video antigua.

Mi teléfono vibró en mis bolsillos y lo saqué observando en la pantalla el nombre de papá.

Respiré profundamente antes de contestar.

—*¿Estás en la villa? Me llegó un mensaje sobre el uso de nuestro código.*

—Sí, me quedará esta noche, quizá el fin de semana.

—*Bien, ¿está todo en orden?*

—Sí, todo en orden.

Colgué la llamada al escuchar pasos detrás de mí, alcé la mirada observando a Sarah, no lucía sus jeans y botas, llevaba un vestido verde que muy seguramente había comprado en Walmart, llegaba justo a sus rodillas. Se sentó a mi lado sin importar el viento un poco frío que empezaba a azotarnos.

—Aquí estás... tomé la tercera habitación del ala izquierda para mí.

Estaba bien si quería tener un poco de privacidad para ella.

—Tenía años que no venía a este lugar, aquí fue donde tío Max me encontró esa noche, ¿cierto?

Moví mi cabeza afirmando... ambos hicimos silencio por unos minutos, el viento soplando fuerte, el sol dibujando el cielo en tonos naranja, las olas del océano haciendo eco en aquello que ocupaba nuestras mentes.

—¿En qué piensas? —preguntó sin mirarme.

—En nada —tomé una conchita y la lancé al mar—. ¿En todo? En el imbécil de tu ex...

—No le des tus pensamientos a Christopher, mira donde estamos, lo que nos rodea.

—Puede que yo deje de dárselos, pero ¿lo harás tú? sigo pensando en cómo no nos dimos cuenta de lo tóxica que era tu relación —ella flexionó sus rodillas abrazándolas—. Vaya amigo de mierda que soy —sonreí con tristeza—. Digo que estoy para ti, pero, ciertamente te he fallado tanto que doy vergüenza...

—Eros...

—No —negué con mi cabeza—. No intentes decir que no fue así, eras feliz, Sarah, te veía sonreír.

—Si mi sonrisa mostrara el fondo de mi alma, mucha gente al verme sonreír lloraría conmigo —dijo citando a Kurt Cobain.

Una de las cosas que me unía a ella era nuestro gusto por la música de los ochenta.

—Te fallé hace años y volví a fallarte...

Me calló con un dedo en mis labios.

—Eros no eres responsable por las decisiones que he tomado en mi vida —masculló—. Tú

eres la persona más importante para mí, me has dado mucho estas últimas semanas y no hablo de los orgasmos —me reí—, me abriste las puertas de tu casa, me aceptaste sin preguntar aun cuando estaba invadiendo tu espacio —empecé a negar con mi cabeza de nuevo, pero ella presionó sus dedos en mi boca—. Sé lo celoso que eres con tu privacidad, lo primordial que es tener tu departamento para ti, pero me disté tiempo, prácticamente te presioné para que tuvieras sexo conmigo.

—No me presionaste —aclaré, ella arqueó una ceja—. Vamos, no me estoy sacrificando, Sarah, disfruto de nuestros encuentros, tú... —giré mi mirada hacia el océano—, me das placer, me satisfaces y yo me entrego buscando retribuirte.

—Entonces las palabras de Christopher son huecas y vacías porque no soy mala en el sexo.

Resoplé

—En mi experiencia, he aprendido que nadie es malo en el sexo, bueno algunos hombres lo son... Christopher definitivamente entra en ese grupo, para las mujeres es diferente, pueden tener malas costumbres, o ser demasiado moralistas, algunas son inexpertas o simplemente es falta de actitud, algunas nunca toman la iniciativa, todo les da vergüenza, no son claras en decir qué les gusta y que no eso hace que nunca se arriesgan a hacer cosas nuevas. Una de las razones por las que acepté nuestro acuerdo en un inicio, fue porque lo hiciste, tomaste la iniciativa, querías algo y fuiste por él, me negué, pero sabías lo que querías y si no hubiese sido yo, hubiese sido otro y eso está bien.

Ella eliminó la distancia entre los dos, su pierna pasó sobre mí hasta quedar sentada en mi regazo.

—Te deseo a ti, siempre lo he hecho —antes de que las palabras pudieran registrarse en mi memoria, ella estaba hablando de nuevo—, sí tienes razón en algo que acabas de decir, me conformé, nunca le dije a Christopher lo que quería, ni me arriesgué a hacer cosas nuevas —su mano tomó un puñado de mi cabello templando mi cabeza para que solo la mirara a ella—, con Chris, todo era nuevo, compartíamos gustos, estar con él era fácil, hasta que decidimos vivir juntos y no quería salir corriendo tras la primera pelea.

—No me hables de Chris —susurré—, háblame de ti, Sarah, de lo que quieres.

—¿Ahora mismo? —titubeó, yo afirmé con la cabeza—. A ti... —dijo resuelta y mirándome con anhelo.

El pecho se me contrajo porque no podía negarle nada, no en ese lugar, no mientras me miraba de esa manera... no cuando me sentía vulnerable.

—Me tienes, por el tiempo que quieras, me tienes...

—Entonces qué hacemos hablando, tenemos esta casa solo para nosotros, el sol cayendo frente a nuestros ojos y el mar.

La atraje hacia mí apoderándome de su boca. Sarah me siguió el beso con soltura, sus manos descendieron de mi cabello hacia mi camisa, desabotonando cada uno de los botones, una vez que terminó, desplazó sus labios por mi pecho haciéndome jadear entrecortado, me instó a tumbarme; aunque quería girarla y follarla sobre la arena, con el sol y el océano como testigos, sabía que esta era una muy mala idea.

—No podemos hacer esto aquí —dije tomando su rostro con mis manos—. Créeme, no hay nada más desagradable que sacarte la arena del culo —deslicé mi lengua sobre mis labios.

—No me importa, quiero hacerlo aquí...

La miré por unos segundos antes de entregarme a sus labios de nuevo.

¿Qué importaba un poco de arena cuando por fin ella estaba tomando lo que quería sin que yo se lo pidiera?

Sarah me instó a recostarme una vez más y esta vez no puse objeción, desabroché mi pantalón buscando mi miembro en mi bóxer.

—Lame —colocó su palma frente a mi boca, hice lo que me ordenó y rápidamente regresó a mi polla tomando mi miembro en un apretón que me hizo sisear.

Movió su palma de arriba abajo con seguridad haciendo que se me endureciera por completo entre sus dedos, sostuvo el glande dando un apretón más prolongado en mi punta, mi cuerpo se tensó haciéndome gruñir, ella levantó la mano hacia su boca, escupiendo para tener más lubricación, su mirada se encontró con la mía y supe que ella estaba en una misión, apoyé las palmas de mis manos sobre la arena para evitar girarla mientras que Sarah seguía deslizándose de arriba abajo por mi eje, mi cuerpo tembló, su mano estaba resbaladiza, la fricción que ejercía sobre mi miembro endurecido hizo que embistiera contra su mano.

Jadeé cuando apretó la base de mi polla, su otra mano entró al campo y acarició mis testículos con suavidad y sincronía.

—Sarah —gruñí una vez más sintiéndome más duro, la punta de mi sexo brillaba con el líquido preseminal que ella recogía cuando giraba su mano en un movimiento circular, mi cabeza se echó hacia atrás, mi boca se abrió luchando entre respirar y rendirme al placer; Sarah besó la piel de mi hombro dando pequeños mordiscos y continuaba aferrándose a mi polla, mis caderas se movían como si me estuviese enterrando en su coño, embistiendo dentro y fuera de su agarre.

Me estremecí y... jodido Dios, estaba perdido.

Sarah no vaciló, su ritmo era constante, rápido, preciso, llevándome al límite de la locura.

—Joder, Sarah... voy a correrme, mierda —cerré los ojos con fuerza y con un gruñido agónico exploté embistiendo con fuerza en su mano.

Una especie de pitido estalló en mis oídos entre tanto me vaciaba en sus manos; seguí moviendo mis caderas, la mano de Sarah se detuvo, pero no se retiró, mi polla temblaba y con una última embestida me quedé quieto sobre la arena.

Capítulo 24

SARAH

¡No te pierdes de mucho, se mueve más un puto cadáver que Sarah en la cama!».

Desperté sobresaltada, mis mejillas estaban húmedas y presionadas sobre el pecho de Eros que murmuraba cosas que no podía entender.

Me senté en la cama recordando las palabras de Christopher y el sueño que acababa de tener, uno donde él me ridiculizaba delante de mi familia. Negué con la cabeza peinando mi cabello hacia atrás con mis manos y limpiando la humedad de mi rostro.

—Sálvala, papá, tú tienes que salvarla —gimió Eros, su rostro se frunció y negó con la cabeza, la luz de la Luna se filtraba por la ventana, afuera aún estaba oscuro, tomé el celular de la mesita de noche al lado de la cama observando los siete mensajes que Christopher me había enviado.

En el primero exigía saber si Eros y yo estábamos follando.

Como si tuviese derechos para exigir algo.

En el segundo se disculpaba por su arrebato y me pedía ir a una terapia de pareja.

Como si eso fuese arreglar lo que para este punto de nuestra historia no tenía arreglo.

Lo que había hecho y dicho, fue el último golpe para cerrar nuestra historia.

Eros se removió, haciendo que la sábana que cubría la mitad inferior de su cuerpo resbalara un poco, lucía hermoso bajo la escasa luz que nos ofrecía la Luna, sus cejas se veían aún más largas, sus labios estaban fruncidos en un pequeño puchero.

Después de que se corriera en mi mano, se quitó la camisa para limpiar mi cuerpo y el suyo; luego caminamos hacia la casa donde me empujó contra la pared y lo hicimos rápido, sin hablar, sin posiciones, solo dos cuerpos exigiendo lo que querían, me cargó hasta el baño y lavó mi cuerpo con calma, nos besamos sin prisas y luego volvió a tomarme.

Cuando salí del baño envuelta en una toalla, estaba completamente dolorida, pero una parte de mí, una chispita en mi interior estaba plétórica.

Bajamos hasta la cocina, la nevera estaba llena gracias a Theo. Por lo que Eros sacó todo lo necesario para hacer unos sándwiches de queso fundido y los preparó mientras hablábamos de todo y de nada.

Comí y aunque las ganas de vomitar fueron patentes cuando me acabé el emparedado, logré contenerlas.

Eventualmente subimos las escaleras, cuando llegamos a mi habitación, tomó mi cintura atrayéndome hacia él y tomó mi boca en un beso cargado de pasión, su lengua jugueteó con la mía soltando la toalla y me alzaba hasta perdernos en su habitación.

No me quejé por ello, no sabía en qué momento me había quedado dormida, mis acciones en la playa, tomar su miembro y llevarlo hasta montar la ola de placer, había sido algo completamente nuevo para mí.

Lo intenté un par de veces con Christopher, pero él se desesperaba y por lo general terminaba penetrándome antes de que pudiera hacer que se corriera.

Eros volvió hablar dormido, su ceño se frunció y negó con su cabeza, la manera en que me había defendido delante de mi ex, había acelerado mis sentidos, mis sentimientos hacia él se multiplicaron y, aunque no era fan de la violencia, sabía que Christopher tenía merecido cada

uno de esos golpes.

—Sarah —me llamó y me acosté a su lado llevando mi mano a su pecho.

—Aquí estoy —susurré, pero él no despertó.

—Sarah... —Me llamó de nuevo, deslicé mis manos por su cabello besando con suavidad su frente, él se movió sutilmente y sonreí, mi toque pareció tranquilizarlo, dejé un beso más sobre el golpe que tenía en el pómulo, siseó, pero no se despertó, besé la punta de su nariz antes de sellar mi boca con la suya con un beso rápido.

Eros suspiró, pero continuó dormido, al menos su lado consciente, su miembro se levantó haciendo una pequeña tienda de campaña con las sábanas, mi boca se sintió seca de repente, mis labios picaron por algo que había querido hacer en la playa pero que no fui capaz, con Eros profundamente dormido como estaba quería intentarlo...

La mano que estaba en su pecho se movió hacia su vientre, delineando cada abdominal de acero, Eros gimió girándose de costado, llevó su mano a su rostro y restregó la palma abierta sobre él, pero no se despertó. Apoyando mi mano libre sobre el colchón, continué acariciando su piel, surcando la ligera capa de vello con la otra hasta llegar a la base de su polla.

Gimió cuando ejercí una levé presión en su base, había visto qué le gustaba y que no cuando lo masturbé en la playa, quería que me tomara ahí, había leído sobre el sexo en la playa en cientos de libros y quería probar, pero cuando vi su placer, cuando todos mis sentidos se enfocaron en tenerlo bajo mi merced, mi plan cambió completamente, le di un ligero apretón y ascendí, solo para apretar de nuevo en la punta.

Suspirando con fuerza, él se meció entre mi mano haciendo que su miembro se tornara duro entre mis dedos, su pecho subía y bajaba con suavidad, por lo que aún estaba dormido, quizá pensaba que estaba teniendo uno de esos sueños en lo que parece que todo es real, volvió a mecerse contra mi mano, largo y grueso, completamente erecto. Como en la playa, moví mi mano hacia arriba y abajo, aplicando presión, pero sin lastimarlo. Su boca se transformó en una O jadeante y cuando apreté en su glánde su mano atrapó la mía.

—Sarah... —abrió los ojos observándome, no dije nada, en cambio llevé mi boca a la suya, él volvió a la posición inicial, su mano sobre la mía mientras seguía masturbándolo, sus caderas se movieron embistiendo dentro y fuera de mi mano, sus ojos pesados por el deseo y el sueño—. Pensé que estabas dolorida... joder, no voy a volverme a correr en tu mano, preciosa.

Antes de perder la valentía, levanté mi muslo por su torso quedando sentada en su pecho, de manera que mi rostro quedara sobre su miembro, soltó mi mano agarrando mis caderas y se quedó quieto por unos segundos, el ritmo de su respiración cambió de suave a pesada, no me apuró, me dejó tomarme mi tiempo. Respiré profundamente antes de volver a acariciarlo, me incliné hacia él y abrí mi boca dejando que el glánde se deslizara entre mis labios.

EROS

Despertar con las manos de Sarah sobre mí no era algo normal, al principio pensé que era un sueño, pero no lo fue, su coño estaba a unos veinte centímetros de mi rostro, su mano acariciaba mi polla con un poco más de confianza que hacía unas horas, estaba a punto de zambullirme en su sexo húmedo y abierto para mí, cuando ella se inclinó y su boca cubrió la cabeza de mi miembro.

—Sarah —gemí entrecortado ante la sensación de su boca caliente y húmeda engulléndome,

sus labios cerrándose en torno a mi falo—. ¿Qué estás haciendo? —murmuré jadeando.

Me sacó de su boca y giró su rostro a medio lado.

—Tomo lo que quiero, ¿alguna objeción?

—Joder, no. Yo solo... —Ella bajó su cabeza haciendo que las palabras murieran en mi boca.

Cerré mis ojos con fuerza cuando su lengua se deslizó por mi tallo, me lamió de arriba abajo y luego la envolvió con sus labios, su aliento me golpeó haciéndome tensar ante las sensaciones que me invadían, Sarah encontró su ritmo y apreté mis dedos en su cintura sin importarme si dejaba alguna marca. Deseé tanto sentir su excitación en mi lengua, pero no lo hice, dejé que me hundiera en su boca, que explorara sin distracciones, la humedad de su sexo se incrementó mientras me chupaba, cuando sus dientes rastillaron mi piel, gemí en voz alta indicándole lo mucho que me gustaba, mi cuerpo comenzó a temblar cuando sus succiones se tornaron enérgicas y profundas, tomé todo de mí no mover mis caderas y embestir tomando un ritmo diferente al que ella llevaba, pero lo hice y ruñí, gemí y jadeé como un maldito pez fuera del agua.

—Sarah —apremié con urgencia sintiendo que iba estallar—. Sarah me voy a...

Ella giró su lengua alrededor de mi cabeza, sus dientes volvieron a rozarme justo en el momento en que mis testículos se tensaron. Me corrí con un gruñido amortiguado, embistiendo mis caderas contra su boca, en un punto de no retorno al correrme en su garganta.

Me sacó de su boca y giró su rostro, sus ojos se encontraron con los míos y su lengua lamió la comisura de su boca, mi corazón parecía querer salir de mi pecho y mis pulmones pedían aire, sin darme tiempo a recuperarme bajó su cabeza una vez más y dejó que mi polla desapareciera en su boca por una última vez, haciéndome estremecer.

Sarah se levantó después de unos minutos, la vi correr al baño y me sostuve en mis codos mientras ella se lavaba los dientes, volvió a mí con una sonrisa de victoria en el rostro que imité porque era completamente del *team* mamadas.

—Ven aquí —murmuré cuando llegó a la cama, tiré de ella y me recosté sobre su cuerpo, presionando un beso fuerte en sus labios—. Eso fue asombroso... Dame un maldito minuto, o diez y...

Ella me besó.

—No necesito retribuciones, pero acepto un abrazo —miró el reloj en su celular—, deberíamos dormir.

—Tus deseos son órdenes —abrí mis brazos y ella se acurrucó en ellos dando un suspiro de satisfacción, aplaudí apagando las luces y dejé un beso en su frente—. Tú eres maravillosa, Sarah, que nadie te diga lo contrario.

—Frases post sexo —se burló.

—No, palabras que son ciertas —besé su frente y recosté mi mentón sobre su cabeza.

Era poco más de mediodía cuando desperté, Sarah no estaba en la cama por lo que anudé una toalla a mi cintura y bajé las escaleras, buscándola. Estaba en la cocina con el mismo vestido verde del día anterior y bailaba al ritmo de un grupo coreano de pop, reproduciendo la canción desde su celular.

Me recosté sobre la barra mirándola completamente idiotizado, jamás, ni en mis más locos sueños, había podido llegar siquiera a imaginar que podía estar pasando esto, tenerla, para mí, aunque fuese solo por unas semanas.

Tragué el nudo que se instaló en mi garganta tras recordar que no siempre sería mía.

—Hola —dijo ella dejando un plato con huevos frente a mí—. ¿Tienes hambre?

—Podría comerte... sobre la barra —arqueé una ceja dejando el celular a un lado.

—Comida, Eros —tocó la porción de huevos con una cuchara—, sé que la hora del almuerzo ya pasó, pero no sé hacer nada más.

—Podría comer lo que sea que tú prepares —sonreí—. ¿Dónde está tu plato?

—Ya comí —dejó pan tostado y un vaso de jugo de naranja frente a mí—. Me desperté hace como una hora, pero puedo acompañarte y tomar un poco de té.

—¿Quieres ir al pueblo hoy? Creo que Theo me dijo ayer que había una feria o algo así —masticué los huevos.

—No, quisiera un plan tranquilo, tú y yo —bajó la taza a sus labios—, sexo en la piscina —sonrió con picardía.

—Sexo en la piscina suena de maravilla.

—Voy por mi traje de baño —dejó la taza sobre la encimera antes de salir corriendo de la cocina.

—¡No lo vas a necesitar! —grité, pero ella ya se había ido.

Comí mis huevos y tomé el jugo, había un par de trastes sucios que lavé cuando terminé de comer y luego caminé hacia la piscina climatizada que estaba en la terraza de la casa, quité la toalla que cubría mi desnudez y me lancé a la piscina, no tardó mucho para que Sarah me encontrara mientras hacía un par de brazadas.

Me detuve en el borde de la piscina al divisar lo que llevaba puesto, un bikini rojo adornado con piedras tan pequeño que me la puso dura.

—Mierda —dije echándome el pelo hacia atrás—. Estás preciosa.

—Gracias —se sentó en el borde, abrí sus piernas y me ubiqué entre ellas alzando la cabeza en busca de un beso—. ¡Estás desnudo!

—Dijiste sexo en la piscina.

—Sí, pero...

Escuchamos voces acercándose. Sarah se levantó agarrando una de las toallas para cubrirse justo en el momento en que mi hermana aparecía frente a nosotros, estaba distraída hablando por su celular, levantó la mirada deteniéndose abruptamente a su vez que nos observaba con los ojos abiertos.

Por un segundo ninguno de los tres dijo nada, fue mi hermana la primera en hablar.

—¿Qué hacen aquí?

Capítulo 25

EROS

Afrodita nos miró a Sarah y a mí, caminó hacia ella y cortó la llamada, me aferré al borde de la piscina haciendo que mi cuerpo se pegara a los azulejos, si caminaba un poco más notaría que estaba completamente desnudo.

—Estoy esperando una respuesta. ¿Y qué mierda te pasó en la cara?

—Vinimos al festival del pueblo —dijo Sarah rápidamente—. Pero ¿qué haces tú aquí?

Afrodita arqueó una ceja en modo *no te creo ni mierda*.

—Niklaus quería un fin de semana tranquilo... —su mirada acusatoria se encontró conmigo—. ¿No piensas salir?

«¿Y qué me veas las pelotas, no gracias?».

—Yo...

—Amor, le estaba diciendo a Klauss que... —Thiago apareció justo a tiempo, acompañado del jodido Niklaus Difeo—. ¿Eros? ¿Sarah? No sabía que iban a unírseos.

—Ni yo —dijo Afrodita con ironía. Dejó de mirarme para concentrarse en Sarah—. Y tú, te llamé anoche, mil veces, se suponía que íbamos a salir.

—Sí, ayer —«¡Joder, Sarah sácalos de aquí!»—. Es una larga historia —eliminó la distancia y agarró a Afrodita del brazo instándola a entrar a la casa—. Ayer me vi con Christopher... —dijo mientras se alejaban.

Miré de Thiago a Niklaus esperando a que ellos la siguieran.

—Sarah tiene la tercera habitación de invitados, yo tengo la habitación de al lado, deberían subir y tomar una también —dije, exhortándolos a irse—, la habitación de los abuelos es la única con llave.

—¿Estás bien? —dijo Thiago observándome con incredulidad.

—Perfecto.

—Bien, le preguntaré a Afrodita si tiene alguna habitación preferida, ¿vienes Klauss?

—Sí, un segundo —tenía una sonrisa sardónica en el rostro, esperó a que Thiago se retirara y se acercó a la piscina con las manos en los bolsillos, tomó una toalla de la tumbona y se acercó hasta el borde—. Parece que necesitas esto —su tono burlón hizo que apretara mis dedos al granito—. De nada —musitó dando la vuelta y yéndose por el mismo camino por el que los otros se fueron.

Maldito fuera.

«¿Qué demonios hace Afrodita aquí?!».

Salí de la piscina colocándome la toalla en la cintura, caminé por los jardines de la mansión sin saber exactamente dónde estaban, lo último que Sarah y yo necesitábamos era un jodido interrogatorio al estilo de la inquisición.

Entré a la casa por las puertas dobles de la cocina, podía escuchar murmullos en la sala y sabía que no podía llegar hasta las escaleras sin ser visto, entré a la habitación de servicio de Theo, busqué entre sus cosas hasta hallar un pantalón de yoga, si bien él y yo no éramos de la misma contextura, serviría para poder pasar por la sala sin llamar la atención.

Ni Sarah ni Afrodita estaban en el salón, Niklaus y Thiago estaban en el bar tomando de la reserva de whisky del abuelo, subí las escaleras rápidamente sosteniendo el pantalón por la cintura hasta que me metí a la habitación, allí me vestí el jean de nuevo y bajé sin camisa y descalzo al salón.

Sarah y Afrodita se habían unido en algún momento, mi hermana sostenía lo que parecía una copa de vino, pero Sarah no estaba bebiendo, se había vuelto a poner el vestido verde del desayuno.

—¿No tienes camisas? —dijo Afrodita al verme, dejó la copa en la mesita y caminó hacia mí. Sí tenía una camisa en algún lugar del baño de mi habitación cubierta de arena y semen.

Afrodita revisó mi pómulo y ceja, luego bajó sus manos hasta pinchar mis costillas.

—¡Auch! Duele —miré que donde ella estaba palpando podía apreciarse un moretón.

—Llorón, no está fracturada, es solo inflamación —me dio una pequeña bofetada—. Gracias por cuidarla y darle su merecido a ese poco hombre.

—Ya sabía que era solo inflamación, y no tienes que agradecer.

Caminé hacia el bar tomando el whisky de malta de Dereck, vertiendo un poco en una copa.

—Entonces también pensaron en ir al festival —miré de Thiago a Afrodita.

—De hecho, no —Thiago pasó su brazo por los hombros de mi hermana—. Queríamos estar en un lugar tranquilo, quizá bañarnos en la piscina o la playa.

—Paso de la piscina —Niklaus se burló y luego caminó hasta quedar al lado de Sarah—. He estado sometido a mucho estrés en la oficina, le pedí a los chicos venir a un lugar tranquilo. Afrodita sugirió esta casa.

—¿Está todo bien? ¿Tus padres? —preguntó ella sin dejar de mirarlo.

Tragué grueso y luego bebí de la copa para evitar mirarlos.

—Mis padres están perfectos, la última vez que hablé con ellos estaban de Luna de Miel en la costa Amalfitana, es solo que tenemos algunos problemas en la sucursal de Múnich. Es demasiado trabajo para un hombre, estaba agotado y cansado.

—Así que decidiste viajar nueve horas y atravesar el jodido océano para desestresarte... —satiricé bebiendo un trago.

Él colocó la mano sobre la rodilla de Sarah, ella se sonrojó como una puta colegiala, la sangre en mi interior ardió, mordí mi labio para no decir ninguna estupidez.

—Un contrato ameritaba mi firma y Thiago me necesitaba para un asunto de la boda.

—Es mi padrino —Thiago tomó de su vaso—, necesitaba unas firmas en el juzgado y la iglesia.

—Sarah, tú eres mi madrina, puedes ayudar a Klauss a escoger su traje y...

—Sarah va a ayudarme con mi traje —volví a beber, el whisky de malta, era fuerte y algo amargo, pero exquisito una vez te acostumbras a él.

—Puedo ayudarlos a ambos —dijo Sarah—. ¿Vas a quedarte hasta la gala anual de Vitae? Necesitas conseguir un traje tipo años veinte.

—Es una pena que no pueda asistir, tengo que estar el jueves en Alemania, pero volveré unos días antes de la boda para la despedida de soltero de Thiago. Creo que tú y yo podemos dedicarnos a buscar un buen traje.

—O puedes traerlo desde Alemania, es un traje no una jodida armadura —vací el contenido del vaso en mi boca y me serví un poco más.

—Traer un traje desde un vuelo tan largo es arriesgado, la tela se arruga.

—Estás de suerte, Nueva York cuenta con buenas tintorerías...

—Es una opción —sonrió—, pero es más divertido buscar un buen traje en compañía —sus palabras hicieron que la sangre me hirviera. Odiaba al maldito, se giró enfocando su atención en Sarah—. ¿De qué va el festival del pueblo? —Podía ver el coqueteo nada sutil por parte de Difeo.

—Es el festival de otoño, es una feria que se hace en el pueblo para conmemorar la estación,

hay algunas atracciones, juegos, mucha cerveza. Nada tranquilo —puntualicé—, pero Sarah y yo estamos cansados, así que iremos por la noche.

—Bueno, estoy dentro —Nicklaus lanzó una mirada a Afrodita y a Thiago—, se ve como el tipo de terapia anti estrés que necesito.

Thiago deslizó el brazo por los hombros de Afro atrayéndola aún más hacia él.

—¿Qué dices tú, amor?

—Está bien, no vamos a ese festival desde que éramos niños, pero ahora muero de hambre —miró su reloj—, es hora de almorzar ¿les parece si vamos a comer al pueblo? Digo, Eros le dijo a Theo que no era necesario la servidumbre, imagino que todos deben estar ya en el festival.

Terminé el vaso y lo puse con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Iré a buscar una camiseta —dije, aunque sabía que no tenía ninguna—. ¿Vamos, Sarah? No pensarás ir vestida así, hace un poco de viento —mis palabras salieron más bruscas de lo que pretendía, pero no la esperé, en cambio salí del salón escuchando al imbécil del amigo de Thiago.

—Estás preciosa —habló Niklaus—. No necesitas cambiarte ni maquillarte, Sarah, tu belleza natural es deslumbrante.

Apreté el pasamano de la escalera, con fuerza antes de empezar a subir los peldaños.

SARAH

¿Qué demonios le pasaba?

Miré a Eros subir las escaleras y luego volví mi mirada hacia Afrodita, que también miraba en la dirección en que se había ido su hermano.

—Es en serio cuando te lo digo, estás hermosa, Sarah, no te veía desde las navidades que pasaste con Afrodita en Italia.

—Bueno, han pasado un par de años desde esa vez y aunque sé que me veo hermosa, no tengo zapatos que combinen con este vestido, lo compré cuando veníamos de camino —me levanté del sofá y subí las escaleras, me había costado mucho convencer a Afrodita de qué hacíamos en la casa, pero cuando empecé a contarle que Eros y Christopher se habían peleado fuera de la universidad, ella dejó el interrogatorio.

La puerta de la habitación de Eros estaba cerrada, no sabía si había lavado su camisa o si seguía en el rincón del baño donde terminó la noche anterior, tan pronto entré a mi habitación, fui empujada rápidamente contra la puerta.

Los labios de Eros estuvieron inmediatamente sobre los míos en un beso abrasador y desquiciado, gemí en su boca, agarrando sus cabellos mientras me dejaba encerrada entre la puerta y su cuerpo, su aliento sabía al whisky de malta que estaba bebiendo, sus labios fueron implacables, su lengua sometió a la mía, por lo que pareció mucho tiempo hasta que mis pulmones ardieron y necesité respirar.

—¡Mierda te deseo tanto! —había algo en su mirada, era sombría y también salvaje, sus ojos oscuros, feroces y aunque necesitaba respirar, no quería que dejara de besarme por lo que llevé su boca a la mía retomando nuestro beso hasta que nos urgió respirar—. Nunca había odiado tanto a mi hermana como hoy.

—Amas a Afrodita —acaricié su cabello con mis dedos—, le dije que decidimos venir para

evitar habladurías en la universidad. Parece que lo creyó, pero creo ella sospecha lo que sucede entre los dos.

—Lo sé, conozco sus malditas miradas...

—Si no bajamos pronto va a subir.

—También sé eso —dejó un último beso en mi boca y se separó—, ¿en qué demonios estaba pensando? No tengo camisas.

—Sí tienes —caminé hacia la bolsa del supermercado tirándosela en el pecho, había una camisa gris, un paquete de bóxer por tres y una pantaloneta de baño—, los agarré al último minuto pensando en que no habías tomado nada.

—¿Qué sería de mi vida sin ti? —murmuró quitando los jeans y se colocaba un bóxer negro, sacó del empaque la camisa y se la puso rápidamente en lo que yo buscaba ropa para mí—. Te veo abajo.

Cuando bajé al salón principal todos estaban esperándome, pensaba ir con Eros en el auto, pero Afrodita tomó mi mano diciendo que podía ayudarla a elegir el color de las orquídeas del salón principal, ni siquiera sabía para qué quería mi opinión, terminaría escogiendo blancas, que era el tono principal de la decoración, pude ver la decepción de Eros, pero seguí a mi amiga, porque no necesitaba afirmar o afianzar sus sospechas.

El viaje a Brookhaven fue rápido, como lo sospeché, Afrodita terminó escogiendo orquídeas blancas como color principal de la decoración.

Al llegar a la plaza principal caminamos un par de calles hasta llegar a Brook House, era una parrilla y pizzería propiedad de unos veteranos nativos del pueblo, Eros y Afrodita amaban la comida del lugar.

Pensar en comida hizo que se me revolviera el estómago, hacía tres días que no llevaba nada sólido a mi estómago, sin embargo, abrí el menú una vez estuvimos sentados en la mesa, Niklaus estaba a mi derecha y Eros a mi izquierda, ambos tenían una de sus manos en mi rodilla, estaba acostumbrada al coqueteo absurdo de Niklaus, incluso habíamos compartido un par de besos en el pasado, pero no había pasado de ahí. Klauss era un mujeriego empedernido y veía lo que Afrodita sufría por la distancia, así que nunca quise tener nada formal con él, a pesar de que sus intenciones siempre fueron patentes, en ese entonces todavía creía que Eros y yo teníamos una oportunidad, algo real, no un acuerdo sexual que él definitivamente no estaba siguiendo.

Capítulo 26

SARAH

Pedí media bandeja de ensalada César y un wrap de pollo ante la insistencia de Eros de que comiera algo mejor. Afrodita me hizo notar que había bajado algunos kilos, asegurando que debía comer bien.

Thiago, Niklaus y Eros pidieron hamburguesas y papas fritas y Afrodita un panini a la parrilla.

Mientras esperábamos a que nuestro pedido llegara, hablamos de la boda, de la fiesta de Vitae y de lo terrible que era la universidad, Thiago se había graduado hacía un par de años, pero Niklaus tenía veintinueve y tres años de carrera patentada. El teléfono de Eros sonó y se levantó justo cuando traían nuestro almuerzo, lo vi hablar a su vez el mesero colocaba todo sobre la mesa, el olor a carne ahumada hizo que la bilis se subiera a mi garganta, respiré por la boca agradeciendo que Eros no estaba en la mesa y que Afrodita estaba entretenida con Thiago.

—¿Estás bien? Te ves de mal color —dijo Klaus tomando mi mano sobre la mesa, con la otra llevó un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Solo es hambre, supongo —dije alejándome, Eros caminó hacia nosotros evidentemente molesto.

—¿Qué pasó? —preguntó Afrodita antes de que pudiera hacerlo.

—Papá quiere que vaya con él a Las Vegas, ha decidido venderle a Blake su porcentaje de acciones en Fetiches y el tío Jay igual, no estoy de acuerdo en vender, es decir, sí y no —todos lo miramos sin entender—. El establecimiento de Las Vegas no es igual al de Nueva York, Sarah y yo lo visitamos hace unas semanas —me dio una mirada pícaro.

—¿A qué te refieres con eso de que no es igual? —preguntó Afrodita.

—¿Por qué crees que papá nunca te llevó? —miró a su hermana—. Fetiches LV es un club para gente con dinero, en donde todos los fetiches pueden volverse realidad, tiene una membrecía para la élite de Las Vegas con muchos ceros a la izquierda, lo que deja excelentes ganancias anuales, vender es...

—Renunciar a todo —acotó Thiago, Eros asintió—. ¿Por qué no implementar lo mismo en NY?

—Porque tienen un contrato de confidencialidad muy bien hecho, nadie puede hablar o copiar lo que se hace o ve dentro de las instalaciones, Blake Black es un jodido hijo de puta que supo cómo proteger su negocio.

—¿Lo que no entiendo es por qué tienes que ir tú? —dijo Afrodita.

—Porque Blake me quiere ahí o no firmará —tomó una papa y la mordisqueó, solté la mano de Klauss cuando la mirada de Eros se enfocó en ellas.

Comí la ensalada y di dos mordiscos al wrap antes de sentir la familiar tensión en mi estómago.

—Necesito ir al tocador —me levanté de la mesa y caminé con pasos rápidos hacia el baño mientras mi estómago se revolvía y una especie de sudor frío resbalaba por mi espalda.

Tan pronto estuve en el cubículo, cerré la puerta con pestillo antes de hincarme hacia el retrete. Mi cuerpo se sacudió con violencia vaciando el contenido de mi estómago, me tomó un par de minutos poder levantarme de nuevo, salí del cubículo y limpié mi boca, la puerta se abrió y Afrodita entró al baño colocándose a mi lado.

—¿Todo bien?

—Creo que me cayó mal el wrap.
—¿Estás alimentándote bien? —murmuró lavándose las manos.
—Sí lo estoy.
—No estás haciendo ninguna dieta estúpida ¿verdad? —cuestionó, negué con la cabeza—. Sarah cada vez que te veo, te notó más delgada.
—Son ideas tuyas, sigo pensando sesenta kilos, mi peso normal según mi altura. Ella me miró preocupada antes de darme un abrazo.
—Eres mi mejor amiga y sabes que estoy aquí para ti —asentí—, no te vayas sin mí. Esperé a que Afrodita usara el cubículo y luego caminamos juntas hacia la mesa, los chicos ya habían pagado la cuenta y lo que quedaba de mi wrap estaba envuelto en papel para llevar.
—¿Y si en lugar de ir a la feria vamos a bailar? —dijo Afrodita abrazándose a Thiago.
—Eso no es un plan tranquilo —dije mofándome de ella.
—Pero ayer nos quedamos en el apartamento viendo películas, ese fue nuestro plan tranquilo, vamos a bailar y podemos pasar mañana todo el día en la piscina.
—¿No es muy temprano para ir a un lugar de esos? —miré mi reloj, apenas eran las cuatro treinta.
—Es casi medianoche en Italia y en Alemania, la verdad me vendría bien un trago —argumentó Klauss—. Y me gusta el plan de Afrodita.
Me tomó del brazo sirviéndome de escolta mientras salíamos del local.

EROS

Caminamos hacia la feria donde estuvimos un par de horas hasta que la noche cayó, las chicas jugaron tiro al blanco y nos subimos en algunas atracciones, intenté estar solo con Sarah en la noria, pero Niklaus se subió en la misma cabina de nosotros cuando Afrodita cerró la que Thiago y ella habían tomado.

Sarah y yo estábamos sentados frente a frente, Niklaus a su lado, él se acercó a decirle algo al oído que la hizo reír.

Apreté los puños intentando controlar los celos que estaban royendo mi interior, había rabia, dudas y una sensación de vacío que no podía explicar. Sarah no era mía, lo que hacíamos era un acuerdo de piel que no involucraba nada más que eso... piel y quizá deseo.

Aun así, mi estómago ardió cuando ella puso su mano en el brazo de él riendo... No debía sentirme de esta manera, sin embargo, lo hacía.

—Afrodita me dijo que acabas de terminar una relación, Eros —dijo el imbécil mirándome.

—Afrodita tiende a contar temas que no le corresponden, siempre ha sido una bocaza...

—¿Entonces estás solo y viven juntos?

—No vivimos juntos —se apresuró a aclarar Sarah—, me quedo en el departamento de Eros en lo que decido qué hacer, mis padres quieren que vuelva con ellos, pero quiero mi propio espacio, lo que Eros y yo tenemos es un acuerdo hasta que se acabe el semestre —no sé si fue por la forma en que lo dijo, pero me hizo sentir molesto—. Estoy segura de que él está contando los días para ello, si algo valora Eros es su privacidad.

Enarqué una ceja ante sus palabras.

—¿Por qué esperar hasta final de mes? Digo, tienes dinero propio, podrías alquilar algo ¿o piensas volver con tu ex?

La sola mención de Christopher y Sarah juntos de nuevo envió un escalofrío a mi columna.

—No, lo de Chris y yo no tiene arreglo —dijo ella muy segura.

—Pero hay alguien, ¿no? —Ella negó rápidamente—. ¿Eso significa que puedo enviar un currículo? —El rostro de Sarah se enrojeció.

—Klauss...

—¿Qué? Estás soltera y yo también lo estoy. ¿Cierto que haríamos una buena pareja? —insinuó y la sangre se me calentó, el deseo de tomar a Sarah de la mano y atraerla hacia mí, latió con fuerza—. ¿Eros?

—Si tú lo dices —miré hacia la playa sintiendo que mi rostro podía revelar todo lo que pugnaba por salir de mi boca.

Nunca antes había deseado que una vuelta en la noria terminara tan rápido. Los escuché cuchichear, pero no giré mi rostro, molesto con ella y conmigo.

Salimos de la feria directo hacia Spiro, uno de los pocos lugares donde podíamos comer, beber y bailar.

Una vez en el restaurante, Niklaus tomó el lugar al lado izquierdo de Sarah, todo el camino vino con ella tomada de su brazo mientras yo me quedaba rezagado y maldiciendo.

Mi fin de semana perfecto se estaba convirtiendo en una jodida pesadilla.

La primera ronda llegó por cortesía del maldito italiano, no mi cuñado. Ellos hablaban, yo refunfuñaba porque cada vez él estaba más cerca de ella, hablándole al oído, sonriéndole, tomándole las putas manos. Mis niveles de furia subían poco a poco sin que las pudiera adormecer el alcohol, las chicas bebían cócteles, Thiago dejó de beber después de su segunda cerveza, pero yo seguí bebiendo, cerveza tras cerveza y a medida que pasó el tiempo, más irritable me encontraba.

Sarah estaba con Niklaus en una pista improvisada que él, mi hermana y tres parejas más, hicieron luego de la cena.

Sarah reía, se había pasado toda la noche con una sonrisa en el rostro y no la veía reír así desde antes de su problema.

Afrodita llegó a la mesa con Thiago, el cabello se le pegaba en el rostro y el cuello.

—Deberías divertirte, aquella chica ha estado mirándote desde hace tiempo y no parece verla —de hecho, no lo hacía—. Ve con ella —mi mirada estaba fija en Sarah y Niklaus bailando salsa—. Se ve feliz, ¿te imaginas si se da una oportunidad con Nick? —Las entrañas se me revolvieron de solo imaginarlo—. Podría llevármela a Italia, lejos de todo esto —mi hermana siguió hablando, alimentando mi jodido mal humor—. Se ve feliz, Nick necesita sentar cabeza o eso es lo que dice Thiago.

—Entonces Sarah es una maldita almohada, ¿un plan?

—¿Qué dices? Solo digo que él puede ser bueno para ella... mírala, la ruptura con Chris le ha afectado, la veo delgada, muy delgada.

—Está bien, está saludable, perdió un par de kilos... ella es feliz.

—Quizá Nicklaus sea lo que necesite para volver a confiar, fue su *crush* cuando éramos adolescentes.

Miré a mi hermana ante la información que soltó.

Thiago llegó con una botella de agua para mi hermana y otra para él. La música cambió, el Dj puso una canción lenta, los brazos de Niklaus rodearon a Sarah y ella apoyó su cabeza en su pecho recostándose en él que guiñó en mi dirección. Apreté la mandíbula sujetando la botella en mis manos con fuerza, mis nudillos blancos por la presión, me sentía completamente fuera de mí, enfurecido hasta la saciedad.

—Me voy —saqué de mi billetera un par de billetes ya que no pensaba permitir que Difeo volviera a pagar.

—¿A dónde vas? —preguntó mi hermana tomando mi mano.

—Ves a la chica de allá —señalé a la chica en la barra—. Voy a ver dónde puedo follarla rápido y sin compromisos —murmuré furioso, soltándome de su agarre y caminando hacia la mujer.

A la mierda Sarah, Afrodita y el maldito acuerdo perfecto que teníamos.

—Hola, preciosa —la chica sonrió, su cabello negro llegaba casi a su cintura, curvilínea, hermosa—. ¿Quieres salir de aquí e ir a un lugar más privado? —asintió con rapidez, no tomé su mano, solamente caminé hacia la salida.

—Mi auto no está muy lejos —dije una vez estuvimos fuera de Spiro.

—Mi hotel tampoco, soy Jennifer

—Eros.

—El dios de la atracción sexual y el amor...

—Solo Eros, pero puedo convertirme en un dios en la cama si es lo que necesitas... —la atraje hacia mí en un beso donde liberé toda mi furia, pasional, feroz y prometedor, pero se sintió mal, vacío.

—Mi hotel o tu auto... —dijo Jennifer sin dejar de besarme, me separé un poco y le guiñé un ojo.

—Te sigo —ella caminó delante de mí, yo la seguía, mi pecho empezó a comprimirse al punto de que el dolor hizo que me llevara la mano al tórax, algo en mi cabeza me gritó que no hiciera una estupidez y negué con la cabeza a pesar de sentir que lo que hacía no era correcto, estaba cabreado y molesto, por los coqueteos de Niklaus, por los sonrojos de Sarah para él. Jennifer, volteó mirándome con picardía y sonreí haciéndole entender que estaba en su misma sintonía, pero no lo estaba.

Estaba confundido, aunque decidido a arrancar el dolor que me causó escuchar las palabras de Afrodita, era por eso que no tenía relaciones, por eso siempre me mantuve alejado de Sarah, porque sabía que ella era la única mujer capaz de romperme.

El hotel donde Jennifer se estaba quedando es uno de los más pintorescos del pueblo, al entrar envolvió mi mano con la suya y recogió sus llaves en la recepción, subimos las escaleras con ritmos diferentes, pasos lentos por mi parte y presurosos la suya, pero una vez estuvimos dentro de la habitación, mis labios se pegaron a los suyos. Era un beso descoordinado, pero sediento, la voz en mi memoria seguía gritándome lo mal que estaba aquello, el dolor en mi pecho incrementó, pero intenté no pensar y solo sacar el dolor de mi alma, a pesar de que cuanto más nos acercábamos a la cama, peor se sentía.

Caímos en la cama sin dejar de besarnos, mi cuerpo sobre el suyo, mis rodillas abriendo sus piernas en un intento de posicionarse mejor; silencié la voz en mi interior y besé su escote deslizándome mi mano por la pierna de Jennifer encajándola en mi cintura.

Ella gimió y abrí los ojos observándola, sus ojos azules me devolvieron la mirada, sus labios volvieron a los míos, pero me quedé quieto porque no se sentía bien, no eran los labios que quería besar, ni el cuerpo que mis manos ansiaban acariciar, no eran los ojos cálidos, amorosos y tiernos que me devolvían la mirada llenos de pasión... mis manos y labios dejaron de moverse y negué con la cabeza bajando de su cuerpo hasta quedar a su lado en la cama.

¡Mierda!

¡Mierda!

¡Mierda!

Quería a Sarah, solo a ella...

Capítulo 27

EROS

—¿Oye, Eros? —preguntó Jennifer después de unos minutos de completo silencio.

—Lo siento —me levanté de la cama—, pero tengo que irme, no puedo hacer esto.

Salí de la habitación y bajé las escaleras hacia el primer piso, el alcohol que había tomado parecía haberse esfumado de mis venas. Caminé hacia mi auto pateando un cubo de basura y tirando de mis cabellos.

Siempre pensé que Sarah había sentido por mí al menos un poco de lo que sentí por ella cuando éramos adolescentes, pero ahora sabía que siempre estuvo enamorada de Niklaus.

Quizá él seguía siendo ese amor que nunca pudo tener.

Me dirigí hacia mi auto, di un par de vueltas por el pueblo, luego volví a la casa y busqué las llaves de la cabaña de mis padres, caminé por la playa sintiendo las olas estrellarse en mis pies y me senté en la arena para contemplar el cielo estrellado, era más de medianoche cuando volví a la villa, la camioneta de Thiago no estaba aparcada en la glorieta.

Al llegar a la casa, iba a subir las escaleras, pero no tenía sueño, mi cabeza batallaba con todos los sentimientos encontrados que tenía. Me quité la camisa y me metí de bombazo en la piscina sin saber qué más hacer, de niños, Adonis y yo jugábamos a quién de los dos podía mantenerse dentro del agua más tiempo sin respirar.

Mientras estaba bajo el agua, mi pecho dejó de arder, mi corazón ralentizó sus latidos, mis oídos dejaron de zumbir por un segundo, luego mis pulmones ardieron ante la falta de oxígeno, lo que hizo que saliera del agua.

—Bien, pensé que te quedarías ahí dentro hasta morir —Sarah tenía una camisa de hombre que le llegaba a la altura del muslo—. Es de Theo, la encontré en su habitación —se veía enojada y sexy, jodidamente hermosa. Toda mía—. ¿Te vas a quedar ahí mirándome como un idiota? Afrodita, Thiago y Niklaus decidieron volver al pueblo al ver que tu auto no estaba aquí —nadé hasta el borde y salí de la piscina caminando hacia ella—. Te fuiste —me golpeó el pecho—, te fuiste con una mujer —volvió a empujarme e intenté tomar sus manos—. ¡No me toques, maldita sea! Nuestro acuerdo queda nulo, rompiste una puta regla tú... —tirá de ella y besé su boca, mi cuerpo se pegó al suyo sin importarme si la estaba mojando, Sarah se resistió, golpeó mis hombros y me enterró las uñas en mi piel hasta que me alejé, su mano impactó contra mi mejilla—. ¡Te vi irte con ella!

—Te vi coquetear con él... Si vamos a hablar de nuestro acuerdo, tú lo rompiste primero.

—Yo no follé con él.

—Yo tampoco...

—¡No te creo!

—¡No lo hice! —grité.

—Además de todo, eres un maldito mentiroso, ¿entonces dónde has estado todas estas horas?

—Estuve por ahí, por ahí aceptando el hecho de que, lo que tú y yo tenemos es un jodido acuerdo, no somos nada, Sarah, somos amigos que follan porque tú necesitabas aprender cómo complacer a un hombre y yo caí como un imbécil, porque pensaba que no sentiría nada por ti, porque yo no siento, yo follo, porque es más fácil follar y desechar que vivir con miedo a que

todo termine y lo nuestro va a terminar. Entonces tú te irás y follarás con quien quieras mientras yo me revuelco en mi rabia y mis celos, porque no quiero que estés con nadie más, no quiero que nadie más te toque, te quiero mía, Sarah —me acerqué—, te quiero mía, Sarah, te he querido por años y no por un acuerdo de mierda, no con cartas de por medio, no porque creas que me hayas presionado, quiero que seas mía y no me acosté con esa chica porque sencillamente no eras tú.

—¿No te acostaste con ella? —su voz se escuchó pequeña e insegura.

—No lo hice, te lo juro por mis padres que no lo hice.

Ella eliminó la distancia, nuestras frentes juntas, mis manos en su cintura, su nariz acarició la mía y la levanté haciendo que sus piernas se sujetaran a mis caderas...

Algo quiso decirme, pero la acallé.

—Te quiero, Sarah, te quiero para mí.

SARAH

Subimos a la habitación sin dejar de besarnos y caímos de la cama riendo cuando mi rodilla golpeó su abdomen.

Eros quedó encima, por unos minutos su mirada en mí haciendo que me sintiera nerviosa.

—¿Estás enamorada de Niklaus? —murmuró de repente.

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso? —Abrí los ojos mirándolo sin entender.

—Afrodita... —su mirada evadió la mía y llevé mis manos a su rostro haciendo que volviera a enfocarse en mí.

—¿Ella te dijo que estaba enamorada de Niklaus?

Él asintió.

—Dijo que tenías un enamoramiento por él cuando eras adolescente.

—No es cierto —negué con mi cabeza y su sonrisa creció—. Sí, estuve enamorada de alguien, pero no fue Klauss, tenía como veinticinco cuando lo conocí.

—Christopher tiene treinta y tantos años, y antes de él, Edmund que era algunos años mayor.

—Eso es como decir que a ti solo te gustan las pelinegras...

—No se veían como tú —me besó—, siempre has sido tú.

Mi corazón retumbó como si fuese una jodida batería.

—También siempre fuiste tú —deslicé mis brazos entorno a su cuello y unimos nuestras bocas una vez más, era como si a la luz de las nuevas revelaciones, su boca fuese más dulce

—¿En que estábamos? —Me guiñó un ojo

—En que tu jean está húmedo y estás mojándome entera.

—Solo el jean... —arqueó una ceja, bajó su rostro hacia el mío justo en el momento en que tocaban a la puerta.

—¿Sarah, estás ahí? —preguntó Afrodita tocando una vez más.

—Ve al baño y quítate ese jean mojado, la despacharé enseguida —susurré, se bajó de mí, peiné mi cabello con mis manos y me aseguré de que Eros no estuviese a la vista antes de abrir la puerta.

Afrodita entró a la habitación como un huracán.

—¿Has visto al imbécil de mi hermano? Su camioneta está afuera.

—¿Ya buscaste en su habitación? —pregunté con naturalidad, ella rodó los ojos.

—Ya toqué la puerta, pero no me abre.

—Debe estar dormido o quizá salió a la playa... No sé, Afro —ella marcó su celular que se escuchó desde alguna parte del primer piso—. ¿Ves? Anoche... —me quedé en silencio recordando que habíamos dicho a Afrodita que habíamos llegado por la mañana.

—¿Anoche? —mi amiga arqueó una ceja.

—Anoche no lo encontraba en el departamento, estaba en el restaurante de sushi, estoy segura de que debe estar en la playa o en los alrededores de la casa.

—Me voy a la cama, Eros está muy grandecito para saber lo que hace.

—Bien, que descanses.

Se levantó de la cama y su mirada me recorrió de arriba abajo.

—¿Qué te pasó?

—Tenía una sesión muy placentera con la ducha desmontable... sesión que interrumpiste magistralmente.

—Oh... ¿Por qué usar una ducha cuando Klaus está a dos puertas?

—¡Afrodita!

—¿¡Qué!?! Solo decía, ningún hombre se niega a un poco de sexo sin compromiso y, amiga, necesitas sexo para exorcizar a tu ex.

—¿Ducha desmontable? —recalqué.

—Sexo real, con un hombre de carne y hueso...

—Vete de aquí —dije echando un vistazo al baño y sacándola de la habitación antes de cerrar la puerta con seguro, caminé hacia el baño abriendo la puerta, Eros se acercó rápidamente besándome con posesión.

—Mía... —murmuró mordiendo mi labio inferior.

—¿Mío? —pregunté.

—Tuyo —confirmó y nos besamos un poco más porque nunca había suficientes besos—. ¿Entonces soy una ducha desmontable?

—Hazme gritar de placer —crucé las manos por su cuello y él volvió a subirme a su cintura.

—Tus deseos son órdenes —musitó llevándome a la ducha.

La mañana siguiente amanecí con Eros entre mis piernas entre tanto Afrodita golpeaba a mi puerta como si estuviéramos teniendo una alarma de guerra, ni siquiera podía decir una frase coherente sin que un gemido saliera de mis labios, sentir la lengua de Eros recorrer mi intimidad me enviaba en un espiral de frenesí alucinante, una de mis manos tapaba mi boca y la otra obligaba al hombre de mis anhelos a permanecer ahí.

—Levántate ya, Sarah, he pedido el desayuno y la playa nos espera —gritó del otro lado de la puerta. Eros introdujo dos de sus dedos haciendo que mi cuerpo se tensara, solté sus cabellos y tomé la almohada para ponerla sobre mi rostro, escuché a Thiago decirle algo a Afrodita y luego a mi amiga gritándole a Eros que saliera de su habitación que el desayuno estaba listo.

El orgasmo me golpeó con fuerza, haciéndome gritar, la almohada amortiguó el sonido. Eros dio una última lamida por todo mi sexo antes de subir por mi cuerpo regando besos por mi piel, quitó la almohada y selló sus labios en mi boca.

—Un recuerdito para que esté en tu mente durante el tiempo que estemos en la playa.

—Te odio —lo golpeé con la almohada.

—No, no me odias —se levantó de la cama y caminó hacia el baño.

Agarró su jean para vestirse, la noche anterior hicimos el amor en la ducha y luego hablamos, hasta que fue muy tarde, en algún momento, antes del amanecer, nos quedamos profundamente dormidos, juntos—. Nos vemos abajo —abrió la puerta y sacó la cabeza mirando por el pasillo

antes de salir.

Me sentía completamente feliz.

Me di un baño rápido y me puse el vestido de baño y el vestido verde, recogí mi cabello en una coleta baja luego, bajé las escaleras, se escuchaba ruido en el comedor principal, estaban Thiago y Niklaus, Afrodita entró desde la cocina trayendo lo que parecían panqueques.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa —dijo Klauss tomando un par de panqueques—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿cómo están todos? —Eros bajó las escaleras y caminó hacia nosotros, estaba con su jean puesto, descalzo y con el cabello hecho un desastre gracias a mí.

—Buenos días —dijo sonriendo, tomé asiento al lado de Klaus, a pesar de que Eros me dio una mirada de soslayo.

—¿Buenos? Si no fueras mi hermano te mataría —dijo Afrodita lanzándole un pedazo de panqueque que él esquivó—, te estuvimos esperando por dos horas en el lugar y luego dejamos a Sarah y volvimos pensando que habías vuelto.

—No tenían por qué hacerlo.

—Cierto, no teníamos, pero lo hicimos porque, joder, Eros, en ocasiones parece que solo pensaras con la polla.

—Afro... —intenté detenerla.

—¿Y si la tipa era una delincuente, y si te drogaba y vendía tus órganos?

—Estás viendo muchas series de Netflix —Eros se sentó a mi lado y tomó un par de panecillos y huevos.

—Esas cosas pasan, Eros, debes de ser más cuidadoso con tus conquistas, después de todo eres el hijo de tu madre y padre, heredero del grupo Firha —acotó Thiago.

—No me fui con ella —dijo Eros colocando mantequilla a un panecillo.

—Te vimos salir con ella —afirmó Afrodita.

—Salí de la disco con ella, pero al final solo estaba viéndome porque es fanática de mamá y quería que le dijera que su último libro es lo máximo, además de preguntarme si tenía una oportunidad de conocerla... Ya sabes cómo son los fans.

—¿Una fan?

—No me miraba a mí, nos miraba a los dos, ya que nos ha visto en fotografías con ella, puede que creas que soy un putón, pero tengo mis estándares, no fans que puedan perjudicar a mamá, no mujeres que quieran una relación estable.

—En algún momento tienes que sentar cabeza —respondió Afrodita.

—Mira a Niklaus, tiene treinta y cinco años y aún tiene su cabeza sobre sus hombros.

—Treinta y cuatro.

—¿Podemos solo comer en algún momento? —dije antes de que se formara una nueva discusión.

—Tú eres la única que no está comiendo —exclamó Afrodita.

Podría comer algo, por lo que tomé una porción de huevos y embutidos, Eros colocó en mi plato el panecillo con mantequilla que acababa de terminar.

Ingerí la mitad de comida en mi plato y obligué a mi estómago a retenerla, a pesar de que mi piel se erizó y mi interior se revolvió cuando sentí la primera arcada.

—No voy a poder quedarme todo el día —dijo Eros de un momento a otro—, hablé con papá hace unos minutos, quiere que tomemos un vuelo mañana en la tarde a Las Vegas y no quiero estar cansado, así que me iré antes de que se ponga el sol, tengo que dejar algunas cosas terminadas antes de irme, esperamos que la negociación no tarde más de dos días, pero papá va a

por todo —Afrodita asintió—. ¿Te vienes conmigo? —preguntó Eros, mirándome.

—Puede irse con nosotros mañana —dijo Afrodita.

—Quede con Sury de acompañarla mañana a escoger su vestido para la fiesta de Vitae.

—Podemos irnos todos, creo que necesito un día entero en mi cama de hotel antes de volver al ruedo —habló Klauss.

—Bien, terminemos aquí y vamos buscando el camino —Thiago tomó un panecillo extra.

Comimos entre charlas sobre la boda y el trabajo de Thiago una vez estuviera en Milán. Escuché a Afrodita decir lo mucho que la señora Katherine deseaba que Thiago tomara las riendas en Milán, así ella y su esposo podían tomar un descanso, el pecho se me apretó al hacerse patente el hecho de que mi mejor amiga empezaba una nueva vida lejos, muy muy lejos. Y por debajo de la mesa, la mano de Eros sujetó la mía, sus dedos apretaron los míos, ese pequeño acto fue como un bálsamo para mi corazón, ella se iría, pero no estaría sola, ahora tenía a Eros y de una manera que jamás pensé tener.

Capítulo 28

SARAH

El viaje de regreso a Nueva York fue completamente diferente al que hicimos cuando íbamos hacia Rocky Point, algo había cambiado entre nosotros, podía sentirlo en las caricias que Eros hacía a mis dedos o la forma en que su mano apretaba la mía por encima de los cambios, sus miradas de soslayo, sus sonrisas nerviosas, tenía las mariposas en mi estómago envueltas en un chute de adrenalina, a pesar de que lo amaba desde que tenía dieciséis, nunca llegué a pensar que podríamos estar así.

Justo como ahora.

—¿Qué pasó? —dijo mirándose en el retrovisor—. ¿Tengo algo en la cara?

Me reí.

—Solo aprecio tu belleza... —me burlé.

—Buenos genes —satirizó—. Pero es en serio, ¿tengo algo? Porque no dejas de mirarme.

—Nada, me gusta verte —llevó mi mano hasta sus labios dejando un beso sobre mis nudillos.

—¿Te apetece que comamos algo antes de llegar al departamento?

—No tengo hambre.

—No comiste mucho en el desayuno, a pesar de que Afrodita se lució, más que un desayuno parecía un banquete.

—Sabes cómo es tu hermana —bostecé—, estoy cansada, ¿te parece si vamos a dormir? La verdad es que no me dejaste dormir mucho anoche.

Él hizo la mueca de un mordisco.

—No te vi quejarte.

—No me quejo —afirmé y el metió el auto en el sótano—, solo enuncio lo que sucedió.

Bajamos del auto tomados de las manos, me besó con pereza en el elevador y una vez estuvimos en el departamento, me llevó hasta mi habitación donde me quitó la ropa antes de meterse conmigo a la cama.

—Descansa, preciosa —murmuró en voz baja afirmando su pecho a mi espalda y aferraba mi cintura, acaricié sus brazos con la punta de mis dedos y lo sentí sonreír detrás de mí—. Basta, no voy a poder dormir si sigues haciendo eso.

Me giré envuelta entre sus brazos hasta quedar frente a frente.

—Entonces no duermas.

—¿No que estabas muy cansada? —sonrió.

—Estaba, ahora quiero jugar. ¿Dónde está el anillo vibrador que me enseñaste?

—En algún lugar de mi habitación y estoy muy cómodo y calentito como para salir de aquí, además, no necesito ningún artilugio para darte placer, de hecho, creo que debemos dar por terminados el juego de las cartas —me enfurruñé y él tocó mi rostro—, pero eso lo decidiremos después, ahora necesitas descansar y me vendría bien dormir un poco.

Me acomodé en su pecho y él estrechó sus brazos aún más a mi alrededor.

Lo sentí respirar profundamente y coloqué mi mano abierta justo donde podía escuchar el latir de su corazón. Recostada en su pecho cerré los ojos y respiré lentamente, sintiéndome completamente feliz, quería decirle que lo amaba, pero sentía que sería mucho para nosotros,

apenas Eros me había dicho que me quería y eso era suficiente. Por ahora

Desperté sola en la cama, afuera estaba lo bastante oscuro como para saber que ya era de noche, el lado donde Eros había estado durmiendo, estaba frío por lo que supe que él llevaba despierto mucho tiempo. Bajé los pies de la cama y caminé hacia mi clóset buscando una camisa y después fui hacia el baño para vaciar mi vejiga. Debajo del lavabo vi la báscula que había comprado hacía menos de un mes, terminé mis necesidades y saqué la báscula para pesarme, me subí cerrando los ojos un segundo antes de ver el número.

Cincuenta y cinco kilos, había bajado once kilos desde que me mudé con Eros, mi meta era volver a pesar cuarenta y cinco y que Chris se metiera sus malditas palabras por el trasero, había fijado mi meta para la boda de Thiago y Afrodita por lo que aún tenía cuarenta y cinco días para bajar esos diez kilos que me hacían falta. Feliz por mi nuevo peso, escondí la báscula y salí de la habitación buscando a Eros.

Él estaba sentado en el sofá, tenía el mando de *play* en sus manos y sostenía su celular entre el cuello y la oreja.

—¿Estás seguro? —dijo, me senté a su lado a su lado—. Está bien, papá, si al menos puedo presentarme a la universidad el lunes —había una caja de pizza en la mesita y una botella de Coca de dieta. Eros señaló la caja de pizza sin dejar de jugar y la abrí encontrando una un par de porciones de pepperoni y queso, no comía pizza desde mi último atracón cuando Eros y yo hicimos nuestro acuerdo, pensé en tomar las dos porciones, pero recordé al recordar que solo me faltaban diez kilos para estar en mi peso meta y cada rebanada de pizza tenía entre ciento ochenta y doscientas calorías.

—Come, nena —articuló, pero siguió inmerso en el juego y la llamada telefónica, tomé un trozo de pizza y caminé hacia la cocina, abrí el refrigerador y tomé una botella de agua y una manzana verde. Eros seguía hablando por teléfono por lo que aproveché y tiré del dispensador de toallas de papel, envolví el trozo de pizza y luego la tiré al contenedor de basura.

—Está bien, papá, como tú digas —murmuró al teléfono, volví al sofá sentándome a su lado—. Te quiero —colocó el celular en la mesa y se acomodó la diadema—. Necesito una pausa, A —dijo antes de quitarse los auriculares.

El juego se pausó y él se giró hacia mí.

—Pizza —acercó sus labios a los míos dándome un beso—, come pizza.

—¡Comí una ¿no me viste?!

—Te vi ir a la cocina.

—Y la comí con un vaso de agua, ¿o es que crees que la tiré? —dije sonriendo, aunque mi corazón latía como loco.

—Un trozo no es suficiente —quitó la manzana de mi mano y la remplazo por una pizza—, muerde.

Negué con la cabeza, pero hice lo que él pidió, el sabor al queso y el pepperoni explotaron en mi boca, mastiqué con lentitud y bebí un poco de agua antes de tragar, cayó como un bloque en mi estómago, pero no sentí ganas de devolver, tomé mi manzana y me recosté en el sofá mirándolo con suficiencia.

—Un mordisco no es suficiente, muerde de nuevo —siguió instándome a comer hasta que terminé la porción—. Papá ha hablado con Blake y no puede atendernos hasta el miércoles así que ya no vamos a viajar mañana, pero me iré el miércoles muy temprano.

—Puedo llevarte al aeropuerto antes de ir a clases.

Me dio un beso.

—Gracias, preciosa —su celular vibró y él lo tomó—. Adonis dice que si no reanudo el juego se irá a dormir—. ¿Quieres una más? —negué.

—Dos es suficiente, comeré mi manzana ahora —le dio un mordisco a mi manzana—. ¿Esta buena?

—Tú sabes mejor —se colocó de nuevo los auriculares y reanudó su juego, me entretuve viendo redes sociales mientras él jugaba, eventualmente cambié el celular por un libro y dejé que mi cabeza descansara en sus piernas, se sentía bien estar así con él.

EROS

La vi desperezarse, su cuerpo se estiró y luego su mano tocó el lugar que yo ocupaba en la cama, frunció el ceño sin abrir los ojos y tanteó con su mano como si me estuviera buscando. Ni siquiera sabía exactamente la hora en que la traje a la cama profundamente dormida, pero ella se había pegado a mi cuerpo tan pronto me acosté a su lado y ordené a Alexa cerrar las persianas.

Hizo un mohín y luego abrió sus ojos, no pude evitar sonreír, desperté con su trasero presionando mi erección y antes de hacer algo totalmente cavernario, salí de la cama en dirección al baño.

Una vez resolví mi problema, simplemente me quedé mirándola, Sarah siempre había sido una mujer hermosa, usaba poco maquillaje y ropa algo holgada, pero a ella se le veía mejor que cualquier prenda de diseñador.

—Hola tú — dije cuando sus labios se estiraron en una sonrisa.

—Sabes que eso que estás haciendo puede meterte en problemas legales.

—Y según tú, ¿qué es lo que hago?

—Me espías mientras estoy durmiendo —arqueó una ceja, tratando de sonar severa a pesar de la sonrisa que apareció en sus labios —, ¿eres un acosador?

—Sí — acepté descaradamente.

—¿No lo niegas? — negué con la cabeza—. Espero no haber estado babeando.

—Nop, nada de babas... pero hablaste mucho en sueños.

Sus mejillas se sonrojaron, se puso bocarriba y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué dije? —habló con voz mortificada.

—Te gusta un chico —me senté a un lado de la cama y ella se sentó quedando muy cerca.

—¿Un chico? —dijo con voz coqueta.

—Un chico, un hombre que te lleva a la Luna y te hace ver más fuegos artificiales que el jodido cuatro de julio, un tal Eros... —sonreí.

—Oh, entonces ya lo sabes — su coqueteo se volvió tímido.

—¿No piensas negarlo? —dije acariciando su nariz con la mía.

Ella negó con su cabeza.

—Folla como un dios o como demonio salido del infierno —musitó

—Voy a matar al maldito —ella se trepó rápidamente sobre mí.

—Por favor no lo hagas... estoy un poco encaprichada con el tipo —me enseñó su pulgar e índice a una pulgada de distancia.

—¿Solo un poco? — besé su nariz y luego su boca sin importarme el puto aliento mañanero, ella acarició mi mejilla.

—Te lo juro...

—Bueno, sé que ese tal Eros también anda encaprichado contigo —dije jugueteando con su cabello, ella se sonrojo—. Joder, Sarah, te quiero, te quiero mucho.

—También te quiero —musitó antes de besarme—. ¿Qué quieres hacer hoy?

—¿Tienes algo en mente? —Deslicé mis manos por su costado hasta llegar a los globos de su trasero.

—Vamos a Central Park, quiero correr un poco.

—¿Ahora? —alcancé mi celular para ver la hora, era cerca del mediodía—. Es un poco tarde para correr.

—Entonces déjame llevarte a mi lugar favorito.

—Va.

Sarah se levantó de la cama corriendo hacia el baño.

—¿Quieres compañía? —insinué.

—¡No!

—Aguafiestas. —Me levanté de la cama y salí en dirección a mi habitación.

Me duché rápidamente y me vestí de forma casual, fui el primero en estar listo, caminé hacia la cocina y encendí la cafetera, al tiempo que colocaba un vaso con agua en el microondas para el té de Sarah, cuando ella salió con un jersey marrón que llegaba un poco más debajo de la rodilla, tenía las mangas largas y cuello de tortuga, también unas botas a media pierna.

Le tendí su taza portable, ella tomó el libro que había estado leyendo la noche anterior y salimos del departamento.

—¿Quieres algo para acompañar el té? Puedo detenerme en un delicatessen.

Sarah negó con la cabeza.

—Podemos comer algo al regreso —propuso.

Bajamos al sótano y tomé su mano entre la mía, anudando nuestros dedos, ella tiró de mí hacia el auto.

—Ya que vamos a mi lugar favorito pensé que podía manejar yo.

Salimos del edificio y ella condujo hacia Fort Tyron Park.

—¿Estamos lejos? —pregunté al no tener ni idea hacia dónde nos dirigíamos.

—No —cruzó la avenida en dirección al MET.

—¿Es el MET tu lugar favorito?

—Casi pero no, estamos muy cerca.

Condujo un poco más hasta llegar a los jardines del claustro.

—¿Los claustros?

—Ven —salió del auto tomando su libro y tomó mi mano cuando se la ofrecí, en las últimas veinticuatro horas nuestras manos parecían como imanes, buscándose entre sí cuando estábamos lado a lado.

A pesar de que hacía un poco de sol, el clima era templado, pero no frío por lo que había algunas personas en el lugar; caminamos por los jardines pasando por alto capillas, sepulturas, estatuas, arte hasta llegar al sendero que daba las mejores vistas al río Hudson, Sarah me guio hasta un árbol y nos sentamos sobre el césped.

—Me gusta mucho venir aquí, cierra los ojos —hice lo que me pidió—, agudiza tu oído. Puedes sentir la paz que emana del lugar.

Pasamos el día en el lugar, hablando de todo y de nada.

Comimos hamburguesas en McDonald's y volvimos al departamento cuando el sol empezaba a ponerse, ella yo y un *setlist* de música de los dos mil mientras hacíamos el amor lentamente.

El comienzo de semana fue agitado como siempre, Christopher no había puesto ninguna queja y afortunadamente, Sarah no tuvo ninguna amonestación por lo sucedido, fui por ella a la universidad y salimos a comer. Pidió una ensalada y se disculpó para ir al baño en lo que yo pagaba la cuenta, vimos una película nueva en Netflix y dormí junto a ella en su cuarto, mi cuerpo junto al suyo, respirando su aroma.

El miércoles llegó demasiado pronto para mí, sacamos una carta e hicimos la postura de la carretilla en la cocina, habíamos tenido una gran discusión sobre dejar las cartas en el olvido, ella quería completar la baraja, fue sexy, sucio y jodidamente placentero, me despedí de ella con un beso largo ignorando los mensajes que mi padre me enviaba al WhatsApp.

La vida era perfecta, solo tenía una cosa por delante, hacer que el trato entre mi padre y Blake fuese rápido para así volver con ella y terminar el puto mazo.

Capítulo 29

SARAH

Eros se marchó a Las Vegas el miércoles en la mañana, se suponía que solo serían un par de días, pero según él, Blake era tan buen negociante como el tío Max, los dos no lograban ponerse de acuerdo en los términos de lo que se podía o no hacer en los demás locales que llevaran el nombre Fetiches.

Blake quería quedarse con el nombre, lo que obligaba al tío Max y Jay a cambiar la razón social de la discoteca de Nueva York. A cambio, el tío Max pedía una compensación por los daños que podía ocasionar el cambio del nombre al local en la ciudad, apenas podía recordar la despedida en el apartamento, Eros sacó una carta de la mochila, después de decirle una y otra vez, que quería mantener el juego de las cartas hasta que hubiésemos hecho todas las posiciones que traía la baraja.

La carta elegida fue *la carretilla*, era una carta muy sencilla, tenía que estar sentada en el borde de la isleta, mientras él se quedaba de pie delante de mí sosteniendo mis piernas y recargando mis tobillos en sus hombros. Usaba un vestido esa mañana por lo que ni siquiera tuvimos que quitarnos la ropa, después de enseñarme cómo mantener la postura en la isleta de la cocina, movió mis bragas antes de penetrarme, ni siquiera necesité del juego previo, un solo beso de Eros hacía que me humedeciera rápidamente, saber que ahora estábamos en otra sintonía solo lo hacía mejor.

Lo extrañaba muchísimo, el apartamento se sentía solo sin él, la cama era más grande, había pasado todos esos días en la editorial organizando todo para la reunión de proyectos y la mayoría del tiempo libre siendo la asistente personal de Afrodita en los asuntos de la boda, en cada maldito momento que tenía libre.

—Muñeca tu teléfono suena sin parar —dijo Afrodita entregándome el celular.

Una sonrisa se plantó en mi rostro cuando pensé que era Eros, sin embargo, cayó en picada cuando vi quién llamaba.

Christopher.

No sabía nada de él desde la pelea con Eros, fue un alivio cuando los días empezaron a pasar y no recibí ningún tipo de citación de la facultad, a pesar de que algunos estudiantes habían presenciado la pelea.

Dejé que el celular sonara hasta que la llamada se fuera a buzón.

Entonces un mensaje llegó.

Necesitamos hablar, no puedes estar revolcándote con ese chico, ustedes son como familia, es hora de dejar la tontería, hablemos como adultos Sarah, deja de ser tan infantil, no soy el primer ni el último hombre que tiene una aventura.

—¿Quieres que conteste por ti? Así puedo decirle al hijo de puta que se vaya a la mierda.

—Ya se cansará de llamar.

—Lo que tienes que hacer es bloquearlo —dijo mirándose en el espejo.

Eros y el tío Max habían viajado hacía cuatro días a Las Vegas para finiquitar los detalles de la cesión de derechos de Fetiches al señor Black.

Eros estuvo hablando de ello y que él y Will querían implementar algunas de las cosas que hizo el señor Black en Las Vegas. Aunque Nueva York no era la ciudad del pecado, sabíamos que había algunos clubs para caballeros en los que se ejercían toda clase de prácticas sadomasoquistas.

—Oye —dijo Afrodita chasqueando sus dedos—, ¿estás aquí? Llegó la estilista, ¿empieza contigo o conmigo?

—Empieza tú —estaba a punto de dejar el celular en mi bolso cuando un nuevo mensaje llegó.

Tenemos una conversación pendiente, no vas a dejarme como el jodido villano de nuestra relación, Sarah, si no vienes mañana a medio día a mi departamento presentaré cargos en contra de tu jodido noviecito.

Inhalé profundamente, mi corazón latía con fuerza leyendo el mensaje, estaba procesando todo cuando, el celular volvió a sonar en mis manos.

—¿Christopher? —asentí.

—Dice que lo de Khristy fue solo una aventura, que por favor le dé una oportunidad.

—Es en serio, bloquea a ese imbécil, has tardado demasiado, deberías hablar con el amigo de mamá, el señor James puede darte una orden de alejamiento para ese cretino —exclamó Afro en lo que la mujer de mediana edad empezaba a aplicarle el maquillaje.

Me desplacé hasta los ajustes del celular para bloquear el número de Chris cuando un mensaje de Eros entró.

—*Acabamos de aterrizar, joder, te extrañé nena* —las mariposas en mi estómago empezaron a revolotear—. *He estado muy duro por ti* —mi entrepierna cosquilleó—. *Voy a beber de tu sexo hasta saciarme por completo* —tragué con dificultad, mi piel se erizó ante la promesa en sus palabras.

—¿Christopher de nuevo? —dijo Afrodita mirándome a través del espejo.

—No es Christopher —terminé de ir a los ajustes y lo bloqueé

—¿Te estás poniendo colorada? —«Mierda odio el maldito sonrojo»—. Espera —apartó a la estilista—, ¿conociste a alguien?

—¿Por qué lo dices? ¡Claro que no! —negué con la cabeza.

—No me mientas, Sarah Dawson, tienes cara de que te gusta alguien. ¡Dios cómo no me di cuenta antes!

—Afrodita, estás viendo cosas donde no las hay, deja que la pobre mujer termine tu maquillaje, necesita maquillarme a mí también.

—Dime ¿lo conozco? ¿Va contigo a la universidad? Por eso no le agarraste la onda a Klauss... Joder, lo que más deseo es que puedas encontrar a alguien que valga la pena, alguien que te amé tanto como para besar el suelo donde tú caminas... —estiró su mano y la tomé—. Me voy en un par de meses, te voy a extrañar horrores y me sentiría mejor si estás en una buena y sana relación o si te enamoras de Klauss.

—No hay nadie, tampoco quiero enamorarme, Afro, acabo de salir de una relación, Christopher me fue infiel, pero yo lo amaba —o creía que lo hacía—, lo último que necesito es a otro chico en mi historia, al menos no por ahora, así que no hagas conjeturas falsas y mejor deja que ella haga su trabajo —señalé a la mujer que esperaba que termináramos de hablar.

Dos horas después estábamos peinadas y maquilladas, habíamos comprado ese vestido un par de meses atrás. Mientras Afrodita se retocaba el maquillaje, me deslicé dentro del baño con el vestido en mano, la temática de la fiesta era Charleston, años veinte, plumas, boas, tocados, los flecos, lentejuelas.

El vestido de Afrodita era de flecos dorados a un solo hombro, acompañado de unos guantes negros y una diadema del mismo color del vestido.

El mío era negro con flecos, adorno para la cabeza con pluma y liga, un collar de perlas blancas. Había optado por no usar guantes, pero si mis Louis Vuitton de 10 centímetros de alto y unas medias de malla.

Me puse el vestido notando que no podía cerrar el zíper en mi espalda.

—Afro ¿me ayudas? —dije abriendo la puerta. Ella caminó hacia mí y me giré.

Su jadeo me hizo girar pensando que algo malo le había sucedido.

—¿Cuánto has bajado de peso? —se alarmó, intenté ver lo que la tenía espantada, pero no pude hacerlo, Afrodita me dio un giro rápido, quedando frente a frente—. ¿Lo estás haciendo de nuevo? ¡Dime la verdad!

Se veía enojada y dolida.

—¿Qué?

—No me trates como una estúpida, este vestido te quedaba perfecto hace unos meses —caminó dándome la vuelta y subió el zíper dejándome ver el porqué de su abrupto comportamiento.

El vestido me quedaba suelto, más que suelto, podría decir que quedaba un par de tallas más grande de lo que se supone que debería quedarme.

—Estoy bien —caminé por su habitación sentándome sobre la cama—. No estoy vomitando, ni dejando de comer, como suficiente, solo bajé un poco de peso después de la ruptura, es normal que suceda.

—Eso no es un poco de peso, Sarah puedo ver tus costillas.

—Afrodita —dije con impaciencia.

—Afrodita nada, Sarah, ya pasaste por eso, no puedes volver ahí.

—No estoy volviendo —estaba muy satisfecha por el resultado—. Solo adelgacé un poco.

—¡No me jodas! No tenemos nada para arreglar este desastre.

—Vamos está un poco holgado nada más, no te ahogues en un vaso de agua, te saldrán arrugas y falta solo un mes para tu boda.

Llamaron a la puerta por lo que ella fue a abrir mientras me retocaba el labial.

—Thiago está abajo, pero tú y yo tenemos que hablar muy seriamente después.

Salió de la habitación y yo respiré buscando en mi mochila, saqué el celular, tenía varios mensajes de Eros, algunos llenos de promesas que pensaba hacerle cumplir, tomé la caja de chicles que me acompañaba siempre y me metí dos pastillas a la boca. Antes de tomar el pequeño bolso que hacía juego con mi vestido y el celular.

Afrodita y Thiago hablaban muy despacio cuando bajé las escaleras de la casa de tía Eve y tío Max, él le dijo algo que no logré entender y ella asintió.

—¿Nos vamos? —dije mirando de uno a otro.

—Claro. Te ves hermosa, Sarah —dijo Thiago que estaba impecable con un traje gris plomo y una pajarita negra, había engominado su cabello y parecía un dandi de los años veinte.

Tomó a Afrodita de un brazo y tendió el otro hacia mí.

—Seré el chico más afortunado de la fiesta —intentó hacerla sonreír, pero Afrodita estaba evidentemente molesta.

El chofer de Thiago era un hombre de avanzada edad que había trabajado durante muchos años con su padre, Thiago insistía que Riley tenía que jubilarse, pero él se negaba a dejarlo solo en Nueva York.

Afrodita fue la primera en subir al auto, cuando me senté a su lado pasé mi brazo por sus hombros atrayéndola hacia mí.

—Te juro por nuestra amistad que estoy bien, entre el trabajo y seguirte el ritmo he estado abusando de los tiempos de comida, pero estoy bien.

—Estoy preocupada por ti.

Thiago nos dio privacidad subiéndose al lado de Riley, que encendió el coche cuando todos estuvimos en el auto.

—No quiero que te lastimes, no otra vez, no cuando no estaré aquí para apoyarte. —Sus ojos se cristalizaron y la atraje hacia mí con fuerza.

—Estoy bien, tontica, me harás mucha falta cuando vayas a vivir a la ciudad de la moda y las pasarelas, pero es la ley de la vida, hacer tu propio camino.

—Puedes venir con nosotros a Milán por un tiempo, Thiago está de acuerdo, ¿verdad, bebé?

—Nuestra casa siempre será tu casa, Sarah —dijo Thiago girando el rostro para mirarnos.

—Los recién casados no quieren compañía en casa...

—Puedes alquilar algo en Milán, piénsalo, podrás escribir ese libro que tanto deseas ahora que mamá se tomará un sabático.

—Lo pensaré, ¿te conformas con eso por ahora? —dije con ternura, ella asintió—, quita esa cara y no llores, arruinarás el maquillaje.

Thiago me tendió su pañuelo y limpié sus ojos con cuidado de no dañar el delineado.

Llegamos al hotel donde se llevaría a cabo la fiesta, en menos tiempo del que pensaba, el suficiente para que Afrodita dejara el tema del vestido y llenara el auto de cómo iban los planes para la boda, Thiago estaba muy comprometido con cada loca idea de mi amiga. Recordé brevemente la vez que le pregunté a Chris si él pensaba que algún día nos casaríamos, su respuesta fue, que el matrimonio era una ruleta rusa y que la mayoría de veces, la bala estaba en el primer compartimiento.

El Blue Ivy brillaba como siempre, Thiago me ofreció su brazo libre cuando bajamos del auto y caminé junto a nosotras hasta llegar al salón que estaba decorado muy al estilo de los años veinte, el negro y el dorado predominaba en el lugar, las mesas rodeaban cada esquina del salón decoradas con manteles negros, velas y plumas como centros de mesa, los candelabros con luz opaca le daban ese toque único al lugar, me sentía como si hubiese sido absorbida por la época, Dereck, Lilian, el tío Max, Cassidee y Jay estaban charlando con un grupo de hombres, vi a Sury con Archer, su prometido, bailando música de la época junto con varias parejas, caminamos hasta la mesa donde estaba la tía Eve con mis padres y la esposa de Jay, el último mensaje de Eros había sido que venía hacia la fiesta, pero no lo veía por ningún lado.

—Necesito hablar con papá —Afrodita dejó un beso en la mejilla de Thiago mientras él abría la silla para mí.

Por los siguientes veinte minutos, la fiesta estuvo en auge, los invitados seguían llegando, Afrodita y el tío Max bailaban en la pista junto con otras parejas, Sury había llegado a la mesa y Archer se había ofrecido a ir por una copa a la barra, podía ver a Afro discutiendo con su padre desde mi lugar y esperaba que no estuviera alertando al tío Max.

Me disculpé con mi madre y el resto de la mesa para ir al tocador.

El baño estaba solo, había dos compartimientos y un lavabo con un gran espejo, saqué el brillo de labios para aplicármelo una vez más y el celular para enviar un mensaje a Eros.

¿Dónde estás? Ya estoy en la fiesta, el tío Max está aquí.

Guardé todo en la pequeña bolsa que acompañaba el vestido, salí del baño y me dirigía hacia el salón cuando una persona tomó mi muñeca y me empujó hacia un cuarto oscuro.

Capítulo 30

EROS

Cuatro malditos días, los ángeles cantaron aleluya en mis oídos cuando después de una nueva reunión con Blake y sus abogados, por fin pudimos llegar a un acuerdo económico y pudimos firmar el maldito contrato.

Estar lejos de Sarah fue una maldita tortura.

Extrañaba a Sarah, extrañaba su olor, sus besos, extrañaba ver su rostro sonrojarse mientras mi lengua descendía hasta el centro de su placer.

Llevarla a Fetiches había sido sin duda la mejor idea que se me hubiese podido ocurrir, comprarle ropa sexy fue incluso aún mejor, pero decirle que la quería...

Aún podía saborear los recuerdos de la última vez, nunca más vería mi cocina de la misma manera.

Si pensaba en la primera vez que lo habíamos hecho hasta la última, podía notar todo lo que había florecido, la manera en que la confianza regresó a ella, se había convertido en una mujer sexy, poco a poco había ido igualando su ritmo al mío, aprendió lo que me gustaba y lo ejecutaba en el momento oportuno, mi sexo se había vuelto un jodido adicto al suyo, ya ni siquiera elegíamos cartas, conocía la mayoría de posiciones por lo que solo desechábamos la que habíamos practicado, el asunto de los días también se había desdibujado del acuerdo, prácticamente saltábamos el uno sobre el otro cuando estábamos en casa.

Mierda, mi casa se había vuelto su casa.

Faltaba un mes y medio para la boda de Afrodita, faltaba menos de un mes para terminar el semestre, le diría que se quedara junto a mí en el departamento. No me veía sin ella en un futuro cercano, incluso una semana sin ella se sentía horrible.

¿Así se siente el amor?

No, no me sentía listo para ese sentimiento, quería a Sarah, como amiga, como amante, joder la quería muchísimo... el sexo solo había agregado un plus a nuestra amistad.

—Te ves distraído.

Miré a mi padre sin entender.

—¿Qué dices? —dije quitándome un auricular.

—Que estás distraído —repitió—. ¿Cómo van las cosas con Sarah?

—Van, no pienso hablarte de ella.

—Has hablado conmigo de las otras.

—Las otras son las otras, esta es Sarah, tu sobrina.

—Bueno, ¿sabes que canceló la cita que teníamos prevista la semana pasada? Dijo que volvería a agendarla, pero no lo ha hecho.

—Está comiendo mejor y no ha vomitado.

—¿Estás seguro?

—Sí —aseguré.

—Me alegra escuchar eso.

Escuchamos la voz del capitán diciendo que aterrizaríamos en menos de cinco minutos, abroché mi cinturón de seguridad.

—Tenemos media hora para estar en la fiesta. Tengo el traje en casa.

Afrodita le había dado al abuelo la idea de que la fiesta fuese al estilo de los años veinte y la abuela había amado el concepto.

—¿Entonces nos vemos allí?

Le dije que sí y subí el volumen de mis auriculares, al final había conseguido el audiolibro de mi madre y llevaba los últimos días escuchando la historia que unió a mis padres.

Papá y yo nos despedimos en la salida del JFK y cada uno tomó su auto, la negociación con Blake había sido dura, al final aceptó comprar Fetiches LV por un millón de dólares.

Recordé que Sarah y Afrodita se arreglarían en casa de mis padres por lo que tan pronto llegué al departamento, me di una ducha rápida y envié mensajes a Sarah lleno de promesas que pensaba cumplir esa misma noche.

Me vestí acorde a la temática del evento, un traje negro a rayas plateadas, corbata blanca y sombrero fedora a juego, incluso usé tirantes.

Llegué a la fiesta justo cuando mis padres llegaban al hotel, entregué las llaves al valet y subí las escalerillas para saludar a mamá.

—Muy guapo —dijo ella—, tendrás que concederme un baile.

Papá se disculpó por lo que llevé a mamá al salón, ella se quedó hablando con la tía Sam y el tío Collin.

Harper, la hija de uno de los socios de Vitae, había vuelto de Londres, por lo que la invité y la llevé a la barra, le invité una copa, mi atención estaba con ella hasta que sentí cuando Sarah y Afrodita llegaron a la fiesta, fue como si todos mis sentidos estuvieran alertas con su presencia, incluso cuando no podía verla. Iba del brazo de Thiago junto con mi hermana, se acercaron a la mesa donde mamá estaba con sus padres y luego, disimuladamente, observó el salón de punta a punta, buscándome.

Saber que ella estaba tan deseosa por nuestro encuentro como yo, hacía que mi polla se removiera en mis pantalones, se veía completamente hermosa en ese vestido negro, con el maquillaje oscuro y su cabello cayendo en ondas.

La vi levantarse de la mesa y caminar en dirección a los baños.

—Entonces la universidad es una locura y cuando nos visitaron los marcianos...

—¿Qué? —dije cuándo lo que decía careció de sentido.

—Estás en la luna.

—Necesito decirle algo a Afrodita, me disculpas.

Ella levantó su copa señalando a mi hermana, Austin, uno de los hijos del CEO de Vitae ocupó mi lugar, lo que agradecí ya que pude desviar mi camino hacia Sarah.

Mi celular vibró y lo saqué de mi bolsillo observando su mensaje, el baño de los hombres estaba desocupado y ella tendría que pasar por el lugar cuando volviera al salón. Busqué el letrero de fuera de servicio, lo coloqué en la puerta, luego esperé, cuando escuché sus tacones la tomé del brazo atrayéndola a mi cuerpo y hacia la oscuridad.

No la dejé hablar, mi boca devoró la suya con el hambre de no haberla tenido en tres días, ella apretó sus dedos a mi chaqueta, pero me besó con el mismo ímpetu que le entregaba, solo la luz que se filtraba por una ventana nos iluminaba, besé sus labios, la punta de su nariz, su barbilla, hice un camino por su cuello que me llevó al nacimiento de sus pechos mientras bajaba a su sexo.

—Eros —sus manos sujetaron mis cabellos—. Eros —trató de llevarme a su boca, pero continúe mi camino, quité sus bragas y deslicé mi lengua por su sexo húmedo deteniéndome cuando me topé con un cordel.

—Estoy en mis días —murmuró cuando mi mirada subió hacia la suya.

Volví a besarla con premura. La piel se me erizó, y dejé escapar un gemido cuando deslizó su mano entre nosotros y agarró mi erección por encima de mi ropa.

—Sin embargo, yo puedo...

No iba a durar si ella me metía en su boca.

Su otra mano bajó la cremallera de mi pantalón. Esperaba que se detuviera, pero no lo hizo. Volví a tomar sus labios, nuestras lenguas se mezclaron y los dientes mordisqueaban, me tragué sus gemidos para que no se escucharan fuera del baño, escuché pasos afuera y supe que no tendríamos mucho tiempo, separándome de ella la giré dejándola frente al lavabo.

—Usa tu palabra de seguridad si no quieres esto —dije con voz ronca.

—Tengo el...

—Un valiente nunca teme a ensuciar su espada con un poco de sangre...

Sonrió y sé que pudo verme tirando del tampón lo boté en uno de los retretes antes de alinear mi erección hacia su sexo, la lubricación extra permitió que me introdujera en su interior con el primer embiste.

—Dios, eres asombroso —musitó sin aliento cuando me introduje en ella, una especie de hormigueo recorrió todo mi cuerpo cuando fuimos uno.

—Mírate —metí mi mano por delante del vestido apretando su pecho—. Tan sexy, tan estrecha, tan mía... —Sarah se sostenía del borde del lavabo, mientras arremetía contra ella, gimíó en voz alta y llevé mi mano libre a su boca.

Ver nuestros cuerpos reflejados en el espejo a pesar de la escasa luz fue un detonante, observar en su rostro el reflejo del placer me hacía sentir primitivo, no quería que nadie más que yo escuchase sus jadeos, que nadie más que yo fuese testigo de cómo su cuerpo parecía brillar en el sexo y cómo ella se entregaba, sin reservas, sin miedos. Mis caderas se estrellaron contra su trasero, el sudor me corrió por la sien y la espalda, mis jadeos murieron en su hombro, los suyos se amortiguaron en mis dedos, se me tensaron las bolas, cuando su cuerpo empezó a temblar; el ardor inició en mi estómago y corrió hacia abajo.

Estaba cerca y ella también, aumenté el ritmo de mis embestidas, carne chocando contra carne, piel acariciando la piel, intenté pensar en otras cosas, pero el orgasmo de Sarah me golpeó apretándome hasta el punto que fue imposible retener por más tiempo el mío, mantuve el ritmo al tiempo que ella cabalgó las olas del placer que la consumía y cuando estuvo casi a punto de desplomarse, la acuné y empujé con fuerza por última vez antes de dejar caer mi cabeza sobre su espalda. Tratando de recuperar el aliento, giré su rostro y la besé, sin la pasión de antes pero con el mismo ímpetu, Sarah me respondió al beso de manera perezosa y salí de su interior girándola para darle un abrazo rápido.

Ella apoyó su frente sobre mi hombro y yo descansé mi barbilla sobre su cabello.

Un rato después, encendí la luz y me giré ante el jadeo de Sarah.

—Esto fue muy mala idea —dijo observando sus piernas manchadas, saqué el pañuelo de mi bolsillo, lo humedecí limpiando el desastre de sus piernas antes de empezar a reír, mis hombros temblaban cuando limpié parte de la sangre y el semen de su sexo.

—¿Tienes un tampón? —pregunté con los labios apretados.

—Por supuesto, caminé hacia un cubículo y yo lavé el pañuelo para limpiar mi propio desastre. Afortunadamente mi traje era negro.

—¿Estás bien? —pregunté acomodando mi pantalón, había una mancha que intenté limpiar lo mejor que pude.

—Lo estoy. ¿Qué posición fue esa? —Sarah se puso frente al espejo.

—Estoy cachondo y quiero un rapidito —solté guasón, ella golpeó mi hombro—, no sé, te extrañé, preciosa.

—También te extrañé, pero ahora necesito arreglar un poco mi maquillaje...

Me deshice del pañuelo en la papelería.

—Traje un regalo para ti —saqué de mi bolsillo las bragas que había comprado en Fetiches para ella y luego recogí las suyas guardándolas en mi bolsillo—. Prometo ser un chico bueno —dejé un beso sobre sus labios—. Te dejo para que termines de arreglarte, solo debes quitar el letrero cuando salgas.

Ella asintió. Abrí la puerta mirando que no hubiese nadie en el pasillo y salí del lugar.

Un mesero pasó a mi lado con una bandeja de champaña y mi abuelo subió a dar su discurso anual, me moví entre los invitados, sonriendo cuando alguna chica levantaba una copa hacia mí, una de las meseras se acercó dejando en mi mano un número de teléfono, a lo lejos una chica que no conocía me saludó, iba a acercarme a ella cuando Afrodita me interceptó.

—¿Dónde estabas? ¿Has visto a Sarah?

—Hola, hermana, te ves preciosa. Estaba en algún lugar con aquella preciosa mujer —señalé a una chica que afortunadamente correspondió mi saludo—. No he visto a Sarah desde hace tres días —mentí, no podía decirle a mi hermana que hasta hacía unos minutos había estado enterrado en ella hasta los testículos.

—¿En serio no la has visto?

—No, Afro, llegué y me tropecé con Danna y le invité un trago, una cosa llevó a la otra y encontramos un lugar para hablar en... privado —alcé mis cejas—. ¿Ya viste en el baño?

—Ya lo hice, no está ahí.

—¿Qué pasa con Sarah? A lo mejor ella también buscó un lugar privado para hablar con algún chico.

—Ella no es un prostituto como tú.

—Los prostitutas cobran, yo regalo mis talentos de forma gratuita.

—Ella no está bien.

—¿Quién?

—Pues Sarah —contestó—. No está bien, Eros, ¿has visto cuánto ha bajado de peso? —En ese instante Sarah apareció en nuestra periferia—. Ves lo que te digo, ese vestido le quedaba perfecto hace un par de meses, estoy preocupada por ella.

—Ella está bien, Afrodita, sí bajó un poco de peso por su ruptura con Chris, pero yo vigilo su alimentación y no está provocándose el vómito.

—No en el departamento, pero no estás junto a ella veinticuatro-siete.

—Ella come bien, deja tu maldita paranoia —mascullé alejándome de su lado.

Papá, el abuelo y el tío Jay dieron su discurso y la cena empezó a servirse rápidamente, estaba en la misma mesa que Thiago, Afrodita y Sarah, la cena era una de tres tiempos y luego de esto la subasta empezaría.

Capítulo 31

EROS

Observé a Sarah durante toda la comida, tomaba dos o tres cucharadas antes de llenar la mesa con una conversación sin sentido, todos comían, todos menos ella, intenté recordar si hacía lo mismo cuando comíamos juntos en el departamento. En realidad, lo hacía, aprovechaba el desayuno para hablarme de la universidad o la cena para contarme cualquier cosa que ocurriera en el día, ella no comía, pero te hacía creer que lo hacía...

¿Cómo no me había dado cuenta?

¿Cómo fui tan estúpido?

Estaba molesto, dolido y aterrado.

Molesto conmigo mismo. Me dolía pensar que había estado lastimándose sin que yo lo notara. Me hacía temer lo que podría pasar si no la detenía.

Mi comida estaba casi intacta cuando retiraron los platos, pero no era la única, Sarah había movido todos los ingredientes del plato, sin comer ni la mitad de la cena. Cuando el mesero llegó con los postres, Sarah declinó rápidamente, disculpándose para ir al tocador, cruzamos nuestras miradas, pero me mantuve estoico, la vi caminar por el mismo camino que había hecho hacía menos de una hora.

Mi mirada se encontró con la de Afrodita que negó con su cabeza.

—Si me disculpan —dije rodando mi silla y saliendo de la mesa siguiendo el camino que ella había hecho.

Mientras caminaba hacia los baños de damas, intenté mantener mi mente en blanco, dos chicas salieron y sonreí hacia ellas, empujé la puerta notando que estaba desocupado, iba a dar la vuelta y buscar a Sarah en otro lugar cuando escuché el sonido de unas arcadas.

Mi pecho se apretó escuchándola vomitar, entré al tocador y miré los tres cubículos, solo uno estaba ocupado por los zapatos de tacón de Sarah.

Un huracán de sentimientos se instaló en mi interior, dolor, tristeza, enojo... me aferré al enojo y tomé el pomo dispuesto a entrar, pero no lo hice, en vez de ello salí del tocador y no volví al salón, caminé por los pasillos del hotel buscando un lugar donde pudiera calmarme y no estallar.

El hotel Ivy Blue, propiedad de la familia Rinaldi, estaba ubicado en una de las mejores zonas de Manhattan y tenía una terraza impresionante.

Tomé el elevador subiendo hasta el último piso del hotel, había algunas personas, pero ninguna volteó a mirarme, me senté en una de las tumbonas llevando las manos a mis cabellos, mis ojos escocían y parpadeé alejando las lágrimas. El recuerdo de años atrás se materializó en mi memoria, como si solo hubiesen pasado un par de días y no siete años cuando encontré a Sarah casi sin vida en la playa.

—Oye —la voz de Afrodita me hizo alzar la vista hacia ella—. ¿Ahora me crees?

—Ella se está induciendo el vómito —mi voz se cortó, mi pecho se contrajo y las lágrimas corrieron libres por mis mejillas.

Afrodita se sentó a mi lado apoyándose contra mí, se sentía tan derrotada como yo.

—¿Cómo fui tan estúpida? Prácticamente almorzamos a diario juntas, no me había dado cuenta de que ella se las arreglaba para no comer, que había recaído.

—¿Siempre iba al baño después de comer? —pregunté limpiando mis lágrimas.

—Eros yo voy al tocador luego de comer, odio la sensación de grasas y alimentos en mi boca,

lo sabes...

—Con Sarah debimos saberlo... ella... ¡Maldición! —peiné mis cabellos sintiéndome cada vez peor.

—¿Por qué está haciéndose daño de nuevo, Eros? ¿Ella te ha dicho algo? —Negué con la cabeza—. Hay que hacer algo, Eros, no podemos permitir que tenga otro infarto, hablaré con la tía Sam.

—No. Ya no es una niña —argumenté con fiereza—, es ella quien debe pedir ayuda, hablaré con ella, seré más observador

—Eros, no lo entiendes.

—Afrodita, eres tú la que no lo entiendes.

Ella exhaló con fuerza-

—Sé que la amas y sé que están juntos, no intentes negármelo, lo sé, lo intuí cuando ella se quedó en tu departamento y lo comprobé en Rocky Point, los vi, sé que no quieres que se vea vulnerable, pero no eres la persona indicada para ayudarla, ella necesita tratamiento, necesita...

—¡No! —rechisté con enojo—. Deja que me haga cargo.

Mi hermana bajó la mirada, resignada.

—No puede seguir vomitando.

—No lo haré.

—Una semana, Eros, es lo que tienes, tendremos una prueba de vestuario en una semana, si noto que ha bajado más de peso, haré una emboscada. No puedo quedarme de brazos cruzados si mi amiga se está lastimando —se levantó de la silla.

—Vete —le dije sin mirarla—, no te quiero aquí, necesito estar solo —exclamé recostándome en la tumbona y observando el cielo a pesar de que no podía ver nada.

No supe cuánto tiempo pasé fuera, pero mis dedos empezaron a tornarse fríos para cuando mamá llegó a mi lado.

—¿Qué haces aquí fuera? La subasta está empezando, te he estado buscando, me debes un baile.

Intenté sonreír.

Necesitaba un consejo, pero este no podía pedírselo a mi madre. Ella tomó mi mano jadeando al notar la diferencia de temperatura.

—Estás helado. ¿Quieres resfriarte? —Negué con la cabeza, la mano de mamá acarició mi mejilla—. ¿Qué sucede?

Deseaba contarle, pero no quería que ella preocupara a la tía Sam o que ella lo hiciera, primero debía hablar con Sarah.

Cuando entramos al salón, la mirada de Sarah cayó en mí, sus cejas subieron y bajaron como si estuviese preguntando si todo estaba bien, Emerson y Demian, el hijo menor de Dimitri Malinov, estaban junto a ella.

El subastador anunció lo siguiente que se iba a subastar, era un hermoso anillo rodeado de diamantes cuya piedra central era un rubí.

Vi a Declan, quien estaba de la mano de su novia, ofertar por él, Demian dijo algo a Sarah que la hizo reír, el monstruo de los celos hizo su aparición, pero no salió de su escondite, al final Archer, el novio de Sury, fue el que se llevó la joya.

Cerca de cuarenta y cinco minutos después se abrió oficialmente la pista, tomé la mano de mamá llevándola cuando la banda comenzó a tocar una canción lenta.

No quería estar ahí y mamá lo sabía.

—Eros...

—Estoy bien, mamá —respondí lo más natural que pude.

—Te ves tenso —dijo acomodando mi cabello.

—Estoy bien —repetí.

—No digo que no lo estés, solo que te ves tenso.

Dejé un beso en la frente de mamá.

—Ideas tuyas —di un giro.

—Ella me lo dijo —por un instante pensé que Afrodita se había ido de bocazas con mamá—. Becca tiene un retraso de mes y medio. ¿Es eso lo que te tiene tan meditabundo?

Una especie de alivio me invadió, pero solo fue por un momento, Becca estaba llevando su mentira muy lejos

—No creas las mentiras de Becca, mamá, siempre usé protección con ella.

—Los condones no son cien por ciento seguros, Eros, lo sabes, cortaste toda comunicación con la chica sin siquiera asegurarte si lo que dice es cierto.

—Bueno, soltó un rumor sobre mí diciendo que tenía clamidia y no era verdad, mamá, no iba precisamente a ser su amigo.

—Solo digo que deberías cerciorarte de si está o no embarazada, decir que tienes algo contagioso es una cosa, pero que lleva a tu hijo en el vientre...

Ni por un segundo me había puesto a pensar que las palabras de Becca podrían ser ciertas, pero mamá tenía razón.

—Hablaré con ella.

—Ese es mi hijo.

—Bueno, bueno, deja de acaparar a tu madre —dijo papá quitando mi mano de la de mamá—. Toma, baila con Sarah —ella estaba riéndose ante el arrebató de mi padre.

Bailamos una melodía suave, ahora que era consciente de lo que estaba haciendo podía sentir sus costillas bajo su piel, había estado teniendo sexo por casi dos meses con Sarah, pero había sido un completo ciego, sin siquiera notar los cambios que estaba teniendo su cuerpo, la atraje hacia mí queriendo protegerla como siempre lo había hecho, pero no podía protegerla de ella misma.

—¿Qué sucede? —Su voz suave murmuró a mi oído.

—Nada —respondí a secas.

—El que nada y nada se ahoga, y tú te estás ahogando. ¿Está todo bien? Hace un par de horas me puse unas bragas que, supongo, vibran y aunque dijiste que serías bueno, pensé que al menos sentiría algo... Eros —sus manos subieron de mi pecho a mi mejilla.

—No puedo hacer esto —mascullé porque sentía que ya no podía permanecer un segundo más en la fiesta, tenía planes para esa noche, iba a reservar una habitación y hacerle el amor lento y tierno. Sin necesidad de cartas o un maldito acuerdo, pero ahora solo quería salir de allí—. Tengo que irme —me solté de su agarre y salí del salón, Sarah estuvo tras de mí llamándome, pero no me detuve, caminé rápidamente saliendo del hotel y perdiéndome entre los neoyorquinos que cruzaban por el lugar.

Caminé un par de cuadras, pero antes de lo que pensé estuve de vuelta en el hotel, reclamé mi auto y me fui a casa.

Apaguen el mundo, hoy quiero bajarme.

SARAH

Eros se fue, en un momento estábamos bailando en medio de la pista una canción lenta y romántica y al siguiente él estaba saliendo del hotel sin darme una explicación o esperarme.

Pasé el resto de la fiesta comiendo los canapés que los meseros repartían a las personas, los atracones siempre aparecían cuando más nerviosa me sentía, había vomitado dos veces, marqué el número de Eros y me envió de inmediato al buzón de voz. Podía sentir la mirada de Afrodita en mí cada vez que llevaba a la boca un jodido bocadillo.

Dos horas después de mi altercado con Eros, la fiesta llegó a su final, papá insistió en llevarme hasta el departamento y una vez más me pidió que fuese a vivir con ellos.

Con Eros estaba bien y cuando se acabará el acuerdo había pensado en buscar algo para vivir sola, Afrodita me ofreció su departamento una vez estuviera en Milán y era una oferta tentadora.

Me despedí de mis padres y me quité los zapatos al subir el elevador marcando el número de Eros, pero por quinta vez me envió al buzón. El elevador se detuvo en mi piso y salí buscando las llaves.

El apartamento estaba oscuro, encendí las luces y volví a marcar el número de Eros preparada para escuchar de nuevo su buzón de voz, pero esta vez escuché la melodía que identificaba sus llamadas, marqué de nuevo siguiendo el sonido hasta salir al balcón.

Eros estaba sentado en el suelo, el celular a un lado junto a una botella de whisky, le vi llevarse el vaso a los labios.

—¡Dios mío!, ¿estás bien?

—Bien —se rió—. Yo estoy bien. ¿Estás bien tú?

—Lo estoy.

—No me mientas —golpeó el vaso contra el suelo, quebrándolo, eso me sobresaltó.

—Eros, ¿estás ebrio?

Él se levantó del suelo trastabillando y casi cayendo, se levantó y entró al departamento caminando hasta la cocina. Intenté llamarle, pero no se detuvo a escucharme, lo vi buscar en las alacenas hasta sacar pan, mantequilla de maní y jalea, dejó todo sobre la mesa y empezó a preparar un sándwich.

No me miró, no habló conmigo y sentí como si alguien estuviera enterrándome una daga en el pecho.

—¿Me quieres explicar qué mierdas te está pasando? Me dejas sola en la fiesta, te vas sin decirle nada a nadie, ni a tus padres ni a tus...

—Come —ordenó dejando el sándwich frente a mí.

—¿Has visto la hora que es?

—¡Cómelo! —gritó enojado.

—Estoy llena —mi voz titubeó—, me viste comer en la gala.

—Y una mierda... te vi mover los alimentos de un lado a otro y luego fuiste al baño a vomitar lo poco que habías comido —una especie de escalofrío recorrió mi cuerpo—, es lo que haces ¿no? ¡Vernos la cara de imbéciles a todos!

—¿Esto es obra de Afrodita? —grité colocando las palmas de mi mano frente a la isla, estábamos frente a frente—. ¿Por qué no se mete en sus malditos problemas y...?

—¿Hace cuánto que no comes? ¿Siquiera comiste algo en estos tres días? ¡Porque mierdas te induces el vómito! —me interrumpió.

—Comí. ¡Por supuesto que comí! —dije con exasperación, me sentía atrapada como un ratón—. Tienes razón, no comí la cena de la gala porque me llené de gases y...

—¡Esa mierda casi te mata Sarah! ¡Deja de mentir! —caminó hacia el balcón y tomó su

celular presionando números.

—¿A quién estás llamando?

—¡A tus padres! ¡A los míos! A los que se preocupan por ti... lo estás haciendo de nuevo, Sarah, solo que no sé por qué diablos quieres morir esta vez —negó con la cabeza y sus ojos se cristalizaron—. Y si tú no puedes ver lo mucho que te lastimas...

—No me estoy lastimando. ¡Cómo demonios tengo que decirte que estoy bien! —Estiré cada sílaba, puse en cada palabra toda la seguridad que poseía.

—Come el sándwich —su mirada batalló con la mía por unos segundos hasta que tomé el jodido emparedado y di un mordisco, mastiqué con lentitud, mi estómago hizo una especie de voltereta y tuve ganas de vomitar, pero lo controlé y tragué—. ¿Estás feliz?

—Eso es solo un mordisco —masculló con chulería.

A pesar de que había algo dentro de mí que me gritaba que me detuviera, metí todo el pan en mi boca, el sabor de la mantequilla de maní y jalea estallaron en mi lengua con fuerza, todo en mi interior se retorció, la bilis subió por mi garganta e hice fuerza para no vomitar.

—Traga... —los ojos se me llenaron de lágrimas y miré a Eros obligándome a tragar, pero no pude hacerlo, las arcadas se hicieron presentes y corrí hacia el lavaplatos donde vomité con ímpetu. Mi cuerpo se sacudía con fuerza.

Eros tomó mi cabello y pegó su cuerpo al mío, mientras regurgitaba.

—¿Por qué, Sarah? ¿Por qué...? —El dolor en su voz hizo que perdiera la batalla contra las lágrimas.

Capítulo 32

EROS

Sarah se zafó de mi abrazo alejándose dos pasos.

—¿¡Por qué insistes con eso!? —negó con la cabeza—. ¡Estoy bien!

—¡No lo estás! Pueden tratarte aún, estás a tiempo para inter...

Ella abrió los ojos alejándose un paso más.

—¿Internarme? No pienso internarme, Eros —caminó hacia mí, sus manos tomando las mías—. ¿Por qué no me escuchas? —me atrajo a su cuerpo y acarició mi rostro—. Estaba gorda y bajé un poco de peso, pero aún estoy en el rango normal.

—¿Gorda? —fue mi turno de alejarme sin poder creer lo que acababa de escuchar—. Tú nunca has estado gorda, Sarah, ni antes, ni ahora y si lo estuvieses... nada justifica el hecho de que te provoques el vómito o que dejes de alimentarte para darle gusto a un estereotipo impuesto por una sociedad absurda.

—¿Absurda? Lo dice el hombre que solo sale con mujeres talla *small*, con un paquete de seis y músculos definidos.

—Hago deporte, corro, soy de metabolismo rápido, no me ves matándome de hambre, Sarah.

—¡No me mato de hambre!

—Solo vomitas lo que comes.

Ella no dijo nada, bajó la cabeza luciendo completamente culpable.

—¡Joder, Sarah! ¡Al menos niégalo! —se quedó en silencio—. ¿Qué has comido desde que me fui a Las Vegas? —abrí el refrigerador, no recordaba bien lo que había dejado cuando me fui, pero los huevos estaban completos, las carnes también, el envase de polietileno que había guardado en la nevera estaba podrido, el plato que había dejado en el lavavajillas aún continuaba ahí—. ¡Niégalo! Dime que has comido algo a pesar de que todo está aquí.

—He comido fuera...

—¡Mentira!

—¡He comido fuera!

—¡Mentirosa!

—He comido...

—¡No me mientas! —llevé las manos a mi cabello, el alcohol en mi sistema parecía haberse diluido y reemplazado por un maremoto de rabia, decepción y culpa—. Supongamos que te creo, supongamos que comiste... ¿Cuántas veces has vomitado? Y sé sincera —mi voz se cortó, las lágrimas descendieron por mis mejillas, Sarah abrió la boca, pero nada salió de ella, boqueó como pez fuera del agua y yo golpeé la encimera con fuerza buscando la manera de sacar el dolor que me impedía respirar—. ¿Cuándo empezó todo esto? ¿Cuándo empezaste a inducirte el vómito de nuevo?

Su maquillaje estaba corrido por sus lágrimas, limpié las mías obligándome a permanecer más furioso que desolado, porque había estado ahí y nunca hice nada, nunca lo noté, estuve ciego, me acostaba con ella, la tenía entre mis brazos y nunca percibí lo delgada que estaba, la furia no era con ella, la furia era conmigo, pero no podía flagelarme para sacar la frustración que me carcomía.

—¡Di algo!

—No me induje el vómito... —sollozó—. ¡Te lo juro!

—¡Basta! —La detuve—. Te vi, Sarah —parpadeé eliminando las lágrimas que nublaban mi visión—. Sostuve tu cabello, porque ni siquiera tienes que inducirlo, llevas tanto tiempo haciéndolo que ahora no hay necesidad, estás enferma.

Ella negó con su cabeza.

—No hagas esto, estoy bien, puedo traer la báscula y mostrarte que estoy bien —dijo con nerviosismo.

—¿Báscula? —murmuré con incredulidad porque no tenía una báscula en casa.

—¡Tú no lo entiendes!

—¿Qué es lo que no entiendo?!

—La ansiedad, las voces, todo lo que me incitaba a comer, mi relación con Chris yéndose a pique, no sabes lo que es vivir veinticuatro-siete pensando en las cosas negativas en tu vida, lo mucho que odio mi reflejo en el espejo, odio lo que veo, odio lo que soy, odio haber permitido que él me humillara, odio que mientras más lo hacía más comía... No tienes ningún derecho a juzgarme —gritó molesta—. el hecho que me hayas follado no te da vía libre para decidir cómo llevar mi vida.

—¿Follarte?

—Es lo que hacemos —masculló, yo limpié la humedad de mis ojos riendo sardónicamente—. ¿O crees que empujarme en un baño y follarme contra el lavabo es amor? Tú no sabes lo que es eso...

—Sarah...

—No, ¡Sarah nada! El hecho de que te haya pedido que me enseñaras, el hecho de que te haya dejado follarme el día que quisieras, a la hora que quisieras y en el momento que quisieras no te da ningún derecho a entrometerte en mierdas que no te importan, Eros. ¡Es mi maldita vida!

—¡Cállate! —Tomé la botella de la que había estado bebiendo y la tiré contra la pared, un grito se ahogó en mi garganta. Sentía que mi autocontrol me abandonaba por completo—. Cállate, cállate, cierra la puta boca, Sarah. Yo te salvé la vida. ¡Yo! —me golpeé el pecho—. Eso me da derecho a decirte que no quiero que te mueras.

—¿Que salvaste mi vida?

—Fui yo quien te encontró inconsciente en la playa —grité la verdad que nunca había querido que ella conociera, no quería que nuestra amistad se viese afectada, no quería que se sintiera avergonzada cómo se sintió con todos después de aquel incidente, quería seguir siendo la persona en quien pudiera confiar, aun cuando no lo había hecho en ese entonces.

—Fue mi tío Max, el que...

—Fui yo, llamé a papá, yo te mantuve con vida haciendo compresiones en tu pecho en lo que él llegaba ¡maldita sea, Sarah! Soy tu amigo, soy tu amante —caminé hacia la salida.

—¿A dónde vas?

Recosté mi cabeza en la puerta, no podía estar más allí con ella, no cuando negaba su condición, no mientras no sabía qué hacer.

—Casi te pierdo años atrás y no quiero volver a pasar por eso, Sarah, no lo quiero porque no sé vivir en un mundo donde tú no estés, porque no quiero vivir en un mundo donde no existas y me he conformado con ser tu amigo porque toda mi jodida vida he estado enamorado de ti y he tenido que conformarme con ser tu amigo, porque me aterra que un error mío te devuelva a la espiral que te llevó a casi perder la vida, así que no voy a quedarme aquí, viendo cómo te lastimas, en lo que tú te repites que todo está bien, no puedo —abrí la puerta y salí del

departamento.

Esperé a que ella viniera a mí, esperaba que pidiera mi ayuda, esperé todo el tiempo algún indicio de que quisiera mejorar, pero ella no vino a mí.

Y yo sabía lo que tenía que hacer.

Pero antes necesitaba pensar.

Abrí los ojos cerrándolos inmediatamente cuando mi cabeza latió como si fuese a explotar, tenía la boca seca, pastosa, como si una zarigüeya hubiese hecho nido en ella, nunca había visto un nido de zarigüeya, pero estaba seguro que el olor debía de ser el mismo, abrí los ojos por segunda vez intentando averiguar en dónde estaba, no recordaba mucho, solo detenerme en una tienda y comprar una botella de Jack. Divisé mi estantería, con algunos trofeos que gané cuando era niño, estaba en casa, bajé los pies de la cama e intenté levantarme, pero volví a caer cuando la habitación giró a mi alrededor, como si estuviese en una jodida montaña rusa. Me senté con la cabeza entre las manos esperando que el mundo se detuviera por un segundo, escuché la puerta abrirse y el grito de Emmerson avisando a nuestros padres que estaba despierto, cerró la puerta y se sentó a mi lado de la cama.

—¡Joder, apesta! —Su voz resonó en mis oídos.

—Baja la voz —mascullé, necesitaba lavarme los dientes.

—Mamá dice que bajas a almorzar, pensamos que estabas en una especie de coma etílico.

—Calla, Emm, largo de aquí —dije a mi hermano empujándolo y dejándome caer sobre la cama de nuevo.

—Bien, ya cumplí mi misión —se levantó—, ¿necesitas que te ayude? Parece que fueras a desmayarte en algún momento.

—Estoy bien, solo deja de gritar —llevé mi mano a mi cara restregándome en ella.

—Haznos un favor a todos y antes de bajar, cúbrete —escuché cuando se fue y la puerta se cerró, los acontecimientos de la noche anterior llegaron poco a poco a mi memoria.

Mi pelea con Sarah, lo enferma que había estado bajo mis narices sin que yo me diera cuenta, lo mucho que me había aprovechado de su vulnerabilidad. Y lo peor fue que accedí a acostarme con ella, ese grito de ayuda debió ser suficiente para que yo viera que ella no estaba bien.

Me sentía como un completo imbécil.

Me levanté de la cama y caminé hacia el baño buscando entre el gabinete el cepillo dental que mamá siempre dejaba allí, lavé mi cara y mi boca sintiéndome un poco más humano y menos basura, me puse un pantalón de pijama, bajé al primer piso donde mis padres y hermanos estaban preparándose para almorzar.

—Te ves fatal —dijo Afrodita.

—Hola también para ti —respondí sentándome en una de las sillas vacías.

—Se ve como si hubiese tomado una botella de Jack Daniels Gold él solo. ¿Qué querías hijo, causarte un coma etílico? ¿Quizá tener un accidente? —Papá dejó dos pastillas blancas y medio vaso de agua a mi alcance.

—Gracias, ¿podrían bajar la voz solo un poco? —pedí sintiéndome realmente mal.

—Te sentirás mejor cuando comas algo —mamá dejó un plato con caldo delante de mí, mi estómago dio una voltereta cuando el olor a pollo nubló mi nariz. Tomé las pastillas y el agua cerrando los ojos un segundo—. Come, hijo —tomé una cucharada llevando un poco de consomé a mi boca.

Intenté no pensar en nada, ni siquiera recordaba a qué hora o cómo había terminado en casa

de mis padres.

—¿A qué hora llegué?

—No llegaste, estabas demasiado ebrio y la policía te detuvo —informó mi padre, no recordaba haber estado en una celda—, afortunadamente el oficial conoce a Jaime y él estaba en la estación a la que te llevaron y llamó a tu madre —Jaime era el gerente de la empresa de seguridad que asistía a mamá cuando tenía un evento—. ¿Qué estabas pensando, Eros?

—Amor —dijo mamá—, déjale comer.

—Lo estoy dejando comer, pero merecemos una explicación —argumentó papá, yo guardé silencio mientras las cucharas seguían chocando contra la porcelana y un leve murmullo llenaba la habitación.

—Sarah está induciéndose el vómito de nuevo —dije de un momento a otro, el murmullo cesó y mis ojos se anegaron en lágrimas—. Ella ha dejado de comer —sorbí mi nariz y coloqué mi mano en mis ojos—, lleva meses sobreviviendo con poco, vomitando cuando come algo, y yo nunca lo vi.

—Eros —mamá salió de su silla, pero no levanté mi cabeza.

—No sé qué hacer, mamá —sollocé—. No quiero perderla... dice que está bien, que puede controlarlo, pero... —miré hacia papá que negó con la cabeza.

—¿Sabes cuál es su peso actualmente?

Fue mi turno de negar.

—No quiero que le pasé nada, papá —solté dejando las lágrimas fluir, mi madre me abrazó —, no quiero que siga lastimándose.

—Ella está delgada, sus costillas pueden verse a través de la piel. —La voz de Afrodita se escuchó lejana.

—¿Tú lo sabías? —dijo papá.

—Lo sospeché desde hace un par de semanas, ella lo negó, ayer cuando nos vestíamos, me di cuenta de que algo sucedía ayer cuando nos arreglábamos para la gala, pero ella insiste en que está bien.

—¿Qué hago? —musité levantando el rostro.

—No puedes hacer nada, hijo, ella está en negación, no va a buscar ayuda, lo importante ahora es llevarla al hospital y examinarla, ver qué tanto peso ha perdido, hacer pruebas y analíticas para evaluar posibles complicaciones.

—¿Sam y Collin saben de esto? —Mi madre nos miró a Afrodita ya mí, ambos negamos.

—Sarah me llamó esta mañana, estaba preocupada por ti —Afrodita fijó su mirada en mí.

—Discutimos anoche, yo perdí el control y no abordé el tema de la mejor manera.

—Necesitamos avisarle a Sam y a Collin antes de hacer cualquier cosa —volvió a decir mamá.

—Aunque Sarah es una adulta ahora, es muy probable que no haga nada por sí misma, dulzura, comunícate con Sam, yo voy a llamar a Taylor Folk, fue el psiquiatra que me asesoró hace unos años cuando descubrimos el trastorno alimenticio de Sarah.

—Terminen de comer chicos —dijo mamá, caminando con papá hacia el estudio.

No tenía apetito. Emmerson, que se había mantenido en silencio, nos miró confuso.

—No recuerdo mucho lo que pasó con Sarah, pero ustedes sí, son sus amigos ¿cómo no pudieron darse cuenta?

—Tengo mucho en las manos con la boda, intenté hablar con ella varias veces, nunca me escuchó —se justificó Afrodita—. Eros, tú vivías con ella, te conté mis miedos en varias ocasiones...

No dije nada, en cambio me levanté de la silla y fui en búsqueda de mis padres.

Mamá estaba al teléfono hablando con la tía Sam, la invitó a venir a casa a cenar y ella aceptó rápidamente, papá hablaba con su amigo el psiquiatra, esperé pacientemente mientras ambos terminaban sus conversaciones.

—Sam y Collin estarán aquí en un par de horas, le dije a Sam que necesitaba ayuda con el catering para la boda y que Collin y tú podían hacer algo de hombres —mi padre sonrió—. ¿Qué? Realmente no se me ocurrió más nada, no podía decirle esto por teléfono.

—¿A la mujer de las cien palabras por minuto no se le ocurrió nada? —arqueó una de sus cejas.

—No, no se me ocurrió, debe de haber algún juego de algo ¿no?

—Folk dice que primero hay que hacerle pruebas, ver qué tan avanzado está el trastorno, accedió a verla mañana en mi consultorio.

—¿No puedes ayudarla tú, papá? —pregunté sintiéndome perdido.

—No va a abrirse conmigo, hijo, quizá lo hizo cuando era más joven, sin embargo, puede no quererme ahora, necesitamos evaluar su salud primero, de eso depende si hay que recluirlo en la unidad de trastornos alimentarios y psiquiatría nutricional o tratarla con terapia, solo Folk tiene el poder para hacerlo —asentí—, volvamos a la mesa.

Capítulo 33

SARAH

Lo vi irse y no me moví de dónde estaba, a pesar de que todo mi ser me gritaba que lo detuviera, lo dejé ir por qué me sentía acorralada, dolida, presionada, sentía que nos vendría bien tomarnos un minuto para pensar o terminaríamos haciéndonos aún más daño del que ya nos habíamos hecho.

Conocía a Eros, daría un par de vueltas por la ciudad y luego regresaría. Tenía que regresar. Me quité los tacones y me subí al sofá... Daría un par de vueltas y regresaría, él vendría.

El sonido de la alarma de mi celular me hizo despertar de un brinco, el sol me pegaba en la cara porque no había bajado las persianas, miré la hora en mi celular, eran un poco más de las once de la mañana, ni siquiera sabía a qué hora me había quedado dormida, estuve esperándolo todo el tiempo, primero viendo videos en TikTok, después escuchando mis listas de reproducción favoritas, incluso intenté leer, pero las horas pasaron y él no llegó, no tenía que ser una adivina para saber que aún no había regresado.

Marqué el número de su celular maldiciendo cuando escuché la melodía desde la cocina.

«¿Dónde estás, Eros?».

El temor a que algo malo le hubiese sucedido se asentó en mi estómago, él había estado bebiendo y estaba segura de que se había llevado el auto. Sin dejar que el miedo se apoderara de mí, marqué el número de Afrodita, afortunadamente ella contestó al tercer timbre.

—¿Está Eros contigo? —dije tan pronto escuché su voz.

—*Buenos días para ti también, caray, no, no he visto a Eros desde ayer, ¿no estaba en casa cuando llegaste?*

No podía decirle que habíamos discutido, eso traería una serie de preguntas de las cuales no tenía ánimo y fuerzas para responder.

—No lo sé —mentí—. Su habitación estaba cerrada cuando llegué y supuse que estaba dormido. Pero acabo de despertar y no está en el departamento.

—*Ya sabes cómo es, seguramente salió a correr y se distrajo con algo* —su tono intranquilo no ayudó a mi angustia, algo en mi pecho me decía que él no estaba bien—. *Si quieres llamo a mamá.*

La línea quedó en silencio unos minutos.

—Tranquila, seguro es como dices, salió a correr.

—¿Estás segura?

—No quiero que preocupes a mis tíos por una corazonada sin sentido.

—¿Estás bien? ¿Eros y tú discutieron? Te escucho preocupada.

—Afrodita ni siquiera lo he visto —volví a mentir, lo malo de las mentiras es que crecen como un castillo de naipes y luego se desploman sin importar cuán veraz te veas—. A lo mejor se fue con alguna chica.

—Sí, ya sabes cómo es mi hermano. ¿Llamaste a su celular?

—Sí, se va a buzón.

—*Eros, es mi hermano y lo amo, pero un día de estos va a contagiarse de una ETS.*

¿Y si había ido con Becca, o con alguna otra de sus antiguas conquistas?

Negué con la cabeza, me había dicho que me amaba, él no se iría con otra, no después de eso...

Pasé tantos años deseando que esas dos palabras salieran de él y me comporté como una imbécil cuando lo hizo.

—*Lamaré a mis padres y preguntaré sutilmente si Eros está en casa, quizá está desayunando con ellos.*

—Sí, quizá...

—*Oye ¿quieres que hagamos algo más tarde? Nos vendría bien ir al spa.*

—Voy a quedarme en casa, tengo algunos trabajos que entregar esta semana en la universidad y también tengo la reunión de proyectos y necesito terminar los análisis de los libros que quiero presentar.

—*Bien, si cambias de opinión avísame y si mi hermano regresa, infórmame también.*

Esperé a que ella cerrara la llamada y luego llevé el celular a mi pecho.

«¿Dónde estás, Eros?».

Sentí una opresión en el pecho, no me dejaba respirar normalmente, como si alguien presionara mi pecho con fuerza. Miré hacia la puerta, como si mágicamente él pudiera aparecer ante mi pensamiento, inhalé despacio intentando ignorar el dolor antes de exhalar, me levanté del sofá, recogí mis tacones y caminé hacia mi habitación, yendo directo hacia el baño, necesitaba lavar mis dientes.

«Casi te pierdo años atrás y no quiero volver a pasar por eso, Sarah, no lo quiero porque no se vivir en un mundo donde tú no estés, por qué no quiero vivir en un mundo donde no existas y toda mi jodida vida he estado enamorado de ti y he tenido que conformarme con ser tu amigo porque me aterra que un error mío te devuelva a la espiral que te llevó a casi morir».

Las palabras de Eros volvieron a mi memoria, su rostro compungido y derrotado hicieron que mi pecho se apretara aún más. Tomando una nueva respiración, agarré el cepillo y la crema dental antes de levantar el rostro y encontrándome con mi reflejo, tenía el rímel corrido, largos caminos oscuros que surcaban mis mejillas, mi cabello estaba enredado y seco.

Tragué saliva soltando la crema y abriendo el grifo, el agua se sintió fría en mis manos, pero no le di mayor importancia, lavé mi cara retirando todo el maquillaje, sin embargo, el espejo me devolvía una imagen aún más desoladora.

Tío Max dijo una vez, que mi memoria había bloqueado todos los malos recuerdos de mi adolescencia, pero recordaba esto.

Sin tener siquiera tiempo de procesar, mis dedos tocaron los círculos cada vez más oscuros bajo mis ojos, mis labios ahora desprovistos de labial estaban tan secos como mi cabello...

No estaba tan mal, había pasado una noche de mierda así que era normal que tuviera ojeras. Intentando enfocarme en otra cosa, tomé el peine y empecé a desenredar los mechones de pelo, ni siquiera me importó que cada vez se cayera más, olvidé mis dientes y abrí la mampara de la ducha sin detenerme a graduar el grifo.

El agua helada se sintió como si mil dagas me cortaran al mismo tiempo, un poco más de la conversación entre Eros y yo vino a mi memoria y negué con la cabeza porque no estaba enferma, solo quería verme bonita, delgada, como Afrodita o Sury.

Lavé mis dientes y salí del baño envuelta en una toalla y busqué uno de los buzos que había robado de la habitación de Eros y unos jeans.

Me apliqué base y polvo para cubrir las ojeras y salí de la habitación sin poder permanecer un segundo más allí, caminé hacia la cocina, prepararía el desayuno para cuando él viniera, me sentaría a hablar con él y lo haría sin exaltarme.

Con un plan en marcha reproduje mi lista favorita de canciones de Spotify y me puse manos a

la obra, preparé panqueques, huevos y bacon. Cuando todo estuvo listo me serví en un plato y me senté frente a él.

No estaba enferma.

Podía comer.

Corté un trozo de panqueque, lo unté con miel antes de llevármelo a la boca, mi cuerpo tembló y sentí el ya familiar retorcijón en mi estómago, pero me obligué a seguir comiendo, incluso tomé un par de panqueques más de la torre.

No estaba enferma.

Estaba a punto de comer mi segunda porción de huevos cuando la puerta se abrió.

Eros entró luciendo abatido, vestía un pantalón de jean y una camisa que estaba segura era de Adonis, me levanté de la isleta cuando rehuyó mi mirada, dejó las llaves en la mesita al lado de la puerta.

—Eros, esta... —cerré la boca cuando el tío Max entró seguido de mis padres, Afrodita y mi tía Eve.

—Eros...

Se giró viéndose culpable.

—Lo siento, nena, necesitas ayuda.

—¡Estoy bien!

Mi estómago dio un retorcijón y sentí un nudo en mi garganta antes de correr al lavaplatos y vomitar, Eros estuvo a mi lado inmediatamente, pero lo aparté de un manotazo sin querer tenerlo cerca, mi cuerpo se estremecía con violencia, el aire me faltaba, no podía respirar, mis piernas perdieron fuerzas sentí los latidos de mi corazón en los oídos y el familiar tirón en la cabeza cuando dejaba todo lo que había comido en el lavaplatos.

-
-
-
-

EROS

—Si no te conociera desde que eres un bebé —dijo Collin levantándose de donde él y Sam habían estado sentados desde que llegaron.

Bajé la cabeza avergonzada, explicarle a la tía Sam el acuerdo al que Sarah y yo habíamos llegado fue mucho más difícil de lo que imaginaba, ni qué decir del tío Collin, había visto cómo empuñaba sus manos en un intento de no darme el puñetazo que sabía que merecía, mamá estaba inusualmente callada.

—Yo lo sabía —dijo papá colocando su mano en mi hombro—. No porque Eros o Sarah me lo hubiesen dicho —mintió—, lo descubrí y lo dejé ser porque, Collin, tú y yo sabíamos que este día llegaría.

—¡Que se enamoraran no que mi hija estuviese de nuevo haciéndose daño, sabía que dejarla viviendo contigo era una muy mala idea!

—No culpes a Eros por esto, Sarah es vulnerable, nos ocultó sus problemas con Christopher. Eros era la mejor persona para cuidar de ella cuando todo terminó, ella te ama, Afro, pero todos aquí sabemos que si iba a abrirse con alguien era contigo, hijo, no tienes la culpa de lo que está

sucediendo.

—Yo la usé —dije sin levantar la mirada.

—Ambos se usaron.

—¡Tú lo sabías! —dijo mamá—. Lo sabías y no me dijiste nada.

—Como dije, lo descubrí, no es como si Eros hubiese venido a mí por un consejo —rebatí, yo tragué el nudo de mi garganta, podía sentir la tensión en la habitación, quizá por eso mi padre estaba jugando al abogado del diablo. diciendo verdades a medias.

—¿Qué hacemos ahora?

Collin se giró mirando a su esposa.

—Lo que haya que hacer —miró a mi padre.

—Llevarla a un hospital, realizar pruebas, analíticas de sangre, un electrocardiograma, hacer un pesaje, determinar su estado de salud y si es mejor llevarla a un centro de trastornos alimentarios.

Sam empezó a llorar y mi madre dejó mi lado para acercarse a ella.

—Yo la vi anoche, ella estaba bien —murmuró Collin—, no vi en ella indicios de bulimia tampoco la vi muy delgada.

—¿Tienes idea de cuánto lleva haciendo esto? —preguntó papá.

—Desde la prueba de pastel, un poco antes —respondió Afrodita rápidamente. Y yo asentí.

—Comía muy poco cuando recién llegó al departamento, pero ella decía que era todo lo que podía comer y yo le creí, bajó de peso, pero...

—¿Te acostabas con ella y no lo notaste? —preguntó Collin con rabia, empuñe mis manos sin saber qué responder, sentía su cuerpo, sus costillas, pero estoy acostumbrado a estar con mujeres que son delgadas, aunque sanas.

—Yo... Yo no me di cuenta de que...

—¡Porque pensabas con la polla! Era tu mejor amiga, Eros —gritó y tragué con fuerza.

—Yo le dije que comiera mejor, yo le dije que...

—¡Y aun así no dijiste nada! —volvió a gritar acercándose a mí, papá se puso entre los dos, la atmósfera se puso aún más pesada.

—Cálmate, Collin, nadie tiene la culpa aquí, Eros y Sarah son adultos, su vida y su sexualidad son completamente del interés de ellos, lo que tenemos que hacer ahora es ayudar a Sarah.

—¿Entonces qué demonios hacemos aquí, Max? ¿Por qué no han ido por mi hija?

—Porque hay que pensar en la posibilidad de que ella se niegue a tomar tratamiento y es ahí donde tú y Sam entran, necesitábamos hablar de esto primero con ustedes.

—Quiero ir con mi hija —dijo Sam—, Collin y yo haremos lo que sea con tal de que esté bien, así vaya en contra de su voluntad.

—Ese es el problema, para que cualquier tratamiento surta efecto, ella debe querer que funcione.

—Ella va a querer, estoy segura, Max, de que mi hija no quiere morir —aseguró Samantha.

—Yo la amo —dije sin mirar a nadie en especial—, la amo, no puedo perderla de nuevo, no sé si después de lo que hemos vivido pueda seguir siendo solo su amigo.

—Pues esto no se trata de ti, amigo —refunfuñó Collin—. Tú harás lo que mi hija quiera que hagas —sentenció—. ¿Entendido, Eros?

Asentí, porque haría lo que fuera para que ella estuviera bien.

El camino a mi departamento fue eterno, a pesar de que solo nos separaban un par de cuadras,

a pesar de que mis tíos querían ser los primeros en entrar papá los convenció de que lo mejor era que lo hiciera yo. Subimos juntos al elevador y esperaron mientras abría y entraba al departamento, Sarah estaba en la isleta había una mini torre de panqueques, el departamento olía a tocino y huevos, dejó la cucharada que llevaba a su boca y saltó tan pronto me vio.

—Eros... —antes de que pudiera decir algo, todos entraron al departamento, Sarah me miró, a sus padres y mis padres, y luego a mí de nuevo—. Eros...

—Lo siento, nena, necesitas ayuda...

En un segundo estaba gritando que estaba bien y en el siguiente, estaba devolviendo el contenido de su estómago en el lavaplatos, corrí para ayudarla pero ella me alejó con su mano, sus piernas se doblaron y se agarró de la orilla del lavado, di una mirada a mi madre que se acercó junto con la tía Sam, una la sostenía, la otra le agarraba el cabello.

Tragué el nudo en mi garganta e ignoré la punzada de dolor en mi pecho ante su rechazo.

Capítulo 34

EROS

Me alejé de ella y mi padre se acercó colocando su mano en mi hombro, Sarah se detuvo medio minuto después, a pesar de que seguía teniendo arcadas no había nada en su estómago, la culpa cayó como una pesada loza dentro de mí. Tía Sam la ayudó a llegar al sofá mientras mamá limpiaba el lavaplatos.

El apartamento quedó en silencio, como una niebla densa y penetrante, el primero en hablar fue el tío Collin.

—Nena.

Solo bastó que ella escuchará su voz para que Sarah se quebrará completamente, llevó las manos a su rostro, su cuerpo se estremeció sollozando y negando con la cabeza y repitiendo que estaba bien, que ella lo controlaba, pero ya era claro para todos nosotros que no era así.

Me sentía como una escoria, el corazón me dolía, el pecho lo tenía tan apretado que apenas lograba respirar.

Collin se acercó a ella mientras Sam la abrazaba, por unos minutos Sarah se dejó cobijar por sus padres, pero luego los alejó, alzó la mirada retirando las lágrimas de su piel y me acusó con sus ojos humedecidos por el llanto.

—Tú —se levantó y caminó hacia mí—. ¿Quién crees que eres? —gritó—. ¿Por qué los trajiste? —me empujó hacia la pared, yo quedé en shock sin saber qué hacer o qué decir—. ¡No tenías ningún derecho, Eros, ninguno de meterte en mi jodida vida privada, estoy bien, maldita sea! —Se giró hacia nuestros padres—. Tenía siete kilos de sobrepeso y quería bajarlos, hice una dieta eso no significa que tenga anorexia de nuevo.

—Y es ahí donde te equivocas —papá habló acercándose como si Sarah fuese un animal que podía huir o atacar—. No tienes anorexia de nuevo... siempre la has tenido y siempre tendrás un trastorno de alimentación.

—¡Lo tengo controlado!

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo sólido? —cuestionó, ella abrió la boca, pero papá la interrumpió—. Sin que lo hayas vomitado.

—No me estoy induciendo el vómito, ¿por qué no me creen?

—Te creo —papá caminó un paso más—. Te creo, pero estamos preocupados, te amamos, Sarah.

—Ya no tengo dieciséis, sé cuidarme sola.

Papá negó con la cabeza.

—No me has dicho cuándo, pero no importa. ¿Cuánto estás pesando?

—Cincuenta y cinco kilos, quizá cincuenta y uno, no lo sé, he estado activa, como sano, poco, tengo sexo —me miró—. ¡Ya le contaste a nuestros padres que tenemos sexo por unas putas cartas!

—Sarah.

—No hables —sentenció y se giró hacia nuestros padres—, le propuse a Eros follar y aunque dudó, terminó diciendo que sí.

—No hagas esto, te dije lo que sentía por ti —murmuré.

—¿Y piensas que te creí? Vamos Eros no soy estúpida, fui un coño dispuesto y no desaprovechaste la oportunidad.

Caminé hacia ella completamente molesto.

—No digas cosas de las que te puedes arrepentir.

—Ya me arrepentí de todo lo que hice, Eros...

Negué con la cabeza.

—Voy a hacer de cuenta que no he escuchado esto, porque no eres tú quien está hablando, sé que estás dolida pero no voy a quedarme observando cómo te lastimas...

Ella se rio, una sonrisa sarcástica desprovista de todo lo que ella era.

—Ya no voy a necesitar más de tus servicios, gigoló.

Algo en mi interior se rompió, como si ella me hubiese propinado un puñetazo directo en el pecho, di dos pasos hacia atrás negando con la cabeza, sin poder creer lo que salía de su boca, aferrándome a la idea que Sarah en este momento era un animal herido y asustado que solo atacaba por protección, aun así, dolía, cada uno de sus ataques, sus palabras llenas de odio y resentimiento eran un disparo a sangre fría directo a mi alma herida.

—Sarah —papá llamó su atención—. No evadas mi pregunta, ¿cuánto estás pesando? ¿Cuándo empezó todo esto?

—Te amo, tío Max pero ¿qué mierdas te importa?

—¡Basta ya! —gritó Collin—. Basta, contesta la maldita pregunta, esta no eres tú, hija, me niego a creer que seas tú

—¿Por qué? ¿Porque me aburrí de ser la dulce y tierna Sarah o porque estoy harta de que me vean como la pobre niña que casi muere?

—Sarah, necesitas mejorar, te necesito conmigo en la boda —dijo Afrodita que había permanecido en silencio.

—Tú cállate también, *la boda, la boda, la boda*. ¡Me importa una mierda tu puta boda! —negó con la cabeza—. Eres una maldita molestia, Afrodita Evans Farell, eres egoísta, hueca, mimada y una jodida egocéntrica.

Fue el turno de Afrodita de sentir el disparo en su corazón. El rostro de mi hermana se descompuso, sus ojos se llenaron de lágrimas que se deslizaron rápidamente por sus mejillas.

—¡Déjenme en paz! ¡Todos déjenme en paz! —dijo Sarah en un grito desesperado.

—Hay una báscula —dije sin mirar a nadie—, no sé dónde está, pero hay una báscula, una que no es mía.

—Ve por ella, Afrodita.

Aun en shock, mi hermana caminó hacia la habitación de Sarah.

—No voy a pesarme —farfulló con chulería.

—Sí vas a hacerlo —ordenó Collin—. No sé qué rayos pretendes, pero no voy a tolerar la falta de respeto, si tú no te amas, Sarah yo sí te amo y no voy a permitir que la historia se repita.

Afrodita llegó con la báscula y se la entregó a papá.

—Estaba en su baño —se encogió de hombros y atraje a mi hermana a mi pecho, ella se recostó a mi apretando pedazos de la tela de mi camisa en los puños.

—Ustedes dos —dijo papá—, salgan de aquí.

—Pero... —me alejé de mi hermana.

—Sin peros, Eros, por una vez en la vida haz lo que te ordeno —sentenció papá—, tomé a Afrodita de la mano al tiempo de que papá colocaba la balanza en el suelo—. Eres una mujer de veintitrés años, una adulta consciente de que tiene una enfermedad... —dejé la puerta abierta de mi habitación para escuchar lo que sucedía en la sala.

—Ella no dijo todo eso en serio —dijo Afrodita sorbiendo su nariz, como si lo dijera más para ella que para mí—. Estoy segura de que está asustada —tomé de nuevo la mano de Afro y la

senté a mi lado.

—Sarah es tu mejor amiga, estoy seguro de que cuando el enfado pase, ella va a estar muy avergonzada contigo.

—Lo que dijo de ti... joder, Eros, si no estuviera estudiando psicología, creo que no podría entender su actitud.

—Conocemos a Sarah y esa mujer que está allá afuera no es ella, es una persona rota que ha sido descubierta. Ella sabe que la amo.

—Se lo dijiste.

Asentí.

—Estás madurando, hermanito... todo saldrá bien, ¿verdad?

—Sí, niña mimada, todo estará bien —dije atrayéndola a mi pecho, pero la verdad es que no lo sabía.

SARAH

—Eres una mujer de veintitrés años, una adulta consciente que tiene una enfermedad... así que apelo a esa mujer adulta y le pido, por favor, que se quite la camisa y se suba a la báscula.

Tragué grueso sin saber qué decir o qué hacer. Todos esperaban que subiera a la báscula, pero sabía que, si lo hacía, estaría perdida.

—Sarah —negué con la cabeza abrazándome a mí misma, mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, bailaba entre la furia y la desolación, abrumada por los sentimientos que se peleaban por ser el que más sobresaliera. Me sentía como esa vieja película de James McAvoy donde sus múltiples personalidades tomaban posesión de su cuerpo, en el mío eran los sentimientos, la traición, la rabia, el dolor, el miedo, la tristeza... la tristeza que había visto en los ojos de Afrodita después de que vomitara hacia ella todo mi odio.

—Estoy aquí —dijo mi tío Max—. Ya te ayudé una vez, te volveré ayudar.

—Mientes, fue Eros quien me salvó.

—Sí, mi hijo te encontró, pero ¿no fui yo quien te dio la mano y te acompañó el resto del camino? Solo sube a la báscula, te aseguro que todo estará bien.

La habitación estaba completamente en silencio, solo la voz del tío Max y su mano extendida hacia mí. Tomé su mano cálida entre la mía y me subí a la báscula sin quitarme el suéter, a pesar de que él me lo había pedido.

—Maldición, Sarah —susurró con voz baja, al final, la desolación le dio una patada mortal a la furia que lastimó al dolor y la traición dejando solamente dolor y tristeza. Bajé la mirada para no mirar a ninguno de los que estaban en la sala—, necesitamos ir al hospital.

—Iré por sus zapatos —dijo la tía Eve, sentí los brazos de mi papá arroparme y besar el tope de mi cabeza, entonces me aferré a ellos desmoronándome por completo.

Lo siguiente pasó como un borrón, mi mamá me ayudó con los zapatos y mi papá me guio hacia el auto, el edificio de Vitae estaba a unos cuarenta minutos desde el departamento, papá hizo el recorrido en veinte, caí en cuenta que el tío Max también llegó, una enfermera estaba esperándome con una silla de ruedas, un doctor de estatura baja, ladró órdenes, me llevaron a una habitación y luego vinieron las enfermeras para extraerme sangre.

No dije nada, no lloré, era como si mi cuerpo se hubiese entumecido, en todo lo que podía pensar era en Eros quien me había traicionado, en Christopher y su mal amor. Veía la gente pasar

de un lado a otro, vi a mamá llorar, a papá abrazarla, vi al tío Max pelear con alguien, vi un nuevo doctor que no había visto antes y luego conectaron electrodos a mi pecho.

Una especie de pitido se instaló en mis oídos, cerré los ojos para no ver la mirada lastimera en el rostro de mamá y fingí dormir cuando Asher y Sury llegaron a mi habitación.

Fingir.

Mi vida se resumía en eso.

A fingir que no estaba locamente enamorada de Eros.

A fingir que me gustaba probar dietas nuevas, porque quería ser delgada.

A fingir que amaba a Christopher.

A fingir que sus palabras no me lastimaban,

A fingir que podía con todo, cuando en verdad no podía con nada. La realización de saber que mi vida entera estaba basada en simular hizo que mi mundo diera un giro de ciento ochenta grados y una nueva emoción se sumó a los sentimientos que me desbordaban... la vergüenza.

En algún momento, los acontecimientos del día me pasaron factura dejándome sin aliento, cerré los ojos y me mantuve en una duermevela intranquila.

Abrí los ojos al escuchar la puerta de la habitación abrirse, mis padres, mi hermana y mis tíos rodearon al doctor que me recibió en la entrada de Vitae.

Me obligué a escuchar lo que el doctor decía.

—Los análisis muestran niveles bajos de calcio, magnesio, electrolitos, hemoglobina y vitamina D. En el electrocardiograma se evidencia una alteración en el ritmo cardiaco, su bradicardia es menor de sesenta latidos por minutos, y una taquicardia mayor a 100 latidos. ¿Hace cuánto está así?

—Eros y Afrodita están afuera, pero ninguno de los dos tiene claro cuándo comenzó la recaída, mi hijo dice que puede ser cosa de unas semanas o un par de meses, nuestra última consulta fue hace ocho meses, ella estaba estable emocionalmente y le di de alta porque me lo solicitó —dijo el tío Max.

Había sido más tiempo, casi un año, me avergonzaba que Chris supiera que asistía a terapia, no quería que él se enterara de mi pasado.

—Debería estar entre setenta y setenta y cinco kilos y pesa solo cincuenta kilos, su estado no es crítico, pero sí de cuidado, necesito hablar con ella a solas antes de tomar una decisión sobre qué tratamiento vamos a implementar, pasará esta noche aquí y mañana haremos los exámenes que hacen falta, pero yo recomiendo internarla de cuatro a seis semanas, mientras encontramos el detonante de la recaída.

Cerré los ojos intentando no llorar, pero fue en vano, una lágrima descendió por mi sien y a esa le siguieron muchas más.

Capítulo 35

EROS

Afrodita hablaba conmigo, pero realmente no la estaba escuchando, estaba desesperado por saber noticias de ella, ya llevábamos mucho tiempo en el hospital y nadie nos decía nada.

Tío Collin y tía Sam no habían salido de la habitación, incluso cuando Sury llegó pensé que nos podía decir algo, pero ella tampoco había salido.

Mi padre caminaba de un lado a otro, había escuchado a mamá discutir con él por el acuerdo que Sarah y yo habíamos hecho y porque él no había hecho nada para detener esa tontería.

Nunca había visto a papá tan enojado como cuando le dijo a mamá que su propia historia también había comenzado con una tontería. Luego ambos se habían dispersado, era lo que hacían cuando tenían alguna discusión.

La puerta del cuarto de Sarah se abrió y el doctor que llevaba su caso se acercó a papá.

Hablaron por un par de minutos y luego se despidieron, salté de la silla inmediatamente yendo hacia él.

—¿Qué te dijo? —pregunté, papá espero a que Afrodita se acercará.

—Sus niveles de calcio, potasio y vitamina D son bajos, más no críticos, su electrocardiograma tiene alteraciones que necesitan ser evaluadas, pero la pérdida de peso es preocupante. ¿En Serio no tienes idea de cuándo empezó todo esto?

—No lo sé. Me devano la cabeza pensando en cuándo empezó todo esto, cuándo dejó de comer, porque ella lo hacía, papá, comíamos juntos.

—¿Sabes si tomaba algún medicamento? Laxantes o píldoras para adelgazar —negué con la cabeza—. El doctor quiere dejarla esta noche en observación, es necesario que hable con ella.

—¿La internarán? —preguntó Afrodita.

—Lo más probable es que esté de cuatro a seis semanas.

—Bien, puedo hablar con Thiago, retrasaremos la boda y...

—¿La boda? —dije sin poder creerlo—. ¿Es eso lo que te preocupa ¡la puta boda!?

—Eros... —papá colocó su mano en mi hombro.

—¡Eros no, papá! Ella se moría, moría lentamente ante los ojos de todos y, como hace años, nadie lo notó, nadie hizo nada.

—Ella vivía contigo —explotó Afrodita—. Eras tú quien se la tiraba y no siquiera lo notaste, no puedo casarme, no sin mi mejor amiga.

Abrí mi boca para hablar, pero papá detuvo lo que iba a decir.

—¡Basta los dos! Sé que esta situación no es fácil, ni para Sarah, ni para los que la rodean, ponernos a discutir por quién vio o notó algo es una tontería que terminará arruinándonos a los dos y Sarah no necesita esto, ella necesita apoyo, comprensión, no a sus dos amigos peleando.

—Quiero verla —dije interrumpiendo a papá—, necesito verla.

—Por ahora solo su familia puede verla, le han dado un sedante y esperan que pueda dormir toda la noche. lo mejor es que vayamos a casa y venir mañana por la mañana.

—No —sentenció con rudeza—, no me voy a mover de aquí hasta que pueda verla, hablar con ella, tiene que saber que lo que le dije es cierto, papá, que no la dejaré sola.

Papá deslizó su mano por mi cuello atrayendo mi cabeza a la suya.

—Sé lo que estás sintiendo, pero no hay nada que puedas hacer por ella, ahora mismo debe de estar dormida.

—Pasaré a despedirme de Sam —dijo mamá que se había mantenido en silencio.

—Iré contigo —me solté del agarre de papá—. Por favor.

Mamá asintió, tomó su mano dejando que ella fuese quien me llevara.

Tan pronto entramos a la habitación, mi mirada se encontró con la camilla donde Sarah estaba recostada, ahora que no llevaba maquillaje y usaba esa jodida bata de hospital, podía evidenciarse lo enferma que estaba, mi cuerpo se estremeció, mi corazón dolía, mis piernas temblaron y mamá apretó mi mano en una muestra de apoyo, mamá caminó hacia la tía Sam que estaba con el tío Collin sentados en el sofá, levanté la mirada encontrándome con los ojos entrecerrados de Sury, ella estaba sentada a un costado de la cama, se levantó y caminó hacia mí levantando su mano y golpeando mi mejilla con fuerza.

—¡Sury! —tío Collin se levantó del sofá alejándola de mí.

—¡Se supone que la cuidabas! —reclamó—. La dejé contigo porque ibas a hacerlo.

—Yo... —mi voz se quebró—, yo la cuidé... yo estaba...

—¿Follándola?

—¡Sury! —Esta vez fue mamá la que gritó.

—¡Yo la amo!

—Bonita forma de amar la que tú tienes, un maldito contrato —resopló.

—Era un acuerdo y si no era yo, lo haría con algún compañero de la universidad...

—Claro y tú no podías perder esa oportunidad —me interrumpió—, porque tú eres el que más folla, ¡la puta polla de oro de Estados Unidos! —satirizó—. ¿De verdad crees que Sarita iba a ir con algún chico a pedirle que le follara? ¡Maldita sea, la conoces! Ella estaba rota y tú te aprovechaste —negué con la cabeza—. ¡Sí! ¡Lo hiciste!

—Sury ya basta —dijo la tía Sam

Bajé la cabeza, las palabras de Sury golpearon mi alma ya rota y adolorida, ella tenía razón, yo conocía a Sarah, yo sabía que ella no lo haría. Di dos pasos hacia atrás.

—Eros —escuché a mamá antes de girarme y salir de la habitación, escuché a mi madre gritar que no era justo.

Papá me llamó, pero no escuché a nadie, necesitaba salir del hospital.

SARAH

Miré el goteo de la intravenosa, era como una especie de música alrededor del caos que era mi vida.

Tic tac.

—Sarah.

Miré al doctor Folk, había llegado hacía unos veinte o quizá treinta minutos, no es como si los hubiese estado contabilizando o prestando atención a lo que decía, también sacó a mamá y papá de la habitación lo que había sido un gran alivio.

—¿Hace cuánto entraste en crisis?

Miré un mechón de mi cabello intentando recordar cuántas calorías tienen los sueros.

No recordaba si tenían 1500 o 1200 calorías.

—¿Sarah? —mi mirada volvió con el doctor—. Necesito que respondas a mis preguntas —miré el techo de la habitación, era blanco, impoluto, como eran los hospitales—, ¿te sentirías

mejor si hago que Maximiliano entre a la habitación?

No dije nada, tampoco hice alguna señal que le diera a entender al doctor que estaba escuchando, sinceramente quería que se fueran todos.

El doctor Folk negó con la cabeza y se levantó de la silla, lo vi caminar hacia la puerta y salir, dejé que un suspiro de alivio me invadiera, desafortunadamente no duró mucho tiempo, la puerta se abrió otra vez y cerré los ojos preparándome para la mirada de lastima de mamá y papá, incluso la de Sury, había tenido que enfrentarme a todas ellas cuando desperté en la mañana, incluso pude ver la mirada de decepción de papá cuando intenté comer el desayuno de la clínica y terminé envuelta en mi propio vómito.

Entonces el doctor Folk dijo que me pusieran el suero.

El tío Max fue quien entró detrás, caminó hacia mí sentándose en la cama y tomando mi mano entre la suya.

—Hola, pequeña —mi pecho se contrajo—. Sarah necesitas colaborar con el doctor Folk —seguí sin decir nada—. ¿Quieres hablar conmigo? —bajé mi mirada hacia su mano, se parecía a la de Eros, mucho más curtida y con algunas arrugas, pero Eros tenía la misma forma de los dedos y las uñas—. ¿Estabas tomando algunas píldoras para adelgazar?

Lo miré y luego desvié mi rostro hacia la ventana, lo único que podía ver era la otra torre de Vitae.

—Sarah...

—No —enuncié en voz baja, el doctor Folk se acercó y mi tío apretó mi mano.

—¿Laxantes?

—No... —negué con la cabeza—, solo una vez —mi voz salió muy baja.

—¿Hace cuánto? —Su voz era pausada, como chocolate de taza, caliente y suave.

—Un par de semanas...

—¿Te sientes bien?

—Quiero irme a casa —dije mirándolo a los ojos.

—Sabes que no lo harás, te llevaremos a un CTA —sentenció, yo negué con la cabeza—. Sarah, eres una adulta ahora, una adulta con una recaída de anorexia nerviosa, necesitamos diagnosticar en cuál de los subtipos recaíste, es por ello que tienes que contestar las preguntas —no dije nada—, ¿tenías atracones? —negué—. Simplemente no comías —aseguró—, ¿hace cuánto?

—Dos meses un poco más, pero si comía, lo tenía controlado

—¿Controlado? Pesabas menos de cincuenta kilos.

—Quería llegar a cuarenta y cinco —respondí rápidamente—. Tenía una meta e iba a parar.

—¿Por qué? —Me recosté en la cama dispuesta a acabar con la conversación—. Sarah, en nuestra última terapia, tenías un cuerpo sano, hacías ejercicio no invasivo ni excesivo, comías saludable, ¿qué cambio? —me puse en posición fetal y cerré los ojos, escuché la puerta abrirse y cerrarse—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Asentí.

—¿Entonces por qué no hablas conmigo?

Silencio.

—Afuera están Afrodita y Eros, ambos quieren verte.

Me encogí aún más negando con mi cabeza.

—No quiero verlos.

—Sarah.

—Diles que se vayan.

Mi tío Max se levantó del sofá.

—No querrán irse, ambos se sienten culpables por lo que te sucedió, es la segunda vez que lo sienten, hace años les dije que eran niños y no podían saberlo, pero ahora son adultos, Sarah y están sufriendo, tanto como tus padres; todos los que te amamos estamos preocupados por ti, venciste una vez el monstruo feo y esquelético de la anorexia, yo sé que puedes hacerlo de nuevo, pero para ello necesitas sacar de tu interior todo lo que te está lastimando. Es la única forma de que empieces a sanar.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—El doctor Folk salió a organizar tu traslado a Equilibrio, el lugar donde estarás internada por un par de semanas... Eres una chica fuerte, apelo a esa chica para que no se deje vencer, no esta vez —se acercó y dejó un beso en mi sien—, te amamos, Sarah, todos nosotros te amamos.

Capítulo 36

EROS

Tres semanas pasaron desde la fiesta de Vitae, la vida seguía su curso, pero yo me sentía fragmentado, una parte de mí seguía con la vida, iba a clases, hacía trabajos escolares, terminé mis exámenes, trabajaba en el nuevo Fetiches, comía, dormía, cumplía con mis deberes en Fetiches.

La otra parte seguía con ella.

Dos semanas sin saber de ella, sin tenerla, sin abrazarla o besarla, dos semanas sin perderme en sus ojos.

Ella no me quería, no había permitido que habláramos cuando fui a buscarla al hospital y en Equilibrio, el lugar donde estaban tratando su trastorno, solo podía ver a dos personas y una de ellas era mi padre, sin embargo, él tampoco me decía nada.

—Oye —la voz de William me hizo levantar la mirada, llevaba no sé cuánto tiempo observando a la gente bailar desde el VIP de Fetiches—. ¿Estás bien? —asentí—, ¿pensando en ella? —suspiré—. ¿Sabes que ella está enferma? Necesita sanar antes de hablar contigo.

—Está enferma para mí, pero fue su decisión hablar con Afrodita antes de que la llevaran a Equilibrio —dije con desdén.

—Bueno las mujeres son raras —saqué el vapeador del bolsillo y lo llevé a mi boca, no era fan del aparatito, pero ayudaba a relajarme cuando más estresado estaba—, Afrodita y ella son amigas

—Yo soy su amigo —vapeé y dejé que el humo saliera.

—Esa mierda mata, prefiero que te fumes un cigarro, viejo —me reí sin reírme realmente—. Como te decía, las mujeres tienen un extraño código de amistad que solo entienden ellas.

Durante un par de minutos ninguno de los dos dijo nada.

—Yo ya me voy, quedé de ir por Ashley.

—Ve, voy a quedarme un rato más.

—¿Seguro?

Vapeé y expulsé el aire antes de asentir.

—Deja eso, Eros, en serio... Ah, y Johnny tiene prohibido darte alcohol.

—¿Por qué diablos prohibiste eso? —me giré viéndolo con los ojos entrecerrados.

—Porque no cagas donde comes, y tú, querido primo, la liaste parda hace una semana. Si vas a beber, no bebas aquí, es la regla de mi padre.

El tío Jay podía irse a la mierda. Si quería beber iba a hacerlo.

William sacó su celular leyendo lo que parecía ser un mensaje.

—Tengo que irme, Ashley me espera. ¿Seguro de que estás bien?

—¡Joder, sí! Ya me prohibiste beber.

—No te lo prohibí, solo no bebas aquí —se giró para irse—. ¿Irás a la cena de Acción de Gracias mañana en casa de los abuelos? —dije que sí con la cabeza—. Entonces nos vemos allí.

Lo vi irse. No quería asistir a la dichosa cena, sería la primera sin ella, fue en una cena de Acción de Gracias que la encontré en la playa casi sin vida, los primeros años después del episodio cuidé de ella, fue el momento en que nuestra amistad se afianzó. Afrodita tenía a Thiago y andaban juntos o en el teléfono, yo tenía todas las chicas que quería o eso pensaba, porque mientras más estaba con ella, más me enamoraba de su manera de ser, de sus gestos y su sonrisa

y me dio miedo, porque no quería dejar de ser quien ya era, y tampoco quería lastimarla.

Tenía dieciséis, follaba a cualquier chica linda que dijera que quería compartir la cama conmigo, estaba en la época del experimento, de las hormonas vueltas locas y cuando me di cuenta de que la amaba, me alejé solo un poco para no caer, sobre todo después de que mi hermana amenazó con castrarme si le hacía daño. Guardé todos mis sentimientos en un baúl imaginario y me quedé solo como el amigo sin compromisos.

Entonces ella volvió y ahora no sabía cómo esconder todos los sentimientos que florecieron con su estúpido juego de las cartas.

Estaba a punto de irme a casa cuando vi a Becca entrar con un par de amigas, había perdido peso y se veía que no quería estar ahí, elevó la mirada y nuestros ojos se encontraron, ella sonrió, había olvidado completamente que tenía que hablar con ella. Respiré profundamente y le hice una señal para que subiera, luego avisé al guardia de seguridad.

No podía tener esta conversación sin un trago, pero ya que Will bloqueó mi consumo de licor, pedí una coca y me ubiqué en una de las mesas.

Becca se veía aún peor de cerca, se detuvo cuando exhalé el humo del vapeador y luego se acercó.

—¿Podrías dejar de hacerlo? Hace daño al bebé

Tapé el vaper y le ofrecí el asiento frente a mí, ella lo tomó rápidamente.

—¿Qué quieres tomar? —pregunté indiferente.

—Agua con gas, por favor.

Esperamos a que una de las meseras del VIP trajera mi coca y su agua.

—¿Cómo estás? —hablamos al unísono

—Entonces sí estás embarazada —musité, ella llevó las manos a su vientre que aún era plano y asintió—. ¿Es mío? —volvió a asentir—. Por favor, Rebecca, siempre fui muy cuidadoso.

—Los condones no son cien por ciento seguros y tú lo sabes.

—Tú te cuidabas.

Sacó su celular buscando en él y luego me enseñó un ultrasonido en donde podía divisarse un bebé, cabeza, cuerpo y extremidades, no sentí absolutamente nada por la imagen, ni ternura, ni calidez, nada.

—Yo me cuidaba, lo sé, pero mi anticonceptivo falló, tengo casi doce semanas, Eros, estábamos juntos en septiembre.

—Terminamos a mediados de septiembre, Becca, no vas a decirme que no has estado con nadie más —bajó la cabeza y se quedó en silencio—. Estuviste con alguien más.

—Eros...— ella estaba avergonzada.

—Becca, ¿estuviste con alguien sí o no? —pregunté enérgicamente.

—Fue una vez y...

—Por una vez también se embaraza —la interrumpí.

—Usamos protección —justificó.

—Los condones no son cien por ciento seguros y tú lo sabes —repetí lo que ella me había dicho y negué con la cabeza pasando la mano por mi cabello—. ¿Lo conozco? —ella negó con la cabeza—. ¿Lo conoces?

—Nos conocimos aquí, fue algo de una noche y...

—Entonces no estás segura de que el bebé sea mío —interrumpí.

—Eros...

—Quiero una prueba de ADN, si el bebé es mío correré con sus gastos, acordaremos una buena pensión por manutención y...

—¿No nos casaremos? —fue su turno para interrumpir.

Resoplé.

—No, Becca, no puedo casarme contigo porque vayas a tener un bebé, para casarse se necesita amor, complicidad.

—Yo te amo —interrumpió de nuevo—. Éramos tan buenos.

—Tanto que te revolcaste con otro tipo apenas terminamos —tomé un trago de mi Coca Cola.

—Estaba enojada contigo, Eros, este bebé te necesita...

—Si es mi hijo me tendrá, compartiremos la custodia, te daré una buena pensión, él bebé me tendrá. Te lo seguro, ¿tus padres saben del embarazo?

—Ellos me apoyan.

—¿Piensan que soy el padre? —asintió—. Soy consciente de que hacer una prueba de embarazo en la etapa de la gestación es riesgoso tanto para ti como para el bebé, es por ello que puedo esperar hasta que nazca... eso sí, Becca, no sigas enviándole mensajes a mi madre, tampoco continúes con los rumores en la universidad, afrontemos esto como personas maduras, fui sincero contigo cuando te dije que no te amaba, que no teníamos una relación, lo nuestro era un acuerdo —la boca me supo a hiel—, teníamos que afrontarlo como tal.

—Lo sé —se vio derrotada y tuve el impulso de abrazarla, pero solo traería más confusión.

—¿Necesitas algo ahora que estás en el embarazo? —pregunté genuinamente interesado.

—Mis padres tienen un buen seguro y están cubriendo los gastos —tomó de su agua—. No te preocupes por ello ahora.

—Bien, entonces, ¿amigos? —tendí mi mano hacia ella—. Becca, si ese bebé nos une, mínimo debemos ser amigos, si no es mío, eres una mujer maravillosa y por supuesto me encantaría tener tu amistad.

—No sé si pueda ser tu amiga Eros, te repito, tú y yo éramos muy buenos juntos —tendió su mano sobre la mesa y la tomé apretando mis dedos contra los suyos.

—Sí follábamos de maravilla, pero era solo eso, follar, nunca fuimos a una cita o hicimos algo más allá que no involucrara el sexo. Nunca fuimos una pareja.

Entendí que a pesar de que Sarah y yo también teníamos un acuerdo, con ella todo había sido diferente, experimente el sexo de una manera completamente distinta a lo que acostumbraba Sarah y yo compartíamos casi todo, las últimas dos semanas que estuvimos juntos no dormí un solo día en mi habitación, la mayoría de veces estábamos en la suya disfrutando de su piel y sus gemidos, mi pecho se apretó, mientras Becca se levantaba de su silla para darme un abrazo que rompía todas mis partes sentidas.

Becca se fue un par de minutos después, no sin antes pedirle que me mantuviera informado de su embarazo, si era mi bebé quería estar al tanto y si no lo era, al menos había sido un buen amigo, ella y sus amigas querían buscar al hombre misterioso, pero sabía que nunca lo encontrarían, la cantidad de personas que entraban y salían de Fetiches todos los días. Era por ello que, a comienzos del próximo año, Will y yo renovaríamos el lugar desde cero para hacerlo mucho más exclusivo.

Terminé mi coca y me fui a casa, me detuve en una licorería y compré una botella de mi buen amigo Jack.

-
-
-

No sabía qué hora era, tampoco me importaba. El celular había sonado en gran parte de la noche, pero yo había estado fuera en el balcón en compañía de mi botella, la Luna y mi viejo

iPod que reproducía una y otra vez *The Loneliest*.

Llevé mi pesado trasero ebrio a la cama después del amanecer y si no fuera por el imbécil que aporreaba mi puerta como si el mundo estuviese llegando a su fin, seguramente hubiera seguido en el mundo de los sueños soñando con mi cuerpo cubriendo el de Sarah diciéndole que la amaba.

Me tambaleé hacia la puerta vestido solo con mi pantalón de jean y sin camisa.

Abrí la puerta sin fijarme en quién era, y no me sentí completamente despierto hasta que aterricé en el suelo y vi a Christopher frente de mí.

—¿Dónde está ella?! —gritó antes de caminar por todo el departamento mientras intentaba levantarme—. ¡Sarah! —su voz se perdió por el corredor—. ¡Sarah sal ahora! Tenemos que hablar, joder, tenemos que... —corrí detrás de él empujándolo contra la pared.

—¿Dónde está? —gritó una vez más.

—¡No está aquí! —dije reteniéndolo contra la pared.

—¡No me mientas, imbécil! —lo empujé hacia el recibidor—. Siempre fuiste tú ¿no? No fue lo que pasó con Khristy lo que la alejó de mí, fuiste tú, joder, si hasta ya viven juntos, me echaba en cara lo mío con Krys mientras ella se revolcaba contigo como una zorra.

No aguanté y arremetí contra él, caímos entre los muebles lanzándonos trompadas a su vez que nos gritábamos lo que pensábamos el uno del otro, de un momento a otro sentí que alguien me tomaba bajo los brazos alejándome del imbécil que sangraba por diferentes partes del rostro.

—Te demandaré...

—Es tu jodida culpa que ella esté así —dije—, tú la anulaste tanto que por eso está tan enferma.

—¡Eros! —La voz de papá me hizo ver que era él quien me sostenía, frente a mí un Adonis confuso intentaba controlar a Christopher—. Suéltalo, Adonis —dijo papá con voz fiera—. Sal de aquí, Christopher y si llegas a demandar a mi hijo por algo te aseguro que la contrademanda que caerá sobre ti será el doble de la que tú impongas, te aconsejo pensarlo bien. Collin ya puso una demanda por acoso en tu contra y tienes una orden de alejamiento de Sarah —no sabía nada sobre eso—. Piensa quien se verá más afectado al final, Eros quien es solo un estudiante o tú que, se supone, eres un profesor.

Capítulo 37

SARAH

Equilibrio no era nada parecido al último centro de CTA^[6] al que asistí, era más como una gran casona de dos plantas cerca a la playa en donde cohabitaba con diez chicas más, todas ellas con diferentes trastornos alimenticios y más jóvenes que yo. Solo había tres enfermeras, Saskia, Salem e Irina, aparte estaba la señora Rumanov, la dueña del centro y cocinera, cada uno de nosotros tenía una dieta distinta, pero la señora Rumanov las hacía cumplir a cabalidad.

Las enfermeras se encargaban de nuestra medicina y tomaba muchas de ellas, desde ansiolíticos, antidepresivos y vitaminas, teníamos charlas con el doctor Folk cada dos días, mi tío Max lo acompañaba en las grupales y en mis secciones.

Los primeros días fueron una atenta tortura, lloré por horas y casi toda la noche, lloré por las palabras fuertes que dije a Afrodita y sobre todo por la manera en cómo había juzgado a Eros.

Y a Eros lo extrañaba tanto que rivalizaba con la vergüenza que tenía de mirarlo a los ojos, al punto que no quise verlo aun cuando sabía que estuvo fuera de mi habitación los días que estuve internada.

Por más ganas que tuviese de verlo o abrazarlo.

—Aquí estás —la voz de Salem me hizo cerrar el cuaderno y levantar la vista hacia ella, el sol resaltaba el color rojizo de su cabello—, le dije al doctor Evans que seguramente estabas frente a la playa —amaba ese lugar, me hacía sentirme un poco más ligera y tranquila—. Él quiere hablar contigo, está en la sala blanca.

Equilibrio estaba distribuido por salas, en el primer piso la sala comunal, el comedor, la sala roja, blanca, azul y amarilla.

Todas ellas cumplían un rol en nuestra psique.

Si te sentías estresado o ansioso la sala azul era tu lugar para calmarte, si estabas enojado o sentías frustración, la sala roja ayudaba a canalizar ese tipo de emociones, si querías rendirte, la sala amarilla era tu lugar de paz, la sala blanca era el empezar desde cero dando pasos pequeños, era la sala de las terapias.

Sin ningún electrodoméstico permitido, Equilibrio se valía de las salas para poder canalizar las emociones.

En las tres semanas que llevaba sentía que no había enloquecido por completo gracias al sistema de las salas, mi cuaderno y el mar.

Me levanté quitando la arena de mi trasero, le di una última mirada al mar, tranquilo y sereno y respiré lentamente, no podíamos ir hasta la playa, pero podíamos sentarnos en el porche trasero de la casa y tener una vista majestuosa del amanecer y del atardecer.

Me hacía recordar a Eros, siempre diciendo que nunca sabíamos cuándo sería el último que pudiéramos ver.

Lo extrañaba, el vacío de su ausencia no se llenaba con nada.

Aferrando el cuaderno a mi pecho, entré a la sala blanca, la primera vez que entré a este lugar me sentí como una niña asustada por manchar cualquier superficie, en esta sala el mobiliario era blanco, la luz que se colaba desde los grandes ventanales la hacía ver mucho más grande que las demás habitaciones. Tío Max resaltaba con sus ojos azules, su suéter de cuello alto negro y su gabardina café.

Se levantó del sofá y caminó hacia mí apretándose en un abrazo, nos veíamos tres veces a la

semana, pero siempre que me abrazaba lo hacía como si no me hubiese visto en meses.

—¿Estabas en la playa de nuevo?

—Decir que estaba en la playa es decir mucho, estaba en el porche mirando hacia la playa.

Él tomó asiento en uno de los sofás ofreciéndome el que estaba al frente.

—Pura semántica —replicó—. ¿Cómo has estado? —siempre empezaba de igual manera, como una charla casual.

—Bien, subí un kilo esta semana, sé que es poco —él negó con la cabeza.

—Mientras subas es un peldaño más hacia tu recuperación. ¿Estás tomando las medicinas?

—Saskia y Salem son como unas tenientes del ejército nazi.

—Es bueno que la gran mayoría de ustedes tengan que medicarse casi al mismo tiempo.

—Ayer se llevaron a Stephanie, ella no está aumentando de peso.

—Te preocupas por ella...

—Fue la primera persona que me brindó su apoyo cuando llegué, estuvo pendiente de mí los primeros días, se siente extraño no poder hacer nada por ella.

—Lo sé, es como se sienten las personas que nos aman, pero tú no te dejaste vencer, y estás esforzándote, cuatro kilos en tres semanas.

—Es una barbaridad —dije y apreté mis labios en una dura línea al notar lo que había dicho

—¿Sigues contando calorías? —preguntó aparentemente relajado, pero podía ver la arruguita que se hacía en la comisura de sus ojos.

—Como muchas ensaladas, los vegetales proporcionan pocas calorías.

—¿Sí o no?

Cerré los ojos y enfoqué mi mirada en la ventana.

—Roma no se hizo en un día, Max —respondí colocando el cuaderno en mis piernas.

—Lo sé, contar calorías es un mal hábito que pronto desaparecerá.

Dejé salir un suspiro lastimero.

—Cuando te ves al espejo ¿qué estás reflejando? —preguntó cauto, guardé silencio porque a veces el silencio se convierte en el mejor aliado—. Sarah... —no podía decirle que evitaba mirarme al espejo, que lo cubría con una sábana así no podía verme—. Roma no se hizo en un día —repitió mis palabras—, es normal —hizo comillas—, si aún no quieres verte en el espejo, son pasos que tienes que dar, todavía todo es muy nuevo, llevas pocas semanas y no tienes que hacer todo en un mes, esto —señaló el espacio queriendo abarcar la casa—, es solo un lugar donde te encaminan, empiezas tu nueva alimentación, empieza tu terapia, empiezas a sanar. ¿Te ha dicho Folk cuántas semanas estarás internada?

Negué.

—¿Piensas en ello?

—Tomo un día a la vez, sin pausas, pero sin prisas.

—Mis frases favoritas —sonrió—, ese es el primer paso al resto de tu vida, tomar las cosas un día a la vez —se acercó y apretó mi rodilla—. ¿Cómo va la escritura? —cambió el tema mostrándose interesado.

—Va, algunas veces lenta, otras veces mi cabeza se llena con la voz de los protagonistas de mi novela.

—Buenos o malos pensamientos.

—¿Querer matar a la protagonista entra como un buen pensamiento?

—Depende de lo que quieras hacer con ella —agregó, yo resoplé—. ¿Quieres que lleve algo a tu madre o a Eve?

Rasgué del cuaderno un par de hojas.

—Podrías dárselas a David, por favor no las leas, esto solo es el vómito de lo que quiero hacer.

Él hizo una mueca de asco, pero dobló las hojas y las metió en su gabardina.

—Prometido.

—¿Cómo están todos? —pregunté sin mirarlo antes de que él soltara una nueva pregunta.

Lo que quería preguntar era como estaba él, pero no lo hice porque a mi mente volvieron las palabras crueles que le grité y las del doctor Folk en la mañana, «respira y sana» necesitaba sanar todo mi interior y si las palabras de Eros eran ciertas, si era verdad que me amaba, él sabría esperar.

—Afrodita está en modo paranoia, tiene a todas las mujeres de la familia, incluida tu madre, vueltas locas con los últimos detalles de la boda, siente que algo pueda salir mal, lo que solo atribuyo como nervios de boda. Afortunadamente, Adonis vino para la celebración de Acción de Gracias y María Elizabeth ha estado ayudándola con algunas cosas que se le escapan, estoy seguro de que aprecia ese par de manos extra.

—Manos que debería estar dándole yo —me quité los zapatos y subí los pies al sofá—. ¿Cuándo me convertí en una persona egoísta?

—Tú estás haciendo lo tuyo y ella lo de ella, no es egoísmo el hecho de que quieras priorizarte, tu depresión no era un problema técnico, era una señal de auxilio a viva voz que te negabas a escuchar, de ahí partió la anorexia que presentaste durante los últimos meses. No vuelvas a decir que tu salud mental es menos importante que cualquier otra persona en el mundo, si no cuidas de tu mente, por más que la vida te sonría, siempre que te mires al espejo verás una mueca triste.

—¿Cómo está Adonis? —dije recordando a mi amigo callado y taciturno, si Afrodita pensaba que el mundo era suyo y Eros había sido siempre un poco autosuficiente, Adonis era el tierno, fue una sorpresa cuando dijo que quería irse con María Elizabeth a Australia.

—Bien, ha ganado masa muscular y es un poco más tonificado que Eros —escuchar su nombre fue como si una especie de descarga frenara mi corazón—. Vamos juntos a entrenar y nos ha dado unas palizas en carreras, tiene mejor estado físico que los dos.

Abrí mi boca para hablar, pero mis labios temblaron por lo que la cerré de nuevo.

La habitación se sumió en el más profundo silencio.

—Di lo que quieras preguntar —dijo él siempre sabiendo que yo guardaba cosas que luego me herían.

—¿Cómo está... él?

—¿Eros? —preguntó suavemente, moví mi cabeza afirmando. Mi tío Max guardó silencio por unos minutos—. Él está bien —dijo sin dar más explicaciones, quise preguntar por más, pero sabía que esas tres palabras abarcaban mucho más de lo que decían.

Yo siempre estuve bien... bien jodida.

Pero lo escondí muy bien de todos.

Los veinticinco minutos que siguieron hablamos de Christopher, de mi padre y de lo mucho que necesitaba que ellos no se sintieran defraudados, .

Max me explicó una vez más, el triángulo al que Chris me llevó y cómo me dejé arrastrar hasta caer en el punto de la víctima. También hablamos de mi estancia en Equilibrio y los pocos lazos que había hecho en el lugar, le expresé mi miedo de no estar lista para la boda, pero él dejó en claro que debía confiar más en mí.

Al terminar la sesión me entregó un par de cartas, como lo había estado haciendo todas estas semanas, con previa autorización del doctor Folk. La primera tanda de cartas era de mi familia,

luego estaban las de Annie y tío David, fue él quien me envió el cuaderno para plasmar mis ideas y sentimientos, escribir siempre sanaba mi alma, desarrollar la historia que estaba plasmando me hacía pensar más en el mundo que estaba construyendo que en el propio que se me caía a pedazos. Tomaba las cartas, pero siempre rechazaba la de Eros, sentía que, si leía algo sobre sus sentimientos me desmoronaría, y estaba ocupando todas mis fuerzas en recuperarme.

Tomé los sobres de manos de mi tío Max, buscando la carta de Eros para devolverla, solo que esta vez no había carta de él.

—Ha estado distraído con Adonis —musitó como si leyera mis pensamientos.

—Es lo mejor, así no tengo que devolverla —intenté sonreír—, gracias por estas —señalé los sobres.

—¿Enviarás alguna? —negué con la cabeza porque nunca lo hacía—. El doctor Folk dice que si tu pesaje sigue estable podrás asistir a la boda.

Me había costado muchas lágrimas convencer a Afrodita de que no suspendiera la boda, eso sí me habría hecho sentir muy egoísta, pues sabía cuánto deseaba mi amiga ser la esposa de Thiago, le prometí que haría todo para poder estar junto a ella y me aferraba a ello cada vez que la voz que albergaba en mi cabeza me hacía comentarios sobre mi cuerpo y me instaba a vomitar.

No es como si pudiera hacerlo, Equilibrio era un perfecto lugar sin puertas y a pesar de su remodelación, podía escucharse todo en la casa, las enfermeras muy pocas veces nos dejaban solas y la señora Rumanov tenía el oído más fino que hubiese conocido.

Me despedí de mi tío Max y me quedé unos minutos más en la sala blanca leyendo las cartas de las personas que me amaban, las que yo amaba también, pretendiendo que no me dolía saber que en esta ocasión no había devuelto una carta porque simplemente la carta no llegó.

Capítulo 38

EROS

Solté la pesa que tenía sujeta. Seis semanas sin verla, sin saber de ella.

Cerré los ojos evocando el recuerdo de nuestra salida a los claustros, sin tan solo hubiese estado más pendiente de ella.

Pasos pesados se escucharon por el corredor y pronto la puerta del gimnasio se abrió revelando a mi hermano.

Traía un pantalón para dormir y el cabello revuelto, a leguas se le notaba que no estaba despierto del todo.

—¿Cómo mierdas estás tan bien? —gruñó Adonis sentándose frente a mí, tomé las pesas de nuevo para una última serie, desde que mi hermano había vuelto de Sídney me había obsesionado un poco con el ejercicio y me ayudaba a canalizar todos mis pensamientos. Me hacía mantenerme enfocado.

Adonis gruñó llevando la mano a su cabeza, su cabello había tomado el estilo nido de un pájaro, lucía una barba de una semana y se veía como mierda de vaca fresca. El tatuaje que se hizo la noche anterior, brillaba debajo del papel protector, había sido una jodida noche loca.

—Se llama resistencia al alcohol —terminé, sequé mi rostro y le aventé la toalla—, dos semanas intoxicando mi hígado lo hicieron fuerte.

Pasó la mano donde lo golpeó la toalla deteniéndose al ver las letras grabadas con tinta justo debajo de su corazón.

—¡Mierda! —se levantó caminando hacia el espejo—. ¿Qué más hice anoche?

—Además de beber como si la vida se nos fuese en ello, también nos hicimos tatuajes.

—Gracias a Dios no a juego —repasó sus dedos por el tatuaje, el nombre de Elizabeth rodeado de mariposas.

—¿Thiago también se tatuó? —preguntó desorientado.

—Estaba incluso más ebrio que tú —me levanté—. Y sí, se hizo un boceto de la diosa Afrodita en el bíceps.

—¿Y tú? —también me hice uno le mostré mi antebrazo. Era una silueta de una mujer sentada sobre una pila de libros mientras leía el que estaba en sus manos, a su alrededor planetas, dragones y flores parecían estar danzando—. ¿Sarah?

Asentí.

Ojalá su nombre no doliera tanto, pero su silencio no hacía más que remover la herida que había dejado abierta y sangrante, las primeras dos semanas que estuvo en Equilibrio le envié cartas, papá había dicho que sería bueno para su recuperación sentirse apoyada.

Volqué mis sentimientos y mi amor en esas letras, no era bueno escribiendo, pero lo intenté.

Sin embargo, ella no las leyó, papá me entregó las cartas sin abrir.

«Dale tiempo, hijo, ella necesita sanar», había dicho papá.

Y lo entendía, pero no por ello dejaba de sentirme rechazado y su silencio era como una lanza afilada que se incrustaba en mi corazón.

—Vas a poder verla hoy, ¿no? Papá dijo a Afrodita que ella tenía un permiso, que estaba ganando peso.

No preguntaba a papá por ella, no desde que devolvió la última de mis cartas, después de mi

encuentro con Christopher, papá me había obligado a poner una orden de restricción en su contra para mantenerlo alejado, al llegar al departamento, recogí mis cosas y me vine a casa, estar solo en el departamento dolía, se suponía que solo sería unos días, pero sinceramente no quería regresar y estar solo, aprovechaba los días para estar con Adonis antes que regresara a Australia.

—¿Eros? —dijo mi hermano cortando mis divagaciones.

—Espero poder hablar con ella y aclarar que todo lo que vivimos fue mucho más que un juego.

Mi hermano rio.

—Estoy seguro de que Sarah y tú podrán salir adelante juntos.

—¿Aunque no quiera verme o recibir mis cartas?

—Le pedí a Lizzie que saliera conmigo... quince veces, y aceptó porque su plan del día se había arruinado, y mira, tenemos casi un año juntos.

—Y viven juntos.

—Y si Dios permite estaré junto a ella hasta que muera.

—¿Matrimonio? —pregunté asombrado, Adonis y yo habíamos solicitado becas de intercambio en Londres hacia poco más de ocho meses, a pesar de que las conseguimos, ninguno de los dos la tomó, Adonis se fue con María Elizabeth a Sídney y Sarah y Christopher se fueron a vivir juntos.

En mi interior no quería dejar a Sarah hasta que estuviera bien y sin Adonis Cambridge pasó a segundo lugar.

Mi hermano asintió.

—Como dices, ya vivimos juntos, compré la sortija hace unos meses, pero no se la daré hasta que volvamos a Sídney.

—¿Estás loco?

—Loco no, enamorado, hermano, Liz es mi complemento... —lo miré sin entender—. ¿Acaso no te ves casado con Sarah? —me increpó. «Casado no, sí disfrutando de la vida, del sexo y demás, pero matrimonio es una palabra enorme»—. ¿Sabes algo de esta chica Becca?

—Hablamos y haremos una prueba de ADN al bebé cuando nazca, le pregunté si necesitaba dinero, pero me dijo que estaba bien, al parecer sus padres la ayudaron.

—Bien, sabes que podemos hacer la amniocentesis. ¿Cuántas semanas tiene?

—Nueve o diez... realmente no lo sé

—Puedes hacer una biopsia coral en la semana once, Vitae tiene un cualificado equipo de ginecólogos expertos, laboratorios de genética propios y vanguardistas que aseguran la fiabilidad del proceso completo.

—¿Y estresar al feto solo porque no puedo esperar un par de meses? No, prefiero esperar.

—Pensé que jamás diría esto, pero mi hermanito está madurando.

Tomé una mancuerna pequeña e hice como si fuese a lanzársela.

—Soy quince segundos mayores que tu idiota... —Adonis rio, pero me regreso la mancuerna, di un suspiro fuerte y miré a mi hermano—. No quiero hacerme grandes ilusiones con el bebé de Becca —mi hermano rodó los ojos—. No diré que es mi hijo hasta tener la plena seguridad de que lo es, pero sabes a acompañé hace un par de semanas a una cita de rutina, no te puedo explicar lo que sentí cuando lo vi en el monitor, escuchar su corazón...

—Cuidado, está bien que quieras apoyar a tu ex mientras averiguas si el embrión es tuyo y si tuvieras la certeza de que lo es, te felicitaría por ello, pero realmente pienso que, si te involucras mucho, ella puede pensar que existe la posibilidad de que conformen una familia, las mujeres embarazadas son muy susceptibles y puedes terminar lastimándola.

—Becca tiene clara nuestra relación.

—¿Estás seguro? —asentí—. Bueno, me alegra que tengas todo claro. Oye ¿sabes dónde está mamá? Estuve buscándola y...

—Ella y Afrodita se fueron temprano al hotel donde se llevará a cabo la fiesta.

—Espero que Thiago llegué a tiempo, recuerdo que estaba más ebrio que una cuba.

—Le recomendé un restaurador hepático, pero aseguró que estaría bien.

—Tiene que estarlo, Afrodita puede dejarnos sin pelotas si el novio se presenta tarde a la boda.

Asentí, la despedida de soltero de Thiago iba a ser algo tranquilo, entonces sucedieron cosas que nos llevaron a un estudio de tatuaje mis hermanos, el imbécil de Niklaus y mi futuro cuñado, salimos del lugar casi al amanecer, un poco más sobrios y con nuevos tatuajes. Emmerson se había hecho el primero, una mierda tribal en la en su bíceps, era el conductor elegido por lo que estaba bebiendo cerveza sin alcohol.

—¿Terminaste ahí? Quiero comer algo antes de empezar a arreglarme para la iglesia.

—¿Quién cocina en Sídney?

—Lizzie —arqueé una ceja—, oye soy genial, fiel, buen novio... —se encogió de hombros —, algo malo puedo tener.

Mamá pensaba en todo por lo que no me sorprendió encontrar un mini buffet para desayunar en el comedor, a pesar que casi era mediodía, también había una nota de papá diciendo que llevaría a Emm con el barbero, la ceremonia de la boda era a las siete, habíamos ido por los trajes ayer y todo estaba listo para que mi hermanita fuese feliz.

Tomé una taza de fruta y un poco de queso y jamón, Adonis fue directo a los rollos de canela.

—No me mires así?

Los bollos son buenos con el alcohol.

Comimos entre charlas y anécdotas, una vez más, Adonis me habló del programa de pediatría de la universidad de Sídney, pero antes de tomar cualquier decisión necesitaba hablar con Sarah.

—Voy a llamar a Liz —dijo mi hermano levantándose del comedor después de comer siete rollos de canela.

Saqué el celular del bolsillo de mi pantalón y le envié un mensaje a Becca, estaba haciéndolo desde que papá y Adonis me trajeron a casa, estábamos en el limbo entre ser amigos y padres.

“Estoy llevándolo bien, al menos ya no tengo náuseas”

Eso es bueno, me alegro mucho

“Tengo ultrasonido la próxima semana. ¿Quieres venir? Quizá con un poco de suerte podamos saber el sexo”.

No voy a negarlo, una parte de mi quería ir, había sido lindo cuando la acompañé a su control y pude escuchar del doctor sobre el estado del embrión, pero Adonis tenía razón, lo último que necesitaba era que Becca confundiera nuestra situación.

Me gustaría, pero tengo cosas que hacer, Becca, por favor infórmame lo que te diga el médico y si necesitas algo.

“¿Y si te necesito a ti?”

Becca

“Vamos a tener un bebé”

Tengo medio boleto para ser padre Becca, sabes que estoy para apoyarte y estaré para el bebé si llega a ser mío, no quiero que confundas las cosas, no somos una familia, ni lo seremos cuando el bebé llegue.

“Lo sé, lo siento, mis hormonas... No quiero que te sientas presionado, pero he tomado una decisión respecto al bebé”

Vi que escribía, pero nada salía en la pantalla.

“Si la prueba de ADN sale negativa, daré el bebé en adopción”

Me recosté en la silla respirando lentamente.

“Es lo mejor para él y para mí, Eros, no quiero ser una madre soltera”

Debiste pensar en eso mientras follabas en el baño con un completo extraño, tengo que irme, Becca y si la prueba es negativa, es tu hijo, es tu decisión lo que hagas con él.

Guardé el celular y salí del comedor, subí a mi habitación y tomé las llaves del auto.

—¿A dónde vas? —gritó Adonis bajando la escalera detrás de mí.

—Necesito salir, estaré aquí a tiempo para la ceremonia.

Conduje hasta los claustros, había algunas personas, pero busque desesperadamente el lugar en el que estuve con ella sintiendo como si una especie de fuerza invisible presionara mi pecho con fuerza, cuando lo encontré me senté sobre el césped y apoyé mi espalda en el árbol respirando con lentitud, sintiendo que poco a poco la presión se iba.

¿Por qué me dolía tanto saber que Becca pensaba deshacerse del bebé en su vientre? Ni siquiera sabía si era o no mi hijo. Intenté pensar en la última vez que estuve allí con Sarah, intenté evocar su risa y su mirada, pero tenía solo recuerdos difusos de una tarde que debí guardar en mi memoria y corazón, si tan solo hubiese sabido que nuestra burbuja estaba a punto de reventar, hubiese hecho las cosas diferentes, hubiese actuado de otra manera.

Mi padre decía que los “hubiera” no eran más que una pérdida de tiempo.

Pero duelen más que cualquier cosa en otro mundo.

SARAH

—Entonces estás lista para salir por primera vez en un mes —dijo Sury terminando de arreglar mi cabello.

—Sury.

—¿Sarah? —giró la silla haciendo que quedáramos frente a frente—. Déjame celebrar tus victorias.

—Subí cinco kilos. ¡Yupi! —satiricé y mi hermana se sentó frente a la cama frunciendo el

ceño—. Lo lamento, estoy muy nerviosa. Afrodita me necesitaba como su dama de honor y...

—Y Hannah, Vivian y Carlie están más que felices de hacerlo.

Tomé sus manos.

—Son sus primas, pero yo soy su mejor amiga, la conozco incluso más que ellas.

—Afrodita ha entendido, para ella es suficiente con que estés ahí en su día especial, no te dejaré sola ni un solo momento.

—Pobre Asher —me levanté de la silla del tocador y caminé hacia la ventana de mi habitación recostándome en el alféizar—. No sé qué voy a hacer cuando vea a Eros.

Sury rodó los ojos, su ceño se frunció e hizo esa mueca con la boca que solo hacía cuando estaba molesta.

—No tienes que hablar con ese idiota —dijo irradiando desdén.

—Yo propuse el juego, he hablado mucho sobre eso con el doctor Folk, él dice que proponerlo fue mi manera de buscar la validación que Chris me había arrebatado.

—Concuerta como yo que el idiota solo te usó.

—Dijo que me amaba.

Mi hermana se levantó sulfurada.

—Te amaba tanto que se reconcilió con esa tipa entre tanto tú te recuperabas.

Tenía dos semanas que no recibía correspondencia de Eros.

—¿Qué tipa?

—¡Mierda, mamá dijo que no te dijera nada!

—¡Sury!

Ella caminó hacia mí y fue su turno de tomar mis manos entre las suyas.

—Te amo y tú estás enferma, hermanita, y estás mejorando, estás subiendo de peso y ...

Me solté y crucé las manos en mi pecho.

—¡Solo dilo ya! Sin rodeos.

—Tenía cita ginecológica en el GEA para cambiar de anticonceptivo estaba esperando mi turno cuando lo vi salir de la mano de esa chica con la que estaba hace un par de meses.

—¿Becca?

—No sé su nombre, por favor, Sarah, por favor no puedes retroceder.

—Escúpelo.

—Ella está embarazada —me tambaleé—, lo sé porque es paciente de mi ginecólogo y sabes que soy periodista, mi talento es sacar verdades sin que las personas sepan que los estoy interrogando. Sarah, él está feliz, mamá no ha querido que su amistad con mi madrina se vea perjudicada de alguna manera, no cuando han estado tan sumidas en la boda y yo... él está con ella y van a tener un bebé.

Capítulo 39

SARAH

Sury retocó mi maquillaje y me dejó unos minutos a solas para que terminara de arreglarme, al menos tan a solas como podía, salí de mi habitación y caminé hacia la recámara de Tiara, era una de las últimas chicas y había logrado pasar de contrabando un celular.

Tiara estaba en modo indio frente a su ventana, parecía que meditaba, decía que era lo único que no la volvía loca del lugar.

Abrió un ojo cuando me puse frente a ella.

—Wow —me dio una mirada de arriba abajo, el conjunto de dos piezas que Sury me había comprado no hubiese sido ni de cerca mi elección para la boda de mi mejor amiga, pero el corsé se ajustaba a mi torso como una segunda capa de piel y la falda era vaporosa en caída libre—. Un poco de maquillaje y un vestido lindo y tenemos la nueva Rapunzel.

—¿Tienes el teléfono?

Ella miró hacia los lados observando que no hubiese nadie a la vista.

No había, el doctor Folk estaba en reunión grupal, sabía que ella estaría allí porque odiaba las reuniones grupales.

—¿Lo tienes?

—Te va a costar, chica... —se levantó de la alfombrilla y caminó hacia su cama.

—¿Cuánto quieres?

—¿Qué tienes?

—No tengo laxantes si a eso te refieres, tampoco pastillas para adelgazar —Equilibrio era un buen lugar, pero eso no significaba que no se pudieran conseguir las cosas que se suponía nos dañaban, cada una de nosotras se daba mañas para conseguir lo que era prohibido—, pero puedo conseguirlas.

Sabía que sería imposible acercarme a una farmacia, más cuando Sury estaba en modo guardia.

—Bien —se agachó bajo su cama y sacó el celular tendiéndomelo—, necesito una carga, los minutos se terminaron, pero aún tengo Internet.

—Te pondré una carga —sin duda sería mucho más fácil que intentar comprar laxantes.

Tomé el aparató y Tiara fue hasta la puerta. Entré en Instagram y coloqué rápidamente el nombre de Rebecca, la última vez que entré en su cuenta era pública, deseaba que siguiera así.

El Internet estaba lento, por lo que demoró un poco en cargar el perfil, la cuenta de Becca, tenía muchos seguidores, había muchas fotos de ella, incluso algunas de Eros que parecían recientes, pero una llamó mi atención, era una copa de lo que parecía vino junto a un cartel que decía “Do Not Refill Until July” bajo el cartel se podía ver una fotografía de una ecografía.

Me senté en la cama mirando los comentarios, Eros había comentado un emoji de carita feliz.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas mientras sentía que mi corazón iba a explotar.

Todo fue una mentira.

Me tomó cerca de diez minutos poder controlarme, sobre todo porque Sury empezó a gritar que necesitábamos irnos, devolví el aparato a Tiara que volvió a esconderlo y bajé las escaleras encontrándome con mi hermana.

—¿Qué sucede? —preguntó al verme, negué con la cabeza y coloqué mi mejor sonrisa falsa

—. Tenemos que irnos o llegaremos tarde.

La seguí hasta el auto y me puse el cinturón mirando hacia la ventana, me sentía vacía, herida y mi hermana condujo sin decir una palabra, quizá intuyendo que lo último que necesitaba era conversación.

Una parte de mí se negaba a creer que Eros y Becca fueran a convertirse en padres. Pero una aún más fuerte me gritaba que lo vivido con él los últimos dos meses no era más que un acuerdo donde yo ofrecí algo completamente gratis.

Sexo.

Tenía muchas preguntas, muchas, pero ni siquiera sabía por dónde empezar.

El auto se detuvo mucho antes de que yo estuviera lista para enfrentarme al mundo fuera del pyrus rosa de mi hermana. Miré por la ventana la iglesia en donde se llevaría a cabo la boda, Adonis y Emmerson estaban en la entrada junto con Antonella recibiendo a los invitados, la hermana de Thiago tenía una barriga grande y redonda, también había subido mucho de peso desde la última vez que nos habíamos visto.

Negué con la cabeza, no se opinaba del cuerpo de las demás personas, menos de una mujer que se notaba muy feliz y embarazada.

Sury apretó mi mano cuando no hice nada para salir del coche.

—Se supone que tenemos que salir —murmuró con voz suave—, pero estoy segura de que Afrodita entenderá si faltas a la boda.

Negué con la cabeza.

—Ella es mi mejor amiga y este es su día especial, no puedo dejarla sola, no después de todas las promesas y juegos compartidos, estoy bien, Sury supongo que solo es un poco de pánico escénico, las miradas van a recaer en mí de nuevo —dije recordando cuando terminé mi primer tratamiento contra la anorexia y lo mucho que supliqué por un cambio de escuela—. Mira, pobre chica, ella es la que odia la comida —recité los comentarios crueles que alguna vez me hicieron con mi voz pequeña.

—Nadie va a decirte nada porque nadie, además de la familia, sabe dónde has estado.

—Tenemos una gran familia, hermanita, tíos por todos lados por si no te has dado cuenta.

—Por eso, tíos que nos han amado desde niñas a pesar de que no llevamos su sangre —Sury tomó mis manos—. Tu secreto está a salvo y nada ni nadie te mirará o murmurará nada y yo voy a estar contigo, cada minuto.

—¿Me lo juras?

—¿Promesa de meñique? —extendió su dedo y lo aferré al mío, dando un fuerte suspiro, miré a mi hermana que me observaba con tesón—. Tú puedes.

Salí del auto respirando con calma, Sury lo rodeó rápidamente y tomó mi brazo, subimos los peldaños de la escalera, Emmy fue el primero en verme, corrió a mis brazos apretándome con fuerza.

—Sarah, no sabía si iba a verte hoy —se alejó y tomó mis dedos estirando el brazo—. Hermosa como siempre —dijo dándome una sonrisa casi perfecta de dientes blancos y parejos, una sonrisa igual a la de su hermano.

—Sigues siendo un halagador como tu... padre.

Hoy, no debía pensar en él, solo en cumplirle a mi mejor amiga.

—Eros no está aquí —murmuró Emmerson haciéndome tensar iba a decir algo más, pero Adonis se acercó a nosotros.

—La estás acaparando y yo tengo más tiempo sin verla —me atrajo a su cuerpo y luego besó mis mejillas—. Me alegra verte, ratoncito —enunció con cariño—. ¿Recuerdas a Antonella?

—Por supuesto ¿cómo estás, Anto? —La saludé cordialmente.

—Redonda, pesada y deseosa de que este bebé llegué rápido al mundo —contestó rápidamente.

Le di una sonrisa o al menos lo intenté, pero cada segundo que pasaba podía sentir mi cuerpo tensarse como las cuerdas de una guitarra.

—¿Por qué no entramos? —interrumpió mi hermana—. Va a llegar la novia y todos estaremos aquí.

Todos reímos.

—¿Thiago está adentro?

Antonella asintió.

—Dentro, nervioso y con un tatuaje en el brazo que Afrodita no ha visto.

—¿Tatuaje?

A mi memoria llegaron las imágenes del tatuaje de Eros, la boca pintada en el hueso de su cadera.

—Anoche celebramos una pequeña despedida de soltero para Thiago, se suponía que era algo sencillo —explicó Adonis.

—Y terminamos haciéndonos tatuajes —completó Emm levantando la manga de su camisa —, incluso Eros se hizo...

—Sam y Collin están en la tercera línea de la izquierda —interrumpió Adonis silenciando a su hermano—, ustedes van con ellos.

Sury y yo nos miramos por un momento, pero al final entramos, la catedral estaba decorada tal cual como Afrodita y yo lo dijimos tantas veces cuando apenas éramos unas niñas, orquídeas amarillas y blancas engalanaban en lugar junto con un colgajo de cinta de seda.

Caminamos hacia nuestros padres, Thiago me dio una sonrisa tímida y nerviosa, a la que correspondí de igual manera. Pero no podía pensar en nada más que en la interrupción de Adonis sobre el nuevo tatuaje de Eros.

—No lo sé, quizá es algo relacionado con su nueva paternidad —dijo mi hermana, giré mi rostro mirándola con los ojos abiertos—. Tus pensamientos se escuchan hasta en China, hermanita —arremetió—, por la forma en como Adonis atacó a Emmerson intuyo que están esperando que pase lo de la boda para soltar la bomba.

Tragué el nudo que se había instalado en mi garganta desde que Sury me dio la noticia, mi hermana parecía hablar del tema con la rabia que yo debía sentir, sin embargo, cada palabra que salía de su boca era como pequeños fragmentos filosos que se incrustaban en mi pecho

—No sufras por él —argumentó caminando hacia mamá.

La tía Eve vino a abrazarme y agradecerme, podía ver en sus ojos que la culpa era la misma de mamá, como si alguna de las dos hubiese podido hacer algo por mí.

Como si hubiese estado a punto de morir una vez más.

Supe cuando Eros entró a la iglesia, es como si el ambiente hubiese cambiado de repente, un sutil escalofrío rodeó mi figura. Pasó a mi lado enfundado en un esmoquin negro, el cabello perfectamente peinado hacia atrás, se acercó a Thiago y dijo algo solo para ellos dos. Thiago asintió agarrando el brazo de su madre. Eros se giró y nuestras miradas se cruzaron, una sonrisa adornó su rostro e iba a caminar hacia mí, entonces la marcha nupcial empezó a reproducirse y la hija de Cassedee y Bryan empezó a cantar.

Toda la iglesia se giró para ver a Afrodita salir del coche, ella se sostenía del brazo del tío Max. Antonella acomodó su velo y Emmerson entró rápidamente colocándose al lado de su

madre.

Vi a mi mejor amiga caminar por el pasillo central de la iglesia con su vestido en corte princesa, precioso, con un escote en V pero de mangas largas entallado en la cintura y con una falda voluminosa, lentejuelas, brillos y encajes, el vestido gritaba Afrodita, el velo que cubría su rostro era un delicado tul cubierto de hilos brillantes, supe que me vio cuando pasó a mi lado al formar con sus dedos un corazón, a pesar de que su mirada estaba justo en el frente.

Con Thiago.

La ceremonia fue hermosa, no tan larga, pero sí muy especial, cada minuto que pasaba era como si una pesada roca se instalara en mi pecho, podía sentir la intensa mirada de Eros y una parte de mí no podía dejar de pensar en si hubiésemos llegado hasta aquí, sin embargo, las palabras de Sury seguían agujereando mi corazón, papá se acercó a mí y deslizó mi brazo entre el suyo dándome un apretón cuando las lágrimas ganaron la batalla. Thiago dijo las palabras más hermosas a su compañera de vida haciéndome sentir pequeña y desvalida. Merecía un amor así, todas las mujeres del mundo merecíamos ser amadas por alguien que incendiara el mundo si nos hacían daño, yo estaba rota por partes y seguía diciéndome que estaba bien, el nudo que me impedía respirar y sonreí a mi mejor amiga cuando su mirada se encontró con la mía mientras el sacerdote los declaraba marido y mujer.

La presión en mi pecho me impidió respirar, solté el agarre de mi padre, rogándole con la mirada que me dejara ir mi padre me observó confundido.

—Necesito un minuto.

Papá soltó su agarré y caminé por el costado de la catedral

EROS

—¿Vienes en camino? —gritó Emmerson tan pronto conteste la llamada.

—Sí —enfaticé—, la limusina va a un ritmo más lento de lo normal, pero a papá aun no le da por secuestrar a Afrodita y llevarla a Tombuctú.

Todo comenzó con una broma por parte de Brithanny y cómo ella y David habían escapado de una boda. La suya con el compositor Naim Thompson.

Entonces a papá se le iluminaron los ojos, había intentado convencer a Afrodita que casarse tan joven era una locura, locura con la cual estaba de acuerdo, pero primero un meteorito caía y destruía la tierra antes que mi hermana cancelara esta boda y a Thiago.

—¿Por dónde vienen?

—Cerca y deja de molestar —colgué la llamada y me miré en el espejo acomodando la pajarita del traje, una nueva llamada entró.

—Emmerson, seguimos en camino.

—Lo sé, Sarah está aquí —mi corazón se saltó un latido—. Se ve hermosa, jodidamente hermosa.

—Estás hablando de mi novia ¿sabes?

—Ya quisieras —colgó.

Ella estaba ahí, tenía atragantadas en la garganta todas las palabras que pensaba decirle, cómo lograr conectar.

Solo tenía que esperar el momento adecuado.

La limusina de Afrodita se detuvo frente a la catedral, aparqué el auto rápidamente y salí, subiendo los escalones hasta llegar a Adonis.

—¿Todo bien?

—Bueno, no la secuestró, supongo que hay que darle unos minutos, necesito decirle algo a Thiago.

Entré a la iglesia caminando rápidamente hasta llegar donde el futuro esposo de mi hermana.

—¿Ya está afuera? —asentí y él dejó escapar un suspiro de alivio—. Gracias hermano.

—Sí, sí de nada, oye, Afro quiere que al terminar la ceremonia vayan al jardín este, al parecer quiere decirte algo antes de llegar al hotel —Thiago asintió, me giré para colocarme al lado de Niklaus como padrino, pero mi mirada se desvió hacia Sarah, sentada detrás de mi madre al lado de Collin, tenía un vestido turquesa precioso que resaltaba las curvas que había perdido, se veía hermosa, su rostro ya no se veía tan cadavérico, el maquillaje era poco pero ella no lo necesitaba, iba a acercarme cuando la puerta del coche se abrió y la marcha nupcial empezó a reproducirse y Vivian a cantar.

Vi a mi padre escoltar a mi hermana por todo el pasillo, al mismo tiempo que miraba a la mujer que amaba, tan cerca pero tan lejos.

La ceremonia se me hizo eterna, le tomé del pelo varias veces a papá que se veía como si fuese a vomitar el desayuno.

Thiago le prometió a mi hermana amarla hasta el último de sus días y más le valía que fuera cierto. Miré mi reloj deseando que el sacerdote diera por terminada la ceremonia para poder hablar con Sarah.

Una vez que fueron declarados marido y mujer, la iglesia se sumió en vítores y felicitaciones por la nueva pareja, me distraje un segundo observando a mi hermana y cuando busqué a Sarah con la mirada, ella ya no estaba.

La busqué con la mirada por todo el lugar, pero no pude encontrarla.

Capítulo 40

EROS

La mayoría de los invitados salió de la iglesia intentando felicitar a unos nuevos esposos que querían un momento de intimidad a solas. Escaneé cada parte del lugar, incluso corrí hacia los jardines buscando a Sarah, pero ella parecía que había sido tragada por la tierra.

Esperaba que no se hubiese ido, aún en mi interior guardaba la esperanza de poder hablar con ella y resolver nuestra situación.

Intenté acercarme a Sam, pero ella fingió no verme, la mirada de Collin dijo mucho más que la actitud de su esposa.

Ellos estaban molestos.

Lo que no entendía era por qué.

No los había visto desde que llevamos a Sarah al hospital y todo estaba en orden, ni siquiera estaban molestos por la manera en cómo Sarah y yo llegamos a nuestro acuerdo a diferencia de Sury que había dejado claro su desagrado por como Sarah y yo empezamos nuestra relación.

Me senté en una de las butacas y esperé pacientemente a que todos los invitados abandonaran la iglesia, no sabía por qué intuía que Sarah estaba en algún lugar de la catedral, a mi memoria llegaron los recuerdos de la primera vez que la vi luego de empezar su tratamiento hace unos años, ella estaba avergonzada, rota y solo bastó un abrazo para que se desarmara por completo.

A lo mejor no quería público para nuestra conversación.

Cuando aparqué el auto en el hotel, el sol había desaparecido por completo y la Luna ocupaba su lugar en el firmamento, entregué las llaves al valet sintiendo el teléfono vibrar en mi bolsillo, una parte de mi esperaba que fuese ella, pero era el nombre de Becca el que se reflejaba en mi pantalla.

Ignorando la llamada guardé el aparato nuevamente en mi pantalón y caminé hacia el salón con el corazón latiéndome a prisa, ella tenía que estar aquí o yo mismo iría a Equilibrio y hablaríamos de nosotros, de la vida de, lo que ella quisiera.

Me aseguraría de que ella entendiera que ahora que era mía no iba a dejarme vencer tan fácil, estaría junto a ella, pelearía a su lado, estas últimas semanas habían sido terribles y no quería vivir el resto de mi vida sin ella a mi lado.

Mi teléfono celular vibró de nuevo, pero como en la ocasión anterior, lo ignoré.

Afrodita y Thiago bailaban juntos en la pista su primer baile como marido y mujer, revisé el salón hasta encontrar a mis hermanos en la barra por lo que caminé hacia ellos.

—¿Dónde estabas? —dijo Adonis al verme.

—Tenía algo que resolver —Emm me entregó su copa de whisky—, ¿han visto a Sarah?

—Estaba con la tía Sam hace unos minutos —barrí el lugar con la mirada hasta encontrarla con mis primas y Sury, tomé lo que quedaba en la copa e iba a caminar hacia ella cuando Adonis me tomó del brazo.

—Antes de hacer algo estúpido deberías hablar con papá —dijo mi hermano con voz solemne.

—¿Decirle que la amo es ser estúpido?

—No es eso hermano, ella rechazó tus cartas y no quiso verte, aparecerte frente a ella y obligarla a escucharte no es un buen camino.

—No voy a obligarla.

—¿No? Vas a hablarle de tus sentimientos en su momento más frágil, Eros.

—Si rechazó tus cartas y no permitió tus visitas es porque no quiere verte, de hecho, no ha preguntado por ti —acotó Emm—. Hermano hasta yo sé que eso significa que no quieren verte ni en folleto.

—Cállate, enano —mascullé furioso hacia Emmerson.

—No discutas con él, aún es un niño, pero deberías escucharme y hablar con papá antes de hacer lo que sea que pase por tu cabeza —asentí y el barman me pasó dos copas.

Caminé hacia papá que observaba a mi hermana sonreírle como tonta a su ahora esposo, golpeé su espalda haciéndome notar.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —Le entregué la copa y luego chocamos nuestros vasos antes de dar un trago—. Ella estará bien, lo sabes.

—Lo sé...

—Tiene que estarlo, si Thiago sabe lo que le conviene la hará la mujer más feliz del mundo. No somos policías... pero sabemos usar una espada —sonreí, Thiago y yo habíamos practicado esgrima hasta los diecisiete años—. Será duro no tenerla revoloteando a nuestro alrededor ahora que vaya a Italia.

—¿Y me lo dices a mí? —reviró terminando su copa y tomando otra.

Sarah rio por algo y mi mirada se desvió hacia ella.

—¿Hablaste con ella?

—No, de hecho, quería un consejo. ¿Crees que es prudente que me sincere con ella? Que le hable de mis sentimientos.

—Eso es algo que no puedo decirte, he tratado a Sarah estas últimas semanas y es mucho más fuerte de lo que aparenta.

—Pensé que tenía la aprobación de Collin, pero ha estado mirándome como si fuese un mutante con poderes de rayos láser en los ojos.

—Collin solo quiere cuidar de Sarah, es su flor más delicada.

—No pienso lastimarla, papá, la amo, no sabes lo que duele sentir que estás perdiendo el vínculo con alguien que no quieres dejar ir, siento que si no hago algo la perderé para siempre y Sarah —la miré—, Sarah es mi hogar, ella es mi corazón, papá y llevo mucho tiempo callando.

—Entonces ve y dilo —iba a ir, pero él me tomó del brazo—. Eros, acepta la decisión de Sarah, sea cual sea...

—Papá...

—Ve hijo.

Caminé hacia donde había visto a Sarah, pero como en la iglesia la había perdido de vista, la busqué por el salón mientras el baile de Afro y Thiago terminaba, estaba a punto de desesperarme cuando la vi abandonar el salón, corrí hacia ella, en la pista empezaban a agruparse personas, Afrodita ahora bailaba con papá y Thiago con su madre.

Caminó por los pasillos del Ivy Blue y luego giró hacia la izquierda, supe exactamente hacia dónde se dirigía, mi celular volvió a sonar, pero esta vez ni siquiera ignoré la llamada, simplemente dejé que se fuese a buzón.

Sarah bajó los peldaños que conducían al jardín interno del hotel y una vez estuvo rodeada de los rosales que adornaban el lugar, se sentó sobre la fuente que estaba apagada y se quitó los

zapatos.

Caminé deteniéndome frente a ella, alzó la mirada y su rostro paso de la sorpresa al temor en cuestión de segundos.

Se colocó el zapato rápidamente y se levantó alejándose de mí.

—¿Qué haces aquí? —dijo con voz contrita.

—¿Eso es lo que vas a decirme? —pregunté—. He querido hablar contigo desde que te vi en la iglesia, pero te fuiste mucho antes de que se acabara la ceremonia, llegué a pensar que estabas esperando que todos los invitados se fueran para poder hablar conmigo.

Me acerqué y ella retrocedió dos pasos. Como si necesitara mantenerse alejada de mí.

—¿Qué sucede?

—No te acerques.

Sus palabras fueron como un golpe con un mazo, pero intenté que no me perturbaran.

—Rechazaste mis cartas y me negaste poder visitarte. ¿Tienes una idea de lo que me dolió?

—No podía recibir visitas y tus cartas... tengo que irme, Eros.

—Sarah —la llamé cuando pasó a mi lado—. Tenemos que hablar, nena.

—No, no tenemos...

—Sé que estás molesta por las decisiones que tomé la noche de la gala de Vitae, sé que quizás involucrar a nuestros padres —mi teléfono repicando interrumpió lo que iba a decir, saqué el aparato del bolsillo, el nombre de Becca saltó en la pantalla.

—Deberías contestar.

Negué con la cabeza y una vez más guardé el aparato.

—Nada es más importante que tú, que nosotros —caminé hacia ella.

—Quédate ahí donde estás, no quiero que te acerques —espetó con dureza a pesar de que sus ojos empezaban a humedecerse.

—Sarah no te estoy entendiendo, nena, ¿qué está sucediendo, amor?

—¡No me llares así! —chistó con molestia.

—¿Amor? —asintió débilmente y me llevé la mano al cabello peinándolo hacia atrás—. Tú eres mi amor.

—No —dijo—. No me hables de amor en este momento, Eros, porque yo... —inhale con fuerza—, sé que tenemos mucho de qué hablar, yo solo... Solo no sé cómo comenzar y si te acercas en este momento...

—Hemos vivido muchas cosas, Sarah para no saber siquiera cómo acercarnos. Tienes una idea de lo mucho que me muero por besarte? ¿O cómo me pican los brazos por abrazarte? Tus rechazos me duelen, Sarah —dije mirándola de frente—, lo que vivimos fue...

—Un mal acuerdo... algo que nunca debió suceder...

—¿Qué?

Retrocedí dos pasos sin creer lo que acababa de escuchar.

—Lo que escuchaste, vivimos un acuerdo, algo que nunca debió ponerse en la mesa, yo estaba mal.

Negué con la cabeza.

—No digas estupideces —me acerqué a ella y de nuevo retrocedió—. Maldición no huyas. Sé que lo nuestro empezó como un maldito acuerdo, pero sabes que no fue siempre así, te dije que te amaba, Sarah y no fue por un jodido acuerdo.

—Follábamos, Eros

—¡No vuelvas a repetir eso!

—¡Es lo que es!

—Sí, al inicio follábamos imitando las posturas de unas putas cartas, tu juego, pero luego todo cambió. Te hacía el amor, siempre te hice el amor, siempre fui tierno y suave contigo, te dije que te amaba...

—Eros tú no me amas... —me interrumpió.

—Sarah...

—No, querías hablar, entonces déjame hacerlo primero, yo estaba rota, yo necesitaba aprobación y admiración, esa que Christopher me robó rompiéndome en tantos pedacitos que no sabía cómo volver a unir. Y te propuse un estúpido acuerdo porque era lo que necesitaba. Protección, cuidado y valor, tú me hacías sentir hermosa.

—Porque te amo —interrumpí negando con mi cabeza.

—No me amas, Eros, amabas lo que yo necesitaba de ti, amabas tener el control de tener sexo con alguien que no te pedía nada a cambio.

—No puedes estar hablando en serio... No sabes más que yo lo que siento por ti.

Ella se acercó a mí colocando su mano sobre mi pecho.

—Me quieres, soy tu mejor amiga, la que te pidió hacer una locura y accediste porque te presioné y lo siento, Eros... pero eso no es amor, nada de lo que vivimos lo fue, estaba enferma, estoy enferma... No puedes estar enamorado de mí, no puedes amarme —tomé su mano entre la mía llenándome de calidez—. No puedo amarte más que como un amigo porque eso es lo que seremos siempre.

—Te amo —mi voz se quebró—. Sé que te amo...

—Qué sabes tú lo que es el amor.

—¿Es sentir que me estoy muriendo? Porque lo estoy —presioné su mano contra mi pecho, mi corazón latiendo como un tambor—. Sé lo que siento y sé que te amo y que quiero estar contigo, caminar junto a ti, quiero estar ahí cuando tengas miedo y ayudarte a vencer tus demonios, quiero...

—Sarah —escuchamos la voz de Sury llamándola y su mano dejó la mía rápidamente.

—Mis demonios son míos, mis miedos son míos, no necesito a nadie que me ayude a vencerlos, tengo que hacerlo por mi cuenta —alzó la mano para acariciar mi rostro y luego se arrepintió bajándola rápidamente—. Tú eres mi mejor amigo —negué, pero ella no me dejó hablar—, y quizá tú me ames, pero en este momento de mi vida yo no puedo amar a nadie más que a mí y elijo amarme —dos lágrimas corrieron por sus mejillas—, antes de intentar amar a alguien más.

Vi su intención de irse y la sostuve por el brazo, por cuarta vez en la maldita noche mi celular sonó.

—Sarah...

—En serio deberías contestar... Vuelve a tu vida, Eros, con Becca, Sharon o la que sea, no me importa, tuvimos buen sexo, pero fue solo eso —se soltó de mi amarre—, sexo.

Me quedé allí sin saber qué decir o qué hacer viéndola alejarse de mí.

—Primera cláusula del acuerdo —las palabras rasgaron mi garganta, pero ella se detuvo—. Primera Cláusula del acuerdo: amigos antes que amantes —giró el rostro y me observó, su lengua delineó sus labios y dio un suspiro.

—En este momento de mi vida ni siquiera puedo ser tu amiga.

Un puñal en el corazón hubiese dolido menos, bajé la cabeza para que no viera mis lágrimas.

Capítulo 41

EROS

No supe cuánto tiempo pasó exactamente, estaba frío, catatónico, como si un puño hubiese impactado contra mi pecho dejándome sin aire, sin fuerzas, sin aliento. Ella me había rechazado.

Y dolía.

¿Así se sentía tener el corazón roto?

Reí sin sentido mientras cada respiración que abandonaba mi cuerpo dolía.

Mi celular volvió a sonar y cerré los ojos respirando lentamente, antes de sacarlo del bolsillo y contestarle a Becca.

—Becca...

—Gracias a Dios contestas, sé que es la boda de tu hermana, pero Eros, estoy sangrando, estoy sola y tengo mucho miedo —una especie de escalofrío recorrió mi cuerpo, Becca apenas tenía diez semanas, cualquier sangrado podría convertirse en un aborto espontáneo.

—¿Estás en tu casa?

—Por favor, te necesito —su voz llorosa y desesperada era la prueba fehaciente de lo asustada que estaba.

—Voy para allá, solo espérame —salí del jardín enviando un mensaje de texto a Adonis para que avisara a mis padres por qué me iba de la fiesta, me subí en el auto tan pronto el valet lo trajo, me tomó casi cuarenta minutos llegar al departamento que Becca compartía con su amiga Sharon, entre el tráfico y las luces en rojo fue imposible llegar antes aun cuando manejé al límite de velocidad.

La amiga de Becca estaba tan pálida como la misma cal cuando abrió la puerta, sin detenerme a saludarla caminé directo a la habitación de Becca, tenía los ojos inflamados y la nariz roja.

—Beck...

—No quiero que muera, Eros —dijo colocando su mano sobre su abdomen, caminé hacia la cama y la tomé en brazos, había bajado considerablemente de peso desde el embarazo debido a los malestares, pero en la última consulta la doctora dijo que estaba bien. Becca escondió su rostro en mi cuello y la saqué del edificio sentándola en el asiento del copiloto en el coche.

—¿Por qué Sharon no te llevó al médico? —pregunté sin dejar de conducir.

—Tenía miedo, no quería caminar o moverme.

Mi primer pensamiento fue llevarla a Vitae con el abuelo, pero todos ellos estaban en la fiesta por lo que giré el coche en dirección al GEA, el padre de Elizabeth era uno de los mejores ginecólogos del país, las instalaciones del Grupo Empresarial de las Américas estaban tan bien equipadas como las de Vitae.

Mi celular vibró y contesté por el altavoz del coche.

—Eros.

—Adonis necesito el número de tu suegro —dije a mi hermano tan pronto contestó.

—Dimitri está en la fiesta, ¿acaso no viste a la madre de Lizzie?

—¡Mierda!

—¿Cómo está ella? —murmuró, miré a Becca, estaba encogida en el asiento, sus manos estaban sobre su vientre, había dejado de llorar.

—No lo sé, solo sabemos que está sangrando.

—¿Abundante?

Ni siquiera había preguntado, miré a mi exnovia haciendo una pregunta silenciosa.

—Empezó siendo una mancha, pensé que era normal.

—¿Normal? ¡Ninguna mancha es normal en el embarazo, Becca! Joder, se supone que te formas para ser doctor.

—¡Lo sé! Ni siquiera suficiente para cubrir una toalla sanitaria, porque me formo para ser médico y sé que en ocasiones puede suceder, no vuelvas a gritarme, estoy muy asustada como para aguantar tus gritos.

—Eros tienes que calmarte —la voz suave de Adonis se escuchó por los altavoces—. ¿Qué más sucedió, Becca?

—Me acosté a ver una serie por HBO, y me quedé dormida, desperté con un retorcijón, fui al baño y la mancha era aún mayor, vi que había una especie de coágulo en el inodoro, grité y Sharon vino, me ayudó a llegar a la cama y fue cuando te llamé, pero tú no contestabas —reclamó

—Estaba en la boda de mi hermana...

—¡Calma los dos! Esto no le hace bien al feto, Lizzie y el doctor Malinov van camino al GEA estarán ahí en unos veinte minutos ¿en cuánto tiempo puedes llegar?

—Voy al límite de velocidad.

—Estaré en contacto.

Cerró la llamada y respiré profundamente dejando que mis emociones se asentaran, no era con Becca con quien estaba molesto y no había sido ella a quien le habían importado una mierda mis sentimientos.

—Estaremos bien —dije, no supe si para tranquilizarla a ella o a mí mismo—, el bebé estará bien.

Conduje cerca de treinta minutos antes de llegar al GEA, Lizzie, el doctor Malinov y dos enfermeros nos esperaban en recepción, colocaron a Becca en una silla de ruedas y atravesaron un par de puertas impidiéndome avanzar.

Adonis apareció cerca de veinte minutos después, nadie había salido, llevaba los últimos diez minutos caminando de un lado a otro mi cabello estaba revuelto por todas las veces que lo peine hacia atrás, mamá llamó pidiéndome que la tuviese informada, pero ni siquiera sabía exactamente qué estaba pasando.

—Hermano —dijo llegando hasta mí—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada, tu novia y su padre se la llevaron tan pronto llegamos, pero ha pasado casi media hora y nadie sale a decir nada —me dejé caer en la silla con mi hermano a mi lado.

—¿Crees que sea un aborto? —preguntó Adonis después de unos minutos de silencio.

La palabra aborto había pasado por mi cabeza desde la llamada de Becca, pero no quería pensar en ello, había un cincuenta por ciento de probabilidad que ese bebé fuese mi hijo y no quería que muriera.

—¿Eros?

—No quiero pensar en ello, Adonis —mi voz salió un poco más dura de lo que pensaba.

—¿Hablaste con Sarah?

—No me menciones a Sarah —dije con una sonrisa sarcástica.

—Entró al salón unos minutos después de que salieras, no se veía bien hermano.

—No me digas —satiricé—. Me importa una mierda.

—Eros ¿qué sucedió?

—No quiero hablar de eso, Adonis.

—Hermano...

Las puertas se abrieron e inmediatamente me levanté cuando Lizzie salió.

—Liz...

—Realizamos varias pruebas, el bebé está fuera de peligro, pero Becca tiene un hematoma subcoriónico incrustado en la pared del útero, por eso las manchas y la hemorragia.

—¿Hay algo que podamos hacer? —Mi mente estaba en blanco, ni siquiera recordaba los cuidados de los hematomas en el embarazo.

—Como sabes, estos hematomas tienden a resolverse solos, de igual manera debe informarle a su ginecólogo, tendrá que permanecer en reposo y evitar las actividades fuertes hasta que este haya desaparecido, papá ha recomendado tenerla en observación durante la noche para monitorear el feto y observar si el sangrado disminuye, ahora mismo la están llevando a la habitación 222, en diez minutos puedes pasar a verla.

—Gracias...

—Eros ¿puedo hablar un momento contigo? —Asentí—. Cariño, ¿nos das un momento a solas?

—Por supuesto —Adonis se acercó a Elizabeth y dejó un beso en su mejilla—, ¿te traigo un café, hermano? —asentí de nuevo—. ¿Nena?

—Estoy bien —vimos a mi hermano alejarse y ella señaló una de las sillas—. Adonis me ha dicho que no estás seguro si la criatura es tuya.

—Salí con Becca un tiempo, pero terminamos y según las cuentas hay una gran posibilidad de que ese bebé sea mío.

—Ella tiene doce semanas.

—¿Doce? Su ginecólogo dijo que eran diez.

—Bueno, según la última ecografía, el feto tiene una complejión de doce semanas —la posibilidad se hacía cada vez mayor. A principios de septiembre, Becca y yo estábamos juntos—. ¿Sabes que puedes quitarte la duda con una prueba de paternidad?

—¿Y estresar al bebé luego de esta noche? —resoplé.

Lizzie se llevó un mechón de cabello tras su oreja, su rostro se tornó serio.

—El GEA está desarrollando una prueba de paternidad no invasiva, ha sido exitosa en Reino Unido y España, determina la paternidad del bebé a partir de la semana ocho, se hace una prueba al padre con una muestra convencional de la mucosa bucal y una muestra sanguínea de la madre —se acomodó en la silla—. Te explico, este tipo de prueba se basa en la utilización del ADN fetal circulante libre de células que se aísla a partir del plasma de la muestra de sangre materna, analizándolo mediante tecnología de secuenciación de nueva generación.

—¿Es confiable?

—Es una prueba experimental, pero según papá, si por el motivo que fuera las muestras no tuvieran suficiente carga de ADN, por falta de contenido en la muestra o que la recogida de la muestra fuera insuficiente, entonces no se obtendría un resultado válido, pero nunca se producirá un resultado falso —estaba escéptico ya que no había escuchado de esta prueba—. Mira, nuestro laboratorio está acreditado y dispone de la tecnología necesaria para que su ejecución garantice sobre 100% de fiabilidad y precisión, solo tienes que hablarlo con Becca y estar de acuerdo en hacerlo, piénsalo —se levantó cuando vio a mi hermano caminar hacia nosotros con un vaso en cada mano.

—¿Todo bien? —inquirió mi hermano.

—Todo en orden, iré a ver a Becca, ustedes pueden volver a la fiesta.

Becca estaba semi sentada en la cama, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas mientras

hablaba por celular, sorbió su nariz y negó con la cabeza antes de colgar.

—Hola —dije caminando hacia ella y sentándome a un lado de la cama—. ¿Te sientes mejor?

—Me tranquiliza saber que él está bien.

—¿Sabes que puede ser ella?

—Siempre pienso en él cómo niño...

—El doctor Malinov va a dejarte en observación esta noche.

—Lo sé, también me habló del hematoma.

Respiré profundamente tomando su mano entre las mías.

—¿Hay algo más? Por eso estás serio, ¿pasó algo con el bebé?

—El bebé está bien, pero tenemos que hablar de algo importante, Becks...

Ella se acomodó en la cama.

—Hemos hablado sobre la posibilidad de que ese bebé no sea mi hijo.

—Eros... —farfulló poniéndose a la defensiva.

—Déjame hablar —la interrumpí—, nuestra relación no era monógama, tampoco era algo serio, éramos más como dos amigos que tienen sexo y salen de antro —las palabras se sintieron amargas en mi boca ¿no fue lo mismo que Sarah y yo teníamos?

La respuesta me iluminó rápidamente, no, no lo era, porque a diferencia de Becca, yo amaba a Sarah.

—Ve al grano, Eros... —musitó con desdén.

—¿Estuviste con alguien más antes de que tú y yo termináramos?

Zafó sus manos de las mías y bajó la mirada.

Suspiré pesadamente.

—La probabilidad aumenta ...

—Eros, tú lo has dicho, no éramos monógamos —le di la razón—, fue cosa de una noche.

—¿De una noche en el baño de un antro? ¿O tal vez en un callejón?

—No puedes juzgarme por ser igual que tú, además, no soy idiota usé protección esa vez.

—Los condones se rompen, Becca, en más de una ocasión nos pasó.

—Por eso este puede ser tu bebé.

—Pero también puede no serlo, mira Becca lo que quiero decir es que hay una prueba de paternidad no invasiva con la que el GEA está experimentando.

—¿Experimento? Exponer al bebé.

—Es una prueba segura y no es invasiva, podremos tener los resultados pronto y...

—Vete, si lo que quieres es irte de una vez puedes hacerlo, no te estoy obligando a quedarte.

—No se trata de irme o quedarme, Becca, se trata de certezas, no quiero tener que esperar seis meses más, necesito saberlo ahora y estoy en todo mi derecho de pedirlo debido a tu promiscuidad.

—¡Fuera!

—Becca.

—¡Maldita sea, vete de aquí ¡ahora!

—Está bien, me iré, pero piénsalo, Beck, sigues siendo mi amiga y siempre lo serás no importa el resultado.

No volví a la fiesta, en cambio conduje hasta el lugar en donde Sarah había estado recluida las últimas cuatro semanas, ni siquiera sabía por qué estaba ahí. Una vez salí del hospital sin la preocupación por Becca o el bebé, simplemente conduje, quizá mi subconsciente me trajo, quizá fui plenamente consciente de lo que había sucedido en el hotel, Sarah me rechazó, sin

justificación alguna alegando que me había aprovechado de su momento más vulnerable aun cuando me había negado en un comienzo.

Amigos antes que amantes había sido solo la ilusión de algo que no volvería a ser.

Una parte de mí quería explicaciones, la otra estaba tan ofuscada y dolida por la crueldad de sus palabras que simplemente quería desaparecer.

Dando una última mirada a la casa encendí el coche y volví a casa de mis padres, estaba completamente oscura por lo que supe que seguían en la fiesta, caminé hacia el estudio de mi padre y tomé unas de sus botellas del estante.

Recordando las palabras de Sarah me tomé la primera copa.

Dos semanas habían pasado desde la boda de Afrodita, mi hermana y su ahora esposo decidieron quedarse en Nueva York hasta que Afrodita terminara su carrera, las cosas parecían haber vuelto a la normalidad.

Tuve una larga conversación con Becca y al final, ella accedió a hacer la prueba que el GEA estaba implementando. Nos darían los resultados un par de días antes de año nuevo.

Sarah dejó Equilibrio una semana después y una parte de mí tenía la esperanza de que ella viniera a mí, no lo hizo.

Pensé que quizá pasaríamos juntos la Nochebuena como la gran mayoría de los años, sin embargo, mamá había dicho que solo seríamos nosotros y Thiago en esta ocasión.

Afuera pequeños copos de nieve impactaban contra el suelo, mis padres habían sacado un par de juegos de mesa después de la cena de Navidad y ahora todos jugaban Monopoly en el comedor.

Llevé mi taza con chocolate caliente a la boca y suspiré, el correo electrónico había llegado una semana después de que Sarah se internó en Equilibrio, había rechazado la oportunidad de terminar mi carrera y empezar mi especialización en una de las mejores universidades de Londres porque ella me necesitaba.

Sin embargo, estaba equivocado, sus palabras y su silencio me dejaron claro que ella no me necesitaba en absoluto.

Mientras bebía en el estudio de mi padre la noche de la boda de Thiago y Afrodita, envié una carta a la Facultad de Medicina de la Universidad de Cambridge retractándome por mi anterior misiva y solicitando que me fuese nuevamente otorgada la oportunidad de pertenecer a su alma mater.

Pensé que nunca obtendría respuesta, había escrito el correo electrónico estando completamente ebrio, sin embargo, la respuesta había llegado hacía cuatro días atrás.

Me giré hacia mi familia que discutía con Emmerson por robar al banco y aclaré mi garganta atrayendo la atención de todos.

—Familia, necesito un minuto de su tiempo —caminé hacia la mesa colocándome entre mamá y papá—. Como saben terminaré mis estudios en seis meses, hace un par de meses apliqué para una beca de intercambio en la universidad de Cambridge, afortunadamente fui seleccionado —mamá se levantó tomándome del brazo—, había rechazado la oportunidad por... —tragué saliva—, por Sarah, pero como todos saben, ella y yo hemos terminado. He enviado una misiva solicitando ser admitido en el programa de intercambios de este nuevo semestre —mamá apretó mi brazo.

—Eros...

—He sido admitido —papá palmeó mi espalda—, necesito estar en Londres la tercera semana de enero, pero he comprado tiquetes para el primero en el vuelo de las ocho, eso me permitirá llegar de día por lo que batallaré con el jet lag en lo que buscó un lugar donde vivir ya que no me dieron la beca solo un cupo en el programa y por ingresar tarde conseguir alojamiento en el campus no es posible.

—¿Y Becca? —preguntó Afrodita.

—La próxima semana nos entregarán los resultados de la prueba de paternidad, si el bebé es mío, ella vendrá conmigo a Londres.

—¿¡Te casarás con Becca!?! —inquirió Emmerson.

—No, enano, simplemente he decidido que quiero estar en la vida del bebé y Becca va a aplazar el semestre, así que estaremos juntos, pero no en una relación, luego Becca decidirá si termina su carrera en Londres o regresa a Estados Unidos.

—¿Por qué te tienes que ir tan pronto? —dijo mamá con voz llorosa—. Emmerson se va a finales del siguiente mes, Adonis también se irá...

—Papá y tú tendrán la casa sola para hacerlo en cualquier lugar.

—Ya lo hacíamos en cualquier lugar —dijo papá haciéndonos reír.

—¿Es lo que quieres hacer? —preguntó mamá, guardé silencio unos minutos. ¿Era lo que quería hacer? Sin duda estudiar en Londres había sido uno de mis más grandes sueños, sin embargo, lo hubiese cambiado por una sola palabra de Sarah Dawson.

—Sí, es lo que quiero hacer.

Capítulo 42

SARAH

Pasar las fiestas navideñas con los abuelos y el año nuevo en casa de tío Trevor en Miami había sido una gran idea, me había mensajado un par de veces con Afrodita desde el celular de papá y me alegraba que Thiago hubiese accedido a quedarse en América un par de meses más.

Ni siquiera sabía cómo me sentía con la inminente partida de mi mejor amiga, ahora que había perdido a Eros, ella era todo lo que me quedaba.

Eros... no sabía nada de él desde la boda, prácticamente había suplicado a Sury que me llevara de regreso a Equilibrio, había actuado cegada por la rabia, el dolor y la ira, ni siquiera era capaz de preguntarle a Afrodita por él.

Sabía que seguiríamos viéndonos en fechas especiales, solo esperaba que para cuando esas fechas llegaran, el dolor por perderlo no fuese tan asfixiante. No podía ser su amiga, no después de sentirlo dentro de mí, no después de que por un breve periodo de tiempo viví lo que siempre había deseado, no cuando Becca tenía todo lo que yo anhelé siempre

El sonido de mi celular me sacó de mis divagaciones, era bueno tenerlo de regreso después de tantas semanas en Equilibrio.

—*¡Hola, baby!* —gritó Afrodita del otro lado de la línea, le había dicho que podríamos hablar por teléfono después del año nuevo y me extrañó que no lo hubiese hecho tan pronto sonaron las doce campanadas.

—Hola tú.

—¿Ya estás en Nueva York? ¿Qué estás haciendo?

—Llegamos hace un par de horas, estoy organizando mi habitación, desempacando las cosas que Sury recogió para mí.

—¿Vienes a mi depa? Hace tanto que no compartimos tiempo juntas.

—Tengo mucho que hacer —repetí.

— ¿Y? Por favor, eres mi mejor amiga, tengo muchísimo que contarte, ven a cenar o prepararé chocolate y tengo galletas de mantequilla de las que amamos.

Pensar en chocolate caliente y galletas y la cantidad de calorías que entrarían en mi cuerpo casi me hizo declinar, entonces ella insistió.

—Por favor... estoy sola y aburrida, es un día triste.

Me reí, para Afrodita un día triste era un día en el que no podía comprar.

—¿Dónde está Thiago?

—En Chicago —dijo con voz monótona.

—¿Hoy?

—Sí, y antes de que me preguntes por qué no fui con él, pues me lo propuso, pero no quiero ser de esas esposas... ya sabes.

—No, no sé.

—Esas que viven pegadas a las piernas de sus maridos... ¿vas a venir? ¡Porfa! ¡Porfa! ¡Por favorcito!

—Está bien, terminaré de empacar, pediré un Uber y nos vemos —miré la hora eran casi las cuatro de la tarde—. En una hora, tendrás que traerme de regreso, mi auto sigue en...

—Tu auto está en mi edificio. Yo tengo tus llaves, así que nos vemos en una hora, te quiero,

baby.

Saber que Afrodita tenía las llaves de mi auto fue como si hubiese tragado una piedra, eso solo confirmaba lo que tanto temía, lo había perdido.

Cerré los ojos y al abrirlos, observé la camisa de fútbol americano de la escuela, de Eros, fue la primera que me dio, esa noche cuando Christopher me traicionó. La saqué de la maleta llevándola a mi nariz, hacía tiempo había perdido el olor de él, sin embargo, mi memoria aun lo recordaba.

Recuerdos, eso era todo lo que me quedaba de él.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas recordándome que ahora él estaba junto a ella y serían una familia, que había sido mi decisión empujarlo fuera de mi vida.

Metí la mano en la caja que mi hermana había traído para mí y saqué un cuaderno demasiado familiar, abrí las páginas hasta encontrar las que contenían nuestro acuerdo.

Cláusula número 1: Amigos antes que amantes.

El recuerdo de Eros diciendo que nuestra amistad estaba fuera de este juego y que pasara lo que pasara siempre seremos amigos hizo que mi corazón se encogiera. Todo parecía haber sido una falacia en nuestras mentes porque después de intimar era muy difícil que volviéramos a ser amigos.

La puerta de mi habitación se abrió y me levanté de la cama rápidamente llevando un montón de ropa hacia el clóset para que papá no viese mis lágrimas.

—¿Todo bien por aquí, nena? —dijo papá con dulzura.

—Sí, todo bien —dije colocando una sonrisa en mi rostro—, solo termino de acomodar toda la ropa.

—Bien, Sury fue con Archer y tu madre con Evangeline, así que estamos tú y yo solos para la cena...

—Quedé de cenar con Afro, pero puedo cancelar y...

Él negó con la cabeza.

—Ve con Afrodita, necesitas empezar a retomar tu vida, cariño —me acerqué a él dándole un beso en la mejilla. —¿Quieres que te lleve?

—Tomaré un Uber.

El viaje en auto hasta Manhattan fue rápido, pero por congestión vehicular tuve que quedarme un par de cuadras antes, ajusté el gorro a mi cabeza y apreté los botones de mi gabardina mientras caminaba hacia el edificio de Afrodita, el frío era de locos por lo que pensé en entrar al Starbucks que estaba solo un par de cuadras y comprar un latte, pero me detuve al ver entrar a Christopher junto a Khristy Anderson, ambos estaban tomados del brazo se veían cómodos, íntimos; esperé la sensación de dolor en el pecho, la traición, pero nada pasó, fue como si hubiese visto cualquier pareja en la calle. Continué mi camino mientras elevaba una plegaria para que Khristy no tuviera que vivir el infierno que yo había vivido.

El vigilante del edificio de Afrodita me abrió la puerta dándome el típico *feliz año nuevo*, tomé el elevador y caminé hacia el apartamento de mi mejor amiga. Como si me estuviera esperando en la entrada, abrió la puerta justo antes de que tocara.

—Qué bueno que llegaste, la ansiedad va a matarme —me quité el gorro y los guantes.

—Las bondades del matrimonio —farfullé siguiéndola hacia la cocina.

—Intenté cocinar, pero ya sabes que la cocina y yo somos enemigas.

—¿Para qué diablos intentas cocinar? —Me quité el abrigo dejándolo sobre la isla.

—Bueno, no sabía qué pedir —se detuvo del otro lado de la isla, el departamento de Afrodita y Eros era bastante similar a pesar de estar en edificios diferentes—. No quiero que te sientas mal por la comida o que...

La detuve.

—Afro, estoy bien...

—Te fuiste antes de la cena el día de la boda —masculló—. Me siento como si tuviera dieciséis de nuevo.

Abrí el taburete a mi lado y la insté a sentarse.

—Como todo tipo de comidas, en porciones aptas para mi consumo, pero si te parece bien podemos pedir unas ensaladas a nuestro restaurante favorito —dije una vez que se sentó—. No bebo jugos, gaseosas u otros derivados, pero tú puedes hacerlo, estoy bien, Afrodita, sigo contando calorías, pero joder, Roma no se hizo en un día, la comida y yo nos estamos reconciliando, es un proceso estoy en él y voy por buen camino... Soy yo, soy Sarah, no me mires como nada más que eso.

Ella me abrazó con fuerza.

—Te extrañé mucho...

—Y yo a ti, supongo que estoy empezando de cero una vez más.

—Tengo helado sin azúcar.

—Podría comer un poco y así me cuentas qué te tiene tan estresada.

Se bajó del taburete y caminó hacia el refrigerador, sacó dos copas de helado y una tarrina del refrigerador—. ¿Cómo están las cosas con Thiago?.

—Tan bien como pueden estar las cosas entre los recién casados, salvo que tuvimos una pequeña pelea esta mañana porque olvidó decirme que tenía que ir a Chicago... en fin. Vamos al sofá —me entregó una copa con una pequeña porción de helado y me empujó hacia la sala, había un lienzo enorme en el centro de la sala, en él un dibujo a lápiz de la diosa Afrodita.

—Lindo...

—Es el mismo dibujo que tiene tatuado Thiago en el brazo, no sé si lo sabes, pero un día antes de la boda, mi esposo y mis hermanos se hicieron tatuajes como celebración de despedida de soltero. Adonis se tatuó el nombre de Elizabeth, Emerson se hizo su primer tribal y Thiago.

—A Afrodita —señalé el cuadro.

—Sí, no supe si molestarme con él o comérmelo a besos, incluso Eros se hizo un nuevo tatuaje después que dijo que jamás volvería a marcar su cuerpo más que con chupones.

La mención de su nombre hizo que me estremeciera, por una fracción de tiempo estuviéramos en silencio.

Alcé la mirada hacia mi mejor amiga y respiré profundamente antes de preguntar.

—¿Cómo está él?

—Hace un par de días que no hablamos —ella llevó una cucharada de helado a su boca y el ambiente entre las dos se tensó, fue el turno de Afrodita de tomar aire. — Él se hizo un tatuaje de ti.

—¿De mí? —pregunté confundida.

Ella asintió.

—Es una chica sentada sobre un par de libros rodeada por dragones y planetas y estrellas. Además de mi madre, eres la única mujer que desde que tengo uso de razón he visto con un libro. No sé qué pasó entre ustedes, pero Sarah, mi hermano ha estado enamorado de ti desde...

—Va a tener un hijo con otra mujer —interrumpí su diatriba, levantándome del sofá, enojada.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—No intentes ocultarlo, ya lo asimilé y me resigné, él está con Becca, Sury los vio, se veían felices ¿qué más querías que hiciera? ¿Que volviera al papel de mejor amiga? No puedo hacerlo.

—¿A quién vio? No estoy entendiendo nada, Sarah.

—A Eros y a Becca, ella está embarazada, ellos van a tener un hijo.

—Joder no me digas que es eso... —Afrodita se llevó la mano al cabello echándolo hacia atrás.

—¿No?

—O sea, sí, pero no... Joder, Sarah... —caminaba de un lado a otro.

—¡Afrodita! Quieres detenerte.

—Becca sí está embarazada, pero el bebé no es de Eros, al principio pensábamos que sí, pero se hizo una prueba de paternidad, lo que vio Sury fue a Eros acompañando a Becca a una cita prenatal solo porque pensaba que el bebé era suyo, no porque hubiesen vuelto a tener una relación o algo así.

Estaba temblando sin poder creer las palabras de Afrodita.

—Tú me estás mintiendo, lo haces para que yo...

—¡No! ¿Por quién diablos me tomas? ¡Jamás te mentaría! Mi hermano te ama.

—¿No va a casarse con Becca?

—Nooo —musitó con asombro—. Eros pensaba que el bebé era suyo, tenían un arreglo, pero no volvieron a estar juntos.

—Afro— las lágrimas cayeron por mis mejillas—, yo... ¿Qué hice, Afro?

—Sarah no sé qué pasó con ustedes, pero Eros nunca lo había visto tan triste como cuando te internaron, casi entra en un coma etílico, pero no lo vi salir con una sola chica, Si eso no es amor...

—Yo dije... yo... —me levanté una vez más dispuesta a enmendar mi error—. ¡Tengo que verlo! ¡Oh, Dios mío... tengo que hablar con él! —caminé hacia la cocina buscando mi abrigo—. Tengo que explicarle que yo... ¿sabes si está en el departamento?

Afrodita negó con la cabeza.

—Él no está aquí, Sarah.

—¿Está en casa de tus padres? —pregunté de nuevo.

—Eros no está en Nueva York, se fue hace dos días, Sarah, en este momento debe estar en Londres.

EROS

El clima de Cambridge en enero era húmedo y más frío de lo normal, a pesar de llevar una semana en la ciudad aún estaba batallando con el jet lag y el maldito invierno, todos los días buscaba en Internet apartamentos que quedaran cerca al campus de la universidad, pero conseguir un buen departamento era como buscar una aguja en un pajar.

Estuve toda la mañana en el campus organizando algunos documentos sobre mi ingreso y luego visité un conjunto de pisos ubicado a unos veinte minutos del campus caminando, uno en especial llamó mi atención, era pequeño, pero pasaría casi todo el día en el campus por lo que me venía como anillo al dedo, además estaba perfectamente ubicado y había tiendas de abarrotes, un pub al final de la calle. Estaba deseando que el arrendador tomara una decisión que me

beneficiara. También me entrevisté con un par de chicos que buscaban un *roomie*. No era amante a compartir mi espacio personal, pero en esos momentos cualquiera de las dos opciones me venía bien, ya que no podía vivir en el Holiday Inn por el resto del semestre.

Mamá me llamaba todos los días, ahora que Adonis y María Elizabeth habían vuelto a Sidney y Afrodita se mudó con Thiago, sentía que necesitaba mantener un ojo o más bien un oído en todos nosotros, era una de las razones por las que había solicitado que no me acompañaran al aeropuerto.

Tuve una cena de despedida en casa de los abuelos, con la familia, cada segundo que pasaba pensaba que Sarah llegaría a la cena.

No lo hizo.

Ni siquiera pude despedirme de Sam, Collin o Sury, ninguno contestó mis llamadas, mentiría si dijera que en todos los días que llevaba allí no había pensado en ella. En cómo estaría ahora que ya no estaba en Equilibrio.

Una mujer riendo me sacó de mi ensoñación, una vez leí que en ocasiones tienes que soltar personas, lugares o planes que pensabas eran únicos, sin importarte si se te rompe un poquito el alma, lo bueno de todo es que no dura para siempre.

Sabía que el dolor del rechazo de Sarah no sería eterno, conocería nuevos lugares, nuevas personas, nuevas culturas, solo había que darle chance a la vida de hacer lo suyo.

Una mujer regañando a su pequeño hijo me sacó de mis pensamientos. Bebí el té que había pedido y comí el último trozo de una torta de chocolate que estaba de diez antes de levantarme cerrando los botones de mi gabardina para enfrentar el frío.

Caminé por las adoquinadas calles de Cambridge sintiendo una especie de electricidad en la atmósfera, esperaba que no empezara a llover, me quedaban un buen par de kilómetros antes de llegar al hotel.

Mi gorro estaba cubierto de nieve cuando llegué al hotel, saludé a Diana la chica de recepción y tarareé la música que salía por mis audífonos inalámbricos. George llegó también mientras Diana se giró entregándome la llave.

—Señor Farell —dijo Diana cuando estoy a punto de irme—. Se me olvidaba, hay alguien preguntando por usted.

—¿Por mí?

No conocía a nadie aún y sería igual hasta que entrara a clases y empezara a socializar.

—Sí, insistió en esperarlo por lo que le dije que podía esperarlo en el restaurante, oh, allí viene.

Estaba a punto de girarme, pero su voz me llegó primero.

—Eros... —me giré completamente observando a la mujer frente a mí—. ¿Podemos hablar?

Capítulo 43

SARAH

Las palabras de Afrodita fueron como un cubo de agua helada, ella intentaba explicarme lo que realmente había ocurrido, pero mi mente reproducía todo lo que le había dicho el día de la boda.

Renegué de su amor, lo culpé de aprovecharse de mi vulnerabilidad, lo herí que no sabía si podría recuperarlo, Me llevé la mano al pecho intentando calmar el dolor que me invadía, mi garganta se cerró completamente al paso que mis mejillas se humedecían por las lágrimas derramadas.

Lo había lastimado tanto y ahora él estaba lejos.

—Sarah tienes que hacer algo, si en verdad lo amas, tienes que decirle. —negué con la cabeza—. No seas tonta, ve por él —alentó Afrodita—. Mira, amenacé por años a mi hermano con colgar sus bolas en la jaula del león de Central Park si se atrevía a intentarlo y separarnos, pero los vi, en Rocky Point, no soy estúpida, tú lo amas y él también y sé que tus palabras hacia él no eran ciertas, pero Eros no lo sabe y la única manera de que lo sepa es que vayas a él.

—¿Ir a Londres? —pregunté.

—Ir a Londres —afirmó Afrodita—. Ve a tu casa recoge lo suficiente para una maleta pequeña, yo compraré tu tiquete, necesitas actuar rápido, Sarah porque conozco a mi hermano, no sé bien qué pasó entre ustedes, pero sé que está herido y cuanto más tiempo tardes en demostrarle lo arrepentida que estás, esa herida se hará más profunda.

—Afro, no tengo dinero ni...

—No te preocupes por ello, estás en una carrera contra reloj, Sarah, no dejes pasar más tiempo.

Mientras el auto me llevaba por la carretera de Londres hasta Cambridge, busqué las palabras exactas que pudieran expresar lo que realmente sentía, decir lo siento parecía insuficiente para decirle que lo amaba, tenía que explicarle la razón de mi comportamiento. Con cada kilómetro más cerca de Cambridge sentía que mi pecho se contraía, necesitaba que me escuchara, pero si cerraba los ojos podía escuchar la desesperación en su voz cuando él me suplicó lo mismo, cuando me enunció nuestra regla más importante.

Amigos antes que amantes.

La regla que yo había quebrado sin importarme sus sentimientos, mucho antes de lo que hubiese querido, el taxista me informó que habíamos llegado a la dirección que Afrodita me había dado

El hotel donde Eros se hospedaba estaba ubicado en pleno centro de la ciudad, muy cerca de la universidad de Cambridge, Philips, el conductor, me ayudó con el equipaje y caminé con pasos lentos hacia la recepción, tenía una habitación reservada en un hotel cercano por una semana, esperaba que Eros me perdonara antes de que tuviera que marcharme.

—Buenas tardes, bienvenida al Holiday Inn ¿tiene usted una reservación? —preguntó una señorita, Diana se leía en el gafete que portaba en su pecho.

—No, no la tengo, estoy buscando a uno de sus huéspedes, Eros Evans Farell Runner —ella

buscó rápidamente en el computador y luego me encaró con una sonrisa.

—El señor Farell no se encuentra en el hotel en estos momentos, ¿quiere dejarle algún recado?

—¿Sabe si tomará mucho tiempo para volver?

—Lo siento no tengo esa información, pero si prefiere puede esperarlo, el restaurante está abierto en este momento, puede esperarlo ahí o en el bar.

Asentí y tomé mi equipaje de mano llevándolo conmigo.

Pedí un té y unos canapés de cangrejo, pepino y queso crema una vez me ubiqué en una de las mesas que tenía vista hacia la recepción. Mientras esperaba, envié un mensaje a Afrodita para que supiera que había llegado bien y uno más largo a mis padres quienes pensaban que estaría con Afrodita unos días.

Me sentía terriblemente cansada, había sido un vuelo largo y lleno de turbulencias y luego un viaje en auto igual de extenso, el mesero llegó con mi pedido y a pesar de tener el estómago vuelto un nudo, comí un poco y disfruté del té.

Me distraje mirando algunas fotos en mi celular, el cielo se había empezado a oscurecer y diminutos copos de nieve podían verse caer desde los ventanales.

Caminé de nuevo hacia la recepción, solo para preguntar si había llamado o dejado algún recado, pero no había nada de su parte, volví a mi mesa en el restaurante, Afrodita me envió un mensaje de WhatsApp y bajé la mirada para leerlo. Mi piel se erizó como si pudiera sentirlo, alcé la mirada y la dirigí hacia recepción, Eros estaba de espaldas por lo que agarré mi maleta y caminé hacia él justo en el momento en que Diana le informaba sobre alguien que lo buscaba.

—Oh, ahí viene...

Él se giró para ver quién lo estaba buscando, hasta verme, pude ver en su rostro la confusión y sorpresa, pero se repuso rápidamente dándome una cara fría y hostil.

—Eros... ¿podemos hablar?

Su mirada se mantuvo fija en la mía por varios minutos y luego se acercó.

—¿Qué haces aquí, Sarah?

Su voz fue gruesa, llena de resentimiento, su postura era desafiante y en sus ojos no había una pizca del amor que vi en la boda de Afrodita.

«¿Cómo pude estar tan ciega? ¿Cómo pude obviar sus palabras, negarme a creer en él?».

—Necesito hablar contigo, necesito...

—¿Qué estás haciendo aquí? Hablar, creo que eso ya lo hicimos y...

—Eros por favor, solo escúchame. —lo interrumpí—. No hemos terminado de hablar.

Por un segundo su mirada se encontró con la mía sin que dijéramos una sola palabra, respiró profundamente y asintió.

—Sígueme —me interrumpió. Tomé mi maleta e iba a seguirlo cuando él la tomó del asa—. ¿Tienes una habitación?

—Sí, reservé una en un hotel cercano.

—Cancela tu reserva, te quedaras en el hotel —Sus palabras me dieron una pequeña esperanza, se dio la vuelta y caminó hacia la recepción, no pasó desapercibido para mí el evidente coqueteo de la chica sin embargo lo deje pasar.

—Diana ¿hay suites disponibles? —preguntó con un tono de voz mucho más suave del que había usado conmigo.

—Ninguna suite, señor Evans Farell, pero tenemos una habitación en el tercer piso disponible.

—Bien, eso servirá, necesito una reservación por una noche —miró hacia mí y luego hacia la

chica guiñándole un ojo—. Ella no se quedará tanto tiempo —tragué el nudo en mi garganta, estaba muy equivocado si pensaba que me iría sin pelear.

—No necesito una habitación —repliqué tomando mi maleta—, tengo una en el hotel Clayton, solo necesito hablar contigo antes de ir allí.

Eros soltó la maleta.

—Está bien, como quieras —lo vi caminar hacia la salida y supuse que quería que lo siguiera por lo que eso hice.

Fuera del hotel, el viento helado me caló en los huesos, aferré mi gabardina a mi cuerpo y me limité a seguirlo, caminamos un par de cuadras alrededor por las calles empedradas. Unos diez minutos después llegamos a un pub. Sin decir una palabra se adentró en el lugar.

Suspiré, era plenamente consciente de su actitud y su molestia, pero eso no significaba que su indiferencia no fuera como un cuchillo que poco a poco laceraba mi piel.

El lugar estaba parcialmente lleno, había música y ruido de conversaciones, no era el lugar adecuado para la conversación que sostendríamos, sin embargo, lo seguí cuando él caminó entre las mesas, hasta sentarse en una de las más apartadas del lugar. Me senté frente a él, tenía la punta de los dedos helados y maldije al no recordar traer guantes.

Por una pequeñísima fracción de tiempo ninguno de los dos dijo nada.

Respiré profundamente intentando arreglar las palabras en mi cabeza.

—Eros.

—¿Has comido? —hablamos al mismo tiempo.

Miró la maleta y refunfuñó para sí mismo un *por supuesto que no*, por lo que me apresuré a corregirlo.

—Comí durante el vuelo y tomé un snack en el restaurante del hotel, yo estoy...

—Está bien, no me debes explicaciones Sarah —me interrumpió con desdén, por segunda vez, inhalé profundamente cuando las lágrimas quisieron tomar partido, su voz era parca, desprolija de emociones o sentimientos, es como si fuese un robot y me aterraba pensar que nos convertimos en esto por mi culpa—. Al fin y al cabo eres dueña de tus decisiones.

Una camarera se acercó a la mesa y él sonrió pidiendo un whisky de malta seco, solo pedí agua ya que debido a mi tratamiento no podía beber alcohol.

Eros espero que la chica se retirara para hablar de nuevo.

—¿Qué haces aquí?

—Afrodita me...

—Afrodita, ¿por qué no lo imaginé antes? Supongo que ella te dijo dónde estaba.

Tragué el nudo de mi garganta antes de hablar.

—Te debo una disculpa —murmuré en voz baja—. Yo, la última vez que nos vimos...

La camarera regresó con el whisky que él bebió de un solo trago, su rostro se contrajo y negó con la cabeza maldiciendo en voz baja.

—Disculpa aceptada, regresa a Nueva York —se levantó de la silla y colocó un billete bajo el vaso que acababa de beber, caminó hacia la salida del lugar dejándome en shock, una especie de nudo obstruyó mi garganta y por primera vez desde que me subí al avión, mis lágrimas, se deslizaron por mis mejillas. Sintiéndome fría por dentro, destrozada, no supe exactamente cuánto tiempo pasó después que Eros abandonó la mesa, pero no debía ser mucho puesto que lo alcancé una cuadra después del pub.

—Eros... —no se detuvo—. Eros ¡¿Puedes detenerte, por favor?! —grité atrayendo más atención que la deseada. Detuvo sus pasos y giró la mitad de su cuerpo observándome

Estaba más que claro que no me quería allí, ni me esperaba, escuchó lo que venía a decirle y

me despachó sin importarle algo más. Y en mi memoria me debatí entre recoger los pedazos de mi corazón y llevarlos a Nueva York o luchar.

Pero por su postura, su voz y sus acciones sabía que no sería fácil. Eros estaba más herido de lo que pensaba y solo yo era la culpable.

—Eros.

—¡Estás muy lejos de casa, Sarah! Y no tienes nada que hacer aquí —solté el equipaje y corrí tras él sin importarme nada, lo rebasé rápidamente y me coloqué frente a él interrumpiendo su camino.

—Tú estás aquí. Solo quiero que me escuches.

—¿Escucharte? —su mirada era dura, ojos oscuros observándome con una mezcla de dolor, tristeza y enojo—. ¿Acaso tienes que decirme algo más que no pudiste decirme en la boda?

—Eros yo...

—¿Acaso no quedó claro que yo me aproveché de tu vulnerabilidad? —espetó, las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, pero él no se inmutó por ellas—. Porque fue de eso de lo que me acusaste, de aprovecharme de tus deseos de afecto y aceptación —intenté hablar, pero él siguió con su diatriba—. Creo que todos nuestros puntos quedaron muy claros esa noche, Sarah, y tú y yo no tenemos nada más de qué hablar.

—Te equivocas —lo interrumpí en una pausa—. Tenemos mucho de qué hablar y sí, tienes todo el derecho de estar molesto...

—Molesto —resopló—. ¿De verdad piensas que solo estoy molesto?

—Eros...

Negó con la cabeza.

—No, no pienso hacer esto, no pienso seguir hablando de cómo me convertí en el villano de tu historia Sarah —reanudó su marcha, pero esta vez no lo seguí.

Las palabras quedaron atrapadas en mi garganta, quería gritarle que me escuchara, pero conocía bien a Eros y sabía que no lo haría.

Así que recurrí al mismo intento desesperado que él usó en la boda.

—Amigos antes que amantes —le recordé nuestra cláusula más importante sintiéndome una completa hipócrita—. Cláusula uno, amigos antes que amantes.

Dejó de andar y el tiempo pareció congelarse entre los dos, se acercó eliminando la distancia que nos separaba, sus manos se posaron en mis hombros, para las personas que estaban viéndonos se veía como una tierna escena, pero era porque no podían escuchar a mi corazón latiendo apresuradamente. Eros humedeció sus labios y bajó su rostro al mío, luego desvió su boca hasta mi oído, su aliento cálido golpeó mi piel haciendo que me erizara bajo las capas de ropa.

—En estos momentos de mi vida ni siquiera estoy seguro de que quiera ser tu amigo... —se enderezó rápidamente, soltándose—. Vete a casa.

Lo vi alejarse sin decir o hacer nada, él había usado las mismas palabras que yo le dije en la boda, la nieve caía sobre mi cuerpo, pero no podía sentirla, estaba atónita, vacía.

Había perdido al amor de mi vida.

Capítulo 44

EROS

«No te gires, sigue caminando... No te gires, sigue caminando».

Repetí una y otra vez en mi memoria obligando a mis pies a continuar alejándome, mis manos apretadas en un puño para no girarme por última vez, correr hacia ella y besarla como llevaba esperándolo desde la gala anual de Vitae.

Intenté no pensar en lo que caminaba, me obligué a no sentir, dejé mi mente en blanco acelerando mis pasos hasta la entrada del hotel.

Verla en la recepción me llenó de una calidez que no pensé que fuese posible, entonces me bombardearon los recuerdos, sus palabras, la poca emoción en su voz cuando me culpó por casi todo lo malo que había pasado en su vida cuando yo solo quise estar ahí para lo que ella necesitara, cuando la amaba y al fin había aceptado el hecho de que la quería mía.

Tragué el nudo en mi garganta y le pedí a Diana mi tarjeta, no hubo coquetería esta vez, la tomé de sus manos y caminé hacia el elevador sintiendo cada paso más pesado en lo que mi pecho se comprimía.

.
. .
. .
. .
. .

No supe exactamente a qué hora me quedé dormido, pero recibí una llamada del arrendador del piso que estaba más cerca del campus, quería verme a las once treinta, lo que me dejaba un margen cuarenta y cinco minutos para estar listo.

Pedí un desayuno americano a la habitación y me metí al baño rápidamente.

Mientras terminaba de arreglarme, mis pensamientos se fueron a Sarah, esperaba que hubiese tomado el primer vuelo de regreso a Nueva York, la noche anterior había llegado directo a atacar el minibar de la habitación, intentaba no pensar en el hecho que no había dejado que hablara, sentía que si lo hacía, mi deseo de alejarme por completo de Nueva York y de ella se vería comprometido y había tomado la decisión de no volver atrás.

Terminaría mis estudios en Cambridge y empezaría mi especialización en Londres, no pensaba volver a Nueva York más que para las fechas especiales y algunas visitas.

Saludé a Luis uno de los chicos de recepción tendiéndole mi llave, él carraspeó acercándose a mí.

—Señor Farell, hay alguien...

—Eros —mi cuerpo se tensó al escuchar su voz, y me obligué a no girarme, en vez de ello hablé directamente a Luis.

—No sé a qué hora voy a regresar, Luis, si alguien viene buscándome dile que me mude a China.

No pensaba caer en este juego, ella me había sacado de su vida y eso era justamente lo que estaba haciendo.

—Eros, por favor espera —dijo Sarah a mi espalda, estaba nevando por lo que saqué mis guantes colocándolos sin dejar de caminar—. Eros... —no la escuché, en vez de ello ajusté la bufanda a mi cuello y seguí mi camino como si ella no estuviera tras de mí.

En Cambridge todo quedaba relativamente cerca, el hotel estaba a quince minutos caminando del piso que realmente me interesaba para vivir por lo que elegí caminar, sabía que estaba siguiéndome, pero no me giré ni una sola vez a verla.

Entré al viejo edificio de ladrillos y subí las escaleras, notando rápidamente que Sarah se había quedado fuera del edificio, a lo mejor se había dado cuenta que entre los dos los puentes estaban completamente rotos, no sabía si algún día podríamos volver los viejos tiempos, quizá cuando mi corazón y el de ella sanaran.

Una parte de mí me decía que no podría volver a ver a Sarah como una amiga, no cuando en mi memoria aun reproducía el sonido de sus gemidos y mi boca aun podía degustar la textura de sus labios.

Esa era una de las razones por lo cual el sexo no se mezclaba con la amistad, bien lo dijo Wilde cuando citó que entre un hombre y una mujer no hay amistad posible. Hay amor, odio, pasión, pero no amistad.

Toqué a la puerta del señor Davies y dejé los pensamientos hacia Sarah a un lado mientras acompañaba al hombre al interior del piso respondiendo las típicas preguntas de arrendatario.

Cuando me preguntó si tenía pareja, negué enfáticamente. No es como si estuviese buscando meterme en una relación, simplemente volvería a tener sexo ocasional cuando llegara el momento.

El piso estaba completamente amoblado, no era muy moderno, pero me gustaba la decoración, la cocina era amplia, en la sala de estar entraba mucha luz gracias a un par de puertas dobles, un baño de visitantes y otro en la única habitación que tenía, también era luminosa gracias al balcón desde donde se podría ver el campus de la universidad.

Era un poco frío, pero la chimenea daba calor a gran parte de la sala y la habitación tenía un calentador, estuve cerca de dos horas con el señor Davies él hombre había sido veterano de guerra y me contó alguna de sus historias, tenía que enviarle toda la documentación a su hija que estaba en Londres y podría mudarme cuando lo deseara.

Mientras bajaba en el viejo elevador froté mis manos una contra la otra, el clima parecía haberse vuelto más frío. Mi celular vibró en mi bolsillo y lo saqué revisando mis mensajes, tenía un correo electrónico de la facultad solicitando mi firma para unos últimos documentos, por lo que con la certeza de un lugar donde vivir, mi siguiente parada fue el campus.

Tan pronto como salí del edificio vi a Sarah de pie en el edificio de enfrente, su gorro y hombros estaban cubiertos de nieve, tenía las manos dentro de los bolsillos de su gabardina y me miraba fijamente, me sorprendí al verla y por un segundo ninguno de los dos apartó la mirada.

Pero continúe con mi itinerario, Sarah ya no era parte de mi vida.

El campus estaba cerca por lo que una vez más preferí caminar, nuevamente ella me siguió y yo la ignoré.

El campus de la universidad era enorme y jodidamente hermoso, a pesar de la nieve que cubría gran parte del césped de blanco, por un segundo visualicé el verano, el pasto, el clima, el jodido río Cam.

Estaba desesperado por que el invierno diera pasó a las demás estaciones.

Caminé rápidamente hacia la oficina de registros y admisiones, por lo general todo se hacía el primer día de la inducción, pero fui el último entrar y decidí mudarme antes, me habían estado

llamando casi a diario para terminar de cumplir los requisitos para el programa, por uno de los cristales pude darme cuenta que estaba nevando de nuevo. Decían que los inviernos en Europa son más crudos que en Nueva York, las pocas veces que viajé al viejo continente siempre fue en verano, por lo que lo estaba comprobando en mi propia carne.

Saliendo del campus localicé a Sarah en el Starbucks con un café en sus manos, no tenía sus guantes lo que me hizo fruncir el ceño.

Manteniendo la ley del hielo para ella, caminé hacia la cafetería que estaba a solo dos cuadras, su especialidad era el Fish and chips, pensé en pedir una mesa para los dos, pero supuse que eso le daría ideas equivocadas, por lo que pedí una mesa para mí, pude ver que Sarah se sentó a un par de mesas de la mía.

Quería parar toda esta estupidez, pero también quería ver hasta donde pensaba llegar.

Para cuando la noche empezaba a caer había visitado algunos sitios turísticos que me faltaban por conocer, me detuve en la avenida y paré un taxi estaba cansado por haber pasado prácticamente todo el día caminando.

—Sube —dije girándome a verla.

Ella intentó agradecerme, pero dejé muy claro con mi postura que no tenía intenciones de retomar una conversación que para mí ya estaba muerta.

El camino fue silencioso, mantuve mi vista en el celular enviando mensajes a Adonis e ignorando a la chica que viajaba a mi lado.

Una vez en el hotel, Sarah se bajó del auto junto a mí.

—¿Podemos hablar? —preguntó cuándo me vio subir las escalinatas del hotel.

—Dijimos todo lo importante ayer, Sarah —dije sin mirarla, si lo hacía perdería la poca entereza que me quedaba y aceptaría todo lo que ella quisiera—. Acepte tus disculpas, es enserio cuando te digo que vuelvas a casa —subí los peldaños que me faltaban y me adentré en el hotel sin mirar atrás.

Con el tema del hospedaje resuelto pasé toda la mañana en mi habitación de hotel, tuve conversaciones con mamá y Adonis, Afrodita también me llamó, pero ignoré su llamada, debido a que sabía para que me estaba llamando.

Había conocido prácticamente toda la ciudad y lo poco que me faltaba estaría allí algunos años, pensé en tomar un taxi e ir hasta Oxford que estaba a solo dos horas y explorar un poco la ciudad, a pesar de que había amanecido lloviendo, se podría decir que hacía un buen clima, era un poco tarde para pedir desayuno por lo que bajé al restaurante del hotel, pedí un emparedado de pavo y un refresco, solicitando un Uber para que me llevara hasta Oxford estaba a punto de retirarme cuando Diana se acercó a mí.

—Señor Farell.

—Diana...

—Necesitamos pedirle un favor —alcé una ceja ante su petición—. Es esa chica —la miré sin entender—, la que vino a buscarlo hace un par de días.

Ella estaba hablando de Sarah.

—Anoche estuvo hasta muy entrada la noche esperando en las afueras del hotel, hoy desayunó en el restaurante y ha pasado toda la mañana esperándolo, me temo que su presencia empieza a incomodar a nuestros demás huéspedes.

Llevé la mano a mi cabeza peinando mi cabello hacia atrás.

—Si es algún tipo de acosadora podemos llamar a las autoridades y ...

Negué con la cabeza mucho antes de que terminara.

—Yo hablaré con ella —el mesero llegó con mi pedido y alguien tomó mi servicio de Uber—, no molestara más.

Tan pronto salí del hotel, mi mirada se tropezó con la de Sarah, caminé hacia mí y puse mi gesto más serio al preguntarle.

—¿A qué diablos estás jugando?

La vi temblar, tenía la nariz enrojecida y los ojos inflamados.

—No estoy jugando —murmuró entre dientes.

—Sarah vete a casa —incredulé mirándola, ella negó con su cabeza—. Estás molestando a los huéspedes del hotel, llaman a la policía.

—No estoy haciendo nada malo, solo quiero hablar contigo, y no me iré hasta que no lo hagas. —su voz se escuchó demasiado baja, casi sin aliento.

Negué con la cabeza.

—Haz lo que quieras, pero no me llames cuando la policía venga por ti.

Vi el auto que estacionó fuera del hotel y caminé hacia él sintiendo la mirada de Sarah en mi espalda, me subí en el Uber del lado del copiloto y el auto emprendió su marcha, no pude evitar mirar por el retrovisor la figura de Sarah desdibujarse mientras me alejaba.

Me sentí como un completo imbécil y estaba a punto de retirar la mirada cuando la vi tambalearse, como si fuese una película en cámara lenta, el cuerpo de Sarah cayó sobre los adoquines.

Capítulo 45

EROS

—¡Deténgase! —grité al conductor—. Salí del auto rápidamente deteniéndome al verla sentarse sobre el asfalto la vi agarrar su pecho e intentó ponerse en pie, pero sus piernas fallaron lo que la hizo volver a caer.

Cerré la puerta del auto despachando al Uber antes de caminar hacia ella, tenía la mirada puesta en el cielo, pequeños copos de nieve caían sobre su cabeza.

—¿Estás bien? —pregunté agachándome a su altura, su mirada chocó con la mía, tenía los ojos irritados, estaba temblando y se veía frágil. Estaba tan absorto en mantener mis muros erguidos que no había notado lo enferma que se veía.

—Tú te regresaste... —dijo con voz pausada—. Eros, lo siento tanto, dime que hacer para...

Negué con la cabeza.

—No hables, te ayudaré a levantarte —rodeé con mi brazo su espalda sintiendo el calor desprenderse de su cuerpo, palpé su frente con mi mano libre notando que su temperatura no era normal.

—Tienes fiebre —dije y ella tomó mi mano con la suya llevándola a su pecho.

—Estoy bien —suspiró—. Por favor escúchame, solo dame la oportunidad de explicarte lo que...

—Ahora no, Sarah... necesitas descansar.

Ella se alejó de mí negando con la cabeza.

—Tú no lo entiendes, Eros, tú...

Su respiración se hizo superficial y su cuerpo desfalleció, si no la hubiese tomado rápidamente hubiese vuelto a caer.

—Sarah —golpeé en su mejilla con mi mano libre y luego tomé su pulso, era débil y su frente estaba perlada en sudor.

Tomándola en mis brazos entré al hotel, rápidamente el personal de servicio se alertó, pero no hicieron preguntas, Diana me acompañó hasta la habitación donde la dejé en mi cama antes de empezar a quitar las capas de ropa que traía.

—Iré por un botiquín, señor —murmuró y yo asentí sin prestarle mucha importancia.

Sarah estaba ardiendo y necesitaba estabilizar su temperatura. Quitándome la gabardina intenté despertarla una vez más, abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos, tomándola nuevamente en brazos me dirigí hacia el baño, gradué la temperatura de la ducha y entré con ella al cubículo. Tembló en mis brazos, y se aferró a mi pecho escondiendo el rostro en él. Estuve bajo el agua alrededor de veinte minutos, cuando salí de la ducha con Sarah envuelta en una toalla, Diana estaba en la habitación.

—Señor está empapado.

Asentí sin prestarle mucha atención y ella me tendió un maletín.

Dejé a Sarah sobre la cama y tomé su temperatura notando que a pesar del baño aún era alta.

—Diana necesito medicamentos —había una nota de pánico en mi voz.

—Hay un supermercado a cuatro cuadras, puedo mandar a buscar lo que necesite. Mi padre es doctor, señor Farell, es preferible que un médico la vea, no tardará más de unos minutos en venir.

—Gracias, Diana.

Ella nos dejó solos, por lo que aproveché para cambiar mi ropa mojada por un pijama limpia, retiré la toalla del cabello de Sarah secándolo con delicadeza y la vestí con una de mis camisas, antes de colocarla bajo las sábanas, me senté a su lado y tomé su pulso a pesar de que estaba más estable seguía débil, ella abrió los ojos, su mano libre tomó mi brazo.

—Eros... —su voz era endeble, con su mirada me rogaba que la dejara hablar.

—Descansa, no es el momento —susurré, la vi cerrar los ojos, pero su mano no soltó mi muñeca. Su respiración aún era superficial.

Zafándome de su agarre, coloqué un mechón de cabello detrás de su oreja.

Esto era mi culpa.

Me levanté de la cama y caminé hacia el alféizar de la ventana mirando los copos de nieve caer sobre los adoquines, había estado tan ciego, tan pendiente de que mis muros no sufrieran grietas que había terminado haciéndole daño.

Se veía enorme en mi cama, cuando la duché no pude evitar reparar en su cuerpo, sus costillas ya no se marcaban en la piel y su tono no era tan pálido como la última vez que nos vimos en el departamento, su cabello parecía menos opaco y sus pómulos se veían llenos.

Ella estaba sanando.

La puerta de la habitación se abrió y George entró con un hombre de edad media con grandes lentes y un mostacho tupido.

Se presentó como el doctor Patel, revisó a Sarah colocándole una vía intravenosa para aplicarle el antibiótico y dejó una receta con algunos medicamentos que podríamos conseguir en la farmacia.

George se llevó la receta ya que no pensaba moverme ni un segundo de esa habitación.

Durante todo el día cuidé de ella, se quejó del frío por lo que tuve que subir la calefacción, cuando despertó cerca de las nueve treinta de la noche le di de comer y de beber, después iba a retirarme, pero una vez más tomó su brazo.

—No te vayas —su rostro tenía mejor color, horas antes había retirado la intravenosa, le di las tabletas que había recomendado el doctor Patel y palpé su frente, seguía sintiéndola caliente a pesar de que la fiebre había bajado.

Ella cerró los ojos y pensé que había vuelto a dormir, traté de zafarme de su agarre nuevamente, pero ella me sostuvo con fiereza.

—No... quédate —masculló con voz pastosa. Apagué las luces y me recosté a su lado por fuera de las sabanas y ella se giró escondiendo su rostro en mi pecho—. No te vayas... —repetió.

—No me iré, descansa —susurré observándola gracias a la luz que se filtraba por la ventana.

No pude evitar verla dormir, como aquellas noches cuando el sueño la vencía después de una sesión, su boca estaba entreabierta, pequeños *flashback* llegaron a mí como una película fotográfica, pero me negué a darle pie a las memorias de nosotros juntos. Recordando sus palabras el día de la boda de Afrodita, no quería sufrir más, no quería más mentiras y lidiar con algo que se había interpuesto en nuestro amor.

.
. .
. .
. .

Abrí los ojos sintiendo un rayo de luz golpear mi rostro, no sabía exactamente a qué horas me quedé dormido, lo último que recordaba era que había tomado su pulso sintiéndolo estable. Sarah seguía dormida a mi lado, con cuidado de no despertarla salí de la cama faltaba cerca de una hora

para tomar la segunda dosis de su medicina, por lo que la dejé dormir.

Caminé hacia la sala de estar y pedí el desayuno a la habitación.

Cerca de media hora después tocaron a la puerta y una persona del personal de servicio llegó con un carrito acomodó todo en la mesa que estaba en la estancia.

Tomé una de las bandejas y coloqué zumo de naranja un poco de frutas y unos panecillos, no sabía cómo era la alimentación de Sarah ahora que había salido de Equilibrio, pero intenté que llevara de todo un poco.

Ella estaba despierta cuando entré a la habitación, se sentó sobre la cama expectante, me acerqué a ella y dejé la bandeja sobre sus piernas.

—No sabía qué cantidad de comida traerte, come lo que tu desees —me giré para dejarla comer cuando ella habló.

—Eros... —su voz fue rasposa y carraspeó—. Por favor hablemos, hablemos de verdad, apelo a mi mejor amigo, a ese que estuvo conmigo siempre —sus ojos se llenaron de lágrimas y sentí escozor en los míos—. Déjame explicarte cómo sucedieron las cosas y si después de que lo diga no quieres verme, te juro que me iré.

—No quiero ser duro contigo, Sarah, no quiero ser un maldito cabrón, pero no tenemos nada que decir, lo hemos dicho todo, dejaste tu punto muy claro —ella negó con la cabeza—, rechazaste mis cartas, me...

—¡Tenía miedo! —gritó—. Tenía miedo, Eros, de que, si leía esas cartas si evidenciaba que te sentías culpable por lo ocurrido, no podría continuar, además me sentía tan avergonzada por cómo te juzgué esa noche en tu departamento, lo que dije, por manchar nuestro acuerdo con esas palabras tan hirientes, no sabes lo mucho que lamento haber dirigido a ti mi rabia.

—Esa noche no creí ninguna de tus palabras, sabía que estabas actuando cegada por la ira, sabía que te sentías molesta y traicionada, pero entonces en la boda tú... me culpaste, Sarah, me culpaste de aprovecharme de ti, de jugar con tu vulnerabilidad, con tus sentimientos.

—Estaba molesta, herida.

Me reí, llevé las manos a mi rostro negando con la cabeza.

—No necesito esto, no necesito tus explicaciones —iba a irme, pero ella continuó.

—¡Fue por Sury! —espetó, me giré sin entender, mi relación con Sury había empeorado después de lo de Sarah—. Sury te vio con Becca en el consultorio del ginecólogo, me dijo lo felices que se veían, y que ella estaba embarazada, todo concordaba, ustedes apenas tenían unos meses separados, al principio no le creí, entonces revisé las redes sociales de Becca y...

—Creíste que el bebé era mío, pues yo solo hacía lo correcto.

—Lo sé, lo sé, Afrodita me contó toda la verdad, fue ella quien me dijo que tenía que venir a Londres —dejó la bandeja a un lado y bajó los pies de la cama—. Eros lamento todo lo que dije, nada de lo que te culpé es cierto, yo solo quería herirte tanto como yo lo estaba.

—Lo lograste, si tan solo me hubieses preguntado... —dije con voz suave—. Nos hubiésemos ahorrado tanto dolor.

Caminé hacia la ventana de la habitación, afuera los habitantes de la ciudad ya estaban con sus respectivas obligaciones.

—Si tengo que ser una estúpida, voy a ser la mejor —repitió aquellas palabras que le dije en una ocasión.

Le di una sonrisa triste, pensando muy bien mis siguientes palabras, Sarah se mantuvo en silencio dándome el tiempo que necesitaba para organizar mis ideas, apoyé las palmas de mis manos en el alféizar de la ventana, mirando hacia afuera; por un breve periodo, todo estuvo en silencio, lo único que podía escuchar era el acelerado latido de mi corazón.

Las palabras que iba a decirle le dolerían tanto como a mí.

Pero había tomado una decisión y no había vuelta atrás.

—Lamento todo lo que nos ha ocurrido, tú siempre has sido mi mejor amiga, pero hay algo en todo lo sucedido que no puedo olvidar, Sarah, cuando te recordé la regla número 1 de nuestro acuerdo me dijiste que ya no sabías si podrías ser mi amiga...

—Eros...

—No digas nada más, quizá las cosas tenían que pasar de esta manera Sarah, es la forma en la que la vida nos mostró que no podemos estar juntos, he venido hasta aquí para empezar una nueva vida sin ti, porque era lo que tu querías —ella negó con la cabeza—. Tienes una vida en Estados Unidos, tus padres, el trabajo que amas, la universidad... tu tratamiento... Yo voy a continuar con mis estudios aquí.

—¿Quieres que me vaya?

—Me daré una ducha, te llevaré a tu hotel, es temprano, puedes conseguir tiquetes de tren a Londres y comprar un vuelo en el Heathrow.

—Eros...

—Es lo mejor, Sarah.

—¿Para quién?! —Se levantó de la cama caminando hacia mí—. ¿Para ti o para mí?

—¡Para los dos! —grité—. Es lo mejor para los dos.

—Eros yo te amo —murmuró llevándose la mano al pecho—, te amo.

Eliminé la distancia entre los dos y dejé que mis manos se posaran sobre sus hombros.

—Puedes amar a alguien desde el fondo de tu corazón y aun así no tener la oportunidad de estar juntos. Puedes entregar tu alma y darle una parte de ti mismo, y no tener la oportunidad de estar con esa persona. Sarah, lo nuestro no puede ser, nunca ha podido ser, por miedo, por complejos, porque la vida es una hija de puta que nos puso una prueba y no pudimos vencerla.

Bajé mis manos y di un paso hacia atrás.

—Desayuna, por favor, estaré listo en quince minutos.

Capítulo 46

EROS

No miré a Sarah en lo que me dirigía hacia el baño, temeroso de arrepentirme si volteaba.

Mientras el agua caía sobre mi cuerpo intenté no pensar en lo mucho que deseaba que todo fuese diferente, que tuviésemos una oportunidad, pensamientos de nuestro tiempo en Nueva York invadieron mi mente arrinconando el resentimiento, ella sonriendo, leyendo emocionada un nuevo manuscrito que había cautivado su corazón, su manera de amar, la pasión inexperta que me había vuelto loco y el maldito juego que había enfrentado nuestros sentimientos. Luché contra los recuerdos felices, pero en esta ocasión los buenos momentos fueron mucho más fuerte que mi corazón dolido.

Me recosté contra los azulejos dejando salir las lágrimas de impotencia, dolor, arrepentimiento y de amor, porque yo la amaba, me pregunté si estaba haciendo lo correcto, si dejar ir a Sarah era lo que realmente quería.

Y no, no lo era.

Cerrando la ducha, tomé una toalla y la enrollé en mi cintura, luego salí del baño.

—¿Sarah?

Busqué en la antesala, pero ella no estaba en ningún lugar, sus zapatos no estaban y la gabardina que había dejado sobre el sofá tampoco. Tomé el teléfono rápidamente marcando a recepción, Luis contestó al tercer timbre.

—La chica que estaba en mi habitación ¿se ha marchado? —pregunté aun sin saber si Luis sabía de qué le estaba hablando.

—Señor Farell, ha salido hace unos cinco minutos.

Colgué apresuradamente.

¡Mierda!

Caminé hacia el clóset buscando un jeans y una camisa, ella se llevó mi gabardina negra por lo que agarré la azul, me vestí con premura y estaba a punto de salir cuando vi la hoja de papel doblada bajo el vaso de zumo de naranja.

Me senté sobre la cama tirando del papel y observé la prolija caligrafía de Sarah.

Eros.

Cuando Afrodita me contó cómo eran las cosas me sentí estúpida, sabía que te había perdido, pero una parte de mí se aferraba a que no fuese del todo cierto, ahora sé que sí, solo espero que mi estupidez no haya hecho que sea para siempre, aún conservo en mi interior la esperanza de que una vez tus heridas sanen podrás volver a mí, como amigo, como amante como un participante en un acuerdo que parecía perfecto pero que ahora duele tanto.

No puedo explicarte lo feliz que fui las semanas que estuvimos juntos y me duele que esos momentos felices están marcados por la sombra que ha dejado Ana^[7] en mi vida. He decidido no insistir más, haré lo que tú quieras, volveré a Nueva York, porque tienes razón en todo lo que has dicho, estoy llevando un tratamiento y aún me falta mucho por sanar.

Pero no me quiero ir de tu habitación sin decirte por última vez que te amo, te he amado desde siempre y creí que nunca mirarías en mi dirección, perdóname por no creer en ti, perdóname por no confiar en ti, perdóname por juzgarte cuando lo único que intentabas era salvarme.

Te prometo que sanaré, te prometo que esto no me hará recaer y te prometo que cuando tu corazón sane estaré aquí en el jardín de los claustros sentada bajo nuestro árbol amándote como te amo hoy.

Sarah

Terminé de leer sintiendo las lágrimas rodar por mis preguntándome cómo había dejado que la rabia y el resentimiento escondieran lo que sentía por ella.

Revisé en mi teléfono el horario de vuelos de Londres a nueva York. Cinco aerolíneas ofrecían el servicio haciendo una escala en Madrid, todas salían en menos de dos horas, lo que me daba exactamente una hora para llegar antes que ella se marchara.

Había perdido demasiado tiempo, salí del hotel sin saber dónde buscar y me tomó casi veinte minutos recordar el hotel donde Sarah se hospedaba, estaba tan sumido en mis propios miedos y resentimientos que ni siquiera había prestado atención cuando ella lo mencionó.

Para cuando llegué ahí, ella ya no estaba, pero por cien libras el encargado de la recepción me informó que había tomado un Uber en dirección al aeropuerto.

Londres tiene cuatro aeropuertos: Heathrow, Gatwick, Stansted, Luton y City Airport. Según Adonis, si Sarah estaba intentando volver a Nueva York, lo haría por Heathrow.

El tráfico en la ciudad siempre era complicado y aunque mi conductor tenía una amplia experiencia, según la plataforma, no tenía un carro que se convirtiera en avión, con cada minuto que pesaba sentía que llegaría tarde, marqué el número de Sarah, había estado llamándola desde que terminé de leer la carta, pero ella rechazó todas mis llamadas. Abriendo la aplicación de *British Airways* compré un tiquete con destino a Madrid, como un plan B, tardamos alrededor de 45 minutos antes de llegar a la terminal número 5 del Heathrow, salí del auto incluso antes que se detuviera por completo marcando una vez más a Sarah a pesar que sabía que no tendría respuesta, corrí hacia el interior del aeropuerto sin dejar de mirar la hora en mi celular y pasé los filtros rápidamente ya que no llevaba equipaje.

Busqué en las pantallas y anoté las puertas por donde saldrían los próximos vuelos a Londres, con el celular en la mano volví a correr, solo me quedaba eso, correr.

Ella no estaba en las primeras tres salas que tenían vuelos con destino a Nueva York y las siguientes dos salas estaban lejos por lo que no llegaría así forzara a mis piernas a correr más deprisa.

Saqué el celular marcándole una vez más.

«Por favor, Sarah, por favor contesta».

Escuché el pitido una vez, con mi corazón latiendo como si tratara de caballos galopantes, el segundo pitido hizo que mis ojos escocieran, ella no contestaría y la iba a perder por mi rabia, mi miedo y mi estúpido orgullo.

Colgué cuando escuche el buzón de mensaje y marque de nuevo.

Respiré con fuerza, cuando ella aceptó la llamada solo escuchaba su respiración del otro lado de la línea.

—Sarah, Sarah dime algo, ¿dónde estás? —No dijo nada a lo lejos una persona anunciaba la partida del vuelo de la aerolínea Delta Airlines con destino a Nueva York, empezaba su proceso de embarque, la llamada se cortó—. ¡Sarah! ¡Sarah!

Me volví hacia una de las pantallas buscando desesperadamente la puerta de salida del vuelo de Delta Airlines, estaba en la puerta 5C y yo me encontraba en la puerta 5 A.

Corrí como nunca antes lo había hecho, agradecí mentalmente a mi hermano por esforzarme a mejorar mi carrera, choqué con personas a las que le di una disculpa apresurada ya que no podía detenerme, pasé la puerta 5B, las piernas me ardían por el esfuerzo, mis rodillas pedían que me detuviera, nunca antes había llevado mi cuerpo al límite como ahora, pero necesitaba llegar.

Divisé la puerta en la que ella embarcaría, estaba completamente llena y algunas personas hacían fila para entrar al avión, busqué a Sarah en cada rostro de las personas que estaban en el lugar, pero no podía hallarla, el temor de que ella hubiese subido al avión antes de poder decirle que la amaba hizo que mis ojos escocieran, estaba a punto de ir a preguntar a los sobrecargos que revisaba los tiquetes cuando escuché mi nombre.

—Eros —me giré y mi mirada se encontró con la mirada verde de Sarah, tenía mi gabardina puesta y le quedaba inmensamente grande, también había robado mis guantes que estaban en el bolsillo de la gabardina, sus ojos estaban hinchados y acuosos—. ¿Qué haces aquí?

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y me acerqué dos pasos a ella.

—Te amo —dije y ella empezó a llorar—, y estoy muy herido, tienes razón, pero te amo y no quiero que me esperes, no quiero dejarte ir por mi orgullo estúpido o por un resentimiento que no opaca lo que siento por ti —noté rápidamente que las personas a nuestro alrededor empezaban a observarnos pero no me importaba—. Te amo y agradezco al acuerdo perfecto que te arrojó a mis brazos y me hizo abrir los ojos, porque no quiero estar en la esquina viéndote con alguien más —sorbí mi nariz—, no quiero que te vayas, Sarah, no quiero separarme más de ti, te necesito para dar estabilidad en mi vida, te necesito para seguir descubriendo amaneceres y atardeceres, te necesito a mi lado leyendo un libro mientras juego un tonto videojuego —limpié mis mejillas—. No quiero, no puedo, no deseo seguir perdiendo el tiempo porque la vida es efímera y hoy estamos aquí y mañana no lo sabemos —me acerqué un poco más—, perdóname por lo imbécil, cabezota y malhumorado que he sido estos días y, ámame, Sarah, ámame a pesar de los días oscuros que te he hecho pasar —eliminé la distancia que nos separaba y tomé sus manos entre las mías—, porque yo te he amado desde que tenía dieciséis y estoy cansado de dejarme llevar por el miedo de que puedo perderte si te amo y prefiero amarte cada día y hacer todo lo que esté en mis manos para tenerte tanto como duren nuestras vidas.

—Eros...

—Te amo y esa es mi verdad.

—Yo también te amo.

Se sostuvo de la punta de sus pies y la atraje de la cintura, nuestras bocas se encontraron en un beso suave uno que transmitía nuestros miedos y nuestros sentimientos, un beso que marcaba una nueva etapa para nosotros, sin acuerdos, sin juegos, uno en el que seríamos solo nosotros.

Epílogo

EROS

Londres
6 meses después.

Tenía globos, rosas y los nervios de punta.

El Heathrow, estaba completamente lleno, el verano había comenzado y Londres era un hervidero de turistas. Llevé las manos a mi cabello echándolo hacia atrás y caminé hacia donde estaban las pantallas tropezándome con algunas personas sin importarme que las había revisado hacía menos de diez minutos.

El vuelo de Sarah había tenido un retraso en Madrid de cuarenta minutos, se suponía que ya debería haber aterrizado, pero en las pantallas seguía apareciendo como demorado.

Me sentía ansioso, por lo que fui a una de las cafeterías cercanas y pedí un latte, solo para hacer tiempo y no caminar de un lado a otro, habían pasado seis meses desde el día que nos despedimos en este mismo lugar. Y aún podía recordar aquella sensación de tener que dejarla ir cuando apenas la había recuperado. Estar separado de ella por un jodido mar fue completamente abrumador y difícil, sobre todo cuando empiezas en una nueva universidad que exige todo de ti. No quería que se marchara, pero Sarah tenía muchas heridas que sanar, asuntos que resolver, un tratamiento que continuar y una familia a la cual volver.

Hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para hacer la distancia más llevadera.

Largas horas de videollamada por FaceTime, más de cincuenta mil mensajes de WhatsApp y muchos emails, sin importar la diferencia horaria, la carga académica o la vida misma. El que dijo que las redes sociales eliminaban la distancia era un cabrón que no tenía a su novia del otro lado del mundo.

Miré la pantalla por décimo tercera vez.

Seguía en el aire.

La ansiedad estaba comiéndome desde adentro lo que hacía que perdiera la paciencia. La extrañaba a pesar que habíamos hablado hacia menos de tres horas y es que seis meses es mucho tiempo para estar separado de la persona que amas.

Mi celular vibró en mi bolsillo y lo saqué abriendo el mensaje de Afrodita.

“¿Ya llegó?”

“¿Eros?”

“Contestame”

“Te estás robando a mi mejor amiga”

“Al menos merezco que me respondas”

“Su vuelo está retrasado”

“Te recuerdo que vendrás a Milán en cinco meses, podremos vernos en Navidad”

“Cinco meses parece mucho tiempo”

“Dímelo a mí que fueron seis”

“Dile que me escriba tan pronto llegue”

No contesté el último mensaje de mi hermana porque la notificación de la pantalla había cambiado y el vuelo de Sarah ahora salía *en tierra*.

Una especie de sudor frío recorrió mi espalda a pesar de que estábamos a 33 grados, tragué el nudo en mi garganta acercándome a la puerta por donde ella saldría, no sería inmediatamente tenía que bajar del avión y hacer trámites migratorios, recoger su equipaje; pero quería que mi rostro fuese lo primero que viera al cruzar la puerta de los embarques internacionales, ella pensaba que no nos veríamos hasta que llegara a Cambridge. Pero aquí había empezado nuestra historia, nuestra verdadera historia, cuando le grité delante de un puñado de desconocidos lo mucho que la amaba y lo mucho que necesitaba que ella me amara de vuelta.

Era justo que la nueva etapa de nuestras vidas empezara justo aquí.

Mientras las personas empezaban a salir, repiqueteaba mi pie contra el parqué, el tiempo pareció detenerse y entre más personas salían mayor era mi frecuencia cardiaca, cerré los ojos y respiré profundamente, llevando la mano al bolsillo de mi pantalón, abrí los ojos y mi corazón se saltó un latido cuando la vi atravesar las puertas y su mirada se encontró con la mía.

Su rostro pasó de cansado (por lo que seguramente había sido un mal vuelo) a felicidad absoluta, una sonrisa tiró de mi rostro cuando soltó su equipaje y corrió hacia mí chocando tan fuerte que me desestabilizó un poco, sus brazos se anudaron en mi cuello y sus piernas a mi cintura, sus labios buscaron los míos con la misma desesperación que yo buscaba los suyos, solté los globos y las flores que había comprado para ella y sostuve a mi novia por debajo de su trasero derramando en nuestro beso lo mucho que la había extrañado.

Por unos minutos el tiempo pareció detenerse, el ruido desapareció y solo estuvimos los dos.

Fue ella quien terminó nuestro beso, su frente se unió a la mía y la apreté contra mi cuerpo.

—¡Bienvenida, hermosa! —musité mientras ella besaba mis mejillas.

—¿Qué haces? ¿Por qué no me dijiste? —musitó a su vez que la dejaba sobre sus pies.

—No es sorpresa si lo sabes —dejé un pequeño beso en su nariz—. Te extrañé mucho, amor...

—Yo también te extrañé —sonrió y me dio un pequeño beso—, contaba los minutos para verte.

—¿Nos vamos? Hice una reservación por el fin de semana en Hyatt.

—Tengo que ir por mi equipaje.

Se giró para buscar su maleta y mi corazón empezó una carrera en mi pecho, este era el momento, era ahora o nunca.

Coloqué una rodilla en el suelo y saqué de mi bolsillo la cajita roja que contenía la sortija que había comprado para ella.

Si alguien ocho meses atrás me hubiese dicho que este día llegaría, le hubiese regalado unas terapias pagas con papá. Incluso cuando Adonis me contó sobre proponérselo a Elizabeth le dije que estaba loco.

Pero ahora lo entendía, había amado a esta mujer por muchos años, no había otra para mí, ella era la indicada.

Podía escuchar los sonidos de las reacciones de las personas a nuestro alrededor, podía ver algunas chicas grabando con sus celulares, pero nada de eso me importaba porque ese era el momento, el que papá me advirtió una vez. En ese momento me jugaba el todo por el todo y si estaba loco... esperaba que ella me acompañara en la locura.

Habíamos estado separados mucho tiempo y no concebía un minuto más de mi vida sin ella.

La vi girarse como si fuese una película antigua, pude ver en su rostro un sinfín de emociones cuando me vio, hincado en una rodilla con una caja de terciopelo abierta mientras hacía la pregunta más importante de mi vida.

—Eros... —su voz se cortó y se acercó hasta quedar frente a mí...

—No sé cómo hacer esto, traía un gran discurso, pero lo he olvidado, te he amado desde hace tanto tiempo que no puedo ver un final diferente para nosotros —Sarah se llevó las manos a la cara—, no tiene que ser hoy, ni en el siguiente año, lo único que quiero en este instante es la promesa de que estaremos juntos siempre —me levanté y caminé hacia ella que parecía haberse quedado de piedra, saqué el anillo de la caja y lo sostuve con mis dedos—. Hemos perdido mucho tiempo, amor, y te quiero con todo mi corazón y toda mi alma, he comprendido que mi destino está a tu lado... ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Un estallido de aplausos se alzó a nuestro alrededor mientras ella saltaba a mis brazos por segunda vez y sellaba su promesa con un beso en mis labios.

Empezaríamos un nuevo ciclo de nuestras vidas, uno donde estaríamos juntos porque no permitiría que nada ni nadie nos separara.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Tengo mucho que agradecer, primero que todo gracias a todas las personas que leen mis historias, ayudan a que mi sueño siga vigente aun con el paso del tiempo.

Gracias a Silvina Reus y a Johanna Wedheking, mis betas preciosas, gracias por acompañarme en la creación de esta historia, por vivir junto a mí la historia de Eros y Sarah.

Gracias a mí siempre amiga Isabel Acuña por todas esas veces que me impulsaste a continuar.

A mis queridas Donnitas por sus porras cada fin de semana, por escuchar mis miedos y ser un apoyo constante.

Gracias a mi querida Isa de Tulipan estudio por mi preciosa portada y a Jessy de Lotus ediciones por la maquetación preciosa del libro en papel.

A mi familia por apoyar mi pasión

A toda la comunidad de Instagram por su gran apoyo y divulgación de nuestras historias, nuestros libros viajan a tantos lectores gracias a sus reseñas, sus artes y sus hermosas palabras.

Pero sobre todo gracias a Dios porque sin él y su misericordia yo no podría estar aquí entregándoles una historia más.

Un beso

Ary.

SOBRE LA AUTORA

Aryam Shields nació y creció en Barranquilla, una ciudad ubicada en la costa norte de Colombia, en 2020 se graduó de contaduría pública, pero su verdadera pasión es contar historias románticas en donde pueda narrar el nacimiento del amor a raíz de cero.

Reside en Barranquilla junto a sus padres, su hermana y sus perritas (Scannie y Skye) que son su universo entero, empezó a escribir en 2009 en una plataforma de internet llamada fanfiction. Net, bajo el seudónimo de Ary Masen. pero fue en 2015 que decidió empezar a crear personajes propios y publicó su primera novela titulada Enséñame: Entrégate, la primera parte de dos libros, desde ese instante y hasta la fecha ha publicado veinte historias, entre romance erótico, comedia romántica romance contemporáneo y romance paranormal. Todas ellas han formado parte del top 100 de la plataforma de Amazon, sus novelas Enséñame y Cataclismo se encuentran traducidas al idioma portugués y pronto Enséñame y Recuérdame estarán disponibles en inglés.

Aryam quiere escribir hasta que sus dedos no puedan teclear más, es por ello que ahora se encuentra sumergida en lo que será su próxima gran historia.

OTROS TITULOS DEL AUTOR

- ↗ Enséñame I: Entrégate
- ↗ Enséñame II: Quédate
- ↗ Nueve Meses
- ↗ Seductor Domado
- ↗ Recuérdame
- ↗ Falsa identidad
- ↗ Contigo Aprendí
- ↗ Contrato I: Lo que esperas de mí.
- ↗ Contrato II: Lo que quiero de ti
- ↗ Y llegaste tú
- ↗ Cataclismo
- ↗ Entre una y mil maneras de amar (Historias cortas)
- ↗ Un día de San Valentín (Antología)
- ↗ Honor y Venganza (Coautoría Isabel Acuña)
- ↗ Salvación y condena (Coautoría Isabel Acuña)
- ↗ Orgullo y Traición (Coautoría Isabel Acuña)
- ↗ Dsex (versión masculina Enséñame)
- ↗ Bajo la luz de la luna.
- ↗ La princesa de la Oscuridad (relato Halloween)
- ↗ The Wedding (Crossover Enséñame / Contrato)
- ↗ Entre las Sombras

OTROS IDIOMAS

- Honor y Venganza (portugués)
- Enséñame I (portugués)
- Cataclismo (portugués)
- Recuérdame (Ingles)
 - Enséñame (Próximamente Ingles)



- [\[1\]](#) Metáfora sobre una felación
- [\[2\]](#) Conocido como el padre de la PlayStation, es el director ejecutivo de Sony Computer Entertainment
- [\[3\]](#) Una de las nueve fraternidades de la Universidad de Nueva York.
- [\[4\]](#) Inapetencia sexual
- [\[5\]](#) Gloria: personaje animado de la película Madagascar, personificado como un hipopótamo.
- [\[6\]](#) Centro de trastornos alimenticios.
- [\[7\]](#) En referencia a Ana y Mia (Anorexia y bulimia)